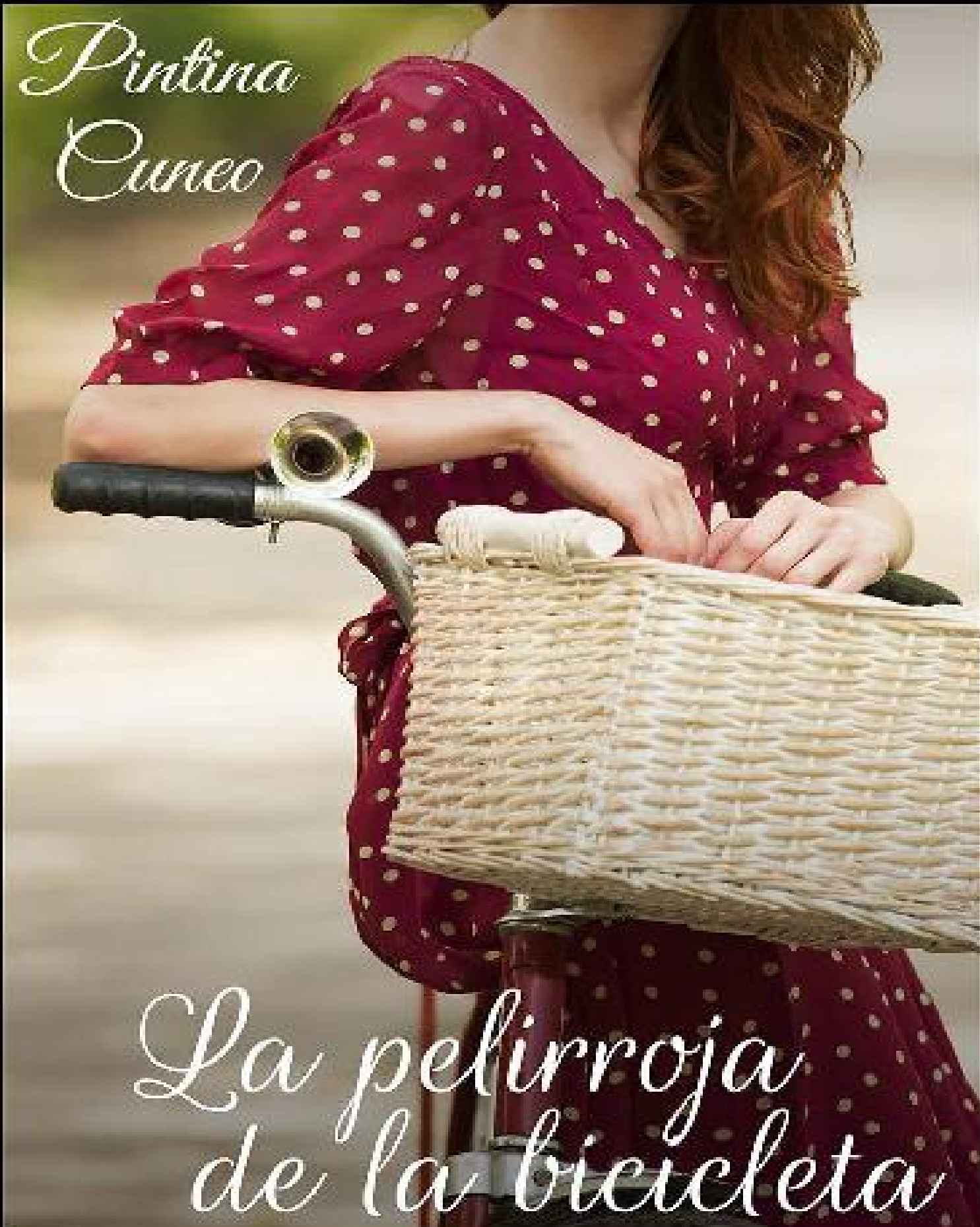


*Selecta*

*Pintina  
Cuneo*



*La pelirroja  
de la bicicleta*

La pelirroja de la bicicleta

*Pintina Cuneo*

*Selecta*

# Índice

[La pelirroja de la bicicleta](#)

[Sinopsis](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

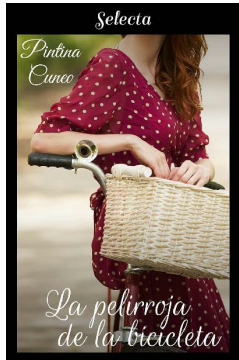
[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Sobre Pintina Cuneo](#)



Un hombre que lucha sin desánimo por ganarse el corazón de la mujer a la que ama. Una mujer que se niega la oportunidad de ser feliz por una vez en su vida. ¿Qué se hace cuando la razón no permite dar rienda suelta a los deseos? Marina está perdida en una maraña de sentimientos, en un laberinto de confusiones del que no logra salir, lo que la lleva a negarse a sí misma, una y otra vez, la oportunidad de estar junto al hombre al que ama. Tomás, completamente enamorado y fascinado por ella, intentará romper esas barreras y adentrarse en su camino. Sus ocurrencias y bromas le sacarán más de una sonrisa a Marina. Sin embargo, él cometerá un grave error: no confesarle lo que siente.

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Un hombre que te conoce más que tú misma, un hombre que te dirá de las formas más sorprendentes y divertidas lo mucho que le gustas y el deseo que siente por estar contigo.*

*Para Alonso, mi hijo: nunca olvides que la vida no está en la inmediatez de  
las cosas.*

## Capítulo 1

El despertador sonó a las siete, y no podía ni despegar los ojos; tampoco quería hacerlo. Apretó los ojos y suspiró, cansada.

—¡Qué pereza! —exclamó en voz alta.

Continuó en la cama media hora más, pero no dormía; simplemente, dejaba pasar el tiempo. Cuando se levantó, ya llegaba demasiado tarde para cualquier cosa. Se vistió rápidamente: pantalón pesquero blanco y camiseta negra. Las primeras sandalias que encontró asomando bajo la cama, planas y negras, las deslizó en sus pies casi sin mirar.

Meter la cara bajo el grifo no le sirvió para despejarse; bajaba las escaleras casi a tientas. Entró al garaje por la puerta que comunicaba con el salón. Buscó su bicicleta con la mirada, y pegó un resoplido al nada más verla.

—¿Y esa cesta? —se preguntó en voz alta, al verla sujeta a la parte delantera de la bicicleta—. ¡Mamá! —bramó más que llamó, aunque no hacía falta: su madre ya estaba en la puerta tras ella, observándola.

—Dime, Marina.

—¿Y esto? —preguntó, señalando, aprensiva, la cesta.

—La puse yo. Para ir a comprar es muy práctica.

—¡Mamá, qué cosa más horrible! Parece que voy al campo a recoger flores. —Marina la trasteaba, intentando arrancarla del manillar.

—¡Así la vas a romper! —le recriminó su madre.

—Quizás porque es lo que quiero —refutó, tirando más fuerte—. ¡No puedo ir con esta «absurdez» por ahí, mamá!



—¿Esa cesta es una «absurdez»? Marina, creo que esa palabra no existe.

—«Absurdez», ridiculez...

—Estupidez.

—¿Ves, mamá? Me das la razón.

—No, hija; estupidez, la que tú tienes...

—Bueno, lo que sea, pero esto no puedo quitarlo —protestó, desesperada.

—Vete ya, y a la vuelta, la quitas; va atornillada, ¿sabes? Igual con un destornillador tienes más suerte que con la fuerza bruta.

—Pfff... —resopló, desistiendo con la cesta.

—¿Has desayunado? —Su madre ignoró su bufido.

—¿Tengo tiempo? —refunfuñó acalorada.

—De haberte levantado antes, habrías desayunado y ya estarías en la puerta. ¿Crees que es necesario que tengamos esta conversación?

Y no, no era necesario hablar de algo que le repetía desde niña: lo desastre que era a la hora de levantarse.

—De acuerdo —dijo, mientras bajaba la vista y resoplaba—. ¿Por qué no tienen aire las ruedas?

—¿Cómo van a tenerlo? —preguntó su madre, extrañada.

—Pues no sé, mamá; si la estás utilizando, ¿por qué están desinfladas?

—Bueno, la usé, pero ya no.

Entre las dos buscaron la bomba de aire. Cuando la encontraron, Marina ya estaba completamente empapada en sudor. Miró su reloj: las ocho menos cuarto. «¡El primer día, y tarde!», se repetía una y otra vez. Pero, por si no era suficiente con recriminárselo a sí misma, su madre no dejaba de resoplar tras ella. Sudaba solo del estrés que le estaba provocando escucharla. No necesitaba más presión.

—¿No crees que esto lo deberías haber preparado anoche?

—¡Mamá, no empieces!

—Marina, pasan los años y todo lo sigues dejando para última hora; ¿no ves que siempre vas con el tiempo justo a todas partes?

—Ufff, mamá... ¡déjame! ¡No puedo más! —protestó rabiosa, agotada por el esfuerzo que estaba haciendo con aquella bomba

manual.

Por fin, consiguió inflar las ruedas. «¡Un momento de paz!», pensó mientras se incorporaba y cerraba los ojos. Pero, al cabo de un momento, su madre volvió a recriminarle que no desayunara. Marina resopló mientras dejaba la bomba de aire sobre una estantería, y ambas mujeres se miraron desesperadas, cada una por motivos diferentes. Abrió la puerta del garaje para salir pedaleando, sin llegar a despedirse.

Al instante notó su pelo agitarse al viento. ¡El pelo! ¡Los rizos sin recoger! Dio un grito de rabia. Si regresaba a casa a por un coiletero, no llegaba... bueno, no llegaba a su hora de ningún modo, pero no iba a volver.

La empresa no quedaba muy lejos: diez minutos de rápido pedaleo. Iba a llegar tarde y estresada. La falta de puntualidad era algo que detestaba, aunque no había hecho mucho por levantarse temprano. Aquella carretera, que seguía igual de mal asfaltada que hacía años, no le iba facilitar el llegar más rápido.

Al llegar al puente que había sobre el canal, el camino se bifurcaba, y ya podía ver la empresa ante ella, tras unos árboles frutales. «¿Izquierda o derecha?», se preguntaba. «¡No lo recuerdo...! Izquierda», decidió al fin. Giró la bicicleta, pero cambió rápidamente de opinión virando aún más rápido hacia la derecha. El frenazo y el pitido ensordecedor que escuchó casi la hicieron caer.

—¡Por Dios, qué susto! —gritó, sin dejar de pedalear ni girarse a mirar de dónde venía el pitido.

Pedaleaba a un ritmo frenético; cuando por fin llegase, solo iba a tener ganas de echarse en el suelo a recobrar el aliento. Un coche negro, un jeep, la adelantó rápidamente, al tiempo que otra sonora pitada volvía a dejarla sorda. No vio al conductor, pero pensó que aquello no tenía ninguna gracia.

Llegó a la empresa, y, con las prisas, dejó la bicicleta a un lado, apoyada de cualquier manera en la valla. Resbaló hasta el suelo, pero no la recogió. Hacía tanto tiempo que no montaba en bici que le temblaban las piernas del esfuerzo. Estaba empapada; la camiseta se le pegaba a la espalda, y con aprensión la separó de su piel. Se secó el

sudor de la frente, y su mano fue instintivamente al pelo, recordando que no se lo había recogido. Se acercó a uno de los coches que había allí aparcados para mirarse en una de las ventanillas, y su reflejo le pareció pavoroso: era una escarola en toda regla, una escarola anaranjada, con rizos disparados por todas partes. Sollozó como una niña; el pelo suelto era algo que la agobiaba mucho.

En su reloj, ya eran las ocho y cinco. Al cruzar la puerta principal, se detuvo sin saber qué hacer. Ante ella se abría una corta escalera; a la derecha, una puerta abierta de hojas dobles dejaba a la vista el taller de planchado; a la izquierda, otra puerta, pese a estar cerrada, dejaba escapar el sonido de las máquinas de coser. Miró por las ventanas de ojo de buey; no se había equivocado: era el taller de costura. Sin saber qué hacer, se asomó al taller de plancha. Un grupo de chicas trabajaba afanándose con las planchas de vapor; el ruido que este producía era lo único que se escuchaba. Acababan de empezar, pero el calor acumulado ya era insufrible, y de inmediato pensó que no le iba a gustar nada si tenía que dedicarse a planchar: iba a pasarlo realmente mal; no soportaba el verano: odiaba sudar. Esa sensación húmeda en el cuerpo le generaba tal estado de nervios que, dependiendo de la actividad que tuviese que realizar —sobre todo si esa actividad era física—, podía derivar en ansiedad.

—¡Perdón! —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

Todas las cabezas se giraron al mismo tiempo.

—¡Hola, buenos días! —saludó, amable, a todo aquel público—. Soy Marina; estoy buscando al encargado.

—Hola, yo soy Clara. Ya le aviso. —Una mujer alta y desgarbada se dirigió al teléfono sujeto a la pared del fondo.

Marina advirtió las miradas de curiosidad de todas las chicas. Su estómago se removió, inquieto; acababa de reconocer dos caras que, por desgracia, le eran muy familiares: Virginia y Sonia, compañeras del colegio. ¿Cómo olvidar a Virginia y su forma de burlarse de ella a la salida de clase? Al parecer, se había impuesto la obligación de recordarle de qué color era su pelo, cuántas pecas tenía en la cara, si era más cegata que los demás por llevar gafas, y dar todo un parte informativo sobre lo deformes que eran sus dientes. Así casi a diario,

entre las risas tontas de la tonta de Sonia.

Sintió asco al ver su cara de nuevo: era la sombra de Virginia. Reencontrarse de nuevo con ellas era como volver a la peor época de su vida. No había sido fácil dejar atrás aquellos recuerdos, y ahora habían regresado de golpe.

—Enseguida viene Fran —le informó Clara.

Y así lo esperaba, porque Virginia y sus miradas rayaban ya lo insoportable.

—¿Marina? —Escuchó tras ella, mientras se giraba para encontrarse con una sonrisa.

Era alto y delgado, rubio, de ojos azules, vivos y despiertos.

—¡Hola! ¿Eres el encargado? —Entrecerró los ojos; su cara le resultaba familiar—. Creo que te conozco de algo.

—Ven fuera y hablamos.

Aliviada, caminaron hasta la entrada, justo delante de la escalera.

—Yo iba un curso por detrás de ti en el colegio; hacíamos plástica juntos. ¿Te acuerdas ya de mí?

—Sí, ahora sí. ¡Vaya, pues qué alegría encontrar una cara agradable por aquí! —Miró hacia el taller de plancha, pensando en Virginia.

—Te explico un poco cómo es esto, ¿vale? Es un sitio pequeño, y se accede fácilmente a todas partes. Ya lo ves, si te sitúas justo aquí... plancha a un lado, costura al otro, baños bajo la escalera, arriba oficinas y el taller de patronos. En la parte de atrás del edificio está el almacén; se comunica con el taller de costura. Ahora mismo tenemos mucho trabajo, y vamos desbordados acabando la temporada de invierno. Si conoces nuestra empresa, sabrás que solo confeccionamos ropa infantil.

La conocía muy bien. Su madre había trabajado ahí toda su vida, y precisamente allí era donde había conocido a su padre, aquel chico pelirrojo que había llegado para trabajar temporalmente. Fue la novedad en la empresa, y también en el pueblo; de entre las muchas chicas que iban tras él, acabó eligiendo a su madre; igual que llegó, se fue, dejando un recuerdo visible de su paso: ella misma.

—Mi madre es una antigua empleada.

No pudo evitar sentir algo de vergüenza: gracias a la amistad que la

unía al dueño, su madre había solicitado el trabajo para ella.

—Beatriz, ¿no? —Marina asintió, confirmando el nombre de su madre—. Sí, ella nos dijo que sabes hacer de todo —replicó él, con ironía.

—¡Estupendo! —aprobo sin ganas, mientras Fran se echaba a reír.

Aburrida, pensó en su madre; ella creía que el simple hecho de ser inteligente convertía a Marina en un ser útil en todo y para todo, incluso para una empresa de confección, por el simple hecho de asistir, obligada de niña, a unas tediosas clases de costura veraniegas impartidas en plena hora de la siesta.

—A ver, Marina, pensando en cómo aprovecharnos de tus «múltiples conocimientos» —sonrió de nuevo con ironía—, hemos decidido que eches una mano donde más trabajo se acumule cada día; ¿qué me dices?

—Pues no mucho —contestó, inspirando fuerte—. Te voy a pedir un poco de paciencia; mi madre ha exagerado un poco con mis habilidades.

—Es todo muy sencillo, y en cada taller encontrarás gente dispuesta a ayudar si te ve perdida. Y cualquier cosa, lo que sea, acude a mí, por favor. Será agradable tenerte por aquí. —Sonrió, malicioso, y se encaminó hacia el taller de costura—. Por cierto, un detalle: ¡llegas tarde! —Se giró para recriminarle con un guiño.

—Lo sé, y lo siento; problemas con el transporte —se justificó.

—¡Buenos días, Fran!

Los dos se giraron hacia las escaleras.

—Aquí está Ana, «la Dama de la Costura». —Fran le sonrió, divertido—. Aprovecho y os presento ahora.

—¡Gracias por lo de «dama»! Eres Marina, ¿verdad? —Se acercó para besarla—. ¡Bienvenida!

—¡Gracias!

—Subimos ahora a patrones; después del descanso bajas, y habláis. Ana te lo explicará todo, ¿de acuerdo?

Se hizo un silencio en el interior de Marina: había dejado de percibir cualquier sonido. No oía las máquinas de coser, ni la salida continua del vapor de las planchas; ni siquiera escuchaba a Fran, que

seguía hablando y hablando a su lado. Era como no estar allí. Pensamientos que no le gustaban nada comenzaron a inundarla. Se acababa de dar cuenta de que ese trabajo no era una buena idea, y empezó a sentir agobio al pensar en las escasas posibilidades que tenía de hacer algo bien en aquella empresa: no sabía manejar una máquina de coser, no entendía nada de patrones, y sudaba nerviosa al imaginarse sumida en el calor asfixiante del taller de planchado. Necesitaba trabajar; era importante para ella en ese momento, antes de volver a la universidad y acabar el doctorado, pero era orgullosa, y no resultar útil para nada... Notó los nervios agarrados en la boca del estómago.

De repente, se precipitó desde las nubes de sus pensamientos hasta la realidad que la aguardaba ante la escalera; Fran la observaba en silencio.

—¿Estás bien? —Fran parecía percibir su intranquilidad.

—Creo que no, no me veo capaz de desempeñar ninguna tarea aquí.

—Subía los escalones con desgana.

—¿No irás a decirme que ahora mismo te estás planteando marcharte sin haber ni tan siquiera empezado?

Se detuvieron a mitad de camino. Marina, agobiada, se apartaba el pelo de la cara.

—No veo en qué puedo ser útil.

—¡Tranquila! Vamos poco a poco. —Sujetándola suavemente del brazo, continuaron subiendo—. Venga, seguimos con la visita turística.

Las escaleras acababan en un pasillo iluminado por claraboyas en el techo. En las paredes colgaban fotos de antiguas campañas publicitarias.

—Oficinas, despachos, baños —enumeraba Fran ante las puertas por las que iban pasando—, y, por fin, patrones, donde también se cortan las telas. Aquí debe de estar «Super Julia» —bromeó, paseando la mirada por el amplio espacio—. Yo superviso todo, pero tenemos encargadas en cada taller.

—«La Dama de la Costura», «Super Julia» y... no me has dicho cómo llamas a Clara —le recordó, divertida.

Fran se echó a reír.

—Me gusta tratarlas como se merecen; llevan años en la empresa, y hacen un trabajo excelente. Clara es simplemente «Impecable». Cuando bajes al taller de plancha, sabrás por qué.

—Creo que puedo intuirlo.

—Seguro que Fran no te ha dicho cómo lo llamamos a él — prorrumpió una voz junto a ellos.

Se fijó en la mujer que había hablado: menuda, de pelo negro, muy corto. Su agradable sonrisa la tranquilizó de inmediato.

—No puedo decírselo, porque nunca me lo habéis dicho, Julia. Bueno, os dejo. Nos vemos, Marina. ¡Que vaya bien!

Vio cómo se alejaba hacia la puerta. De un solo vistazo, recorrió el espacio: unas enormes mesas de corte a la izquierda, y otras en el centro, donde se dibujaban los patrones. A la derecha vio dos máquinas de coser y la puerta de un montacargas. Su cuerpo pudo apreciar el calor que allí hacía, y al instante estaba analizando las características de la temperatura y las condiciones ambientales; parecía tener un detector de estrés térmico que le hacía fijarse en esos detalles como si trabajase de inspectora en riesgos laborales. Ya había visto las ventanas, pequeñas y altas; dudaba de que por estas pasase mucho aire, y los ventiladores de techo le parecían objetos inútiles. Por fin, sus ojos volvieron a posarse en Julia.

—No se lo decimos porque para nosotras es solamente Fran, pero nos gusta tomarle el pelo con eso. —Le guiñó el ojo, sonriendo—. Vamos, ven hasta la mesa; te puedes sentar aquí, a mi lado. —Señaló un taburete con respaldo en el que colgó su mochila de tela y después se sentó—. A tu lado tienes a Joaquín, y enfrente a Rosa. Al resto ya los irás conociendo.

—Soy Marina —se presentó, amable, mientras sentía cómo todos la miraban.

Rosa era una chica jovencita, casi una niña, y Joaquín también era bastante joven. Delgado, casi demacrado, observó, sorprendida por lo escuálido que le parecía. Se fijó en lo cuidada y bien recortada que era su barba, y pensó que era un claro intento de parecer alguien interesante: el pobre no llamaba nada la atención físicamente. En

cuanto a Julia... Julia parecía una mujer muy resuelta, pero no dejaba de hablar; su palabrerío incesante la aturdía. Empezó a darle todo tipo de detalles acerca del trabajo, pero hablaba tan deprisa que le costaba un poco seguirla.

—Todo es cuestión de acostumbrarse —le repetía cada vez que notaba que se perdía.

—Sí, eso lo tengo claro, pero creo que, mientras no me acostumbre, lo mejor es que yo haga algo que no os entorpezca demasiado. Quizás sea una buena idea que ahora mismo solo corte, ¿no te parece?

—Fran me ha pedido que te enseñe el dibujo de patrones; es fácil, mira.

Empezó por explicarle cómo se dibujaba un cuello de camisa. Cuando consideró que lo había entendido, dejó que lo hiciese sola. Intentó concentrarse, pero se esforzó tanto que un dolor creciente empezó a martillearle la cabeza.

«¡No sé qué hago aquí!», se repetía una y otra vez, con la cabeza inclinada sobre la mesa. La mente de Marina estaba en otra parte y, por más que deseara sacar algo en claro de aquel papel que tenía ante ella, estaba convencida de que no iba a conseguir nada. Levantó la vista y miró a todos, añorando desesperadamente volver a aquello que más le gustaba hacer: dar clases en la universidad; pensó en su tesis, que la esperaba para terminar las correcciones y así poder ser entregada al fin. La cara de su padre se apareció ante ella. No hacía ni una semana que había fallecido, y su agonía la había dejado agotada; cuidar a una persona enferma suponía un desgaste físico y emocional tremendo del que tardaría en recuperarse, así que la pregunta regresó de nuevo con más intensidad: «¿Qué hago aquí?»

—Creo que yo te conozco —escuchó una voz, al final de la mesa de trabajo, que la hizo salir de sus recuerdos.

La miró. Vio a una chica morena, de pómulos saltones y ojos pequeños, demasiado para aquella cara que no le sonaba de nada.

—Soy Verónica. Mi tía vive en tu calle; es Carmen, la secretaria de la empresa.



—Sí, la recuerdo —dijo, sonriendo.

«¡Demasiado, además!», pensó, molesta. Porque era una cotilla, siempre vigilando desde las ventanas y tras las cortinas. Se ponía enferma de recordarlo; solo esperaba que la sobrina no se pareciese a la tía.

—Tú estudiabas turismo o algo así, ¿no? —El tono al hacer la pregunta era de fastidio.

—Algo así, sí —aceptó con desgana—. Filología francesa —aclaró, mientras notaba cómo todo el mundo estaba pendiente de sus explicaciones.

—Llevas mucho tiempo fuera, ¿verdad?

—Sí.

—¡Vaya! Tantos años estudiando para acabar trabajando aquí. —El comentario sonó malicioso.

«¡Pues no, no ha habido suerte! ¡La sobrina, como la tía!», pensó lamentándose.

—Si no hubiera acabado aquí, no te habría conocido; era el destino —replicó, dedicándole una agradable sonrisa.

Se escucharon algunas risas, y Verónica la fulminó con la mirada. Debía resignarse y aceptar que era la novedad del día.

Acabó por acribillar a preguntas a Julia, que, afortunadamente, parecía ayudarla con agrado, quizás por ser su primer día, y porque así se lo había pedido Fran. Tal vez tras una semana de consultas constantes, la amabilidad de aquella mujer se agotase.

Miró el reloj. Apenas llevaba hora y media allí, y ya le parecía que estaba sentada en ese taburete una eternidad. La cabeza le iba a estallar. Se frotó los ojos y la cara con las manos; estaba tan concentrada (aunque inútilmente: no le había salido nada en aquel papel) que no se había dado cuenta del sonido de fondo que se oía por todo el taller: eran Julia y el resto de chicas, que no cesaban de hablar y reír. No prestaba atención a lo que decían, así que no comprendía a qué venía aquel revuelo. Finalmente, levantó la vista y se encontró con la de Julia.

—¿Tú no lo conoces? —le preguntó.

—¿A quién? —inquirió, más por educación que por curiosidad.

—Desde que llegó hace unas semanas, están todas revolucionadas con él —explicó Julia, poniendo los ojos en blanco.

Aquello no contestaba su pregunta. Inclino la cabeza para perderse en la blancura del papel, y continuo escuchando los comentarios.

—¡Por fin un hombre guapo en esta empresa! —proclamó una voz femenina en la mesa de corte.

—Más que guapo, es interesante.

—Muy interesante, como la revista. Trae de todo, y muy variado. — Se escuchó al fondo de la mesa mientras un coro de risas explotaba a reír a su alrededor.

—Te mira, y parece que no está mirando nada, pero sí; está atento hasta el más mínimo detalle. Aunque no sé cómo habla, todavía no he escuchado su voz. —Le oyó decir a Rosa.

—No es como su padre, eso está claro, porque él siempre nos ha saludado por nuestro nombre... ¡que ya tiene mérito!

—Con el poco tiempo que lleva aquí, y querrás que se aprenda el nombre de todos, ¿no? Y el tuyo a ser posible el primero, ¿verdad, Rosa?

Marina levantó la cabeza y miró a su derecha; acababa de hablar Joaquín, y frente a ellos tenían a Rosa con cara de suspirar enamorada.

—¿Y por qué no, Joaquín? Me encantaría. ¡Me va a temblar todo el día que lo vea entrar por la puerta y pasar junto a esta mesa! Y si se acerca a mí, entonces ya caigo redonda al suelo y no reacciono.

—Tranquila, Rosa, que te caerás y él te recogerá —le dijo, divertida, una compañera.

—Y te besaré... ¡con lengua! —sentenció Joaquín. Marina pareció detectar un cierto malestar en su tono.

—Y yo lo besaré hasta que se nos queden amoratados los labios —aseguró Rosa mientras el resto reía.

—¡Cómo estás! —le recriminó uno de los compañeros, divertido.

—¡Está desatada! —apuntó otro, mientras se subía las gafas por la nariz, brillante de sudor.

Marina asistía perpleja a esta conversación, pero no consiguió averiguar de quién hablaban. Bajó la vista de nuevo al papel, a aquel

diminuto cuello de camisa, pero volvió a equivocarse, y ya iban tres veces: ¡los dibujos eran tan pequeños! La charla continua la distraía.

De repente se hizo el silencio, tan rápido que Marina, sorprendida, miró a su alrededor para averiguar qué había pasado. Entonces, sus ojos se encontraron con otros que la miraban desde la puerta del taller. El corazón le dio un vuelco y notó cómo su pulso se aceleraba, elevando en varios grados su temperatura corporal. Sintió un calor terrible, que le subía desde el estómago y parecía querer salir por sus orejas hasta que las notó arder. Estaba como paralizada ante aquella mirada. Se fijó en él: era alto, moreno, de pelo canoso, con unos ojos que la taladraban incluso desde esa distancia. Marina notó cómo empezaba a sonrojarse, sin entender muy bien por qué. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que era a ella a quien estaba mirando realmente, pero sí, no cabía ninguna duda: era a ella. Julia le dio un ligero golpecito y le susurró:

—Es ese.

Estaba confusa, demasiado nerviosa como para hacer nada, pero no podía bajar la vista. No comprendía qué era lo que le pasaba con aquella mirada. Se sentía incapaz de pensar; Julia se levantó, acercándose más a ella, y le ofreció su ayuda. Marina la oía hablar, pero sin escuchar lo que decía; quería gritarle que se callara.

Él se estaba acercando, sin apartar la mirada de ella; se fijó en su boca, imaginándola sobre la suya, y sintió mucho más calor. Miró con atención cómo se pasaba la lengua sobre los labios para humedecerlos, y parpadeó rápidamente varias veces, como una boba. En un gesto suave, metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, posando sus ojos sobre el pelo de Marina para acto seguido cerrarlos apenas una milésima de segundo, el tiempo suficiente para crear en ella una duda: acababa de pensar en algo, y Marina habría pagado por saber qué era.

Julia dejó de hablar cuando el desconocido se plantó frente a ellas.

—Escuche, señorita, está usted perdiendo el tiempo y haciéndoselo perder a su compañera. A la vista está que no sabe hacer nada. Si todo se le da tan mal como ir en bicicleta, mejor lo deja.

Marina entrecerró los ojos: no podía creer lo que estaba

escuchando. No le gustó nada el tono que estaba empleando para dirigirse a ella, y lo de la bicicleta era algo que no sabía a cuento de qué venía.

—Mejor busque otro empleo, uno que se adapte mejor a su capacidad intelectual.

«¿Qué ha dicho este estúpido? ¿Me está llamando idiota?», se preguntó, mientras lo fulminaba con la mirada. A Marina le parecía increíble tal grosería. Las risas de sus compañeros le gustaron menos todavía. Ambos sostuvieron la mirada en lo que a ella le pareció una eternidad, hasta que al fin se escuchó una voz:

—Tomás, te llaman por teléfono; es urgente.

Observó a la persona que había hablado: era un señor mayor, al que el tal Tomás siguió fuera del taller. Cerró los ojos para tomar aire y soltarlo despacio, intentando relajarse.

—¡Vaya, Rosa! Ya se ha acercado tu hombre a la mesa. —Se escuchó a Joaquín.

—¡Pues sí! Y ya sabemos cómo habla, qué majo, ¿no, Marina? —le preguntó Verónica, con una estúpida sonrisa de satisfacción.

Las risas de todos volvieron a escucharse.

—Bueno, ¿nos callamos de una vez? —amonestó Julia molesta, levantando la voz—. Eran Alberto y su hijo, los dueños de la empresa —le informó en un tono más bajo.

«¡No se puede ser más estúpido!», pensó enfadada, indignada... dolida. Hacía mucho tiempo que no la avergonzaban tanto, y ya había olvidado lo que se sentía cuando se reían de ella: rabia y mucha impotencia. Le traía sin cuidado quién fuese aquel hombre, nadie tenía derecho a tratar de aquel modo a una persona. Había sido como volver al colegio, a ese terrible momento de la salida de clase con Virginia.

—No suele ser impertinente con nadie... ¡no sé qué le habrá pasado! —Julia parecía disculparlo—. Pero no te preocupes, no sabrá que hoy es tu primer día.

Sus palabras no le servían de consuelo. Se las agradecía en silencio, pero resultaban inútiles: «¿No sabe que es mi primer día? Tal vez si hoy fuese mi quinto día sí estaría en su derecho de hablarme así», se

preguntó, molesta. ¿Cuánto hacía que no tenía un día tan malo? El calor allí era insoportable. Nada le salía bien; ¿cuántas veces había repetido ya aquel dichoso patrón? Había perdido la cuenta. Por fin, hizo una bola con el papel y lo tiró a la papelera. Y ese pelo... ¡el maldito pelo! Lo apartó de su frente completamente sudada.

Notó cómo Alberto se acercaba hasta la mesa. Educadamente, la invitó a acompañarla a su despacho. Todos la miraron. Eso era justo lo que no quería, seguir siendo el centro de atención, pero ya era demasiado tarde: con el camino que llevaba, iba a ser el comentario de lo que quedaba de día, o puede que incluso de más tiempo. Todo dependía de lo que aquel señor fuese a decirle.

Siguió por el pasillo a aquel hombre alto y cargado de hombros; parecía alguien serio, triste. Alberto se giró un par de veces para sonreírle, agradable. Y ella intentaba animarse: no había hecho ni dicho nada. Después de todo, ¿qué le podía pasar? ¿Perder el empleo? A esas alturas del día, poco le importaba ya. Tenía muy claro que le daba igual que Tomás fuese el dueño; solo pensaba ser educada con Alberto por la amistad que lo unía a su madre; a su hijo no pensaba tenerle ningún respeto, puesto que él no lo había tenido con ella. Podía despedirla si era ese su deseo.

Ante la puerta de la oficina, Alberto le cedió el paso. Tras una mesa estaba sentada Carmen, vecina de su madre y tía de Verónica. La miró y la saludó sin interés alguno. Sí que se parecían tía y sobrina: la misma cara, similar gesto de desagrado al verla, y esos ojillos, pequeños pero inquisidores, de los que te miran y parecen estar haciendo un estudio completo de tu personalidad.

Alberto abrió otra puerta y le cedió el paso de nuevo para entrar al despacho; sentado en un sillón giratorio, tras la mesa, se encontraba Tomás. La miró de arriba abajo con gran descaro, recorriendo todo su cuerpo como si buscase algo, recreándose en aquella maraña que eran sus rizos esa mañana. Y a Marina no le importó su descaro, ni aquel paseo por su anatomía, así como tampoco le importó sostenerle la mirada otra vez.

Permaneció erguida ante él, sin inmutarse, dejando que mirase una y otra vez su cuerpo, del que tiempo atrás no se había sentido muy

orgullosa. Pero ahora, con treinta y dos años, por fin era una mujer a gusto con su físico: alta, proporcionada, algo más delgada que de costumbre por el estrés que cuidar de su padre le había provocado; su blanca piel estaba cubierta de pecas. Siempre las había detestado —Virginia se había ocupado de eso a fondo—, pero ahora le agradaban, la hacían diferente al resto: su cara pecosa y su larga melena pelirroja no dejaban que pasase desapercibida nunca, para bien o para mal, aunque en aquel momento eso le resultaba indiferente. Hasta que no escucharon la voz de Alberto, no parecieron tomar conciencia de que no estaban solos.

— Mi hijo no sabe que hoy es tu primer día con nosotros.

«¡De vuelta con lo de mi primer día! ¿No entiende nadie que eso no justifica sus palabras? ¡Tampoco es tan difícil!», se indignaba en silencio.

— Quisiera que lo disculparas; no ha sido su intención molestarte, ¿verdad, Tomás?

«¡Vaya! ¡Qué bonita familia! —pensó, sin salir de su asombro— Tira la piedra y viene papá a pedir disculpas. Debe ser reconfortante saber que puedes hacer y decir lo que quieras, porque siempre tendrás a alguien que te respalde».

— ¿Tomás? —le exhortó su padre, que parecía esperar algo de él.

Pero Tomás no abría la boca: se limitaba a mirarla con fastidio. Su padre lo fulminó con la mirada; se le veía un hombre de carácter fuerte, mucho más que su hijo, al que parecía controlar.

— ¡Tomás! —le increpó, alzando un poco la voz.

— Lo siento mucho. —Le escuchó decir por fin en tono neutro, carente de emoción y de sinceridad. En ningún momento habían dejado de sostenerse la mirada.

Finalmente, fue Marina la que acabó desviando la vista para mirar a Alberto, limitándose a sonreírle porque no sabía qué decir.

— Me alegro mucho de conocerte —declaró él—; espero que todo te vaya bien y que estés a gusto. Cualquier problema que surja, confío en que se lo hagas saber a Fran o a mi hijo.

Marina miró de nuevo a Tomás, y una risa irónica escapó sin querer de sus labios: no pensaba recurrir a ese hombre para nada. Alberto la

miraba, curioso, y a Tomás no pareció agradarle su risa.

—Nos gustan las personas que son capaces de sonreír después de un momento desagradable. Eso dice mucho de tu carácter; Tomás sabrá valorarlo.

De pronto, sintió cargo de conciencia; Alberto estaba confundido: ella se estaba riendo de su hijo.

—No se preocupe. Estoy convencida de que ha debido de ser un mal momento para conocernos. No soy rencorosa; ya lo he olvidado —vocalizó con innecesaria lentitud esas últimas palabras, sin dejar de mirar a Tomás con malicia.

Alberto la miraba confundido. Se hizo un silencio incómodo.

—Te pareces mucho a tu padre. —Alberto entrecerró los ojos en un gesto que le hizo entender que debía de estar evocándolo—. Trabajó con nosotros poco tiempo, pero ese pelo es difícil de olvidar.

«¡Sobre todo hoy!», se lamentó en silencio mientras intentaba retirar los mechones de su frente. Tomás sonreía, mirándola divertido; ¿se estaba burlando de su pelo? Volvió a fulminarlo con la mirada: ya le caía peor que antes. De pronto, se escuchó sonar un teléfono móvil.

—Disculpa un momento —solicitó Alberto, amable, mientras se alejaba hacia el fondo del despacho.

Tomás se levantó. Marina lo miró detenidamente: pantalón chino azul marino y camisa blanca con la manga remangada; una sola vuelta, se fijó bien. Aquellas cotorras del taller tenían razón: estaba muy bueno. Se aproximó a ella, inclinándose tanto sobre su cara que le resultó molesto, pero no retrocedió ni un milímetro. «¡Por Dios, qué guapo!», fue lo único que pensó al tenerlo tan cerca.

—¡Debería denunciarte! —le espetó él en tono muy bajo, mirando de reojo a su padre.

«¿Por no saber hacer unos patrones? ¡Pues sí que está jodido el tema laboral!», pensó, mirándolo con asombro porque no comprendía nada.

—Ya veo que no sabes de qué hablo. —Sonaba indignado, pero Marina no entendía por qué—. Casi te atropello en el puente.

—¿El puente? —preguntó, haciendo memoria—. ¿Eras tú? ¡Vaya!

Pues deberías tener más reflejos en lugar de una lengua tan larga.

Tomás abrió la boca para decir algo; la cerró, perplejo y la volvió a abrir. Parecía no dar crédito a la actitud de Marina.

—En vista de que te importa tan poco tu vida, debería haberte atropellado; casi me caigo al canal por tu culpa —le dijo por fin.

—Hace calor. No te habría venido mal refrescarte un poco.

Se miraron. Estaba tranquila, pero él parecía que iba a comérsela de un momento a otro. Solo se escuchaba a Alberto hablando por teléfono.

—Existe algo que se llama código de circulación. Mira —dijo, sacando el dedo pulgar mientras hablaba y enumeraba—, normas para coches —continuó mostrando dedos y enumerando—, para motos, para peatones y sí, ¡fíjate!, también para bicis.

—¿Esto qué es? ¿Una autoescuela?

—Allí es donde deberías ir —susurró muy cerca de ella; aquel tono la estaba poniendo de los nervios—. Pero, mientras no vayas, porque igual no sabes ni el camino para llegar, hay algo muy sencillo de recordar —le cogió la mano y abrió su brazo hacia la derecha—, se debe sacar la mano en la dirección en la que vas a dar el giro.

Él no la soltaba, y ella pensó que la situación debía de ser bastante absurda con aquel extraño que le sujetaba la mano en esa posición. Sus cuerpos estaban tan juntos que Marina observaba cómo el pecho de Tomás subía y bajaba mientras la miraba furioso.

«¡Me trata como si fuese imbécil!», pensó con rabia. Giró la cabeza para mirar a Alberto, que parecía ajeno a la conversación que estaban manteniendo, y al poco volvió a mirar a Tomás, que no parecía querer soltar su mano. Sin saber por qué, le sopló en los ojos, haciendo que parpadeara rápido varias veces, incrédulo ante lo que ella acababa de hacer.

—¡¿Qué haces?! ¡¿A qué ha venido eso?!

—¡Huy, pues no sé! Te has quedado ahí atascado mirándome, y he pensado: «Como los bebés cuando se quedan sin respiración de tanto llorar». Creo que si les soplas en los ojos reaccionan, respiran de nuevo... ¿o no es bueno hacerlo? —Fingió estar pensando—. ¿Tú sabes algo de ese tema? Tendré que investigar por si te vuelve a



pasar. Temo que te ahogues, extasiado al ver tan de cerca mi exuberante belleza.

Tomás abrió la boca para hablar, pero en lugar de eso resopló fuertemente, ejerciendo mucha más presión en la mano que tenía sujeta entre las suyas. Marina bajó la vista para mirar aquella mano; se fijó en las venas, que se marcaban mientras presionaba; vio el vello que cubría su piel. Esa presión la ponía nerviosa: hacía mucho tiempo que un hombre no la tocaba. Volvió a mirarlo a la cara. Tomás contemplaba su cabello, pero no sonreía como lo había hecho antes; vio un brillo en su mirada que le pareció curioso, y tuvo la misma impresión que hacía un momento en el taller de patronés: estaba pensando en algo. Sus ojos se encontraron, y sintió calor pese al aire acondicionado del que allí disfrutaban.

—Presta atención, belleza exuberante pero carente de inteligencia: de no conocer el código de circulación, existe una cosa que se llama sentido común, algo que tú no tendrás nunca. ¡Recuerda! Jamás te cruces delante de un coche en marcha. —Soltó su mano de un modo brusco.

«¡Uy, qué mala leche me está entrando!», pensó, al borde de la histeria. Tenía ganas de darle un bofetón y de soltarle un par de gritos bien dados.

—Vamos a hacer una cosa: ¿puedo quedarme después del trabajo y me vuelves a explicar todo eso? Porque estoy pensando que, dada mi capacidad intelectual, de aquí a la hora de salir se me habrá olvidado tu lección magistral.

Él se acercó mucho más a ella, desafiándola con la mirada.

—Escucha...

Pero Marina no dejó que acabase lo que estaba empezando a decir:

—Bueno, y de paso le pedimos a tu padre que se quede también con nosotros y que te enseñe buenos modales, y así aprendes de una vez que está feo que, siendo ya tan mayorcito, tengan que pedir disculpas por ti.

A él no le dio tiempo a replicar antes de que Alberto se acercara hasta ellos de nuevo. Seguían tan juntos que este se sorprendió al verlos así. Pasó la vista de uno a otra, sin entender lo que estaba

pasando entre ellos. Lo escucharon carraspear, y Tomás se separó de Marina, aunque sin dejar de mirarla.

—Bueno, espero que hayáis tenido tiempo de conoceros un poco. Si me haces el favor, saluda a tu madre y a tu abuela Maribel de mi parte.

—Lo haré, y gracias por todo.

—De nada. Bienvenida a la empresa.

Marina salió del despacho, no sin antes percibir cómo Tomás la seguía mirando atentamente. De regreso hacia el taller, iba pensando en lo que acababa de escuchar: ¿de verdad un hombre como él necesitaba que su padre saliera en su defensa? No entendía nada. Además, tenía todo el aspecto de ser alguien bastante serio. «¡Lástima de hombre! —pensó—. Tan guapo y tan estúpido... ¡qué mala combinación!».

Al entrar, todos la miraban, seguramente ardiendo en deseos de saber lo que había pasado, pero sin que nadie se atreviera a preguntar. Se sentó para volver a batallar con aquel maldito dibujo.

—¡Menuda bienvenida! —escuchó a alguien exclamar en las mesas del fondo, y todo el mundo se echó a reír.

«¡Qué agobio!», pensó, aburrida ya de todo en esa empresa.

\*\*\*

Bajó con paso lento hacia el taller de costura, sin ganas de nada. Durante el descanso se había quedado en el taller de patrones, repasando su tesis. La había metido en la mochila al salir de casa y, en cambio, no había cogido agua ni nada para comer —o al menos para engañar al estómago— hasta la hora de la salida. Pero aquella había resultado ser la media hora peor empleada de su vida: la imagen de Tomás recorriéndola con los ojos no se le iba de la cabeza. Y su mano atrapada en la de él, tampoco.

Ana estaba de espaldas a la puerta. La tocó suavemente en el hombro: llamarla no hubiera servido de nada: el ruido le parecía insoportable; desde luego, aquello no iba a ayudar a mejorar su dolor de cabeza. La «Dama de la Costura» se levantó rápidamente, y le

explicó con todo detalle cómo funcionaba el taller, pero la expresión de Marina acabó inquietándola.

—¿Qué tal te manejas con la máquina de coser?

«¡Directamente, no me manejo!», quiso decirle; y es que, a pesar de haber practicado días atrás en casa con su madre, se sentía tan frustrada al ver cómo era el ritmo de trabajo allí que no se creía capaz de manejar una máquina de ese modo. Finalmente, se decidió a pedirle paciencia y algo más.

—Creo que sería más útil desempeñando otra función; no estoy acostumbrada a esta rapidez en el trabajo.

—Me ha comentado Fran que eres profesora de inglés y francés.

Marina asintió.

—Por curiosidad... ¿qué se te ha perdido entonces aquí?

«¡Una cuenta en números rojos!», quiso decirle al recordar el estado de sus finanzas después de un año completo sin trabajar.

\*\*\*

Marina se lamentaba mientras sacaba la bicicleta del aparcamiento: «¡Qué asco de día! ¡Como todos sean iguales...! Virginia, Verónica, el tonto de Tomás, y encima no me entero de nada de lo que tengo que hacer. ¿Cómo se te ocurrió aceptar este trabajo?». Parecía estar discutiendo con ella misma, de pie, quieta, esperando el momento en el que el sillín de su bici dejase de arder. No había forma de sentarse en él después de toda una mañana bajo el sol.

Paseó la vista por el aparcamiento, pero no vio ni una sola marquesina, ni tampoco sombra alguna bajo la que aparcar al día siguiente. El resto de empleados que no iban en coche parecían tener el mismo problema. Se fijó en que algunos sacaban de su mochila una funda para el sillín, y recordó que tenía una en casa; la buscaría, le iba a hacer falta: se estaba abrasando de calor allí parada. Decidió marcharse antes de acabar derretida.

Notó cómo se agudizaba el dolor de cabeza con el que había acabado su primer y exitoso día. Estaba deseando llegar a casa y darse una buena ducha.

Escuchó un coche tras ella, y pensó que tal vez sería Tomás, por lo que disminuyó el ritmo, deseando que la sobrepasase lo antes posible, pero el coche se situó a su altura. Sí, era él. Bajó la ventanilla y la miró. Sin dejar de pedalear, Marina soltó las manos del manillar, las levantó, y preguntó molesta:

—¿Y ahora qué?

—¿Qué haces? ¡No sueltes el manillar! —le gritó alarmado.

—¿Te molesta esto? —Levantó aún más las manos—. ¿En serio?

Se miraron desafiantes.

—¡Un segundo! Esto te va a gustar seguro, viene en el código de circulación para ciclistas con una capacidad intelectual como la mía.

—Pedaleó más rápidamente, mientras tiraba del manillar para echar el peso de su cuerpo hacia atrás; dando un fuerte pedaleo, consiguió levantar la rueda delantera.

Hacía años que no lo intentaba, pero le salió perfecto, todo lo perfecto que quería para que él se quedase de piedra. Cuando se situó de nuevo a su altura y la miró, su cara era difícil de describir.

—¡Marina! —le gritó, molesto.

—¡Tomás! —dijo con afectación, mientras se llevaba las manos a la cara en un fingido gesto de susto.

Escuchó cómo pisaba el acelerador para alejarse de ella.

—Pfff... ¡Tiparraco! —le gritó, harta del día que estaba teniendo.

Al llegar a casa, su madre la estaba esperando, impaciente porque le contara cómo le había ido. Decidió que, si mentía, acabaría antes la conversación.

—¿Qué tal?

—Muy bien, todos muy simpáticos.

Su madre la miraba incrédula.

—¿Has conocido a Alberto?

—Te envía saludos. —Se echó en el sofá a disfrutar un momento del aire acondicionado—. A ti y a la abuela.

—Es muy educado, siempre tiene palabras agradables para todo el mundo.

«¡Igualito que su hijo!», pensó Marina, recordándolo.

—Te han enviado un sobre. —Su madre se acercó para tendersele.

—Debe de ser de mi tutor de tesis.

—Me parece que no viene de la universidad.

Miró el sobre con el logotipo de una empresa de transporte urgente, leyó el remitente. Era de la empresa de Tomás.

—¿No lo abres? —preguntó su madre, curiosa.

—Luego; no hay prisa.

Se sentó a comer sin dejar de pensar en el contenido del sobre. Probablemente, no sería nada importante. Acabó rápidamente para subir a su habitación, rasgó el sobre y sostuvo el pequeño libro sin apenas parpadear.

—No me lo puedo creer. —Negaba con la cabeza y resoplaba, enfadada.

En su mano sostenía un pequeño manual infantil de circulación para ciclistas. No hacía falta preguntar nada; sabía quién enviaba eso.

—¡Muy gracioso, Tomás! ¡Pero mucho...! ¡Qué idiota!

Pasó parte de la tarde intentando concentrarse en la corrección de su tesis, pero el manual del ciclista sobre la cama parecía no dejar de mirarla y de recordarle lo que había pasado esa mañana. Cuanto más lo pensaba, peor se sentía. Sabía que había cometido una imprudencia cruzándose delante del coche de Tomás, pero su frasecita para dejarla en ridículo... escocía, y no le iba a ser fácil olvidarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó Elvira, curiosa.

—No se llama nada; ¡es un energúmeno, y ya está! —Marina se lanzó a la piscina. No le apetecía seguir hablando de lo que había pasado esa mañana.

Noelia y Elvira eran insistentes. Cuando salió del agua, las dos la esperaban sentadas en el borde la piscina.

—Pues a mí me ha encantado lo del manual del ciclista. —A Elvira se la veía feliz.

—Pues te lo presto cuando quieras; y a mi jefe, también.

—No lo prestes tan rápido, que te hará falta.

—¿Para qué, Elvira?

—¿Puedo meter el dedo en la llaga, Marina? No entiendo por qué te molestas tanto con él; tú misma has reconocido que no sabes hacer

nada en esa empresa, y eso es exactamente lo que te ha dicho.

—¿Qué pretendes decirme?

—Lo que ha pasado hoy.

—No estabas allí.

—No me hace falta. Te ha dicho que busques un empleo que se adapte a tu capacidad intelectual; tienes dos licenciaturas; algo que se adapte a tu nivel no es ese trabajo.

—Él no sabe todo eso. Me ha hecho sentir mucha vergüenza: es lo que no puedo soportar.

—Seguro que se ha sentido eclipsado por ti y se ha envalentonado.

—¿Por qué no dejas de decir estupideces? —Ya estaba lo suficientemente molesta como para que Elvira le hablase de ese modo.

—Y, por cierto... ¿está bueno? Porque si está bueno, igual lo demás es disculpable.

Elvira reía feliz con su ocurrencia; Marina y Noelia la fulminaron con la mirada.

—Le ha dicho cosas desagradables a Marina. Da igual cómo sea ese hombre —le recriminó Noelia.

—La próxima vez no habléis; más acción ahí es lo que necesitas, «Marina responsable».

—No te voy a decir que no a lo de tener más acción —Marina se sentó en el borde junto a sus amigas—, pero con «eso», no.

—No lo llames «eso», porque entonces lo visualizo. —Elvira entrecerró los ojos, pensativa.

—¿Y qué visualizas? —quiso saber Marina.

—Un hombre de unos cincuenta años, sin culo, pero con barriga cervecera. Calvo por arriba, aunque con un mechón enrollado como una ensaimada encima del todo, intentando disimular su falta de pelo. ¡Ah, sí! Y un plus añadido: gafas con cristales sucios, muy sucios. —Elvira se estremeció con un escalofrío.

Las tres se echaron a reír. En ese momento se acercaba Román, el marido de Noelia.

—¡Vaya recibimiento!

—Se ríen de tu bañador nuevo; ya te dije que era ridículo —

refunfuñó Noelia.

Román se miró durante unos segundos.

—¡Pues yo me veo espectacular! —Se lanzó a la piscina, decidido.

—¡Eres mala, Noelia! Pobre Román —le recriminó Marina.

—Déjalo, que espabile. Cada vez que sale solo a comprar ropa se le ocurren cosas absurdas; ¿dónde va con ese slip de baño? Él siempre ha sido de bermudas.

—Es normal cambiar de gustos, ¿no? —replicó Marina, mientras observaba a Román nadar. No le quedaba nada mal el bañador, pese al enfado de su mujer.

—¡Para hacer el ridículo, no!

—¿Estás bien?

Marina la miró, preocupada; ese carácter agresivo no era normal en Noelia, siempre tan dulce y cariñosa.

—Está un poco harta de la vida familiar —le informó Elvira.

—¡¿Por qué no te callas?! ¡Qué boca tienes! —Noelia se levantó para sentarse en una de las tumbonas.

—Ya te lo contaré, no te preocupes, Marina —dijo Elvira, quitándole hierro a lo que acababa de pasar.

Marina sintió que estaba cada vez más desconectada de la vida de sus amigas. Quizás había sido algo egoísta últimamente, sumida solo en sus preocupaciones. Elvira se casaba en noviembre; era fotógrafa y trabajaba en el estudio de su padre, allí, en el pueblo. Noelia era profesora de lengua de secundaria, pero llevaba en paro ya algún tiempo; estaba casada. Marina era la madrina de su hija Alba.

Elvira tenía a Fernando y planes de futuro. Noelia tenía a Román y una niña preciosa. Y ella, ¿qué tenía? En ese momento, tristeza, cansancio, agotamiento, y una carrera suspendida en mitad del aire: había aparcado su vida por cuidar de un padre que, irónicamente, nunca se había ocupado de ella. Al final de su existencia, Marina había sido la única persona que se había preocupado de su bienestar.

## Capítulo 2

Escuchó un coche tras ella y cerró los ojos, distinguiendo enseguida el sonido de ese motor en concreto. Inspiró aire lentamente, esperando que el conductor del vehículo la sobrepasase sin problemas, sin mirarla, sin hablarle, y sin nada de nada. Quería ser transparente para él.

Cuando llegaron a la bifurcación, Marina frenó y miró a los lados. Tomás estaba parado a su altura, y le resultó inevitable ver su cara; sus ojos cruzaron una mirada nada amistosa. Un pensamiento la asaltó de repente y, aunque trató de resistirse a él, al final no tuvo más remedio que rendirse, era demasiado tentador: lentamente, se llevó el dedo índice al parpado inferior, indicando a Tomás sin palabras que quería que prestase atención a lo que iba a hacer. Después, extendió el brazo para señalar que iba a girar hacia la derecha. Él seguía parado, sin dejar de mirarla, y ella sintió la urgencia de llevar su travesura hasta las últimas consecuencias: así, giró el brazo para señalarlo, y a continuación cerró los dedos, dejando el corazón levantado en un gesto bastante grosero. Tomás abrió la boca, sin poder creer lo que veía, y ella sonrió de forma teatral. Sujetando con fuerza el manillar, continuó pedaleando; él la adelantó rápidamente, y Marina rio a carcajadas recordando la cara que había puesto el tipo aquel ante el dedo levantado.

Unos minutos más tarde, estaba entrando por la puerta de la fábrica; para su sorpresa, Tomás, apoyado en el coche, parecía estar esperándola. Ignorándolo, dejó la bici y se dirigió hacia la entrada.

—¡No tan rápida! Venga, acompáñame a mi despacho —escuchó



tras ella; se quedó paralizada.

«¡Igual me he pasado!», pensó, aunque sin agobiarse en exceso. Se quedó parada en la puerta. Tomás la abrió, cediéndole el paso. Se miraron.

—¿Ya no te ríes? —preguntó él sin moverse.

—Has dicho: «Venga, acompáñame a mi despacho»; si hubieras dicho: «Venga, ríete», yo estaría riéndome —le contestó altiva, con chulería—. ¡Aclárate! ¿Qué es lo que quieres? ¿Que venga, que te acompañe o que me ría?... ¡Ah, espera! ¡Igual es que lo quieres todo! Pues nada, vengo, te acompaño a tu despacho, y, una vez allí, nos reímos.

—¿Por qué hablas tanto?

—¡Vaya! No puedo reírme ni tampoco hablar. Pues es una pena, Tomás, porque son de las cosas que más me gusta hacer. Ya lo de subir contigo a tu despacho no sé si me gustará tanto; ¿qué tienes arriba?, ¿qué escondes? Siento curiosidad: ¿qué me vas a enseñar? —preguntó en tono malicioso, acercándose insinuante a él.

—Eres muy fresca —le reprochó él, entrecerrando los ojos.

—¿Cómo de fresca? —preguntó, sin dejarse amedrentar.

Tomás parecía incapaz de salir de su asombro ante aquella chica y sus contestaciones.

—¿Quizás como una lechuga romana recién cortada? ¿O tú eres más de col rizada? ¿Lechuga baby o la iceberg? ¿Sabes cuál te digo? Esa que es como una bola, así, apretadita —decía, formando una bola con sus manos—. También tienes la Trocadero... mmm... deja que piense... ¡Ah, sí! Mi favorita: la lechuga «hoja de roble»; ¡es tan bonita...! Si tengo que ser una lechuga, por favor, quiero ser una «hoja de roble». ¿Qué me dices? —preguntó, esbozando una mueca irónica ante su cara de confusión.

—¡Sube a mi despacho y calla ya! —explotó, mientras se encaminaba hacia las escaleras sin esperarla.

Marina le siguió sin replicar; ¿estaba preocupada? No lo creía. Aquel hombre era el dueño de la empresa, y ella se estaba pasando bastante, pero no podía evitarlo: era lo único que le apetecía hacer cuando lo veía. Su lengua desatada era el castigo que se merecía por

haberla avergonzado.

Lo siguió por el pasillo mientras notaba cómo se clavaban sobre ella las miradas curiosas de algunos empleados. Fijándose en su figura desde atrás, tuvo que reconocer que estaba bastante bien: el polo negro ajustado que vestía y los vaqueros claros no le sentaban nada mal; sus andares eran bastante masculinos, y le gustó particularmente la cadencia que imprimía a sus movimientos. «¡Por favor, no se pueden llenar mejor unos pantalones!», pensó, mirando como hipnotizada el trasero de Tomás. Sobreponiéndose, se riñó en silencio: ¡le esperaba una bronca, y ella pensando en aquel cuerpo! Saludaron a Carmen al pasar por la oficina, y la secretaria cruzó con ella una mirada de curiosidad y asombro. Tomás pasó primero al despacho. Marina lo siguió y cerró tras ella.

—¡Siéntate! —le ordenó.

No le gustaba que le dieran órdenes; las cosas se explicaban o se pedían; no se exigían, así que no pensaba obedecer.

—Te he dicho que te sientes —le repitió desde su sillón.

—No me apetece.

Se miraron.

—Es la primera vez en mi vida que me hacen la peineta.

También era la primera vez que ella la hacía; jamás antes había conocido a alguien que se mereciera el gesto.

—¡Pues enhorabuena! Alguna vez tenía que pasar, nene.

Él la miró atónito.

—¿Qué me has llamado? —preguntó; su cara era el vivo retrato de la incredulidad.

—Nene —repitió, tranquila—. Así, pequeñito... ¡un nenito de papá! —dijo con voz afectada, como si estuviese hablando con un niño pequeño.

Tomás la miraba, negando con la cabeza.

—¿Hoy no está papá para defenderte, nene?

—¡No me llames nene!

—¿Es que eres nena? ¡Ah, bueno, igual sí! Una nenita delicada a la que nunca le han hecho esto. —Sacó su dedo de nuevo, con una tranquilidad que hasta a ella le sorprendió.

Tomás se levantó de golpe y rodeó la mesa hasta plantarse junto a ella.

—¡Pero bueno... eres increíble! ¡¿Tú de que vas?! —le gritó.

—¿Yo? ¡Ah, no, de nada! Eres tú el que no te aclaras; primero me dices que te acompañe, luego que si soy fresca, que me siente, que si no te han hecho esto nunca...

Estaba a punto de sacar el dedo de nuevo cuando, con una rapidez sorprendente, Tomás le agarró la mano, cubriéndola por completo con la suya.

—¡Para! —exclamó, furioso—. ¿Es que no te cansas?

Marina bajó la vista hasta su mano: él presionaba fuertemente, pero no hasta el punto de ser molesto. La miró tan fijamente que sintió sus mejillas arder; al cabo de un momento, retorció nerviosa la mano para que él la soltase.

—¿Me la devuelves? Quiero explicarte algo. —Él la soltó—. Tomás, ¿por qué tanto escándalo? Es un dedo, un dedo que se separa de los demás en un gesto como cualquier otro. ¿Para esto me haces subir? ¡Te asustas con muy poco! ¿Si te saco este también te asustas? —preguntó en tono jocosos sacando el pulgar—. Mira, este es para hacer autostop, pero tú no lo necesitas: tienes coche. Después, tienes el índice para decir: «¡Uno!» —gritó mientras lo sacaba—. Ahora viene el que tanto te preocupa. —Y sacó de nuevo el corazón—. Y luego viene este, que es el más bonito, para colocar el anillo de la persona que te quiera; a ver... no, tú no llevas. Eres de natural asustadizo, tardarás en encontrar a tu amor. Y yo no llevo tampoco, porque es este —Tomás volvía a cogerle la mano para cubrir su dedo antes que lo sacase—, el que se levanta, aunque yo no quiera, cuando te veo; como si tuviese un resorte... ¿lo notas? ¿Notas el resorte? —Movía rápida el dedo bajo su mano. Tomás entrecerraba los ojos, serio—. Me queda el meñique. Si me sueltas, te explico para qué puedes usarlo. ¿Quieres oírlo?

—¡Para! ¡Cállate ya, por Dios! —le gritó, soltando su mano.

A Marina se le pasó por la cabeza que desde fuera Carmen seguramente lo estaría escuchando todo, y de repente sintió vergüenza.

—¡Eres tremenda! —logró articular Tomás, mientras se apoyaba en la mesa.

—Marina.

—¿Cómo? —preguntó, confuso.

—Marina «Hoja de roble». Te lo he explicado hace un momentito, antes de subir por las escaleras, ¿recuerdas? —preguntó muy seria. La provocación le salía de manera natural, casi sin pretenderlo, como nunca antes le había ocurrido con nadie en toda su vida—. Debes de acordarte, porque tu capacidad intelectual está muy por encima de la mía, ¿verdad?

Tomás agitaba la cabeza: negaba suavemente, con los ojos cerrados; al cabo de un momento los abrió, dirigiéndolos hacia el techo. Finalmente, resopló, y a ella le pareció notar su creciente azoramiento: era divertido verlo así, pese a todo.

—¡Aggg! —Se llevó las manos a la boca mientras gritaba—. ¡Qué insoportable eres! Trabajas para mí... ¿es que te dan igual todas esas cosas que me dices?

—Pues despídeme —sugirió, tranquila, porque ciertamente le daba igual continuar o marcharse.

—Vaya. ¡Parece que lo estás deseando!

—Haz lo que tengas que hacer —replicó ella con indiferencia.

—No voy a despedirte; te vas a fastidiar... vamos a ver quién aguanta más. Soy el dueño, por lo que creo que yo me quedo.

—Todavía no me conoces; no sabes lo molesta que puedo llegar a ser: puede ocurrir que cierres y tengas que llevarte la empresa a China.

Tomás se echó a reír, y Marina lo observó mientras lo hacía. Le gustó su risa: era agradable escucharlo y verlo así por primera vez.

—Precisamente China... no sé, en todo caso me la llevaría a otro país.

—No, no, bien lejos... ¡cuanto más, mejor! Y por el idioma no te preocupes: yo te echo una manita.

Se miraron desafiantes.

—Ahora, venga, a trabajar —dijo ella por fin, burlona—. ¿O es que quieres algo más?

—¡No! —exclamó él.

—Pues hasta otro ratito, nene —soltó, con toda la intención.

Escuchó su bufido mientras salía por la puerta. Carmen, inmóvil tras la pantalla del ordenador, parecía petrificada.

—¡Hasta luego, Carmen! —se despidió con una sonrisa. Después, se encaminó hacia el baño de la planta superior, y rebuscó por su mochila hasta encontrar el móvil. Marcó el número de Elvira.

—Dime, Marina —respondió la familiar voz de su amiga.

—¡Hola, Elvira! Oye... ¿Podrías pasarte por mi casa y coger un diccionario?

—Claro. ¿Dónde estás? ¿No estás trabajando?

—Sí, pero lo necesito urgentemente. Si vienes a las once, durante el descanso, te espero fuera, en la puerta.

—De acuerdo. ¿Qué diccionario quieres?

—El de chino, sobre mi mesa de estudio; lo verás junto al de inglés y al de francés. Mi madre está en casa.

Si él era gracioso, ella también podía serlo. A la hora del almuerzo salió a recoger el diccionario; después subió rápidamente, segura de que Carmen no estaría en la oficina.

No se había equivocado: la mesa de la secretaria estaba vacía, así que Marina no lo dudó, y entró sin llamar en el despacho de Tomás que, concentrado en la pantalla del ordenador, no la escuchó entrar. Recordando malhumorada el código de circulación para ciclistas que tenía en casa, dejó caer de golpe el diccionario en la mesa. Sobresaltado, Tomás alzó la cabeza.

—¡¡¡Marina!!! —aulló, fulminándola con la mirada.

— Ya te dije que te iba a echar una manita —dijo, señalando el diccionario.

Tomás bajó la vista; una mueca maliciosa asomó a sus labios.

—Eres muy graciosa, ¿eh?

—Menos que tú; lo del código fue un detalle increíble por tu parte.

—Hagamos una cosa: yo me leo esto, y tú, el código.

—¿Hace falta que te diga por dónde puedes meterte el dichoso código?

Él la observó, ladeando la mirada; parecía pensativo.

—¿Hummm? Pues ahora no caigo. Ilústreme.

Marina tenía una grosería enorme en la punta de la lengua, pero ese no era su estilo, ni siquiera con alguien que se la merecía tanto; lo miró con rabia, entrecerrando los ojos, y de pronto recordó algo: el diccionario había sido propiedad de una antigua compañera de piso que estudiaba chino; se lo había regalado antes de mudarse, dedicándole unas palabras que nunca olvidaría: «Me encanta ver cómo lo coges para curiosear todos los días. Te dejo dentro la palabra que nunca debes dejar de perseguir». Esbozó una ligera sonrisa: sin duda iba a ser más elegante de lo que él se esperaba.

—Repasa el diccionario; igual el lugar viene ahí escrito.

Tomás no se esperaba esa respuesta, y la miró sorprendido. Marina salió del despacho. Ya tenía con qué entretenerse: su compañera había subrayado para ella «sabiduría»; «Ahí —pensó Marina— es donde ese tiparraco puede meter su código, a ver si se le pega algo de la palabra y deja de pensar que soy idiota».

Entró al taller de costura, sudando por la tensión que Tomás le provocaba. Se sentó de mal humor a hacer no sabía muy bien qué; se sentía absurdamente inútil. Nunca conseguiría coger el ritmo del resto.

\*\*\*

—¡Marina! ¡Marina! —Escuchó a su madre llamarla desde la planta baja.

Se incorporó y miró el reloj: eran las siete de la mañana. Se levantó resoplando, sin saber qué ocurría.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó al verla hablando con un hombre en la puerta de la entrada.

—Este señor dice que tiene un pedido para entregarte.

—¡Pero si no he pedido nada! —exclamó, acercándose a ellos.

—¿Es usted Marina García, de la calle Miguel Hernández número 3?

—Sí.

—Pues entonces firme, por favor. Y, si no le importa, voy a empezar a descargar, porque voy con retraso —dijo, mientras le tendía la nota

de entrega a su madre.

—Pero... ¿qué es lo que va a empezar a descargar? —preguntó asombrada, sin mirar la hoja que su madre sostenía.

—Esto —dijo, mientras abría la parte de atrás del camión y sacaba una caja de lechugas.

—¡¿Qué?! Pero... esto... debe de ser un error —balbuceó Marina—. Yo no he pedido nada; ¡haga el favor de llevarse la caja!

—Oiga, que esta no es la única. Hay más.

Sin inmutarse, el repartidor y su ayudante empezaron a bajar cajas de lechugas. En cada una de ellas había una nota marcada con rotulador en la que se indicaba la variedad de lechuga que contenía.

—Marina, no entiendo nada —decía su madre, alarmada.

Pero ella sí que lo entendía; acababa de comprenderlo.

—¡Será hijo de...!

—¡Marina! —le recriminó su madre, sin dejar que acabase.

Se tragó lo que estaba a punto de decir.

—¿Me explicas qué está pasando?

Pero su hija ni siquiera la escuchaba.

—Hagan el favor de llevarse todo esto, porque no pienso pagarles —dijo, sofocada.

—No, no, puede estar tranquila, que ya está pagado. Lo que sí quisiera saber es por qué traemos las lechugas hasta su casa; podíamos haberlas dejado en su tienda.

—No tengo ninguna tienda —atajó ella.

—Entonces... ¿qué va a hacer con tanta lechuga?

—¡No lo sé! —le gritó, rabiosa—. Por favor, no siga bajando más —suplicó preocupada, al ver la invasión hortícola que comenzaba a adueñarse de su salón.

—Lo siento, debo entregarlo todo —replicó el repartidor mientras le tendía el albarán; ella lo firmó, resignada.

Marina paseó la mirada, contando las cajas: diez. Cada una contendría unas diez lechugas, calculó mientras leía las etiquetas: Iceberg, Baby, Romana, Trocadero, Batavia, Lollo Rosso, Lollo biando, Maravillas, China, Simpson... Entrecerró los ojos: faltaba una.

—¿Es todo? —preguntó al repartidor, que ya se disponía a cerrar las

puertas del camión.

—No; queda esta —le respondió, sacando una cestita.

Se asomó, curiosa; dentro había una solitaria lechuga «Hoja de roble» adornada con un lazo de raso naranja. Negó con la cabeza y se echó a reír; no podía hacer otra cosa. Cuando los repartidores se marcharon, ella seguía sujetando la cesta.

—¿Me lo explicas ahora, por favor? —reclamó su madre.

—No puedo.

¿Cómo podía explicar la conversación que había tenido con Tomás el día anterior?

—Oye, mamá —continuó, tras un momento de duda—, llama a la frutería de tu prima Lola y que vengan a llevarse las cajas, ¿de acuerdo?

—¡Marina!

—Mamá, llego tarde; ya te lo explicaré. Por ahora, vamos a olvidarnos de esto.

—¿Y de lo que hay en esa cesta también nos olvidamos?

Su madre no era tonta: había visto cómo se le iluminaba la cara al ver aquella lechuga con lazo. Sin poder evitarlo, suspiró. No, de eso no iba a poder olvidarse.

Subió a vestirse, y en un momento estaba lista para salir hacia el trabajo. No sabía si quería encontrarse con Tomás; lo de las lechugas había sido... ¿qué había sido? Porque no sabía si quería reír al recordarlo, o ponerse furiosa con todo el follón que se había liado en su salón.

Dudó un momento, pero al fin se decidió: antes de salir tenía que hacer algo. La noche anterior había agujereado el código para ciclistas, pasándole después una delgada cuerda; pensaba colgarlo de su manillar y llevarlo allí para que Tomás lo viese todos los días, cuando coincidiesen o simplemente se fijara en su bicicleta. Le iba a recordar su gracia a diario; quería hacerle sentir algo de vergüenza.

Salió del garaje y decidió que sí, que estaba deseando encontrarse con él. Llegó a la bifurcación, y al girar distinguió el coche de Tomás. Sin pensarlo, pedaleó lo más rápido que pudo y lo alcanzó, agarrándose al espejo lateral; él la miró sobresaltado.



—¿Qué haces?! ¡Suéltate ahora mismo! —vociferó.

Pero no pensaba hacerlo. Tenía intención de llegar así hasta la puerta de la fábrica; ya faltaban pocos metros.

—¡Marina!

No contestó; sabía que él no frenaría, pues podría provocar que ella sufriera un accidente.

—¡Por favor! —le pidió en un tono que sonaba a súplica.

Cuando estaban a punto de pasar por la puerta, Marina se soltó con toda tranquilidad y entró pedaleando suavemente. Después se bajó y aparcó la bici. Por su parte, Tomás se apeó de su jeep; lo cerró de un portazo, lo que provocó que los somnolientos empleados que en ese momento entraban en la fábrica se giraran sobresaltados. Con cierta desgana, ella se movió hacia donde él estaba.

—¡Sube a mi despacho! —Más que pronunciar esas palabras, parecía estar masticándolas.

Notó con desagrado cómo todas las miradas se posaban sobre ellos, y suspiró, pensando que aquello acabaría por pasarle factura. Cuando al fin se decidió a subir detrás de Tomás, no pudo evitar fijarse en Carmen: la misma mueca de suficiencia de siempre. La saludó con una sonrisa y entró, cerrando la puerta tras ella.

—¡Siéntate! —ordenó él inmediatamente.

«¡Qué manía con sentarme!», pensó Marina sin inmutarse.

—¡Que no voy a sentarme! Las cosas no se exigen, se piden. No me gusta que me den órdenes.

—Y a mí no me gustáis ni tú ni tu bicicleta. ¡Me tienes hartos! Si vuelves a cogerte al espejo, te agarro, piso el acelerador, y te lanzo directa al espacio. ¿Lo has entendido? —le gritó.

«¡Carmen tiene que estar pasándoselo genial!», pensó, imaginándose a la secretaria metomentodo pegando bien la oreja a la puerta para no perderse ni uno de los gritos de Tomás.

—Venus es el planeta más cercano a la Tierra; ¿crees que podré llegar hasta allí con tu lanzamiento, nene? —preguntó sin alterarse.

Él inclinó la cabeza, golpeándose la frente con la mesa suavemente, y Marina tuvo que morderse los labios para evitar reír al ver su gesto de desesperación. Cuando al cabo de un momento Tomás alzó la

cabeza de nuevo, ella había borrado todo rastro de humor de su rostro; en su lugar, lo miraba con gesto desafiante.

—¿Esto va a ser así hasta que acabe tu contrato? Dime que no... ¡No sé si voy a poder soportarlo!

—¡Pues despídeme! —le dijo.

—¡De eso nada! ¡Te fastidias! Ya te lo dije.

—¿Solo yo? No, Tomás; nos vamos a fastidiar los dos.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, desesperado.

—Trabajar —replicó ella tranquilamente.

—No lo creo. Ya son dos las veces que me pides que te despida; no pareces muy interesada en trabajar aquí.

—No es este el lugar en el que aspiro a estar.

—Pues vete.

—Lo haré, no te preocupes.

—Para ir... ¿adónde exactamente? —Había un cierto tonillo de ironía en su voz que a ella no le gustó nada.

—Adonde tú no estés y se me aprecie en lo mucho que valgo —replicó, cortante.

—¡Vaya!

—Sí; mi capacidad intelectual, aunque tú no lo creas, se valora fuera de esta empresa.

—Pues como no sea en un campeonato de ciclismo... Porque ya he visto lo mal que nos va contigo: ¡todo son pérdidas! ¡Nada más que en papel para hacer patrones, ya se nos ha ido un pico! Bueno, y según me cuentan desde el taller de costura, ya has echado a perder unos cuantos vestidos, ¿no? Si a eso le añadimos la factura de las lechugas... ¡me sales cara, pelirroja! —le dijo con sorna.

Pelirroja. Esa palabra, que de niña había tenido un sentido peyorativo para ella, cuando salía de su boca tenía otra connotación; le gustó escucharla. Se acercó hasta el borde de la mesa, inclinándose tanto que su rostro casi rozó el de él.

«¡Eres guapo! ¡Tonto, pero muy guapo! —pensó, mientras observaba cómo tragaba saliva—. ¡Vaya! ¡Parece que te intimidó, caballere!» Esa sensación le resultaba nueva y agradable. Esperó su reacción pero, al ver que no se movía, repitió el gesto de su primer

día: le sopló en los ojos, dejándolo de nuevo con la boca abierta. Por fin, viendo que Tomás no era capaz de reaccionar, se incorporó, y, como le apetecía sentarse, así lo hizo, cruzando las piernas y entrelazando las manos sobre su regazo. Después, le habló tranquila:

—Gracias por las lechugas; los burros que tengo en mi patio hoy comerán felices. ¿Sabes que crío burros? Me relaciono bien con ellos, dada mi capacidad intelectual.

Tomás reaccionó al fin. Frunció el ceño y carraspeó, tratando de recomponerse.

—¿Cuántas veces lo vas a repetir? —masculló.

—Todas las que quiera cada día; cada vez que hablemos. No me voy a cansar de recordarte tus palabras. Te voy a martillar con ellas para que te des cuenta de lo absurdo que eres.

Se miraron durante unos segundos fija, silenciosamente.

—¿Has acabado ya? —preguntó Tomás, frunciendo el ceño de nuevo.

—No, para nada. —Negó con la cabeza repetidamente—. Si me invitas a subir a tu despacho para hablar, pues yo hablo. Con los burros, voy a montar un negocio para dar paseítos por el pueblo; te invito, ya que eres tan blando que te aterra subir en bici. Tan blandito y educadito que nunca antes te habían hecho la peineta. ¡No, no te asustes... hoy no te la hago! Ayer te vi muy trastornado ante la sucesión de repeticiones que te hice mostrándote el dedo, y quiero que esta noche duermas bien, no como la pasada, porque después de dedicar tantas horas a reunir todas esas variedades de lechuga no me cabe duda de que te pasarías la noche en vela pensando en mí y preguntándote a ti mismo: «¿Qué cara se le quedará a Marina cuando vea las lechugas?» Y también pensando en mi dedo, claro. Espera, creo que al final sí que te lo voy a sacar: quiero ver lo rápido que eres en cubrirlo; ¿estás listo?—Se levantó para que él la viese bien.

Sin embargo, sus palabras no tuvieron el efecto esperado; sorprendida y molesta, vio cómo, poco a poco, el gesto contrariado de Tomás cambiaba hasta convertirse en una mueca maliciosa.

—Adelante, sé que estás impaciente por sacarme el dedo. Hasta ahora creía que lo hacías porque te gustaba molestarme, pero ahora

me acabo de dar cuenta de que, en realidad, no es más que una excusa para que te toque.

Estaba harta; quería molestarlo, y otra vez veía impotente cómo se cambiaban las tornas. Tomás rio a carcajadas al ver su cara de fastidio.

—La tienes blanda —le espetó de repente.

—¿Qué?! —exclamó él, tomado totalmente por sorpresa.

—¡La mano, Tomás, la mano! Blanda y sudada. —Por un momento, pareció confuso, pero al poco prorrumpió en risas de nuevo—. Y lo que más me desagrada en la mano de un hombre —continuó Marina, impertérrita— es que esté húmeda cuando te toca y flojita cuando te sujeta.

—Para poder distinguir entre blando y firme, tienes que compararme con otro; pero con ese carácter que tienes, dudo mucho de que algún hombre te haya tocado nunca antes.

—Bah, con un solo hombre basta. Quizás tú quieras hacerme una demostración, para hacerme apreciar bien la diferencia.

Se miraron desafiantes, y Tomás se levantó para rodear la mesa. Marina tragó saliva: no esperaba que él hiciese nada. «¡No se le ocurrirá!», pensó incrédula; pero sí: él se acercó para ponerse justo a su lado y la cogió fuertemente, apretando su cadera contra su cuerpo con tanto ímpetu que le temblaron las piernas.

—Escucha, pelirroja: no tengo nada flojo desde que te conozco. —Y sí, de eso no le quedaba la menor duda: la erección de Tomás se aplastaba contra ella.

Marina no sabía qué decir, qué hacer o qué pensar; no podía reaccionar. Tan solo respiraba porque era un acto reflejo.

—¡Quiéreme, aunque sea un poco! —suplicó él con voz de falsete, entrecortada por la risa que le producía la turbación de Marina.

—Pero si te quiero —acertó ella a decir, aunque la turbación le impedía sonar tan socarrona como pretendía—. ¡Mi amor por ti es tan justo que solo alcanza para pasar el día!

—Tranquila, que para pasar la noche ya te quiero yo.

La rabia se apoderó de ella; ahora solo deseaba largarse de allí lo antes posible.

—¡Suéltame! —le gritó.

—No.

—Aparta —pidió con tono neutro, tratando de recobrar la tranquilidad al ver que él no se inmutaba.

—No.

—De acuerdo; pues nos quedamos así —replicó, deseando ver cuánto era capaz de aguantar.

La situación le parecía absolutamente ridícula: ella de frente, y Tomás sujetándola de lado.

—¿Disfrutas? —acertó a preguntarle.

—Sí.

Ella sudaba, pese al aire acondicionado; notaba cómo el calor le subía desde el pecho.

—¡Me parece increíble!

—Y a mí —susurró él.

Notaba cómo una risa histérica se abría paso hasta su garganta; luchó por detenerla, pero sabía que no podría aguantar mucho tiempo.

—¿Es que no tienes nada que hacer?

—No.

—Pues yo sí.

—Tranquila, por hoy quedas exenta de todas tus tareas.

—Tomás, no sé si sabes que alguien puede entrar —dijo, tratando de no sonar demasiado desesperada.

—¡Como si me importase!

Quería gritar para que la soltase; después, pensó que tal vez sería más efectivo lloriquear, agitarse, o incluso darle un pisotón. Por suerte no tuvo que recurrir a nada de eso.

La puerta se había abierto, y la figura de Alberto se recortaba en el umbral. En un primer momento, Marina quiso morir de vergüenza, pero al instante cambio de opinión. Al notar cómo los brazos de Tomás trataban de desenlazarse de los suyos a toda prisa, se aferró fuertemente a él para impedirselo; «Ahora veremos quién ríe el último», pensó. Alzó la vista para observar la cara de Tomás, y acto seguido desvió la mirada hacia Alberto; se lo veía indeciso, como si

fuera incapaz de decidir entre interrumpir lo que quiera que estuviese ocurriendo o marcharse de allí.

—Pase, pase, Alberto; Tomás me estaba explicando... ¿qué me explicabas, Tomás? —preguntó, maliciosa.

—Mejor os dejo y vuelvo después. —Se decidió el hombre por fin, cerrando con cuidado la puerta tras él.

Tomás soltó una carcajada; ella esbozó una leve sonrisa a su vez, cuidándose de que él no la viese. Después se soltó. Se miraron detenidamente, y él sonrió malicioso, logrando ponerla nerviosa de nuevo.

—¿De verdad quieres seguir con esto, Tomás? ¿No te cansas?

—No; pese a la cara de mi padre y lo que supongo que me dirá cuando vuelva, no me canso.

«¡Qué verano más largo!», se lamentó Marina en silencio mientras salía, pensando en lo que acababa de pasar.

\*\*\*

A través de la puerta de salida podía ver la familiar forma de su bicicleta. Mientras se acercaba, se fijó en el manillar; además del código de circulación, había algo más que colgaba de él: era una especie de cuaderno que, al hojearlo, resultó ser un listado encuadernado de todas las actividades, rutas, sendas y campeonatos de ciclismo que se podían hacer en el país. Incredula, abrió la boca. Tras un rápido primer vistazo, tuvo que reconocer que la información estaba muy conseguida: venía ordenada por fechas —la última era para diciembre— y aparecían eventos ciclistas de todas las provincias. Cuando levantó la vista, Tomás estaba apoyado en su coche, mirándola sonriente; tuvo que salir pedaleando a toda velocidad para evitar arrancar el listado y golpearle con este en la cabeza.

Sin embargo, tenía perfectamente claro que la jornada no terminaría así; sabía que él llegaría hasta la bifurcación y la esperaría, así que no merecía la pena pedalear muy deprisa. Frenó para mirar, y él se puso a su altura.

—No podrás decir que no te facilito el que te marches. Ya tienes actividades para hacer lo que mejor se te da: montar en bici y hacer la loca por ahí, lejos de mí.

—No tengo traje apropiado —masculló, pero con desgana: todo aquello la tenía exhausta; sin mirar atrás, continuó pedaleando.

—Pues habrá que ponerle remedio a eso. ¡Hasta mañana, mujer de exuberante belleza! —dijo, y la adelantó.

\*\*\*

—¡Cuéntalo otra vez, por favor! —suplicaba Noelia, sentada en la tumbona de su jardín.

—¡Qué pesadas! Si ya lo he contado tres veces... —se desesperaba Marina.

—Pero es que nos cuesta creer que haya alguien que se comporte así siendo el jefe de nadie. ¡A mí esto no me huele a jefe, jefe!

—¡Desde luego! Ningún adulto responsable y dueño de una empresa sería actuaría como él lo está haciendo desde el primer día conmigo. —Cerró los ojos para intentar relajarse y disfrutar de la tarde en la piscina, pero ante el silencio de sus amigas abrió un ojo, extrañada—. ¿Qué?

—Pues que ese hombre no quiere ser tu jefe.

—Eso está claro desde el minuto uno, porque quiere verme en la calle.

—A mí me ha enamorado con lo de las lechugas —suspiró Noelia.

—¿Quieres dejar eso ya? ¿Esto va a ser así todas las tardes que nos juntemos a darnos un chapuzón? ¡Porque entonces no vengo más! —amenazó.

—Pues a mí con lo que me ha enamorado es con su «carencia de flojedad» —intervino Elvira, riendo a carcajadas.

—¡No te rías! —le recriminó Noelia—. Igual eso es acoso, ¿no?

—No es acoso cuando él te gusta, Noelia, y Marina no se soltaba ni con el padre delante... ¡Eres más tremenda que yo!

Marina resopló al escucharla.

—Hazle una foto con el móvil, y no volvemos a hablar del tema —

sugirió Elvira.

—¡No pienso hacer tal cosa! —aseguró su amiga, convencida.

—Si no quieres enseñar al ejemplar es porque él está muy bien, y sabes que así comprenderíamos que te gusta y no te haríamos ni caso cuando te haces la ofendida.

Elvira se levantó las gafas de sol sobre la frente. Marina conocía bien ese gesto: su amiga lo utilizaba cuando quería que se vieran sus ojos, grandes, serios y sinceros. Le molestó el cambio de tono de la conversación, y Elvira se dio cuenta; sonrió levemente, irguiéndose a medias en su asiento.

—Y no me saques el dedo como a él... ¡a mí no me asustas!

\*\*\*

Como había insinuado el día anterior, Tomás puso pronto remedio al «inconveniente» que Marina le había manifestado respecto a la ropa: a la mañana siguiente, cuando ella bajó a desayunar, un paquete la estaba esperando sobre la mesa del salón. Gimió, temiéndose lo peor; su cabeza daba vueltas mientras bebía el zumo que su previsora madre, sabedora de lo poco amiga que era su hija de madrugar, había preparado. Lo apuró con rapidez y abrió la caja de cartón.

—Marina, hay alguien por ahí que no quiere que lo olvides.

—¿Por qué dices eso?

—Hija, es que todos los días te traen algo. ¿Me dejas ver qué es?

Miró al interior de la caja y se quedó atónita: era una malla de ciclista de color negro, con su maillot a juego. En el frontal, venía su nombre estampado en naranja, como su pelo, como el lazo de la lechuga. Levantó la camiseta para acabar de examinarla.

—¿Y esto qué significa? —preguntó su madre sorprendida.

—¿El qué? —inquirió ella a su vez, aturdida.

Su madre le quitó el maillot y le dio la vuelta para que ella pudiese ver la espalda. Marina leyó en voz alta:

—«Quiero ser ciclista profesional, pero solo soy una loca sobre ruedas». —Escuchó la risa de su madre—. ¡No le veo la gracia!—



exclamó furiosa.

—Bueno, pues yo sí, al menos hasta que me cuentes qué es lo que está pasando.

—Nada, ya te lo dije.

—¡Ya! Pues para no ser nada, alguien se está tomando mucho interés.

Sin molestarse en replicar a su madre, se encaminó hacia el garaje en busca de la bicicleta. Al verla allí aparcada, con los «regalitos» de Tomás que colgaban del manillar, no pudo reprimir un grito de rabia. Subió rápidamente y pedaleó como una posesa. Antes de la bifurcación, él ya estaba a su lado; ni siquiera lo miró, pero, cuando llegaron al cruce, Tomás frenó, y ella ya no pudo seguir ignorándolo

—¡Vaya! ¿Y tu traje nuevo? —preguntó entre risas.

—Lo llevo debajo. ¿Quieres verlo? —replicó Marina, mirándolo fijamente.

Tomás asintió muy serio, y ella dejó la bici en el suelo. Con movimientos lentos, deliberados, se situó delante del coche y se despojó de su camiseta, quedándose solo con el sujetador. Permaneció quieta un momento, sin inmutarse, mientras él la miraba incrédulo desde su asiento. Por fin, deslizó un tirante por su hombro y se llevó las manos a la espalda para desabrochar el sostén. Un coche giró en el cruce, y ella pudo ver el rostro atónito del conductor cuando este aminoró al pasar por su lado, pero no sintió vergüenza: era Tomás el que debía sentirla, y, en efecto, parecía algo más que azorado cuando bajó rápidamente de su coche, casi abalanzándose sobre ella.

—¡¿Qué haces?! ¡Vístete inmediatamente! —le gritó, acercándose e intentando cogerla por el brazo.

—¡No! —Se escabulló Marina, consiguiendo llegar hasta su bicicleta.

Pero él era rápido, y logró cortarle el paso extendiendo un brazo; Marina se agachó para pasar por debajo, y él aprovechó para sujetarla por la cinturilla del vaquero. La camiseta se le resbaló de la mano y Tomás, sin liberarla, se agachó a recogerla: parecían dos niños pequeños.

—¡Suéltame! —le gritó, mientras le daba un manotazo.

—¡Vístete o te visto yo! —vociferó él a su vez, poniéndole la camiseta en la mano.

—¡No me da la gana!

Se miraron desafiantes; Tomás tomó aire lentamente con los ojos cerrados. Después la miró.

—¿Te vistes, por favor? —solicitó, bajando el tono.

—¿Me sueltas? —susurró ella a su vez.

La soltó. Sin dejar de mirarlo, muy despacio, fue hasta la bicicleta, se subió, ató la camiseta al manillar y empezó a pedalear.

—¡Que te vistas, te digo! —vociferó Tomás, enfadándose aún más al verla salir sin camiseta en dirección a la fábrica.

—¡Que me olvides, te digo yo a ti! —chilló Marina a su vez, sin siquiera girarse a mirarlo.

—¡Dios, qué pesadilla! —Lo escuchó gritar tras ella.

Continuó sin mirar atrás, y él la sobrepasó a más velocidad de la permitida en ese camino. Al cabo de un momento lo vio perderse, y frenó para ponerse la camiseta, pero antes se llevó las manos a la cara; temblaba: no se creía lo que acababa de hacer. Cuando por fin entró para aparcar su bici, él la estaba esperando. Se miraron desafiantes.

—¿Subo? —preguntó con sorna.

—¡Sube! —le ordenó furioso.

Pasó detrás de Tomás, que subía los escalones a toda velocidad; ella, en cambio, no tenía ninguna prisa, y, para cuando él llegó arriba, todavía seguía en el segundo escalón. Se giró a mirarla; volvió a bajar los escalones —de tres en tres—, y le agarró el brazo de mala manera.

—Muévete... ¡rápido! —Su orden fue casi un gruñido.

Ya le había explicado una vez que no soportaba que le diesen órdenes, así que plantó los pies con firmeza: no pensaba moverse si no le apetecía. Con los ojos brillando de furia, Tomás tiró de ella hacia arriba, pero no consiguió que se moviera ni un milímetro. Temblando de ira, bajó hasta el escalón en el que ella estaba.

—No te vas a librar de esta sin que te diga lo que pienso de ti, de la tontería que acabas de hacer... ¡pero no pienso hacerlo aquí! Muévete

o te muevo —siseó.

Marina sintió ganas de llorar; le dolía el estómago y comenzaba a encontrarse realmente mal. Por un momento se le olvidó por qué discutían o qué era lo que había pasado entre ellos. Miró tristemente la mano que la sujetaba: ¿de verdad ese hombre era su jefe? ¿Realmente se conocían tan solo desde hacía cuatro días? Le parecía increíble el modo en el que se trataban y se decían las cosas. Se sintió muy cansada. Levantó la vista hasta él, buscando sus ojos, y le repelió la rabia que en ellos se reflejaban: no quería que toda esa ira se dirigiera contra ella. Sus pies dejaron de ejercer presión sobre el escalón y se vio arrastrada escaleras arriba, deslizando los pies del mismo modo que lo haría un autómatas. Al llegar al pasillo, Tomás abrió una puerta y la metió en lo que parecía ser un cuarto de limpieza; al llegar hasta ella el fuerte olor de los productos de desinfección, le pareció como si despertara de su aturdimiento.

—¿Qué haces, Marina? Ya no eres una adolescente para comportarte como lo has hecho en mitad de la carretera; ¡eres agotadora!

—Tómame unas vacaciones, el tiempo justo que yo esté aquí. Quédate en casa, donde no puedas ofender con tu boca, ni molestar con tus bromas ridículas —replicó ella agriamente.

—Igual eres tú la que no deberías salir a la calle hasta que no sepas comportarte. Voy a tener que llamar al ayuntamiento y solicitar que coloquen nuevas señales de tráfico: «¡Peligro, mujer sin educación suelta por la calle!».

—¿No tienes bastante con llamarme tonta, que también me llamas maleducada? ¿Quién te crees que eres? —Levantó la mano para darle un bofetón.

Pero, una vez más, los reflejos de Tomás la sorprendieron; sujetándola del brazo, acercó el rostro hasta su boca en un rápido movimiento, tratando de besarla. Sin poder creer lo que estaba pasando, Marina trató de desasirse, pero él era fuerte y la retuvo contra su boca, así que respiró hondo, abrió los labios y le clavó los dientes con fuerza, con mucha más fuerza, de hecho, de lo que hubiese querido. Tomás se separó rápidamente de ella, dando un

grito y mirándola incrédulo mientras se frotaba el labio.

A Marina le temblaba todo; avergonzada por lo que acababa de pasar, sintió su estómago removerse; echó a correr, y apenas le dio tiempo de llegar hasta el baño antes de que sus rodillas cedieran y, agachada delante del inodoro, comenzara a vomitar. Su confusión se veía aumentada por el malestar y la náusea, y no acertaba a comprender nada de lo que estaba pasando. Algo aliviada tras expulsar su escaso desayuno, dejó correr el agua para que se llevase los restos y salió con la intención de refrescarse en el lavabo. Entonces vio a Tomás allí, con la boca bajo el grifo, justo al lado de los urinarios. Se había metido en el baño de caballeros.

Tras una pausa incómoda, él levantó la cabeza, y se miraron a través del espejo. Su labio se estaba hinchando a toda velocidad.

—¿No vas a pedir perdón?

—¿Por qué habría de pedir perdón, si se puede saber? —preguntó Marina con rabia, pensando en qué se había pasado cada día desde su primer encuentro esperando una disculpa sincera por su parte.

—¿Por nuestro primer día? ¿Por la vergüenza que he pasado esta mañana contigo medio desnuda? ¿Por esto, quizás? —preguntó, tocándose el labio. Inmediatamente, el dolor le obligó a torcer el gesto.

«No —pensó ella con firmeza—, no pienso disculparme. Ni ahora, ni nunca».

—¿Por qué has vomitado? —insistió él—. Será que se te ha removido todo al darte cuenta de cómo te comportas, ¿no?

—Te equivocas, como siempre —replicó ella, con más amargura que rabia—. Vomito del mismo asco que me da venir aquí a trabajar, sabiendo que me voy a encontrar contigo en ese maldito camino, para que me sigas faltando al respeto un día tras otro.

Tomás la miró con tristeza; su gesto ya no era de rabia ni de desafío, y Marina sintió que nada de lo que había dicho era realmente cierto: le disgustaba cómo se había comportado con ella, pero no sentía asco. Bajó la mirada hasta el suelo y se giró para salir del baño.

—¡Marina! —Escuchó tras ella, y se detuvo—. No es asco lo que aspiro a que sientas.

—Pues cambia de táctica, porque estás muy perdido.  
Salió sin mirarlo.

\*\*\*

No conseguía dormir, y harta de dar vueltas en la cama, se decidió a bajar hasta el salón y ver la televisión un rato, confiando en que le entrase sueño con alguno de aquellos extraños programas de madrugada; encendió las luces y se le cortó la respiración al ver a su abuela sentada en su sillón de siempre.

—¿Qué susto me has dado, abuela! —exclamó, acercándose para ver qué le pasaba—. ¿Te encuentras bien?

—Mi habitación está justo bajo la tuya —refunfuñó Maribel—. ¿Crees que puedo dormir?

—¿He hecho mucho ruido? Lo siento, abuela... ¡Estoy muy nerviosa! —Se sentó en el sofá y apoyó la cabeza en el reposabrazos.

—¿El muchacho de las lechugas?

Marina no pudo evitar echarse a reír al escuchar cómo llamaba a Tomás.

—¡Vaya! —Maribel sonrió con picardía

—¿Qué? —preguntó Marina, extrañada.

—Te ríes y te sonríes al oír hablar de él.

—¡Abuela! —le recriminó.

—Te escucho. —Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—No me apetece hablar de Tomás.

—Pues mira, a mí sí que me apetece que lo hagas. Estoy deseando escuchar esa historia; solo de ver cómo estás cada día desde que empezaste a trabajar... que estás que no vives, hija... me barrunto yo que debe de ser bien interesante. Algo pasa, lo sé —atajó, al ver cómo su nieta comenzaba a articular una débil protesta—. Tu cara al mirar en la cesta... ¡no sé, Marina! Esa manera de hacerte un regalo, tu lechuga favorita en una cesta, con un lazo y todo... ¡venga, niña! Ese hombre me tiene loca hasta a mí. Estoy deseando conocerlo.

—¡Cómo eres! —exclamó Marina, volviendo a reír.

—Bueno, pues te digo que no nos movemos de aquí hasta que me lo

cuentas, que así te desahogas y después subes a dormirte rapidito, que seguro que mañana te espera alguna otra sorpresa.

—¡No, abuela, ni una más!

—Pues a mí me da que sí, y también que deberías de reírte con esto que te está pasando.

—Pero si lo hace por molestar... —Calló unos instantes, reflexionando, y al cabo de un momento resolvió que lo mejor sería contarle a su abuela cómo había empezado todo—. Me crucé delante de su coche el primer día y casi me atropella; solo quiere que reconozca que soy una imprudente y que me disculpe.

—Vaya. Y Marina no lo va a hacer.

—No —dijo con firmeza—, antes debe disculparse él: me habló muy mal, me ridiculizó y todos se rieron de mí. Y se ve que todavía no tiene suficiente, porque no para con sus bromitas.

—¡Pero si son divertidas! Te ha tomado la medida y no lo va a dejar... nunca.

—Yo creo que sí, abuela; hoy le he mordido.

La risa de la anciana retumbó por todo el salón.

—¡Vas a despertar a mamá! —le regañó su nieta—. ¡No te rías! Me he sentido tan mal que he tenido que ir al baño a vomitar.

—¿Por qué le has mordido? ¿Y dónde? —preguntó Maribel maliciosa, entrecerrando los ojos; Marina respiró hondo: sabía que, si no contestaba, su abuela averiguaría la verdad de todos modos.

Cuando, al cabo de unos minutos, acabó de contarle lo que había pasado en el cuarto de la limpieza, la anciana suspiró.

—¿Y ese suspiro? —inquirió su nieta, sorprendida.

—¿Te gusta?

—¿Cómo?

—Que si te gusta ese hombre... ¿Te atrae de algún modo?

—Pues... físicamente no está mal, nada mal —confesó—. Pero esa forma de tratarme me mata, abuela.

Se quedó unos segundos callada, pensando en Tomás; el pesar se reflejaba en su voz cuando al cabo de unos segundos continuó hablando.

—Yo quiero que me cuiden, que me mimen, que me halaguen, ¡no

que me ofendan! Ni tampoco que se empeñen en tomarme el pelo continuamente con bromas estúpidas.

—¿Y en algún momento esas bromas te han dado más ganas de reír que de llorar?

—Tengo que reconocer que sí.

—Es lo que tienes que hacer: ¡disfruta, Marina! Porque estoy convencida de que todo eso que hace contigo no lo ha hecho nunca con nadie.

—Porque nadie se lo habría consentido.

—¿Y entonces, por qué lo haces tú?

Marina se encogió de hombros; en realidad, no lo sabía. Lo cierto es que bien podía haberse despedido el primer día, nada más conocerlo, y sin embargo ahí seguían, con el tira y afloja.

—¿Por qué lo hace él? —continuó la avispada anciana—. ¿Puedes contestar a eso al menos? ¿Por qué esta pérdida de tiempo y de energía ideando todo eso que se le ocurre? ¿Has pensando la cantidad de tiempo que se pasará imaginando cómo «molestarte»?

No hubo respuesta, solo una mirada pensativa.

—Sinceramente —insistió su abuela—, después de todo lo que has pasado encerrada en esa casa cuidando de tu padre, esto tiene que ser un respiro, una forma de que veas que hay más cosas en la vida que ser siempre responsable. Tienes una persona detrás y delante de ti con una sorpresa cada día: piensa en lo que puedes encontrarte mañana y descansa feliz. —Le dio un beso a su nieta y fue hacia su habitación.

Marina no tardó en imitarla. Cuando cerró los ojos, ya acostada, la cara de Tomás arrastrándola por la escalera vino a su mente. Se estremeció sobre la cama: no dejaba de tener su morbo aquel hombre tirando de ella y diciéndole que, si no se movía, la movía él. Le gustaba —para qué negar lo evidente—, pero la sacaba de quicio, y le costaba ver en él a ese otro Tomás que tal vez se estuviera reservando para alguien que no era ella.

## Capítulo 3

Cuando Marina entró en el garaje tras el desayuno, su abuela ya había abierto la puerta y la esperaba.

—¡Buenos días! —saludó Maribel de buen humor.

—¡Hola, abuela! —Le dio un beso y cogió la bici.

—Prométeme que te vas a reír —le rogó, juguetona, mientras la sujetaba de la barbilla.

—No te lo puedo prometer —suspiró Marina—, aún ni he salido de casa.

—Pues ya puedes empezar.

Salieron a la calle, y su abuela bajó la puerta del garaje; inmediatamente, los ojos de Marina se dirigieron a una enorme señal de prohibido que parecía pegada en esta. Dentro del rótulo se podía leer: «PROHIBIDO APARCAR: MARINA Y SU CACHARRO SALEN A LA CALLE».

—¡Venga, riéte, Marina! —exclamó su abuela.

Pero ella estaba demasiado atónita. Se cubrió los ojos con las manos: ¡aquel hombre era demasiado! Al cabo de un momento, notó las manos de su abuela separar las suyas, y, al vislumbrar la mueca traviesa de la anciana a través de sus dedos, se echó a reír; la verdad es que no podía hacer otra cosa.

—Ahora ve y sigue riéndote; ya verás cómo el día se te hará más corto, más divertido... serás feliz.

Tal vez tenía razón; «¡Lo voy a intentar!», decidió. Empezó a pedalear y salió del pueblo. Iba tranquila, inspirando despacio el aire fresco de la mañana. Cuando por fin entró en el temido camino,



sonrió: ¿cuánto tardaría Tomás en aparecer? De pronto, frunció el ceño y entrecerró los ojos. Sí, no era ninguna ilusión óptica: ante ella, en el camino, había algo pintado sobre el suelo. Frenó la bicicleta y vio su nombre allí escrito, en letras enormes.

—Pero... ¿y esto? —Marina dejó la bici en mitad del camino y leyó aquello; pintados de un discreto color naranja, los caracteres ocupaban todo el camino de lado a lado, igual que los que se trazaban en los puertos de montaña para animar a los ciclistas.

«MARINA, SI NO ERES CAPAZ DE COMPORTARTE COMO UNA BUENA CIUDADANA, VUELVE A CASA YA».

Agitó la cabeza confusa, no sabía si cabreada o encantada con todo lo que aquel hombre era capaz de hacer.

—¿A qué hora se habrá levantado para hacer esto? —se preguntó en voz alta.

Se fijó en la bifurcación; justo antes de llegar al puente de los conflictos, había un triángulo enorme que antes no estaba allí. Se acercó a él con cierta cautela. Sí, era sin duda una señal de peligro, también pintada en naranja; en esta se podía leer: «ATENCIÓN, PELIGRO: MARINA SUELTA». Tan absorbida estaba en sus pensamientos que apenas escuchó el sonido de un motor pararse tras ella. Se giró, sabiendo perfectamente con quién se iba a encontrar. Un segundo después, Tomás bajaba del coche, y ella no pudo evitar ver su labio inferior; dolía solo de mirarlo. Había un enorme moretón justo en la comisura donde le había mordido el día anterior.

—Bueno, ¿me vas a pedir perdón?

—Escucha, nene, el día que yo te pida perdón será porque haya perdido la conciencia, bien porque esté borracha, alcoholizada perdida, o sea víctima de alguna droga que tú mismo me hayas echado en la bebida. Ese día no solo pediré perdón, sino que te haré muchas otras cosas y entonces haré de ti un hombre; igual así consigo que dejes de hacer el idiota a diario.

—Sorprendido me dejas. —Tomás se cruzó de brazos.

—¿Sí? ¿Con qué?

—Con lo rápido que hablas... y sin equivocarte. —Reía a carcajadas, provocando un bufido de aburrimiento en Marina.

No pensaba continuar hablando, así que lo dejó plantado para ir a coger su bicicleta pero, al llegar donde la había dejado, no pudo encontrarla; se giró rápidamente, y le vio reírse a carcajadas mientras volvía a meterse en el coche. Corriendo, Marina alcanzó el vehículo y agarró el tirador de la puerta, pero los seguros estaban puestos y no pudo abrirla. Tomás subió el cristal de la ventanilla casi hasta arriba.

—¡Mi bici! —le gritó, asida al tirador.

—Pide perdón —replicó él con tranquilidad.

—¡Mi bici! —repitió ella, golpeando la ventanilla.

—¡Pide perdón, Marina! —contestó, en un tono algo más elevado.

Agitó el tirador infructuosamente y propinó una fuerte patada a la puerta; el ruido de metal que cedía no dejaba lugar a dudas: acababa de abollar el coche. Los dos abrieron mucho los ojos, incrédulos ante lo que acababa de pasar. Marina era, sin duda alguna, la más sorprendida de los dos: aquel hombre la hacía comportarse como nunca antes lo había hecho.

—¡¿No me habrás abollado la chapa?! —exclamó Tomás.

—¡Baja mi bici o te dejo sin puerta! —gritó ella como toda respuesta.

—¡No, no voy a bajar tu bici! Hay condiciones. Primero tienes que pedirme perdón por todas esas cosas de animal irracional que haces, y después debes prometerme que saldrás conmigo.

Marina soltó el tirador y se separó del coche; «¿Qué ha dicho? —pensó, sintiendo como si de repente le golpeasen en la cabeza—, ¿que quiere salir conmigo? ¡Esto es nuevo!».

—La verdad es que no le tengo tanto aprecio a mi cacharro —le soltó, muy digna, y echó a andar.

Escuchó el coche pasar a su lado, pero no lo miró. Cuando lo perdió de vista, se permitió sonreír. Se paró un momento, mirando al horizonte con gesto indescifrable, pero un pitido repentino la sacó de su ensimismamiento; era Fran.

—¿Y tu bici? —le preguntó, sacando la cabeza por la ventanilla y fijándose en el suelo—. ¿Y estas pintadas? —añadió, sorprendido.

—Mejor no lo sepas.

—¡Anda, sube!

Al cabo de un momento, Marina se sentaba en el asiento del copiloto.

—No me digas que ha sido Tomás.

—Pues sí te lo digo.

Fran rio a carcajadas, y tras unos segundos ella se le unió.

—Pero bueno, ¿a vosotros qué os pasa? —preguntó él, asomando la cabeza de nuevo para leer las palabras de dentro del triángulo.

—Está molesto conmigo y se venga así, de este modo... ¡No te rías!  
—le pidió, molesta al ver los esfuerzos que él hacía por contener la carcajada—. Échame una mano, anda —añadió, bajando el tono.

—¿Cómo? ¿Con Tomás?

—No, no, en el trabajo; búscame otra tarea que hacer, algo que no sea en la máquina o con los patrones... ¡No sé, déjame revisar la ropa acabada! En control de calidad, seguro que no interrumpo el trabajo de nadie; donde estoy ahora soy un lastre. ¡Va, Fran! Estoy estresada y en tensión todo el día...

—Lo consultaré con...

—¿Con Tomás? —preguntó alterada, sin dejar que acabase la frase—. No, Fran, no lo hagas, porque te dirá que no; eres el encargado general: es fácil para ti hacer lo que te pido.

Fran apartó la mirada. Parecía algo azorado.

—Hacen falta manos en el taller de costura, ya te lo dijo Ana —insistió por fin, evasivo.

—Ya lo sé, pero busca a alguien que pueda hacer ese trabajo. Yo... yo no soy capaz más que de destrozar piezas de ropa.

Continuaron unos momentos en silencio; al llegar al aparcamiento de la fábrica, Tomás hablaba por teléfono frente a su jeep.

—¿Se lo comento ahora?

—¿No puedes cambiarme sin consultarlo? —suplicó Marina.

—De ser otra, igual sí —se excusó Fran—, pero ¿de verdad crees que lo va a pasar por alto con la relación que tenéis? Va, ven conmigo y se lo digo.

Bajaron del coche y de mala gana hizo lo que el encargado le pedía. Al ver cómo se acercaban, Tomás guardó el teléfono en su bolsillo trasero y los miró. Marina se fijó en que no había bajado su bicicleta

todavía.

—¡Buenos días, Tomás! —exclamó Fran, sonriente—. Quería comentarte algo: estaba pensando en reubicar a Marina...

—Ya la has reubicado —interrumpió su jefe—. La has acercado hasta aquí cuando debía venir caminando. —La miró con malicia.

Marina iba a decir algo, pero prefirió contenerse. Fran los miraba atentamente, sorprendido al escuchar las palabras de Tomás.

—Bueno, pues ya que la he reubicado... aunque sea hasta la puerta —comentó por fin, tratando de quitar hierro al asunto—, ahora vamos a buscarle una posición en la que nos sea útil; ¿te parece?

—Es lo que le ha tocado hacer —respondió Tomás, inmovible—; si no le gusta, puede marcharse. Esto es lo que pasa cuando una persona busca empleos ocasionales, en los que pasar una temporada haciendo lo mínimo imprescindible. Bastará con que no perjudique a la producción si no es capaz de hacer nada.

Marina sintió cómo comenzaba a hervirle la sangre y se le subía el calor hasta el rostro. El que siguiese faltándole al respeto, ninguneándola y menospreciando su inteligencia la tenía ya más que harta.

—Fran, ya son las ocho; ¿quizás tengas algo que hacer?

La voz de Tomás sonó inusualmente impertinente, y el encargado alzó la cabeza, sorprendido. Miró a jefe y a empleada y, sin despedirse de ninguno de los dos, entró en la empresa. Ella se dispuso a hacer lo mismo; si esa era toda la comprensión que podía esperar por su parte, lucharía por adaptarse y aprender. Iba a intentar darle una lección a aquel idiota. Decidida, se encaminó hacia su puesto de trabajo.

—No he terminado de hablar —dijo Tomás, en tono autoritario.

—Llego tarde.

—Es que hay que levantarse más temprano; nunca se sabe qué imprevistos vas a encontrar en el camino. —Se echó a reír—. ¡Mira qué imprevisto me he encontrado yo hoy! —exclamó, señalando la puerta que ella había abollado—. Estaba dando parte al seguro. Esto tendrás que pagarlo tú, creo que no hace falta ni que te lo diga, ¿verdad? Igual no espero a que lo pagues y te lo descuento

directamente del sueldo... ¡Huy, Marina! No te va a quedar nada a final de mes: destrozaste papel de patrones, vestidos, la puerta del coche del jefe... ¡y su boca también! —Se señaló el labio.

«¡Pues qué bien!», pensaba molesta, sin saber si hablar para enzarzarse en otra discusión o callar.

—¡Tomás! —llamó, casi en un susurro.

—¿Qué? Te escucho; ¿vas a pedirme perdón?

—Cuando me vaya hoy, quiero mi bici aparcada justo allí —dijo tranquila, mientras señalaba con la mano—, ni más lejos ni más cerca: en su sitio exacto. —Lo miró para sonreírle fingidamente.

—¿Es que ahora me das órdenes? Pues que sepas que yo no soy como tú: a mí sí me gusta que me den órdenes; eso me pone... me pone mucho, Marina. —Se acercó hacia ella, provocador.

«¡Dios mío, qué peligro! —pensó Marina agobiada, acordándose de su abuela—. ¡Aquí tendrías que estar, escuchando al muchacho de las lechugas, a ver qué me aconsejas hacer o decir en este momento!».

—Entonces, habrá que poner remedio a eso, Tomás —repitió las mismas palabras que él le había dicho antes de regalarle el maillot ciclista; después, se encaminó de nuevo hacia la puerta. Esta vez, nadie la interrumpió.

Se le había ocurrido algo, y decidió que más tarde le daría forma; en ese momento tenía que trabajar, más en serio de lo que nunca antes lo hubiese hecho. No la habían llamado inútil antes, y no lo iba a consentir ahora. Se sentó delante de su máquina de coser y se concentró, dispuesta a sacar algo bueno de ese día. Buscó las piezas que había estropeado el día anterior —las había guardado en el cajón— y, en cuanto las encontró, comenzó a revisarlas una y otra vez. Las puso bajo la aguja y cosió un buen rato sobre estas para practicar, intentando controlar la velocidad de la máquina. Después de unos minutos, escuchó la voz de Ana tras ella.

—¡Bien, Marina! ¡Bien!

Se giró. Era agradable ver la sonrisa satisfecha de su compañera. Esa imagen le infundió ánimos para empezar a unir piezas, y al poco estaba tan concentrada en su trabajo que ni siquiera percibía lo que ocurría a su alrededor. Cuando Ana tocó su hombro y miró el reloj, se

dio cuenta, sorprendida, de que ya era la hora del descanso. «No ha ido mal del todo», pensó, satisfecha. Aún iba retrasada, cierto, pero había mejorado mucho.

Salió a buscar a Fran; sabía que lo encontraría en el almacén.

—Fran, escucha —le espetó sin rodeos—, Tomás debe de tener correo privado; si me lo das, he pensado pasarle por escrito mi idea, quizás así cambie de opinión y puedas reubicarme. Incluso en administración; mis conocimientos en idiomas igual pueden venirle bien a la empresa, ¿no crees?

—¿Y por qué no se lo planteas a él directamente?

—Ya has visto cómo se pone cada vez que hablamos; siempre está a la defensiva. Mejor le escribo, y, si le apetece, ya hablaremos.

Fran no parecía muy convencido; la miró entrecerrando los ojos.

—¿No irás a enviarle algo raro?

Marina puso los ojos en blanco.

—Por favor, Fran... ¿acaso crees que necesito más problemas con Tomás?

Fran se quedó pensativo un momento; luego escribió rápido en su cuaderno, arrancó la hoja y se la entregó.

—Vale. Me fío de ti —le dijo.

—¡Gracias! —Cogió la hoja rápidamente y salió del almacén.

Fue hasta su máquina: tenía tiempo de sobra para hacer lo que tenía pensado. Sacó el teléfono y se conectó a Internet; a continuación, buscó páginas de anuncios de sumisión y dominación: tenía una variedad enorme donde elegir; finalmente, escribió la dirección de Tomás y empezó a añadir enlaces. Pensó que unos veinte estaría más que bien. Agregó un asunto —«Al nene le pone que le den órdenes»— y al final añadió unas pocas líneas para despedirse: «No sé hacer grandes cosas, pero sí buscar lo que te haga feliz».

Para cuando acabó de enviarlo, el descanso ya había terminado. Recordó que Ana le había pedido que subiera a patrones al acabar, así que recogió sus cosas y salió; una sonrisa de felicidad inundaba su cara imaginando a Tomás al abrir el mensaje. Entró al taller de patrones y saludó sonriente a Julia. Se sentó en su taburete. Rosa, frente a ella, miraba algo muy atentamente; siguió su mirada: Tomás

hablaba con Fran ante las mesas de corte.

Que a Rosa le gustaba el jefe era algo más que evidente. Joaquín le lanzó una bola de papel, y aquella chiquilla enamorada bajó de golpe de su nube, pegando un respingo. Marina dirigió la vista de nuevo a Tomás; parecía que había acabado de hablar con Fran y se disponía a irse cuando, de repente, introdujo su mano en el bolsillo trasero y sacó el móvil. Deslizó el dedo sobre la pantalla, frunció el ceño, y leyó con atención. Acto seguido, tocó la pantalla y repitió el gesto dos, y hasta tres veces. «Está abriendo los enlaces», pensó Marina con regocijo. La reacción de Tomás no se hizo esperar: sus carcajadas se escucharon por todo el taller, dejando a todos tan asombrados que dejaron lo que estaban haciendo solo para mirarlo.

Por fin, levantó la vista de la pantalla del teléfono y recorrió el taller con la mirada. Todos pudieron ver cómo sus ojos se detenían en Marina y le sonreía. Rosa la miró molesta, y Marina bajó la vista hasta los patrones que tenía en la mesa: acababa de ganarse otro enemigo, pero en ese momento no le importaba demasiado; le había encantado escucharlo reír. Aunque con su mensaje pretendiera fastidiarlo más que divertirlo, le gustaba el sentido del humor de aquel hombre. Intuyó que había salido cuando escuchó la voz de Rosa.

—¡Se ha reído! —decía, sorprendida.

—¡Oooh! ¿No es increíble? Es guapo... ¡y además sabe reírse! —se burló Joaquín, tratando de reprimir una nota de fastidio en su tono. Cada día estaba más claro que sentía algo por Rosa—. Pero, Rosa, no te ha mirado a ti —ronroneó satisfecho—; creo yo que ya le ha echado el ojo a alguien.

\*\*\*

Bajaba despacio las escaleras, entre el alboroto general que siempre se formaba al salir. Si la bicicleta no estaba en su sitio, no sabía cómo iba a reaccionar; desde luego, no le apetecía buscar a Tomás para discutir de nuevo, y mucho menos con público delante. Para hacer algo de tiempo, entró al baño, se lavó las manos y se refrescó la cara; cuando por fin salió, ya no quedaba nadie en la entrada. Desde la

puerta de cristal, se asomó despacio al aparcamiento y miró hacia la valla donde siempre apoyaba su bici. No estaba.

Suspiró, cansada y aburrida, sin decidirse a salir. Vio marcharse a los últimos rezagados, murmurando despedidas de cumplido mientras se apresuraban hacia sus vehículos. Por fin, se decidió a dejar el edificio y, nada más poner un pie fuera lo vio, apoyado en su coche, mirando el reloj.

—¡Hombre, ya se asoma la reina! ¿Haciendo horas extras, acaso? Pues no te las voy a pagar. —Rio, divertido.

Marina no se molestó en contestarle; pasó por su lado a toda prisa: se marcharía andando, si eso era lo que quería.

—No pensaba devolverte tu cacharro —le espetó Tomás—, pero me has hecho reír y he cambiado de opinión. —Ella se detuvo y se giró a mirarlo—. Te estaba esperando, para que me digas cuál es el lugar exacto donde debo ponerla; temía equivocarme.

Sintió ganas de echarse a reír; quizás si lo hacía él se daría por satisfecho. «Sí, puede que sí... ¡Pero no me da la gana!», pensó, molesta.

Él abrió el maletero y bajó la bici. Se acercó con ella hasta la valla y desde allí preguntó, muy serio:

—¿Es aquí?

Marina se acercó hasta él. Sujetó el manillar y la movió apenas unos centímetros.

—¿Ahora sí? —insistió Tomás.

Asintió sin dejar de mirarlo.

—Ya está aparcada para mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me voy dando un paseo. —Tomás torció el gesto—. Como no pensaba encontrarla aquí, ya me había hecho a la idea.

—¿Estás segura? ¿Con este calor? Anda, ¡cógela!

—No. ¡Hasta mañana, Tomás!

—Ya entiendo: haces las cosas cuando quieres. ¡Joder, Marina! ¿Todo tiene que ocurrir cuando tú lo decides?

—¡Vaya, enhorabuena! Pensaba que nunca lo entenderías.

—¿De verdad que vas a caminar bajo este sol hasta tu casa solo por



tocarme las narices?

A modo de respuesta, ella abrió su mochila para sacar un sombrero de tela y unas gafas de sol; se los puso y lo miró.

—Tengo que entrenar de firme para presentarme a las competiciones ciclistas; hoy toca fortalecer piernas caminando y hace una tarde estupenda. —Saludó con la mano para despedirse y empezó a caminar.

Un minuto después, Tomás pasó junto a ella en el coche.

—¡Por favor, coge la bici! —suplicó—. Está atrás; o, mira, mejor sube y te llevo: hace demasiado calor. ¡No digas que no solo por fastidiarme!

—Sí, es cierto —concedió ella—. En eso te doy la razón. Hace un calor insoportable.

—¡Entonces sube!

—No.

Y no hizo falta decir nada más. Tomás masculló algo entre dientes, le dirigió una mirada fulminante y por fin la dejó sola; y ella caminó bajo aquel sol abrasador hasta su casa. Solo por molestarlo.

Hubo momentos en los que pensó que no iba a poder llegar, pero lo hizo. Y cuando llegó a la puerta de su casa, Tomás la estaba esperando.

Marina permaneció inmóvil: la persistencia de aquel hombre le resultaba increíble. Mientras le miraba incrédula, él bajó del coche y le entregó la bici.

—Si hay algo que me ponga más que me den órdenes es una mujer tozuda, obstinada, cabezota, testaruda, terca como una mula. ¡Tenlo en cuenta, porque igual pretendes algo, y lo que estás consiguiendo es justo lo contrario!

\*\*\*

Estaba corrigiendo su tesis en el salón cuando llamaron a la puerta de la calle.

—¡Hola! ¿Marina? —preguntó un muchacho de aspecto agradable ataviado con ropa deportiva.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Manuel y soy entrenador personal. Me han contratado para que te prepare para hacer ciclismo de ruta.

La cara de Marina era todo un poema.

—¿Perdón? —logró articular al cabo de unos segundos—. Creo que debe de haber algún error.

—Si tú eres Marina creo, que no hay error posible; tu nombre, la calle... todo coincide —dijo, sin dejar de sonreír, mientras sacaba una hoja del bolsillo del pantalón y leía.

—¿Quién te ha contratado? —Por supuesto, ya sabía la respuesta.

—Pues... la verdad es que... la persona concreta no... —Frunció ligeramente el ceño—. Mira, la verdad es que aquí solo figura el nombre de una empresa.

—¿Puedo leerlo?

—Sí, claro —dijo, mientras le pasaba la hoja.

Naturalmente, el nombre era el de la empresa de Tomás; ese hombre no se iba a detener nunca, estaba claro. No pudo evitar echarse a reír. El entrenador la miraba fijamente; su agradable sonrisa había dejado paso al asombro.

—¿Te han pagado por venir hasta aquí?

—Sí, desde luego; parecen gente muy seria. Han contactado conmigo hace tan solo unas horas y enseguida tenía el ingreso en mi cuenta. Las horas de esta tarde ya están pagadas. Han dicho que tú decidirías después si quieres que continuemos con los entrenamientos.

—Me alegro de que te hayan pagado, porque es una broma.

—¿Cómo?

—Pues que es una broma; no quiero hacer ciclismo de ruta, ni entrenar con la bicicleta, ni nada de nada. Tengo un amigo con un sentido del humor muy particular; te pido disculpas en su nombre.

—Bueno, al menos ha pagado antes —suspiró el muchacho, tratando de recuperar su antigua jovialidad—; eso dice mucho de él. Podría haberte dejado a ti ese inconveniente, y ya no sería una broma, sería otra cosa.

Marina se despidió del entrenador y sonrió. Quería devolverle la

burla a Tomás y sabía cómo, pero necesitaba ayuda. Buscó su móvil y marcó un número con rapidez. Al poco, una voz familiar la saludaba desde el otro lado de la línea.

—¿Elvira? —Sabía que a su amiga le iba a encantar lo que estaba a punto de proponerle.

—Dime.

—¿A qué hora abres el estudio de fotografía?

—Hasta las seis no creo que vaya por allí, ahora está todo muy flojo; con este calor no sale nadie.

—Necesito que me hagas una foto.

—Pues ven un poco antes y te hago las que quieras.

—No; es que tiene que ser al aire libre.

—¿Con este calor?

—Sí; te espero en mi casa y te explico. ¡No tardes!

\*\*\*

De pie en mitad de aquel camino polvoriento, Marina y Elvira, además de sudar, no dejaban de reír. Noelia, previa llamada de Elvira, también se había unido a ellas.

—¿Pero de verdad que quieres una foto así? —preguntaba incrédula.

—Que sí, pesada; yo pedaleo y Elvira la hace.

—¿Y no puede ser vestida? —Noelia era bastante prudente y se la veía sufrir con la ocurrencia de Marina.

—¡Ay, Noelia, pero qué agonías eres! Deja a Marina. ¿Quiere que la vean desnuda? ¡Pues yo voto que sí!

—¡No la animes! ¿No ves que es un despropósito? ¿Para quién es la foto?

—¿Y tú qué crees? Pues para su jefe. ¿Me equivoco?

—¡Qué vergüenza, Marina! —protestó Noelia, sin poder contenerse.

—Pero... ¿y para qué vienes? —protestó a su vez Elvira.

—¡Tú me has llamado!

—¡Pensaba que te ibas a divertir! —se justificó su amiga—. Como siempre te estás quejando de cómo te aburres...

Noelia se sentó al borde del camino, bajo un árbol.

—A ver, este calor es insoportable, quiero terminar ya con esto. — Marina estaba deseando largarse de allí—. Noelia, parecerá que voy desnuda, pero no se verá nada; ¿te quedas más tranquila?

—Solo dime una cosa —replicó su amiga—: ¿por qué?

—¡Pues no lo sé! Quizás porque necesito reírme yo también con lo que está pasando, tal y como mi abuela me dijo.

—¿Y piensas desnudarte aquí en medio?

—No hará falta —intervino Elvira—. A ver, estoy pensando: si te quedas en ropa interior, después puede borrarse con Photoshop. No la haré de frente; podemos probar hacerla de perfil. Tu brazo extendido sobre el manillar de la bici y la pierna flexionada, que no se vea tu... «secreto». —Se echó a reír—. Vamos, sube. ¡Probemos!

Marina se quitó la camiseta y los pantalones. Noelia no dejaba de mirar inquieta a un lado y otro del camino.

—¡Tranquila! A estas horas y con este sol, ¿quién crees que puede venir hasta aquí?

—¡No lo sé! Estoy sufriendo, la verdad.

—¡Pues relájate y disfruta! —ordenó Elvira.

Al final, una vez pasado el nerviosismo inicial, las tres amigas lograron pasar un buen rato, sobre todo Elvira, que acabó disfrutando mucho de su labor como fotógrafa. Antes de imprimir la foto que, tras mucho discutir, habían decidido usar, Noelia sugirió ponerle título, como si se tratase del cartel de una película.

—«La chica de la bicicleta» —les dijo, mientras las tres miraban la imagen en la pantalla del ordenador—. Me parece muy bonito, creo que le va a encantar. Estás preciosa, y dudo mucho de que esto se lo tome como una simple broma.

—Pues no pretendo que sea otra cosa; yo solo quiero molestarlo. — Marina no sonaba muy segura.

—Pues que ni ría ni llore ¡Que se excite! —explotó Elvira entre risas. Marina y Noelia se giraron a mirarla.

—¿Qué? ¡Mojigatas! ¿Acaso creéis que no la va a usar para darse alguna alegría?

—¿Qué insinúas? —Noelia estaba escandalizada, y Marina no

dejaba de reír.

— ¿En serio tengo que explicártelo?

\*\*\*

Al día siguiente, subió al despacho de Tomás mucho más temprano que de costumbre, antes incluso de que Carmen hubiese llegado, justo detrás de Julio, el de mantenimiento. Escondió su bici tras los contenedores: debía asegurarse de que no se veía desde la entrada cuando Tomás llegase. No le dijo a Julio a dónde iba y él no preguntó; no era hombre de hablar mucho. Cuando llegó ante la puerta de las oficinas, las encontró ya abiertas y, sin dudarle un momento, entró; las persianas estaban bajadas, y durante unos segundos, se sintió confusa ante la oscuridad reinante. Después, rebuscó en su mochila un momento y un rectángulo luminoso se encendió en su mano: era la linterna del móvil, que agitó a toda prisa hasta localizar el sillón de Tomás. Lo giró contra la pared. El respaldo era alto y no la veía al entrar; se sentó, levantó los pies y esperó pacientemente. Sabía que no tardaría en llegar.

Con los ojos cerrados, visualizó en su mente la fotografía, sobre la bici, completamente desnuda sin estarlo realmente. Elvira había conseguido lo que estaban buscando: de perfil, el brazo le tapaba el pecho, y la pierna pedaleando no dejaba ver su pubis; el pelo le caía sobre la cara y casi no se la veía, pero no cabía duda de que era ella, y él lo sabría nada más ver la foto. Lo estaba deseando. Ese momento, el instante en el que viera aquella imagen, iba a ser impagable.

Al cabo de unos minutos escuchó cómo se abría la puerta y se conectaban las luces, y acto seguido percibió el suave roce de la tela sobre la madera cuando Tomás dejó su bandolera sobre la mesa; pudo ver su silueta recortada contra la ventana cuando subió una de las persianas y se situó delante del cristal, con las manos en los bolsillos. Estaban muy cerca, y el corazón de Marina se aceleró, nervioso; incapaz de moverse, no se atrevía ni a respirar, pero descubrió que le gustaba estar así, contemplando a aquel hombre. Sentada sudando en aquel sillón, mirando su cara, sus labios... todo

su cuerpo, enfundado en ese vaquero claro que le sentaba de miedo, Tomás le pareció irresistible. Pensó si acaso no la estaría esperando ver aparecer por el camino de entrada y no pudo reprimir un escalofrío al imaginárselo pensando en ella, pero lo cierto era que no sabía qué era lo que podía estar pasando por su cabeza.

—¿Y si ella no llegase hoy? —preguntó de repente.

Él se llevó una mano al pecho y se apoyó en la ventana; se había quedado blanco como el papel.

—¡Por Dios, Marina! —exclamó—. ¿Es que te has propuesto matarme a sustos?

—No será por falta de ganas —respondió ella, bajando los pies del sillón y meciéndose suavemente.

—¿Pero qué hacías ahí?

—Esperarte, nene. —Su voz sonó más sugerente de lo que había pretendido.

Él se acercó, sonriendo de medio lado, y se inclinó sobre el sillón, apoyando las manos en los reposabrazos; sus rostros estaban muy cerca.

—Vengo sin desayunar.

Marina no quiso ni parpadear, pero se sentía arder. Estaba a punto de explotar.

—¿Te gusta la carne en el desayuno? —preguntó traviesa.

—Sobre todo si la puedo coger con las manos. —Tomás acercó los dedos a su cuello; con el pulgar, rozó suavemente el lóbulo de su oreja.

«¡Para, para!», gemía en silencio, desesperada. No soportaba su tacto sobre ella ni un segundo más; necesitaba tocarlo, sujetarlo con fuerza, cerrar los ojos y dejarse llevar. Levantó rápidamente el tubo de cartón donde estaba su foto y lo puso entre los dos. Tomás se separó de ella, haciendo gala una vez más de sus rápidos reflejos; parpadeó sorprendido.

—¿Qué es eso? —inquirió receloso.

—Un regalo —respondió ella, en el tono más neutro posible.

—¿Tengo que asustarme? —preguntó, entrecerrando los ojos, cada vez más desconfiado.

—No es ese el objetivo del regalo, pero si eres tan impresionable como para asustarte con una peineta, puede que esto no lo superes. ¡Ábrelo de una vez!

Aunque algo vacilante, obedeció. Sacó la tapa del tubo y deslizó la lámina sobre sus manos, mirándola inquieto. La desenrolló poco a poco, abriendo cada vez más los ojos a medida que la imagen se iba desvelando; al cabo de unos segundos, levantó la vista hacia Marina, los ojos como platos, mientras enrollaba la foto de nuevo a toda velocidad. Ella se levantó.

—Pues ahí tienes, carne para el desayuno. ¡Gracias! ¡Fue una tarde de entrenamiento memorable!

Tomás volvió a desenrollar la imagen, mirándola con el mismo asombro que hacía unos instantes.

—Pero... ¡si no llevas nada! —exclamó—. Y en mitad de... de... ¿de dónde? —La mezcla de indignación y vergüenza apenas le permitía articular palabra.

Marina no podía distinguir si Tomás se había ruborizado, pero en su imaginación se lo pintaba rojo hasta las orejas. A duras penas logró reprimir una carcajada.

—¡Disfruta del regalo, nene! —susurró cerca de su oreja—. Y sí que llevo algo: ¡mira! —dijo, señalando en la foto sus pies, enfundados en sendas zapatillas de deporte.

Con toda la intención, rozó una mejilla contra su hombro, lo que provocó que él girara, turbado, la cabeza hacia ella.

—No me había fijado... ¡Qué buena estoy! ¿No opinas lo mismo? —preguntó, maliciosa.

—¿Quién hizo esta foto?

—Bueno, está claro que una «selfi» no es. El entrenador se ofreció gustoso.

—No tiene ninguna gracia... ¡Estás desnuda! —El tono de Tomás oscilaba entre el asombro y la indignación.

—Lo sé, lo sé, no lo digas más. ¿Es que nunca habías visto a una mujer desnuda?

—¡Montada en bici no! ¿Puedes entender que esto no es normal?

—Normal o no, tuya es. Se me ocurren muchos lugares donde

puedes ponerla: aquí, sobre tu mesa, para que Carmen se muera del susto; en la entrada de tu casa; también en el techo de tu habitación: así me verías antes de dormir y al despertarte. O en el espejo de tu cuarto de baño, para que cada vez que te miraras me vieras. Ya puedo imaginarte pensando en mí.

—¿Y dónde has hecho la ampliación? ¡Me muero de vergüenza solo de pensar en ese momento!

—Pues al dueño de la tienda no le dio nada de vergüenza.

Tomás volvió a enrollar la lámina y la guardó en el tubo para dejarlo sobre la mesa con cara de disgusto.

—Si no la quieres, me la llevo. —Estiró la mano para cogerla.

—¡Ni lo sueñes! —Tomás se abalanzó sobre el tubo para esconderlo bajo su brazo—. Y ahora reza para que no la pegue en la entrada de la fábrica para que te vea todo el mundo.

—¡Hazlo, no te cortes!

—¡No me provoques!

—No te provoco; solo te doy permiso para hacer lo que quieras con la foto. ¡Pégala en la puerta, venga! Es bonita y yo salgo favorecida.

—Pero... ¿es que no te importa?

Marina negó; su rostro permanecía impassible, pero interiormente se sentía realmente inquieta pensando que tal vez él fuera capaz de pasar del dicho al hecho.

—Sinceramente, me preocupas —le dijo él finalmente.

—Sinceramente... ¡me da igual! —respondió ella, dirigiéndose a la puerta.

—Marina —murmuró suavemente, cuando ella tenía ya el picaporte en la mano; no se giró, pero el tono con el que le oyó pronunciar su nombre hizo que un escalofrío recorriera su espalda—. Antes, cuando miraba por la ventana, me has hecho una pregunta.

Sí, Marina se acordaba perfectamente: le había preguntado qué pasaría si ella no viniese, pero él no había contestado, y lo cierto es que no sabía si quería escuchar la respuesta. Porque si dijera: «No me importaría», o algo parecido, no le iba a resultar nada agradable.

—Quiero contestar —insistió él.

—¡Pero yo no quiero escucharte! —Abrió la puerta y salió con



rapidez. Sentía los nervios a punto de explotar.

\*\*\*

Las horas se arrastraron lentamente; a medida que pasaban, una jaqueca feroz se abrió paso por el cráneo de Marina hasta que, a la hora de la salida, las sienes le pulsaban de manera espantosa. Pasó unos minutos desesperantes buscando su bicicleta infructuosamente, hasta que se dio cuenta de que estaba en su lugar de siempre: alguien la había movido desde donde la había escondido tras los contenedores. Nada más tocarla, la arrojó al suelo con un grito: había olvidado cómo quemaba después de todo el día al sol. Iba a recogerla de nuevo cuando vio el coche de Tomás dar marcha atrás. De pronto, se dio cuenta de lo que iba a pasar y se lanzó a golpear una de las ventanillas del jeep antes de que la colisión fuese inevitable, pero era demasiado tarde: con un chirrido de metal retorciéndose, el vehículo pasó sobre la rueda delantera de la bicicleta, aplastándola por completo. Tomás se bajó rápidamente, acercándose hacia ella.

—¡Dios, Marina, qué susto! —exclamó, abrazándola fuertemente.

Aturdida, se sentía flotar en medio de una extraña pesadilla. Justo por encima del hombro de Tomás, vio aparecer a Carmen, que los miraba sin apenas parpadear; incapaz de moverse, con los brazos de Tomás aplastando los suyos contra su propio cuerpo, solo era capaz de percibir los agitados latidos de su corazón.

—¡Mujer estúpida! —gruñó él de pronto, separándose de ella bruscamente.

Sintió un escalofrío al escuchar aquellas palabras. De niña a menudo jugaba en casa de Noelia, y recordó cierta vez que, estando en la habitación de su amiga, ambas escucharon cómo el padre de esta insultaba a gritos a su mujer. Pasó tanta vergüenza, y a la vez se sintió tan triste al ver cómo Noelia agachaba la cabeza sin saber qué hacer o qué decir, encogiéndose de hombros como para quitarle importancia a lo que estaba pasando que, cuando volvió a casa esa tarde, solo podía pensar en que, si eso era tener un padre, ella no lo

quería y estaba mejor sin él. Por una vez en su vida se alegró de que sus padres no estuviesen juntos: no habría soportado ver sufrir de ese modo a su madre. Sintió mucha pena por la madre de su amiga.

—¿Qué me has llamado? —gritó, enfurecida. La ira repentina que sentía disipó en un instante tanto el dolor de cabeza como el aturdimiento que momentos antes la paralizaban.

—¡Mujer estúpida, mujer estúpida! —repitió él, fuera de sí—. Estúpida tú y tu bicicleta. Eres lo más absurdo que he visto en mi vida. Me pones enfermo cuando vengo a trabajar y te encuentro sobre ese maldito cacharro en mitad del camino.

—¡Pues despídeme por venir a trabajar en bici!

—¡No será por falta de ganas!

—¡La culpa no es mía! ¡Es tuya, que ni miras ni escuchas! He golpeado tu parabrisas así, mira... ¿lo oyes ahora? —exclamó, mientras golpeaba de nuevo el cristal del coche.

—¡Mierda, Marina, me has puesto muy nervioso, y cuando he pasado por encima de la rueda... me he querido morir! ¡Creí que te había pasado algo! —Con los ojos cerrados, negaba con la cabeza.

—¿Pero es que estás ciego? ¡Si no sabes conducir, no cojas el coche! —le gritó, cada vez más furiosa.

—No me grites y mira. —Tomás bajó el tono de voz mientras acercaba su mano a la de ella—. Todavía me tiembla todo.

Su agitación era obvia: realmente estaba asustado. Se miraron. «¡Si no fueses tan idiota, te daría un abrazo!», pensó ella, repentinamente enternecida y sintiendo unas enormes ganas de echarse sobre él. Los empleados continuaban saliendo y mirando asombrados lo que estaba pasando.

—Creo que lo has hecho a propósito.

—¿De verdad crees eso después del susto que me he llevado? Porque si lo crees, entonces eres aún más estúpida de lo que pensaba.

—¡No me llames estúpida!

—¡Estúpida! ¡Niñata engreída, pelirroja de los...!

—¡Dilo, por favor! ¡No te calles, demuestra el poco respeto que me tienes! Realmente, debo de ser todo eso que dices cuando dejas que me hables así sin arrearte una patada cada vez que te veo.

Esperó la réplica, pero esta no llegó; Tomás solo la miraba, negando con la cabeza con desesperación.

—Estúpida o no, necesito venir a trabajar —dijo ella, tras unos segundos de silencio—; ¿me dices cómo lo hago? ¿Me vas a comprar una nueva? —espetó, señalando su bici atrapada.

Tomás se inclinó y la sacó de debajo del coche.

—No hará falta: solo está mal esta rueda. Tiene arreglo.

—¡Vaya! ¿De verdad? ¿Y te vas a ocupar tú de que la tenga arreglada mañana por la mañana, a primera hora, para no llegar tarde a mi trabajo y que mi jefe no tenga que llamarme la atención? —preguntó, recelosa.

—Si es necesario, sí —repuso él fríamente.

—¡Pues toda tuya! —refunfuñó.

—¡Pues toda mía! —La apoyó en el coche, abrió la puerta trasera y echó los asientos hacia delante para subirla.

Marina empezó a caminar.

—¡Espera! ¿No me digas que hoy también te vas andando?

—No, hoy me voy levitando —repuso, sin girarse a mirarlo.

—¡Anda, ven, sube! Yo te llevo.

Pero no le hizo caso. Tomás subió al coche y arrancó; al pasar por su lado bajó la ventanilla.

—No voy a subir —dijo ella, sin siquiera mirarlo.

—No pensaba ofrecértelo de nuevo.

Se giró con rabia, y él la miró con sorna.

—Si para mañana no puedo tener tu cacharro listo, pondré a tu disposición otro vehículo para que no llegues tarde.

—Espero que ese vehículo no lo conduzcas tú.

—No... ¡ni ganas! —replicó, mientras aceleraba y salía a toda velocidad, dejándola sola en el camino.

Encendida por todo lo que había pasado y por tener que volver andando otro día más a casa bajo el calor asfixiante, se descubrió odiándolo en silencio por no haber insistido en acercarla hasta su casa.

\*\*\*

—¡Marina! ¡Marina! —Despertó. Por un momento, creyó estar atrapada en una pesadilla recurrente.

Sacudió la cabeza para despejarse y miró el reloj: las siete. Su madre llamaba desde abajo; ¡qué manía con llamarla a gritos desde allí! Sería que acababan de traer su bicicleta. Bajó a toda prisa. En la puerta esperaba un hombre con una hoja de papel en la mano.

—¿Es usted Marina?

—Sí. ¿Trae mi bicicleta? —preguntó mientras firmaba.

—Pues no, no traigo ninguna bicicleta. —Fue la asombrada réplica.

—¿No? ¿Y qué trae? —Marina salió a la puerta y vio un remolque con un rótulo en el que se podía leer en grandes y pulcras mayúsculas: «ANIMALES VIVOS».

—Pero... ¿qué lleva usted ahí? —inquirió su madre, alarmada—. Marina, hija, ¿qué es todo esto? ¿Qué líos llevas?

—Sea lo que sea, no quiero que lo baje —le dijo muy segura al repartidor, temiéndose lo peor.

—Yo tengo órdenes expresas, y usted ya me ha firmado el albarán de entrega.

—¿Cuál? ¿Este? —repuso Marina mientras se lo arrebatava de las manos y lo hacía trizas.

—¡No haga eso, por favor, que me mete en un lío! —exclamó el apesadumbrado transportista.

—Me da igual; usted no va a bajar de ahí absolutamente nada—ordenó ella levantando la voz.

—Que, por cierto... ¿qué es? —intervino su madre sin poder reprimir la curiosidad por más tiempo.

—Un burro.

—¿¡¡Un burro!!? —preguntaron las dos al mismo tiempo.

De pronto, las carcajadas llenaron el salón: era la abuela que, sentada en su sillón favorito, no había perdido comba de lo que estaba pasando. Cuando su nieta se giró, cruzó con ella una mirada muy significativa.

Marina y su madre se acercaron hasta la entreabierta puerta del remolque y pudieron ver al burrito, de un precioso color gris, que aguardaba pacientemente a que lo descargaran. Marina esbozó una

sonrisa: ese hombre era lo más, un cabrón bien fino con las bromas, no podía negarlo. Se fijó en que el animal llevaba un cartel colgado que decía: «EL BLANDITO SE HA CANSADO DE DAR VUELTAS SOBRE ÉL. YA TIENES NUEVO VEHÍCULO». Rápidamente, bloqueó con su cuerpo la línea de visión de su madre para que esta no pudiera leer el rótulo, porque intuía que después llegarían las preguntas incómodas.

—Está bien, me lo llevo; el pobre animal no tiene la culpa —dijo el repartidor al cabo de un momento, cerrando de golpe la puerta del remolque—. El hombre que me hizo el encargo me aseguró que sería una sorpresa agradable y que haría feliz a la mujer que lo iba a recibir —se lamentó.

Marina puso los ojos en blanco.

—Oiga... ¿El burro era para dejarlo aquí? ¿Para siempre? —preguntó, curiosa.

—No, no, solo era para hoy; tenía que volver a recogerlo esta tarde.

Echó a caminar tranquila: había un buen trecho hasta la fábrica. En cierto momento, Tomás apareció por la carretera, precedido por el reconocible sonido de su jeep, pero no se detuvo, y ella no pudo evitar sentirse dolida y molesta de que la dejase allí, caminando en soledad. Cuando por fin llegó a la empresa, lo primero que vio fue una bicicleta apoyada en la valla, en el lugar exacto en el que dejaba la suya cada día. Se fijó en esta y no tuvo dudas: era el cuadro de su bici, con la cesta de su madre en la parte delantera, pero las llantas ya no eran las mismas: antes eran convencionales —plateadas, con la rueda en negro—. Ahora eran anaranjadas, y las ruedas, blancas, igual que el cuadro. Su bicicleta había experimentado un lavado de cara considerable y ella, encantada con el cambio, no podía dejar de mirarla.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que lo que no estaba por ninguna parte era el código de circulación, ni tampoco las rutas ciclistas que hasta el día anterior colgaban, desafiantes, del manillar; en su lugar, ahora colgaba un brillante casco nuevo. Recorrió con la mirada su «cacharro» que ya no lo era, aprobando todos y cada uno de los cambios: ¿quizás Tomás había encontrado por fin la palabra

subrayada en el diccionario de chino? Siguiendo ese mismo hilo de pensamiento, no pudo evitar evocar en su mente todo lo que él había estado haciendo por, para y contra ella desde que se habían conocido, y sintió una punzada en la boca del estómago: Tomás era irritante y desconcertante, pero también sabía cómo ganar puntos. Con gesto decidido, cogió el casco y subió hasta el despacho de su jefe, pasando adentro sin llamar y sin pedir a Carmen que la anunciase. Tomás, de pie ante la mesa, hablaba en alemán por su móvil. Ella le quitó suavemente el teléfono y habló por él sin vacilar ni un segundo:

—*Entschuldigung* —dijo, dejando a Tomás asombrado: acababa de pedir perdón por interrumpir la llamada.

—*Kein problem.* —Se escuchó al otro lado mientras Marina dejaba el móvil sobre la mesa.

—Mira, esto para ti, para cuando te subas al burrito que ya he mandado de vuelta a tu casa —dijo ella en tono tranquilo, mientras le colgaba el casco del brazo—. No lo necesito: tengo uno por casa, solo tengo que acordarme de dónde lo he metido.

Se miraron, y Marina creyó morir ante aquellos ojos, esa cara, ese cuerpo. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada.

—¿No me vas a llamar nene? —preguntó él por fin, en tono dulce.

Marina negó con la cabeza tristemente; no podía con aquella mirada, pero mucho menos con ese agotador tira y afloja.

—Pues al menos soplame —solicitó él, seductor.

—*Nicht mal in deinen wildesten träumen.* —«Ni en sueños», le acababa de espetar, dejándolo más atónito todavía. «Sí, no eres el único que sabe idiomas». Sonrió ella para sí al ver su cara de asombro.

Tomás la miró mientras dejaba el casco sobre la mesa y ella repitió las mismas palabras en inglés y en francés. Esperaba que así al menos comprendiera que no era la cretina que él se pensaba, simplemente por no saber hacer bien, con solo unos días en aquella empresa, lo que los demás llevaban haciendo años. ¿Qué sabría él de ella? No soportaba que la despreciase, que pusiese en duda su capacidad para trabajar, así que cogió el teléfono de nuevo y mantuvo una corta conversación con su interlocutor en un alemán quizás no

muy fluido, pero sí plenamente funcional; con brevedad y educación, volvió a pedir perdón de nuevo por la interrupción para a continuación agradecer su comprensión y comunicarle que le pasaba de nuevo con Tomás. Con un gesto displicente, entregó a este el móvil.

—No soy la estúpida que crees —le espetó—; déjame en paz y seré capaz de aprender rápido. ¡Y basta ya con este juego porque no lo soporto! —le pidió, al borde de las lágrimas, y, sin esperar una respuesta, salió del despacho.

\*\*\*

Parecía que Tomás estaba cumpliendo con lo que le había pedido: se habían acabado las bromas, los regalos, los encuentros en la bifurcación. Y Marina se dio cuenta, apesadumbrada, de que los echaba de menos. «El espíritu de la contradicción», que diría su abuela. Apenas si coincidían y cuando ocurría se limitaban a cruzar la mirada, una mirada que ya no decía nada. Había pedido comprensión, y él estaba cumpliendo, y aquello tampoco le gustaba, porque que la ignorase, resultarle invisible, no era una sensación nada agradable. Un saludo simple y educado habría sido lo justo, lo razonable para ella. A diario se encontraba deseando con todas sus fuerzas que esa nueva calma diese pie a iniciar una relación normal, la que nunca habían tenido, y sin embargo estaba convencida de que aún podía darse entre ellos.

—Ana, me subo a patrones si no me necesitas. —Era la hora del almuerzo y pensaba dedicarle algo de tiempo a su tesis.

Miró hacia el montacargas y decidió utilizarlo, porque cuando subía por las escaleras y se encontraba con Tomás y aquellas miradas vacías, se sentía tan mal que no se veía con fuerzas para nada. Abrió la puerta para entrar, pero entonces reparó en que había olvidado su mochila y volvió a buscarla, resoplando con fastidio. La cogió y volvió al montacargas. Antes de que pudiera pulsar el botón, se abrió la puerta. Tomás la miraba, dudando entre si entrar o no.

Le resbaló la mochila de la mano, y él se inclinó a recogerla.

—Hola, Marina.

El correctísimo saludo; ahí estaba.

—Hola, Tomás.

La mirada seria, inclinando la cabeza... y después una sonrisa: bonita, agradable, para ella. ¿Cuántas habría como esa? Las quería todas así, sin malicia, sin sorna.

—¿Sales o subes? —preguntó amablemente.

«Quiero quedarme aquí, contigo», pensó, sin dejar de mirarlo.

—¿Y tú? ¿Entras o sales? —Marina quería ver si realmente esa conversación podía llevar a alguna parte.

—Lo que me pidas.

Notó cómo el sudor la inundaba. Y ahora, ¿qué tocaba decir?

—Mi mochila... —balbuceó, sintiéndose incapaz de articular palabra al sentirlo tan cerca en aquel espacio tan estrecho.

De repente, la risa de Tomás retumbó dentro del montacargas.

—¡Marina! —exclamó entre risas—. Lo intento, te juro que lo intento...

—Lo intentas con poco interés; solo si tratas de burlarte parece que te esfuerzas. —De un tirón le quitó la mochila—. Quiero que salgas de aquí.

—Te recuerdo que esto es mío. No puedes echarme.

—Es cierto, lo olvidaba. Era yo la que salía. —Se acercó hasta él y se puso de lado para pasar por el estrecho hueco que quedaba entre Tomás y la puerta.

Salió rápidamente del taller: subiría andando. Pero apenas si pudo atravesar la entrada; la gente se agolpaba en el rellano, murmurando sorprendidos mientras dirigían la mirada hacia algo. Desconcertada, se acercó hacia la pared de las escaleras.

Unas láminas enormes colgaban allí: eran copias de su foto, su famosa foto de la bicicleta, pero en estas no estaba desnuda; habían retocado la imagen, y así en cada reproducción aparecía ataviada con la vestimenta propia de una época determinada: con vestido largo de principios del siglo xx, años 50 con traje de chaqueta ceñido, años 60 con falda de vuelo, blusa y rebeca, de *hippie*, con vaqueros y camiseta ajustada... No podía ni moverse. El corazón le latía a mil por hora



mientras examinaba la extraordinaria galería, pero fue la última fotografía, casi arriba del todo de la escalera, la que le cortó la respiración. Se le nublaron los ojos: era ella de niña, subida en su pequeño triciclo, con un vestido infantil precioso. Sobre la foto, una frase: «Cualquiera que fuera la época, cuando era niña la chica de la bicicleta siempre nos eligió para vestirse». Marina sintió cómo las lágrimas rodaban por su cara.

Apenas se dio cuenta de que Fran empezaba a dispersar a los curiosos, ni de que estos, al pasar por su lado, la miraban y murmuraban entre ellos. Por fin, notó que alguien la observaba: era Tomás que, silencioso en medio de aquel barullo, se asomaba a la puerta del taller de costura. Se sentía tan emocionada que le hubiera gustado acercarse y abrazarlo; era un regalo tan bonito que la había dejado sin palabras. Pero era un regalo peligroso, que iba a levantar ampollas y multiplicar los rumores y los comentarios. Por fin, los últimos rezagados abandonaron la entrada, dejándolos solos, mirándose a los ojos. Tomás soltó una breve carcajada, y ella frunció el ceño: ¿se estaba burlando de ella? Porque, si se burlaba de ella, entonces esas fotos ya no le parecían un regalo bonito.

—¿Entonces subo? —le preguntó divertido.

Marina se encogió de hombros. Le daba igual. No tenía sentido seguir luchando contra lo que era inevitable: él siempre iba a estar un paso por delante en cualquier cosa que pasara entre ellos. Se acercó a la escalera y empezó a subir: tenía trabajo sin acabar del día anterior; Tomás se puso a su altura enseguida.

—¿De dónde has sacado esa foto? —preguntó ella, señalando con la barbilla hacia su foto de niña.

Si su madre había participado en aquello, no le hacía ninguna gracia.

—Apareció cuando rebuscaba en los archivos fotos de antiguas colecciones.

—¿Cómo? —se sorprendió; no entendía qué pintaba una foto suya de cuando era pequeña en los registros de la empresa.

—Mi padre me contó que hace años se les hizo fotos a los hijos de los trabajadores posando con nuestra ropa —explicó Tomás—. Te

busqué, y no me resultó muy difícil descubrirte entre todos aquellos niños. Bueno, dime, ¿te gusta la campaña publicitaria que voy a lanzar?

—No hablarás en serio, ¿verdad? —se asombró Marina, demasiado asustada para sentirse halagada.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Me diste la foto y me dijiste que hiciera con ella lo que quisiera. Pues esto es lo mejor que se me ha ocurrido. Además, ese vestido que llevabas de niña vamos a recuperarlo: mi hermana es diseñadora y ese modelo *vintage* le ha encantado, así que vamos a volver a venderlo. Como ves, todo serán ganancias gracias a tu genial idea de pedalear por ahí desnuda.

—Vale. ¿Y qué gano yo con todo esto? —dijo Marina, entrecerrando los ojos; estaba empezando a preocuparse de los comentarios que iba a tener que soportar.

—¿No querrás llevarte comisión?! —exclamó él, echándose a reír. Marina lo fulminó con la mirada.

—Qué poco me conoces —le dijo, dolida, mientras subía las escaleras.

Tomás aceleró el paso, y en dos zancadas se puso frente a ella.

—Eso tiene solución. Deja que te conozca.

—Tú no quieres conocerme realmente —repuso Marina—; eres como la mayoría, que solo quieren cotillear, estar enterados de mi vida, de por qué estoy aquí y no en otra parte. Piensan que, cuanto más sepan de mí, mucho mejor para incomodar y venir a molestar con según qué comentarios maliciosos que creen que ofenden. ¡Algunas personas son tan básicas, tan ridículas...! —Lo miró con pena.

—Yo no soy «algunas personas».

—¡Pues entonces no te comportes como ellas! —le recriminó dolida—. Eres el que peor me ha tratado cuando eres el que menos me conoce.

## Capítulo 4

Miró por la ventana: el día había amanecido gris y nuboso, y a ella solo le apetecía volver a la cama y olvidarse del trabajo tras otra noche en blanco haciendo correcciones entre libros y apuntes. Trató de combatir el sueño pedaleando vigorosamente sobre su bicicleta pero, cuando alcanzó la fábrica, seguía sintiendo unos casi invencibles deseos de echarse en el primer rincón solitario que encontrara y dormir a pierna suelta.

Nada más llegar, Fran le dijo que se quedase en el taller de patronos cortando hasta nuevo aviso, y, unas horas después, Marina se encontraba aún más cansada que antes; la lluvia que había estado cayendo durante toda la mañana, lejos de suavizar el calor, lo había hecho aún más insufrible. El ambiente estaba cargado de humedad, y ella podía sentir cómo cada parte de su cuerpo se envolvía, poco a poco, en un sudor pegajoso y desagradable. Como todos los días, la jornada se le estaba haciendo casi insoportable.

Por fin llegó la hora de almorzar, y ella aprovechó para entrar en el almacén; había descubierto un rincón tranquilo en el que pasar esa media hora sin ver ni escuchar a nadie, sin que la mirasen como a un bicho raro por dedicar ese rato a la lectura; aunque entrase alguien en el almacén, si no hacía ruido, ni siquiera se fijaría en ella, acomodada entre las cajas de cartón plegadas, enfrascada en sus apuntes. Y es que, cuanto más repasaba su tesis, más cosas creía que tenía que modificar: solo veía errores y contradicciones por todas partes, y acabó convenciéndose de que no valía la pena continuar. Cada día se angustiaba pensando en que lo que debería hacer era

elegir un nuevo tema y empezar todo de nuevo desde el principio.

Esa mañana trató de combatir esa idea fija relejendo una vez más aquellas páginas que se sabía casi de memoria, pero tiró la toalla al cabo de unos minutos: estaba demasiado cansada, y las letras bailaban ante sus ojos; parecía que se burlaban de ella. Resopló agotada y cerró los ojos, sintiéndose exhausta.

Se despertó sobresaltada; había soñado con su padre. Su corazón latía acelerado, y su respiración era irregular. Se secó el sudor de la frente y se dio cuenta, alarmada, de que no estaba sola: Tomás estaba allí, cruzado de brazos delante de ella, mirándola. Dirigió la vista a su reloj y reprimió un grito: ¡llevaba casi dos horas dormida!! Se levantó de golpe, queriendo morirse de vergüenza, y se pasó las manos por la cara. No comprendía cómo había dormido tanto.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —trató de disculparse, aunque estaba convencida de que, en el fondo, nada de lo que dijera importaría.

—Da igual las veces que lo digas, no mejorará lo que estabas haciendo.

Marina bajó la vista. No tenía por qué estar allí, ni esa mañana ni ninguna otra. Si se despedía en ese instante, tampoco iba a pasar nada.

—Solo ha sido un momento —mintió de todas formas.

—Marina, llevas ahí casi dos horas.

—¿Sí? ¿Y tú cómo lo sabes? —contraatacó—. No me digas que me has visto y no te has dignado a despertarme solo para dejarme mal —Tomás no decía nada.

—Quería ver lo que durabas así —replicó él, tras un ligero titubeo—. ¡Me parece increíble! ¡Es la primera vez que alguien se duerme aquí!

—Vale, el que me haya quedado dormida es algo vergonzoso, no estoy orgullosa, pero que me hayas dejado dormir me parece humillante. Es simplemente buscar un modo más de reírte de mí.

—Marina, no me vuelvas a pedir que te despida. Si no quieres estar aquí, vete, pero no me hagas pagarte un sueldo por venir a dormir.

—¡Es la primera vez que me ocurre! —chilló, furiosa—. ¿Qué te has

creído? Soy una persona responsable, es solo que estoy agotada... ¡que no puedo más! —estalló.

Se miraron en silencio; Tomás parecía esperar que ella continuase hablando, pero Marina apretó los labios. De repente, notó que la invadía la vergüenza de nuevo, sofocando su rabia. Arrancó a hablar atropelladamente, tratando de que Tomás confundiera su sofoco con indignación:

—Este trabajo es tedioso, aburrido hasta decir basta... ¡Me tienen loca esos minúsculos trozos de tela que me cuesta tanto unir o dibujar!

Tomás agitó suavemente la cabeza.

—¡Me da igual que te rías!—soltó furiosa.

—¿Dónde has visto mi risa o mi sonrisa? ¡Joder, siempre igual!—sonó bastante molesto.

—No sé, tal vez porque todo parece que te divierte conmigo. Y para mí esas telas son como piecitas de un puzle... ¡un puzle diminuto que solo me provoca un dolor de cabeza terrible! Todos los días me voy de aquí con jaqueca —musitó entristecida.

—Pues entonces no entiendo por qué sigues.

—Sé que no eres tan estúpido: está claro que sigo porque necesito el dinero; de otro modo, me habría largado de aquí el mismo día que empecé.

Pasó ante él, se disponía a salir del almacén sin mirarlo cuando le llegó su voz.

—Puedo ofrecerte otras cosas que hacer, si quieres.

El ofrecimiento a Marina le sonó muy mal; parecía tener algo implícito que no le gustaba cómo sonaba. Se giró para fulminarlo con la mirada.

—Tu oferta para quien te soporte.

Salió rápida porque, como siempre, tenía tarea atrasada, por lo que fue directa hasta el taller de patronas, pero cuando llegó, su desmayo se hizo aún mayor: sobre su mesa había un enorme montón de trabajo, casi el doble del que había dejado hacía apenas dos horas. Una compañera captó su mirada y le dirigió una sonrisa, mitad compasiva, mitad divertida:

—Julia se ha sentido indispuesta y ha tenido que irse a casa. Bueno, bueno, te dejo que trabajes —dijo, y salió apresuradamente antes de que los ojos de Marina la fulminaran.

\*\*\*

—Marina, ¿y las muestras? —escuchó preguntar a Fran. Era la hora de salida y ya cruzaba la puerta del taller de patronos dispuesta a marcharse a casa a toda prisa.

—¿Qué muestras? —preguntó, frunciendo el ceño.

Las muestras eran los primeros modelos que se confeccionaban de cada colección al inicio de la temporada, y también prototipos de diseños nuevos que se hacían con el fin de hacer modificaciones o de incluir alguna novedad a mitad de la temporada. Ninguna de sus compañeras le había dicho nada al respecto, y si lo sabían, no entendía por qué habían callado.

—Tú debías acabarlas. Te has encargado del trabajo de Julia, ¿no?

—Sí, por eso he acabado lo que había sobre la mesa, pero lo otro... Oye, ¿por qué no me has dicho nada? ¿Por qué no lo ha hecho nadie?

Fran parecía confuso.

—Le he dicho a Rosa que te avisara.

—No entiendo cómo son en esta empresa. ¿Lo sabe y se queda callada, solo por hacerme quedar mal? Me parece tan infantil...

Estaba indignada y dolida, pero al fin y al cabo sabía que no le caía bien a Rosa desde que había visto cómo la miraba Tomas, y sobre todo, desde que sus fotos colgaban en la entrada.

Fran se pasó la mano por el pelo con gesto preocupado.

—Yo mismo he subido a buscarte después del almuerzo y no te he encontrado por ninguna parte. ¿Dónde estabas? —le preguntó molesto—. ¡Tengo que enviar esas muestras mañana a primera hora!

—Yo puedo decirte dónde estaba. —Se oyó la voz de Tomás tras ellos.

Marina se giró, notando cómo se sonrojaba; esperaba que no le contase a Fran nada de lo que había visto.

—Mi hermana está esperando esos vestidos; quédate y acaba tu

trabajo —atajó Tomás.

Marina lo miró llena de rabia, pero sabía que no había discusión posible: la culpa de lo que había pasado era suya. De no haberse dormido, Julia le habría explicado todo antes de tener que marcharse.

—Vete a casa, Fran. Yo me encargaré de cerrar cuando las muestras estén acabadas —continuó Tomás, en tono tranquilo.

Fran salió meneando la cabeza, sin despedirse; Marina suspiró, pensando que solo le había causado problemas a ese hombre amable desde que había empezado a trabajar. Cuando se quedaron solos, Tomás la miró en silencio; parecía esperar a que ella dijera algo, así que finalmente se decidió a plantearle una simple pregunta:

—¿Qué es lo que necesito?

En dos resueltas zancadas, Tomás se acercó hasta la mesa en la que ella y Julia trabajaban cada día y agarró una bolsa de papel marrón.

—Ha estado toda la mañana a tu lado; las muestras siempre vienen en estas bolsas; toma nota para la próxima vez —le dijo en tono arrogante.

«¿Cómo sabes que ha estado toda la mañana a mi lado?», se preguntó indignada. ¿Acaso la había estado observando? Y sabiendo que estaban por acabar, ¿también había callado? Pero ¿de qué se sorprendía si la había dejado dormir dos horas solo para poder ridiculizarla? Tendió la mano para tomar la bolsa de la mano de Tomás.

Ella se sentó en una silla y, al colgar su mochila del respaldo, se dio cuenta de que pesaba menos de lo habitual: ¡la tesis no estaba dentro! La había olvidado en el almacén.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Tomás, notando la preocupación en su cara.

—He olvidado algo en el almacén. Voy a bajar a buscarlo.

—No, no vas a bajar, al menos no ahora... ¡no sea que te vuelvas a dormir! —Sonrió malicioso.

—¡No tiene gracia! He olvidado algo muy importante; lo busco y subo enseguida.

—Ni siquiera sabía si seguiría donde se había quedado dormida: tal vez alguien la había visto y se la había llevado... o incluso la había

tirado—. ¡Por favor! —suplicó preocupada. La única copia digital que tenía no incluía todas y cada una de las correcciones que hacía a diario en la copia en papel.

—Te he dicho que después.

—Di mejor que cuando tú quieras.

—Exactamente como haces tú —replicó él—: lo que quieres y cuando quieres. ¿O no?

Aquello no llevaba a ninguna parte, así que decidió no perder más el tiempo y abrió las telas para distribuir los patrones. Julia ya los había dibujado, y ahora solo tenía que recortar las telas y coserlas: terminaría antes de lo previsto. Aunque tenía la mirada fija en el trabajo, por el rabillo del ojo no se perdía ninguno de los movimientos de Tomás. Estuvo un rato observándola de pie; después, cogió un taburete y se sentó frente a ella, dejando la bandolera de su portátil sobre la mesa.

—No es necesario que me vigiles; puedes esperar fuera hasta que acabe. —Si se iba a quedar ahí, observando, sabía que no iba a ser capaz de hacer nada.

—No me voy a mover de tu lado. —Sonrió él—. Mira por dónde, este imprevisto nos va a dar la oportunidad de hablar como dos personas normales. No sabes las ganas que tenía de estar así contigo, frente a frente. ¡Hasta me parece una persona civilizada!

Ella levantó la vista para fulminarlo con la mirada.

—Hablas de mí como si fuera un salvaje.

—Mmmm... Desde luego, no eres como nadie al que esté acostumbrado a tratar.

—¡Porque solo tratas con gente como tú!

—¿Como yo? ¿Y eso cómo es? —preguntó con curiosidad, inclinándose sobre la mesa.

—Gente aburrida sentada en su coche con un hueso de aguacate metido por el... —Dejó la frase sin acabar porque hasta a ella le daba vergüenza decirlo.

Las carcajadas de Tomás retumbaron por todo el taller. No era la primera vez que Marina tenía que reconocer, muy a su disgusto, que le agradaba su risa. Se sintió mal consigo misma por albergar algún



pensamiento positivo sobre él después de como la trataba. Intentó ignorarlo y continuar con su trabajo, pero él no pareció darse por vencido.

—¡Vaya! Ya me parecía raro que estuviera siempre tan incómodo; incluso cambié los asientos del coche, pero nada: la misma desazón cada vez que me sentaba. ¡Gracias por la información!

Ella no quiso ni levantar la vista: sabía que una sonrisa asomaría a sus labios, y no quería que él la viese.

—A lo mejor, si hago desaparecer el hueso...

—Seguirías igual —atajó, levantando la vista hacia él—. No tienes arreglo. Te asustas al ver cómo hago el caballito en la bici, te supera una peineta, te mata una chica que no calla nunca y que te dice las cosas a la cara sin importar que seas el jefe. ¿Sabes? Lo peor no es ese hueso metido ahí, en tu trasero, sino ese árbol entero que tienes ante ti y que no te deja ver la realidad. No soy idiota, ni una fresca, ni una cabra loca, ni siquiera una maleducada; soy inteligente, trabajadora y responsable... la mayor parte del tiempo, incluso demasiado —dijo, bajando la voz al evocar el tiempo que había pasado cuidando a su padre, dejando de lado el resto de su vida.

—Estoy pensando que deberías llamar a tu madre —le sugirió Tomás.

Marina frunció el ceño; no terminaba de entender sus insinuaciones, pero él no tardó mucho en aclararle las cosas.

—Lo digo porque una madre que se preocupa en buscarle trabajo a su hija debe de estar preguntándose qué haces a estas horas que no vuelves a casa. ¿Me puedes explicar una cosa? Es que me corroe la curiosidad... ¿por qué no viniste tú misma a pedir trabajo? Me habría gustado hacerte una entrevista; habría sido un momento memorable.

«¡No vine porque estaba enterrando a mi padre!», pensó, deseando poder escupírselo a la cara para ver si así conseguía que se callase, avergonzado de su propia actitud. No sabía cuánto tiempo iba a seguir soportando esa situación; no era propio de ella estar aguantando toda aquella cháchara sin sentido que solo parecía tener el objetivo de sacarla de sus casillas.

Tomás abrió su bandolera, sacando de ella la tesis, y Marina respiró

aliviada al verla. La deslizó con un dedo por la mesa hasta dejarla delante de ella, pero, cuando trató de alcanzarla, él puso la mano sobre el valioso manuscrito.

—¿Sabes? Me molesta mucho que se contrate a gente como tú. Sois personas que no vais a durar nada en la empresa. No os implicáis, os da bastante igual vuestro trabajo y perjudicáis al resto. Y también a la firma, por supuesto.

Marina se sentía cada vez más ofendida: llevaría poco tiempo, pero intentaba cumplir con su trabajo, aunque le estuviese costando horrores adaptarse.

—Esto confirma mis palabras —prosiguió él, señalando la tesis—. Que eres inteligente no lo dudo, y, dado que te dedicas a otras cosas, no sé qué haces aquí. Supongo que buscas ganar un dinero extra hasta que retomes esto, pero ¿para qué? Unas vacaciones, ¿verdad? Quieres pasar como sea el verano, con el mínimo de trabajo y esfuerzo posible... ¡hasta te duermes aquí! Hoy porque yo te he pillado, pero ¿cuántas veces más habrá pasado?

Ella inclinó la cabeza para continuar trabajando en las telas.

—¿Es que no piensas decir nada? —preguntó Tomás, sorprendido de su silencio.

No pensaba contestarle. Ya le había dicho en el almacén que era la primera vez, y, si no le creía, no tenía forma de remediarlo; no tenía nada más que decirle. Durante un momento, jugueteó con la idea de enfrentarse a él y sacar afuera todo el malestar que sentía; también pensó en simplemente insultarle, pero al fin decidió no hacer ninguna de las dos cosas: la primera opción podía servirle para desahogarse, pero a la larga solo le traería más problemas, mientras que la segunda sería facilona, grosera e indigna de ella. Finalmente, continuó con su trabajo sin despegar los labios.

—He dicho que hables, pelirroja.

Levantó la vista, entrecerrando los ojos al escuchar cómo la llamaba. Le gustaba, muy a su pesar. Bajó la vista hasta su tesis y se le ocurrió algo.

—«Literatura postcolonial francesa» —recitó ella de memoria; al escucharla, Tomás abrió los ojos, sorprendido—. «Índice...»

Después del desconcierto inicial, él la escuchó atentamente, con la cabeza apoyada entre las manos.

—«Metodología y fuentes» —continuó, confundida por su silencio; parecía como si aquello le interesara realmente.

Mientras hablaba, no dejaba de sudar; sentía cómo la camiseta se le pegaba al cuerpo. Continuaba trabajando, y las tijeras se le resbalaban de la mano, teniendo que secárselas en el pantalón. Sabía que la reacción de su cuerpo no se debía tan solo a la humedad que la lluvia había dejado: la mirada de Tomás, atento a sus palabras, incluso se diría que embelesado por lo que contaba, la estaba poniendo cada vez más nerviosa.

Cuando terminó de cortar las telas, se levantó y fue hasta la estantería donde estaban los hilos sin dejar de hablar, pero hubo de permanecer en silencio unos segundos mientras escogía los carretes que la nota de las muestras le indicaba. Giró la cabeza, pensando que él ya no le prestaría atención, pero allí estaba, con los brazos cruzados mirándola fascinado y expectante. Le gustó el interés que le estaba prestando; ya no se sentía nerviosa. Hablar de lo que tanto le gustaba y que a alguien, además de a su tutor, le pareciera un tema atractivo, era algo muy gratificante.

Se sentó en una de las dos máquinas que tenían en el taller y preparó la máquina con el hilo correspondiente. Ajustando la silla para que se adaptara a su altura, dispuso las telas y empezó a coser sin dejar de hablar, pero tras unos segundos se detuvo y se giró a mirarlo.

—¿Puedes escuchar desde ahí a la pelirroja con todo este ruido? —preguntó, socarrona.

Tomás sonrió y se acercó, apoyándose en la máquina que había enfrente.

—Puedes seguir.

Ella continuó hablando mientras cosía, pero, de repente, la máquina emitió un sonido extraño y se paró. Marina rezongó en voz baja: aquello iba a retrasarla más.

—Déjame ver —pidió Tomás con amabilidad mientras se situaba tras ella, inclinándose sobre la máquina de coser.

—No, no, ya me cambio a esa —repuso ella, mientras se levantaba a toda prisa.

Él apoyó la mano en su hombro y ella volvió a sentarse.

—No, esa no funciona desde ayer; hay que sustituirla.

Marina contempló esa mano que reposaba sobre ella, admirando la suave firmeza de sus dedos. Tomás la retiró con delicadeza, mientras le clavaba una mirada que decía demasiadas cosas. Sintió que la volvía a bañar el sudor.

Cuando él se inclinó para examinar mejor la máquina, sus rostros prácticamente se rozaron. Ella tragó saliva, temiendo perder la compostura del todo si sus miradas se cruzaban: si se le hacía un nudo en el estómago cada vez que pasaba junto a él en las escaleras, ¿qué podría ocurrirle ahora que se encontraban solo a escasos centímetros el uno del otro? Prefería no saberlo.

—Literatura de protesta. —Le escuchó decir.

—¿Cómo? —Marina preguntó sin entender; ese era el siguiente punto en el guion de su tesis. ¿Acaso lo había memorizado? La copia en sucio estaba en español.

Ladeó la cara unos centímetros: estaba tan cerca de su boca que su aliento la quemaba; miró disimuladamente sus labios y creyó derretirse.

—¡Continúa por donde te has quedado, por favor! Te escucho. Soy capaz de hacer dos cosas a la vez. Aunque lleve un hueso ahí, puedo escuchar y arreglar esta máquina.

Marina contuvo sus repentinas ganas de reír y continuó. Se dio cuenta de que escucharse en voz alta le era útil: así podía autocorregirse cada vez que escuchaba algo que no le sonaba del todo bien. Tomás la rozó con el hombro mientras sacaba una pieza de su sitio y ella tragó saliva de nuevo. Miró sus brazos, observando el vello que los cubría. «¡Debe de ser muy suave!», pensó embobada. Tomás tenía vello en las manos y los nudillos; nunca le habían gustado los hombres con manos como esas, pero ahora se sorprendió mirando embelesada cómo se movían aquellos dedos ágiles, sacando las piecillas y volviéndolas a ajustar. Sintió deseos de tocarlas y de ser tocada por ellas. De repente, se dio cuenta de que había dejado de

hablar, deslumbrada por aquella mirada y aquella sonrisa tan agradables. Regañándose en silencio, intentó concentrarse en la pared que tenía enfrente, y reanudó su monólogo.

«Esto no está funcionando», se dijo al cabo de un instante, al notar cómo sus ojos volvían a recorrer la figura de Tomás. Tenía la piel blanca, bonita, sin imperfecciones ni marcas de ningún tipo. A esa hora de la tarde, una incipiente barba ya empezaba a aflorar sobre sus mejillas y mentón. Entrecerraba los ojos para mirar mejor las piezas —seguramente necesitaría gafas para ver de cerca—, arrugando un poco la nariz cuando ajustaba una y no encajaba de la forma en que él esperaba que lo hiciese. Su rostro reflejaba siempre una cierta dulzura, a pesar de lo desagradable que a veces era con ella. En conjunto, Tomás le parecía muy masculino, muy viril. Sonrió pensando que era la primera vez que empleaba esa palabra para describir a un hombre, tal vez porque nunca había conocido a nadie como él.

Inspiró suavemente, percibiendo su olor. No olía a ningún perfume artificial; lo que aspiraba era su propio olor, y eso le gustó. En ese momento, no estaba mirando ni oliendo a ese Tomás que la martirizaba con sus comentarios desagradables, sino solo a un hombre. Un hombre que le gustaba mucho.

Pensó en la mañana de las lechugas, con todo aquel despliegue de cajas por su salón. Recordó la cara del burrito mirándola desde el remolque; si cerraba los ojos, hasta podía leer el cartel que traía colgado al cuello. Le parecía volver de nuevo al día en que él arregló su bicicleta, ahora de llantas anaranjadas. Paladeó aquel momento en el que él parpadeó atónito después de que le sopló en los ojos.

Siguió mirándolo embelesada; no podía evitarlo. «¡Qué boca!», pensó casi con hambre, deseando morderla de nuevo, pero con deseo y placer y no con rabia, como en su primer beso.

Marina ya no hablaba. Tomás giró la cara y sus ojos se encontraron. Después, se rozó con la lengua allí donde ella le había mordido: parecía estar leyéndole el pensamiento. Perdida en su mirada, notó cómo la recorría un escalofrío a pesar del calor que hacía. Su mente se quedó en blanco; ni siquiera era capaz de moverse. Tomás se

humedeció los labios, y sus ojos se prendieron de esa deliciosa boca. «¡Bésame, bésame!», suplicaba en silencio, sin apartar la vista de él.

—¡Solucionado! —exclamó, sacándola de golpe de sus pensamientos.

Marina tragó saliva.

—¿Cómo? —preguntó, muy confundida.

—Que ya puedes seguir cosiendo —dijo, dedicándole una espléndida sonrisa—. La he arreglado, Marina; cuando hay que trabajar, yo no me duermo como otras.

Con esa frase la hizo salir de su encantamiento. Le dedicó una mirada fulminante, preguntándose, no por primera vez, cómo un hombre de aspecto tan fascinante como él podía llegar a ser tan desagradable; pero, como no tenía respuesta para su pregunta, continuó cosiendo en silencio. No pensaba hablarle más, absolutamente de nada.

\*\*\*

—¡Buenas tardes!

Se despidió secamente, sin mirarlo, y salió del taller con rapidez y decisión; necesitaba desesperadamente una ducha. Fue hasta su bicicleta, sintiendo que solo era suya a medias: cierto, el cuadro era de su propiedad, pero las ruedas eran de Tomás, y eso no podía olvidarlo. Agarró el casco que él le había regalado y lo colgó, como cada día, en el espejo del jeep. Inasequible al desaliento, todas las mañanas lo dejaba colgado de su manillar y ella tenía que devolvérselo: no quería nada de él, pese a que había buscado su viejo casco por toda la casa sin encontrarlo. Montó en la bici y pedaleó con fuerza, como si estuviera huyendo. «Agua fría y una larga siesta», era lo único que le pasaba por la cabeza una y otra vez.

Inspiró profundamente varias veces, intentando relajarse. Bajo el cielo gris, el aire se espesaba cada vez más, presagiando nuevos chubascos. No le habría importado nada si los cielos se hubieran abierto en ese momento, calándola hasta los huesos, librándola del horrible calor que la agobiaba.

El ruido de un motor tras ella la hizo volver a la realidad; no le hacía falta girar la cabeza para saber que se trataba del coche de Tomás. Empezó a pedalear muy despacio, tratando de esquivar cada charco del camino, y poco a poco, sintió crecer en ella la necesidad de tomarse una pequeña revancha, de molestarlo como lo había hecho en los primeros días. Pedaleó hasta situarse en el centro del camino; este no era muy ancho, así que supuso que él no tendría más remedio que reducir la velocidad e ir tras ella. «¡Vas a pasar cuando a mí me apetezca!», se regodeó, casi satisfecha.

De hecho, estaba disfrutando: se lo imaginaba enfurecido, intentando sobrepasarla y frenando constantemente, maldiciéndola; parecía como si pudiese escucharlo: «¡estúpida mujer con su estúpida y ridícula bicicleta!». O quizás, ahora que había pagado la mitad de la bicicleta, ya no le pareciera tan ridícula. Después de todo, él había elegido aquellos colores. Cuando se divirtió un rato, decidió hacerse a un lado y dejarlo pasar. Esperaba escuchar el motor acelerar y que el enorme jeep pasara como una exhalación por su lado, pero no ocurrió así, Tomás pasó por su lado suavemente.

Marina, sorprendida con esa reacción, se despistó del camino y el suelo enlodado y resbaladizo le jugó una mala pasada desestabilizándola. Las ruedas se deslizaron sobre el barro cuando intentó usar los frenos de la bici. Se vio obligada a echar un pie a tierra y este resbaló por el suelo con suavidad. Quiso detener la inminente caída, pero del esfuerzo, la correa de una de sus sandalias se rompió. Cayó al suelo, y la bicicleta rodó sobre ella. Al sentir la sensación del agua sucia cubriendo su cuerpo, Marina no pudo evitar un grito de rabia.

Tomás retrocedió con el coche hasta donde ella estaba, bajó corriendo y se acercó.

—¿Estás bien? —le preguntó, al tiempo que la ayudaba a incorporarse.

—¡No me toques! —le gritó, rechazando su contacto.

—Lo siento, solo quería ayudar —trató de disculparse.

—¡¿No crees que ya me has ayudado bastante!? ¡¿No era esto lo que estabas buscando todo el tiempo?! ¡Darme una lección, ¿verdad?!

Pues bien, ya lo has conseguido; estarás satisfecho, ¿no? —le espetó mientras recogía su bicicleta del suelo.

—¡No digas tonterías! Nunca he buscado darte una lección, por mucho que me pongáis enfermo tú y tu bici, que sois el binomio perfecto.

—¡Y a mí me pones enferma tú! Tomás y su estupidez, el tándem ideal.

—¡Oye, gran idea! Los dos subidos en el tándem y yo delante, dirigiendo. Así, de paso, verías cómo van en bici las personas normales, ¿no como las cabras locas!

—Yo no me he caído por falta de habilidad —masculló entre dientes.

—¿Estás insinuando que te has caído por mi culpa? Porque he pasado por tu lado despacio, procurando no salpicar con ningún charco.

Tan indignada estaba que no pudo ni contestar; sabía que él tenía razón: su caída se debía única y exclusivamente a su despiste. Sentía mucho asco al notar su ropa mojada y sucia, y el lodo que chorreaba de su pelo. Se lo tocó con aprensión y Tomás siguió su mano con la vista.

—Lástima de ese precioso pelo. —Chasqueó la lengua y entrecerró los ojos para mirarla—. Pero incluso así, sigues siendo adorable.

Marina lo miró con ira, segura de que, como siempre, se estaba burlando de ella. Vio cómo alargaba el brazo para tocarla y le propinó un manotazo. Él se echó a reír.

—Debes saber que, si no llego a mirar por el retrovisor, aún seguirías ahí tirada, nadando en el charco.

—No, si al final voy a tener que darte las gracias.

—Pues no estaría mal, después de la tarde que me has hecho pasar.

—¿¿Qué?! —exclamó sorprendida—. ¡Eres un cínico!

—¡Vaya! ¡No me digas! —replicó él en tono burlón.

—¡Eres la persona más impertinente, insoportable y desagradable que he conocido nunca! ¡Presumido repelente! —explotó.

—¡Vaya! Es un alivio comprobar que sigue ahí ese carácter tuyo, pensaba que la literatura postcolonial te había abducido; ¡menudo



muerdo de tarde me has hecho pasar ahí metido, esperando a que acabases! Desesperado por escucharte hablar de algo más que de ese rollo infumable.

Marina se sintió muy mal; recordaba lo agradable que le había resultado comprobar cómo Tomás la escuchaba atentamente, con interés, durante la media hora larga que le había estado recitando su tesis; ¿acaso había estado fingiendo todo el tiempo, quizás para conseguir algo de ella?

—Dime algo más, Marina. No me hagas sufrir —continuó él.

—¿«Cretino arrogante» te parece bien para dejar de sufrir? —replicó.

—Sin insultar, por favor —dijo él, en tono paciente.

—Ni suelo insultar ni digo palabras por decir; si hablo, es para decir la verdad.

—¿La verdad? ¡Vaya con la pelirroja! No se deja conocer, pero cree que sabe mucho de los demás; sabes tanto que ni siquiera te planteas el porqué de las cosas que te ocurren. Tanto y tan bien me conoces que sabes por qué actúo como lo hago en cada momento. —Tomás desvió la mirada, dirigiéndola hacia algún punto indefinido al final del camino—. Hazme un resumen... ¡dime cómo soy! Me gusta escuchar cómo me ve una chica como tú. —Volvió a mirarla.

—Sabes perfectamente lo que eres; no necesitas que una empleada te lo recuerde.

—Sí, sí que lo sé, pero, aparte de aburrido y no sé qué más... por culpa del hueso de aguacate que tengo ahí... refréscame la memoria, por favor —le pidió mientras se cruzaba de brazos.

Ya había conseguido lo que quería, hacerla estallar, y ahora no pensaba callarse. Por fin echaría afuera todo lo que había estado guardando en su interior durante tanto tiempo.

—¿Qué esperas escuchar, Tomás? Te definiste a la perfección la primera vez que me hablaste. Ahí ya supe que eras un gallito insufrible, una persona a la que no le importaba pisotear a los demás; ¿te paraste a pensar lo que ibas a decir? No entiendes cómo me hiciste sentir, no has pedido perdón en ningún momento.

— Eso no es cierto, y tú lo sabes; te pedí perdón esa misma mañana.

—No me hagas reír; tu padre te obligó. No eres un crío, debió salir de ti.

—¿Acaso sabes cómo me sentía yo?

—Da igual. Nada justifica tus palabras, avergonzándome ante todo el mundo, cosa que sigues haciendo. Día tras día solo has buscado ridiculizarme con tus absurdas bromas, y vas y lo rematas con esas fotos en las escaleras, para que todo el mundo me vea bien. ¿No habías tenido ya suficiente, que tienes que exponerme de esa manera a la vista de todos mis compañeros de la empresa?

Tomás negaba repetidamente con la cabeza.

—¡Mierda, Marina! Son unas fotos estupendas, y tú estás preciosa ¡nunca hago nada bien para ti! Es desesperante.

—Lo es, desesperante, pero para mí. ¿Y todavía quieres que te diga cómo te veo? ¿Pero es que no lo ves tú? No dudas en abusar de tu autoridad cuando y como te viene en gana. Necesito saber en qué pensabas para hablarme así mi primer día. ¿Querías satisfacer tu ego de dueño y señor de todo lo que ves? ¿O era para marcar el territorio con la nueva ante el resto de trabajadores? Podrías haber orinado como un perrillo alrededor de la mesa: eso me hubiera dolido menos que tus palabras de desprecio—. Tomás la escuchaba atentamente sin dejar de mirarla—. Pero, si de verdad quieres saber cómo te veo, te lo diré —prosiguió Marina—. Me parece un engreído, un prepotente... ¡un presuntuoso, Tomás! Y, además, eres bastante mal educado. Cada vez que te ríes de mí, demuestras la poca sensibilidad que tienes, sobre todo cuando lo haces sin importarte quién pueda escucharte; de hecho, parece que es lo que buscas, tener testigos siempre de que me avergüenzas.

—¿Has acabado? ¿No tienes para mí ni siquiera un calificativo bueno o positivo?

Estaba claro que le daba igual todo. Confesarle lo mal que le hacía sentir no parecía importarle en absoluto.

—¡Eres un chulo de playa! ¡Con camisa, pero un chulo de playa, al fin y al cabo!

—¿Un qué? —preguntó él, entre risas.

—Solo haces las cosas para que los demás te vean, ya te lo he dicho.

Te paseas, te pavoneas, y todo para hacerte notar. La pena es que el chulo de playa de por sí es inofensivo; tonto, sí, pero no peligroso. Tú, en cambio, para ser el centro de atención, has necesitado ponerme a mí en el punto de mira.

Él reía de nuevo. Marina se dio cuenta de que no podría aguantar ni un segundo más esa charla; decidió marcharse de allí en ese mismo momento.

—Es la primera vez que me insultan y me ofrecen una explicación al respecto. Prometo no volver a juzgar tu capacidad intelectual —dijo él, impertérrito.

—¡Aggg! —gritó ella, asqueada.

Aquel hombre le parecía insoportable. Se sintió estúpida al intentar hacerle comprender cómo la hacía sentir. No iba a esperar más; subió a la bici y empezó a pedalear. Tomás corrió tras ella.

—¡Espera! —gritó.

Continuó pedaleando, pero el lodo del camino le impedía ir muy rápido; al cabo de unos minutos, él la alcanzó, sujetando la bicicleta para frenarla.

—Pero ¿tú te has visto? ¿A dónde vas así? —le preguntó. Lejos de incomodarle, la situación parecía divertirle.

Marina se contempló con asco: su camiseta blanca era en ese momento de un sucio color marrón. Su pelo y sus pantalones no se hallaban en mejor estado, e incluso iba descalza de un pie, pero no le importaba; quería marcharse, fuera cual fuese su aspecto.

—¡Suelta la bici! —gritó—. Quiero irme a casa.

—Yo te llevo —se ofreció.

Lo miró fijamente, pensando en su tono de voz al ofrecerlo.

«¿Ha sonado dulce, con cariño?», se preguntaba confusa.

—No pienso montar mi culo en tu coche... ¡Antes me arrastro por el barro!

—¡Esa Marina enrabiada, cómo me gusta! —exclamó Tomás mirando al cielo; luego bajó la vista hacia ella de nuevo—. Venga, baja, rebózate de nuevo y te llevo a casa —invitó en el mismo tono de voz de segundos antes.

—¡Suelta la bici ya! —gritó ella desesperada, aburrida, cansada y,

sobre todo, asqueada de su ropa, de su pelo y de su misma persona.

—No vas a ir a ninguna parte; ¿no te das cuenta de que puedes hacerte daño con ese pie descalzo?

—Vaya, ¿así que ahora te preocupas por mí?

—Yo siempre me preocupo por todos mis empleados.

—Pues no sufras más por esta empleada. —Lo miró desesperada—. ¡Ignórame! ¡Te lo pido por favor! —le suplicó, a punto de llorar.

Intentó pedalear, pero él no soltaba la bicicleta, así que se bajó de ella.

—Puedes quedártela, como tantas veces has hecho; después de todo, es prácticamente tuya. Me voy caminando.

Tomás dejó la bicicleta en el suelo y la agarró del brazo.

—No vas a ninguna parte. Ya te lo he dicho, vas a venir conmigo —le dijo en tono firme y autoritario—. ¡Y no discutas más! Yo también quiero irme a casa; hace horas que tendría que haberme marchado.

—¿Y por qué no lo has hecho? —preguntó ella—. En tu lugar podía haberse quedado Fran, que me trata con más respeto del que tú ni siquiera imaginas que exista.

—Es su obligación tratar a todos con respeto.

—Pero no es la del jefe, ¿verdad?

—Creo que con el respeto de Fran no lo pasas tan bien como con mis gracias. ¡Agradéceme eso al menos!

—¿De verdad eres así de tonto? Cuesta creerlo. —Tomás parecía disfrutar con su cara de disgusto—. Tienes que marcharte y has preferido quedarte a molestar. Tal vez sea porque es lo que mejor sabes hacer, o más bien lo único.

—¿Cómo iba a marcharme y perderme la sesión de aburrimiento insufrible que me has ofrecido? No, Marina. Y, por cierto... ¿para cuándo la segunda parte?

—¡Eres un hipócrita! —gritó ella.

—De acuerdo, pero sube al coche.

—¡No!

Se deshizo del brazo que la sujetaba y empezó a caminar, hiriendo su pie descalzo con cada piedra del camino.

—Si no subes al coche, voy a tener que darte una azotaina.

Se giró al escuchar aquello; le costaba creer que alguien pudiera decir una cosa así.

—¡A mí nunca me ha pegado nadie! ¡¿Cómo se te ocurre?!

—¡Aggg! —Ahora era su turno de gritar con desesperación—. ¡Era una broma, por Dios, Marina!

—Pues maldita la gracia que me hace —dijo, reanudando su caminata.

—¡Ven y sube al coche de una vez! No quiero que vayas andando hasta casa; me está doliendo el verte caminar así, descalza.

Pero ella continuaba andando sin hacerle caso.

—¡Que subas, te he dicho! —exclamó, autoritario, mientras la sujetaba por detrás, levantándola en peso.

La irrealidad de la situación aturdió a Marina: empapada, agotada y a casi medio metro por encima del suelo, con aquel hombre intentando meterla en su coche.

—¿Sabes una cosa, Marina «Hoja de Roble»? Tal vez si te hubiesen dado un par de azotes de niña, ahora no serías tan mal educada —le espetó.

—¡Bájame, bájame, bájame! —aulló, histérica, mientras se retorció como una serpiente.

—No. ¡Te vienes conmigo, nena! —le susurró en el oído; Marina sintió un latigazo entre las piernas y dejó de contorsionarse de inmediato: fue como escuchar las palabras mágicas.

«¡Por Dios!», pensó aterrada al escuchar su murmurada orden. Creyó morir allí, estrechada por aquellos fuertes brazos; notaba cómo se agitaba su pecho, latiendo a la par que el de él. Cerró los ojos, sintiendo la rápida respiración de Tomás en su cuello.

—Dime que vendrás conmigo y te suelto. —Su voz sugerente le aceleraba el pulso, y el calor que le subía en oleadas por el cuerpo resultaba casi insoportable.

—¿Dónde me vas a llevar? —susurró también, deseando de todo corazón que la llevara con él a donde quiera que fuese.

—Si vienes conmigo, a donde quieras —replicó él, en ese tono de voz bajo y ronco que la volvía loca.

Ella cerró los ojos, saboreando aquellas palabras.

—Sí, iré contigo... donde tú quieras. —Sintió cómo se aflojaban los brazos de Tomás; suavemente, la dejó en el suelo y se giró despacio.

Se miraron como dos animales salvajes, jadeando tras la pelea. «¡Bésame ya!», exigían en silencio los ojos de Marina. De repente, los labios de Tomás se torcieron levemente en una de sus sonrisas maliciosas, y el encanto del momento se disipó; no era aquella una sonrisa agradable, una sonrisa de «Ven conmigo, Marina», sino más bien una mueca de triunfo. Se inclinó sobre ella, pero Marina ya no deseaba su beso. Lo empujó con todas sus fuerzas, y Tomás, sorprendido y desequilibrado, resbaló en el barro.

—Listo, nene, ya puedes irte a casa —le dijo. Después, montó sobre su bicicleta y le envió un beso mientras se alejaba pedaleando.

Tomás, sentado sobre el sucio barro del camino, ya no se reía.

## Capítulo 5

Marina estaba acabando de maquillarse; Elvira había decidido que ya estaba bien de baños en la piscina de Noelia y de estar tiradas en las tumbonas.

—¿Por qué no salimos a tomar algo? Hace siglos que no lo hacemos. Ya ni recuerdo qué pinta tenéis sin esos bañadores tan feos, propios de abuelas, que os empeñáis en usar —les había recriminado, medio en broma y medio en serio.

Noelia no se había opuesto, y ella tampoco, porque realmente tenía razón, como casi siempre. Se miró por última vez antes de marcharse: pantalón pitillo blanco y top verde sin mangas.

—Nada de vaqueros —les había advertido Elvira, como si fuese la encargada de la etiqueta y el protocolo esa noche.

Bajó las escaleras con cuidado: hacía tiempo que no usaba unas sandalias de tacón alto. Salió de casa, aspirando el aire fresco de la noche con ganas; desde luego, necesitaba relajarse. Había intentado olvidar durante todo el día lo que había ocurrido con Tomás la tarde anterior, pero sin éxito: todo pasaba ante ella, como si fuera una película, una, y otra, y otra vez.

Sintió su lengua arder: el retenedor dental no le daba tregua. Desde que tenía uso de razón, había tenido que llevar algún tipo de aparato en la boca para corregir sus dientes, y ahora, con más de treinta, se había visto obligada a acudir al dentista para que se los corrigiera de nuevo. Había tenido la cita una semana antes de que su padre falleciera —llevaba casi un año aplazándola, y no podía dejar pasar más tiempo—, y el médico le confirmó lo que ya se temía: que los

dientes de abajo se le estaban montando. Una de las soluciones, la que más la había convencido, era el dichoso retenedor que, colocado en la parte interior, resultaba invisible para cualquiera; pero, desde luego, no era intangible, y la estaba volviendo loca. El dentista le había dicho que al principio no pararía de tocarlo con la lengua, pero que sin duda acabaría acostumbrándose. Semanas después, no solo no se había acostumbrado, sino que ni tan siquiera lo soportaba.

Y, desde luego, el maldito aparato no ayudaba a aliviar la tensión acumulada durante días: el cansancio cada vez mayor, que le hacía estar permanentemente con los nervios a flor de piel, los problemas con su tesis, y, sobre todo, Tomás; Tomás y esa maldita tarde de lluvia. Recordaba sus brazos levantándola en peso y se ponía enferma, sí, enferma... porque lo echaba de menos. Y, cuanto más lo pensaba, más se avergonzaba de sí misma, al comprobar que necesitaba a un hombre que la trataba sin el respeto que creía merecer.

El perpetuo acoso al que su madre la sometía con sus preguntas tampoco es que ayudara precisamente a calmar sus nervios; Beatriz intuía que algo pasaba, pero Marina solo le respondía con evasivas. Recordó, sonriendo a pesar de todo, la cara que habían puesto ella y su abuela al verla llegar a casa después de la discusión con Tomás, llena de barro y descalza. Al evocar ese momento, sintió una punzada de vergüenza, pero también una buena dosis de diversión.

En definitiva, lo que necesitaba era reír y pensar en otras cosas. Decidida a pasarlo bien, cruzó la puerta del bar de copas en el que habían quedado; paseó la mirada por el local hasta que localizó a sus amigas al final de la barra.

—¡Eh! ¡Qué guapa vienes! ¿Con quién has quedado? —preguntó Elvira, y las tres se echaron a reír.

—Creo recordar que con vosotras, pero si conocéis a alguien más interesante, por favor, presentádmelo. ¡Necesito un hombre! —gimió como una niña pequeña mientras sus amigas se echaban a reír.

—Pero si ya tienes uno; tu jefe te espera a diario con ansia —apuntó Elvira.

—Si vamos a hablar de mi jefe, me largo ya —gruñó mientras se



acercaba más a la barra para pedir.

Hablaron y hablaron, sin parar de reír ni un momento. De pronto, Marina alzó la cabeza: se acababa de dar cuenta de que en el local estaba sonando la música de *Coldplay*, y, siempre que escuchaba a ese grupo, se sentía capaz de olvidar cualquier problema. Se puso en pie, dispuesta a bailar y cantar. Elvira y Noelia, que conocían bien los gustos de Marina, la observaron sonriendo.

—¿Has decidido ya qué vas a hacer con el concierto? —preguntó Elvira.

—No voy a hacer nada; ¿qué quieres que haga? No tengo dinero; las entradas cuestan demasiado para mí, y, además, tendría que ir hasta Barcelona y alojarme allí. Eso significa más gastos, y también faltar al trabajo; dime, si no, cómo lo hago, si el concierto es un jueves y el viernes tengo que volver a la fábrica.

—¡Pídele permiso a tu jefe! Se lo explicas, le dices que es bueno para tu salud, un fin de semana de asueto para ver a esos chicos cantar.

Marina negó con la cabeza con decisión.

—Venga, que ya te lo perdiste el año pasado y el anterior... ¡si lo estás deseando! Si tú haces un esfuerzo, te acompaño. Te advierto que quedan muy pocas entradas, y, como no te decidas pronto, te vas a quedar de nuevo sin ir —insistió su amiga.

—Este año también me lo pierdo —reconoció al fin, desilusionada. No disponía de dinero para gastarlo en un capricho.

—Todos los años estás igual, poniendo excusas: cuando no es un examen, es un viaje o trabajo pendiente. ¡Vamos, aún quedan entradas! Lo miré el lunes.

—A estas alturas, deben de ser las más caras. Vamos a olvidarlo, Elvira.

Pero su amiga no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Piénsalo y nos vamos, haz una locura... ¡anda, «Marina Responsable»! Desátate. ¡Eres tan formal con todo...!

—Formal no: pobre—replicó Marina con fastidio—. Sabes que necesito dinero para volver a la universidad. Ese concierto, con el viaje y el alojamiento, me supone un mes de alquiler. ¡Qué más

quisiera, de verdad! —gimió mientras escuchaba, melancólica, la voz de Chris Martin.

—¡Qué aburrida! ¡Chafaplanes! —exclamó Elvira, molesta—. ¡Dile algo, Noelia, riñele! ¡A ti te hace más caso que a mí!

—¡Elvira, no agobies! —le regañó su amiga.

Pero Elvira no dejaba de quejarse, así que Marina decidió pedir una copa a ver si así conseguía que se callase. Acodada en la barra, esperando a que le sirvieran, echó un vistazo a la gente que tenía alrededor. Alguien a quien no esperaba ver le devolvió la mirada desde la entrada del local.

«¿Qué hace Tomás aquí?», se preguntó, sintiendo cómo su corazón se saltaba uno, dos latidos, y a continuación se desbocaba como si quisiera escapar de su pecho.

No entendía nada. Desconocía dónde vivía, pero sabía que no era en el pueblo, así que dudaba de que aquel bar de copas fuese un lugar que frecuentara durante sus salidas. Pensó en marcharse, en salir a escape de allí, pero no podía: antes tenía que pagar las copas y hablar con Elvira y Noelia. Al dirigir la mirada hacia la barra, vio a la camarera esperando con su bebidas; pagó rápidamente y buscó a Tomás con la mirada. Había desaparecido. Agitó la cabeza, buscando por todas partes, y rápidamente lo localizó sentado junto a sus amigas. No sabía qué hacer, si acercarse o no; se había quedado paralizada, hipnotizada, idiotizada, incapaz de dejar de mirarlo. Poco a poco, fue volviendo en sí, y cuando se sintió lo suficientemente recuperada, se acercó al grupo, le tendió su copa a Elvira: Noelia no había pedido nada. Sus amigas la recibieron entre risas, pero estas pronto se apagaron cuando se dieron cuenta de las miradas que se cruzaban entre Marina y Tomás.

—¿Os conocéis? —preguntó Noelia, sorprendida. El «no» de Tomás sonó casi al mismo tiempo que el «sí» de Marina.

—¿En qué quedamos? —inquirió Elvira, divertida.

—En que no —dijo Tomás sonriendo mientras se ponía en pie.

—Pues entonces os presentaré: Tomás, esta es mi amiga Marina; Marina, este es Tomás.

La recorrió con los ojos de arriba abajo y la besó efusivamente en la

mejilla mientras la sujetaba por los hombros.

—Todavía me duele el culo —susurró en su oído.

—Lástima que no cayeses de cabeza —murmuró ella a su vez.

—Era un charco, no una piscina.

—Tenía las dimensiones perfectas para que nadara allí un nene blandito como tú —replicó con despego mientras notaba cómo él la sujetaba firmemente.

—Pues el nene blandito se ha puesto duro nada más verte aparecer.

Marina, derramando parte de su copa, se separó bruscamente de él, como si sus manos la abrasaran. Se miraron, y ella enrojeció violentamente, como si todo el local hubiese escuchado ese último comentario. Elvira y Noelia miraban asombradas ante lo que acababa de pasar: ellos dos allí, tan pegaditos, susurrándose cosas el uno al otro, a pesar de que habían dicho que no se conocían de nada, y luego la extraña reacción de su amiga. Tras unos segundos de silencio, Elvira se animó a hablar.

—Si trabajáis en la misma empresa, ¿cómo es que no habéis coincidido nunca?

Ninguno de los dos contestó; continuaban mirándose, como si en aquel abarrotado lugar no existiera nadie más que ellos. Marina no entendía que les hubiera hecho creer que él era un empleado más; no comprendía qué esperaba conseguir con todo aquello. Ante aquel cruce de miradas, Elvira y Noelia aguardaron durante unos momentos azoradas, sin saber qué hacer ni qué decir, hasta que, por fin, Elvira se decidió a lanzar otra pregunta:

—¿Qué opinas de tu jefe, Tomás? Porque, según he oído, parece alguien bastante desagradable. —Marina se acercó hasta ella y le pellizcó en el brazo, haciendo que gritase.

Tomás las miró y se echó a reír.

—No tengo esa imagen de él, la verdad. Me parece alguien serio y competente, y, según cuentan las compañeras, muy guapo y atractivo —replicó, mirando a Marina con malicia.

Ella contempló su copa un momento y decidió que ya no le apetecía, así que se dirigió a la barra para dejarla allí; «Lo que necesito es agua fría y salir a tomar el aire un rato», se dijo. Sentía un calor

insoponible y el estómago revuelto. Esperó a que le sirviesen el agua y lo miró de nuevo: no dejaba de hablar con Elvira y Noelia, y ellas no paraban de reír. Se fijó en él, en su ropa, su pantalón y su camisa negra, recordando el momento en que la llamó «nena» mientras la rodeaba con sus brazos. Se pasó la mano por la frente: sudaba solo de pensarlo.

Empezaba a agobiarse; el local estaba cada vez más repleto de gente, demasiada para que pudiera sentirse cómoda. Apenas si podía moverse. Sentía la boca seca; pagó el agua y cogió la botella para salir de allí cuanto antes.

El cambio de ambiente la tranquilizó enseguida. Inspiró hondo y bebió un largo trago de agua. Respiró aliviada: el aire fresco le estaba sentando bien; el momento de angustia había pasado tan rápido como había llegado, pero aun así seguía deseando marcharse. Aguantaría algún tiempo, a la espera de que Tomás se marchara pero, de no ser así, no le importaría lo más mínimo: entraría de nuevo en el local, para despedirse de sus amigas y volvería a casa.

Pero, antes de poder llevar a cabo sus planes, la puerta del bar se abrió y Tomás salió a la calle. Se miraron mientras se acercaba; él la recorrió de nuevo con los ojos igual que había hecho hacía un momento, y ella notó cómo su cuerpo se tensaba. Pensó en esa frase murmurada que la había llenado de vergüenza y confusión en el local y volvió a ruborizarse. Sabía muy bien cómo era Tomás cuando se excitaba, y desvió la mirada, mordiéndose los labios. Trató de controlar su agitada respiración: aquello estaba resultando ser demasiado para ella.

—¡Hola! —saludó él, con cierta dulzura en su voz.

—¡Vaya! Creía que no nos conocíamos. —Todavía sonrojada, no quiso mirarlo, pero él se situó ante ella.

—Dije esa mentira solo para que te apiadases de mí. Únicamente buscaba la ocasión de tocarte, de rozar mi cara con la tuya. Marina, quería sentirte cerca, aunque solo fuese un momento.

Ella sintió cómo volvía esa angustiosa sensación de ahogo, ese calor que le brotaba del pecho y le subía hacia la cara, encendiendo sus mejillas. Tomás la mataba cada vez que decía frases como esa. Apretó

los dientes e intentó que sus sentimientos hacia él no se hicieran demasiado evidentes, pero lo único que consiguió fue rozar aún más su lengua con el retenedor.

—Ya veo —consiguió articular por fin—. ¿Y sueles pasarte a menudo por este bar, o acaso has llegado hasta aquí por casualidad?

—No estarás pensando que he venido aquí por ti, ¿verdad?

«¡Qué rabia!», pensó, sin entender por qué hacía ese tipo de cosas: regalarle frases como la de antes para luego atacarla; estaba harta de aquel juego. Suspiró cansada y lo miró directamente a los ojos: por si lo había olvidado, le iba a recordar que ella también sabía soltar impertinencias.

—No has venido por mí, pero te has alegrado de verme; bueno, tú no, solo la única parte de ti que parece que recibe riego sanguíneo — le espetó mientras miraba descaradamente su entrepierna.

Tomás se echó a reír; reía a carcajadas, mientras Marina lo observaba con una mezcla de rabia y deseo. No podía evitar que le gustara su risa, ni sonreír ella misma al escucharla, aunque giró la cabeza hacia otro lado para que él no pudiera verla.

—Nunca había conocido a nadie como tú —dijo al fin, cuando pudo serenarse—; se te ocurren unas cosas...

—¿Como por ejemplo...?

—Lo del dedo con discurso incluido: «La defensa de la peineta». ¿Sabes? Incluso podrías dar charlas. —La miró con gesto sereno—. No me lo habían hecho nunca, pero conseguiste que hasta me gustara.

—Pues puedo pasar por tu despacho todas las mañanas y recordarte ese memorable momento de tu vida si quieres.

—Hazlo —asintió él.

Marina entrecerró los ojos. ¿De verdad estaba hablando en serio?

—¡Huy, Tomás, muy desesperadito te veo!

Él se echó a reír de nuevo.

—Soy un nene blandito y desesperadito, sí —reconoció, moviendo la cabeza afirmativamente—. A la espera de que la nena dura y castigadora venga a ponerme firme —concluyó, cruzándose de brazos y observándola con seriedad.

Ella notó cómo la recorría una oleada de excitación al escuchar la forma en que se refería a ella. «¡Joder, Marina! ¡Estás más desesperadita que este tío!», pensó con nerviosismo.

—Te lo estás ganando a pulso; eres todo un campeón repartiendo frasecitas.

—¿Y lo entretenida que te tengo? ¿Eso no lo valoras?

La única respuesta de Marina fue un cansado resoplido.

—Te he traído un regalo —dijo él de pronto, cogiéndola completamente por sorpresa.

—Pero creía que... has dicho que no habías venido por mí —tartamudeó.

—Y no he venido por ti: lo llevo en el bolsillo desde el otro día.

—Y no te has cambiado de pantalón, ¿no? —replicó ella, recuperándose rápidamente de la impresión que le habían producido sus palabras.

—Claro que no. Estaba a la espera de este momento. —Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó de él un rollo de esparadrapo de papel.

Ella ni siquiera parpadeó.

—¡Pfff! —bufó, desilusionada—. Ni precintándome la boca, conseguirías que dejara de decirte todo lo que se me viene a la boca cada vez que te veo.

—No es para tu boca.

—¿Y entonces?

—¿Tengo tu permiso para ponértelo? —preguntó, incitante.

No sabía lo que iba a hacer, pero de algo sí que estaba segura: definitivamente, quería que se lo pusiera. Porque, si implicaba que él tuviera que tocarla, lo estaba deseando.

—Sí —respondió convencida.

Tomás se acercó y sujetó su mano derecha.

—¿Sabes? Ando algo preocupado; porque me comentaste que este dedo —dijo, tocándole el dedo corazón—, se te levantaba sin querer cada vez que me veías, como si tuviese un resorte, ¿no es eso?

Marina asintió con la cabeza, observándolo fascinada mientras presionaba suavemente su dedo. Le encantaba aquel contacto, firme

pero delicado, que enviaba nuevas oleadas de calor a través de su cuerpo. Suavemente, Tomás levantó el corazón y el anular y los unió con esparadrapo; finalmente, se inclinó sobre su mano y cortó la cinta con la boca. Marina se mordió el labio inferior mientras contemplaba la pequeña ceremonia; deseaba con toda su alma echarse a reír con la ocurrencia, pero, tras unos segundos en los que a punto estuvo de soltar la carcajada, logró dominarse.

—¿Qué? ¿Te parece bien la solución a tu problema? —preguntó él al concluir.

—Pues... la verdad es que sí; sí, me parece bien —respondió, en tono indiferente.

—¡Qué raro! —se sorprendió Tomás—. No me esperaba esto de ti, miedo me das.

—No, no, tranquilo. Me parece que has tenido una gran idea —replicó ella, intentando sonar creíble—. Y ahora, me voy a casa.

—Pero ¿por qué? —le preguntó.

Pero Marina entró en el bar sin contestarle. Se dirigió al final de la barra, donde Noelia y Elvira la esperaban expectantes.

—Me marchó —les espetó sin rodeos mientras dejaba la botella de agua.

—¿Es que ha pasado algo? —se interesó Noelia.

—No, nada. Es solo que estoy cansada, y me apetece acostarme.

—Pero si hace nada que has llegado, y antes de que llegase Tomás no parecías nada cansada. —Sonrió Elvira, maliciosa—. Venga, confiesa... ¿quién es ese hombre?

Las miró y suspiró, hastiada de todo aquello.

—Es mi jefe —confesó.

—¡¿El barrigón de la ensaimada?! —exclamó Noelia.

Las carcajadas de las tres amigas hicieron girar la cabeza a los chicos que había justo tras ellas.

—No me extraña que te callases... ¡está como un queso! Y lo mejor: te come con los ojos. Porque está claro que no le dejas que lo haga con otra parte de su anatomía.

Marina volvió a reír mientras se apartaba el pelo de la cara.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —Elvira se la sujetó sorprendida.

—Pues que me han precintado los dedos. —fue la tranquila respuesta.

—¿Quién? ¿Tomás? —preguntó Noelia, asombrada —. ¿Por qué? ¡Cuéntanos algo, por favor! Estamos mordiéndonos las uñas desde el momento en que os mirasteis de esa manera.

Pero Marina no tenía intención de contar nada en ese momento. Quería marcharse y ver cómo terminaba la noche... si es que él seguía esperando fuera, claro.

—Otro día, ¿de acuerdo?

Ignorando las protestas de sus amigas, salió rápidamente, inhalando con placer el aire fresco de la noche. Tomás continuaba allí.

—¿En serio te vas? —le preguntó nada más verla; parecía realmente desencantado.

—Sí —respondió ella, empezando a caminar.

—Quería estar contigo.

Marina no se detuvo, pero tuvo que cerrar los ojos durante un instante: aquellas palabras le resultaban demasiado bonitas como para poder ignorarlas del todo.

—¿Puedo acompañarte? —rogó; en su tono pudo percibir algo de amabilidad, esa que a veces, asomaba tras su habitual arrogancia y que hacía a Marina concebir las más locas esperanzas.

—¡No! —contestó, rápida y tajante; la verdad es que tenía miedo de parecer interesada, o incluso, más que interesada, deseosa de aceptar su oferta. La aterrorizaba la simple idea de que Tomás percibiese la necesidad que tenía de él.

—No importa; voy a acompañarte, aunque no quieras —replicó, situándose a su altura.

—Vaya sorpresa. Siempre haces lo que te da la gana. —Dejó de caminar y lo miró fijamente. Tomás le cogió la mano.

—Se me ha pegado de ti; lo sabes, ¿no? —le susurró—. Venga, Marina, por favor... ¡no te enfades y deja que te acompañe! ¿Qué me dices, pelirroja?

¿Quién hubiera podido resistirse ante aquel modo de pedir las cosas? ¿Ante aquella mirada que traspasaba? No ella, desde luego,



que ni siquiera podía soportar esa suave presión que sentía sobre sus dedos. Temía no poder contenerse y gritarle a la cara exigiéndole, suplicándole un beso. Pensó que seguramente más tarde se arrepentiría, pero en ese momento no opuso resistencia alguna.

—Y si no me dejas acompañarte, repetiré lo de ayer. —El tono dulce iba cambiando progresivamente a ese otro, autoritario y arrogante, más propio de él, pero a ella no le importó—. Te cogeré y te levantaré en peso; te llevaré donde yo quiera. —La miró fijamente y Marina, recordando ese momento, se excitó de nuevo—. Al fin y al cabo, tú me lo pediste.

Le soltó la mano y continuaron caminando uno al lado del otro.

—¿Por qué les has hecho creer a mis amigas que eres un empleado más? —preguntó ella, con curiosidad, pero, sobre todo, porque quería seguir escuchando su voz.

—Les he dicho que trabajaba en la empresa, pero no les he dicho en qué; han sido ellas las que han supuesto que era un empleado más. ¿Acaso importa mucho?

Marina no supo contestar a la pregunta. ¿Le importaba? Al fin y al cabo, Tomás podía contar lo que quisiera sobre su vida: Elvira y Noelia no eran más que dos extrañas para él. De hecho, ellos dos también eran extraños el uno para el otro, porque ¿qué es lo que realmente sabía de él? Nada. Lo que sí sabía era que no podían estar así permanentemente.

—Marina, ¿estás bien?

Lo miró con angustia; quería gritarle que no, que hacía tiempo que no se encontraba bien. Necesitaba parar, necesitaba una pausa para lidiar con todo lo que le había pasado y lo que seguía pasándole desde que había vuelto al pueblo.

—Sí —mintió—. ¿Por qué?

—No sé, no pareces tú. No hablas con esa ironía tuya, y, además, me has dejado que te ate los dedos, cosa que no esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—Mmmm... ¿Un discursito de los tuyos?

—Me gusta mucho, ya te lo he dicho —replicó con convicción mirándose los dedos.

—¿Va todo bien? ¿Puedo ayudarte? —preguntó en un tono de sincera preocupación en el que Marina no pudo detectar el menor asomo de burla.

—No voy a hablar contigo, Tomás. Te pedí que me ignorases, ¿recuerdas?

—Sí, pero no entiendo por qué.

Ella dejó de andar; ¿cómo hacerle entender que aquello no estaba bien?

—No me facilitas las cosas. Tú y yo hablamos demasiado, y eso no ayuda.

—¿A qué? —preguntó Tomás, frunciendo el ceño—. ¿A qué no ayuda?

—A mi vida —trató de explicar ella—; aquí y en el trabajo.

—No veo por qué, la verdad.

Marina se sentía al borde de la desesperación. «¿No me entiendes o no me quieres entender?», pensó.

—Es fácil desde tu posición hablar así, pero no desde la mía. La gente no lo comprende, Tomás; no comprende que tú y yo discutamos de la manera en la que lo hacemos, porque no es normal lo que está pasando. ¿A cuántas chicas de la empresa le has regalado cien lechugas?

Él se echó a reír a carcajadas, pero se detuvo cuando la luz de las farolas iluminó el cansado y serio rostro de Marina.

—¿A cuántas chicas les has regalado un burro tan bonito como el que hiciste que llevaran a mi casa? —Sentía que estaba a punto de llorar—. Tomás —continuó, bajando los ojos—, voy a estar aquí muy poco tiempo, y esto no es lo que busco.

—¿Y qué es lo que buscas, si puede saberse? —preguntó él, contrariado.

—¡Pues dinero, Tomás, solo eso! Ni mal ambiente en el trabajo, ni miradas de reprobación por parte de tu secretaria que, no sé si lo sabes, también es mi vecina. Hay chicas que suspiran por ti y me odian solo por cómo me miras. Olvidas que yo vivo aquí, aunque tú solo vengas por las mañanas y desaparezcas cada tarde, pero esto es un pueblo pequeño, y nos conocemos todos. No quiero corrillos de

chicas curiosas, ni ir de boca en boca... ¡No quiero ser la pelirroja de la que habla toda la empresa! —concluyó, furiosa.

Lo miró en silencio; ¿acaso no se daba cuenta de lo mal que se sentía?

—Escucha, he tenido un año... —comenzó, pero se interrumpió enseguida. Se sentía incapaz de expresar en voz alta todo lo que había sufrido cuidando a su padre sin echarse a llorar, y se negaba a permitir que él la viese en ese estado.

—¿Sí? —se interesó él, expectante; parecía ansioso por comprenderla.

—Nada —suspiró ella, echando a andar de nuevo.

—¡Por favor! —suplicó.

—¡No! —gritó, encarándose con él una vez más—. ¡Estoy saturada, harta, aburrida, muy cansada! ¡No puedo más!

—Pues habla conmigo; quizás pueda ayudarte —se ofreció él, posando los dedos con delicadeza sobre su brazo.

—Si de verdad quieres ayudarme, vete ahora —replicó Marina, rechazando el suave contacto—. ¡Déjame, por favor!

Tomás negó con la cabeza y continuó caminando a su lado. Ella inspiró despacio, profundamente, intentado tranquilizarse. Al cabo de unos minutos de marcha silenciosa, lo miró de reojo: llevaba las manos en los bolsillos; parecía feliz. Dejó de mirarlo con disimulo para hacerlo abiertamente. Lo vio humedecerse los labios, un gesto muy habitual en él que ella adoraba. «¡Cómo me gustas!», se dijo, desesperada. La sorprendió observándolo, y ella desvió la mirada hacia otro lado.

—¿Qué es lo que piensas cuando me miras así?

—¿Así, cómo? —preguntó ella, tragando saliva.

—Como lo estabas haciendo ahora y como lo hacías antes en el bar.

—Creía que no te dabas cuenta —murmuró, azorada.

—¿Cómo no voy a darme cuenta de que te fijas en mí? Eso es un gran logro. ¡Vamos avanzando, Marina!

—¿Avanzando hacia dónde, si se puede saber?

—Pues... en esto que estamos haciendo —contestó él, echándose a reír.

—¿Que es...? —Abrió las palmas de las manos, solicitando con gesto elocuente que aclarara sus palabras.

—Conocernos.

—Pues si esto es conocernos, ¿qué será distanciarnos? —murmuró desencantada.

—Tú y yo no vamos a distanciarnos nunca —replicó él con seguridad.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo es eso?

—Porque yo no lo pienso permitir.

—Ahora resulta que vamos a ser amigos inseparables. —Aunque trató de que sus palabras sonaran irónicas, su tono delataba la amargura que sentía.

—Yo no quiero ser tu amigo —aseguró Tomás con convicción.

Sabía que se arrepentiría de preguntarlo, pero las palabras clamaban por salir.

—¿Y qué es lo quieres ser?

—¿Quieres que te lo explique aquí, en mitad de la calle?

—No, déjalo, ya me hago una idea —suspiró. Estaba harta de toda esa conversación que solo daba vueltas en torno al mismo tema, el sexo, que parecía ser lo único que a él le importaba cada vez que hablaba con ella.

—¿Y bien? —insistió Tomás.

—Y bien, ¿qué?

—Pues que si vas a decirme en lo que piensas cuando me miras.

—En nada en particular —replicó Marina, tratando de restar importancia a todos esos pensamientos que se agolpaban en su cabeza cada vez que lo tenía cerca.

—Algo será; no creo que me mires y dejes esa cabecita tuya en blanco, con todo lo que tiene que haber ahí dentro.

—Es que me hipnotizas; no soy capaz de nada cuando estoy delante de ti —dijo, ocultando la verdad de sus palabras con el tono burlón que les imprimió.

—¡No me hables así, por favor! —suplicó él, bromeando solo a medias—. Soy tan simple que me lo creo. —La miró durante unos segundos con ojos de cordero degollado antes de echarse a reír.

Marina respiró hondo y aceleró el paso.

—Hemos llegado. —Sacó las llaves y abrió la puerta—. ¡Buenas noches!

—¿Así nos vamos a despedir? ¿No vas a darme ni un besito? —gimoteó.

Marina odiaba esos cambios repentinos tan propios de él. Tenía que reconocer que durante todo el trayecto hasta su casa se había comportado de manera agradable, incluso amable, pero estaba claro que no podía aguantar durante mucho tiempo el esfuerzo que le causaba reprimir sus ganas de hacerse el gracioso. Se volvió hacia Tomás nuevamente, incapaz de contener su enfado.

—No te voy a dar uno, te voy a dar cientos de ellos; se nos va a hacer de día besándonos, comiéndonos a besos —lo había dicho con rabia, pero su tono no pudo ocultar el deseo que sentía. Y, se dio cuenta de pronto con horror, Tomás lo sabía; quizás lo había sabido siempre, desde el primer momento en que se vieron: su rostro, su lenguaje corporal, incluso la forma que adoptaba su boca al hablarle... todo en ella lo dejaba claro.

—Empieza —murmuró él, pegándose a ella más de lo que podía soportar sin tocarlo—. Bocona, no te atreves. ¡Hablas mucho, Marina! Tienes ese defecto, tu boca necesita de otra para hacerte callar; los labios sirven para algo más que para parlotear sin parar como las gallinas en el gallinero.

—¿Me estás llamando gallina?

—Más que gallina, cotorra ¡loro viudo! —susurró inclinándose sobre su cara.

—¡¿Loro viudo?! —gritó, sin poder reprimir la indignación.

—Sí, el pobre se ha quedado solo en su rama y solo sabe hablar y hablar.

Lo empujó para alejarlo de ella y Tomás se echó a reír.

—¡No soporto que te rías así!

—Vamos, Marina. A ti también te gusta reír; en el bar no dejabas de hacerlo antes de que yo apareciese.

—¿Has estado espiándome? —se sorprendió.

—No había nada mejor que mirar, ¿entiendes?

—Perfectamente. ¿Y no te has parado a pensar en que lo que has dicho es la pura verdad? Me reía antes de que tú llegaras.

—Sí, porque te haces la dura conmigo, nena castigadora —dijo, acercándose más a ella.

—Nenito blando —replicó ella con sorna.

—Ahora mismo, nada blando —dijo, mirándola con deseo—. Quizás quieras comprobarlo.

Los escalofríos volvieron a recorrer su cuerpo: deseaba a Tomás con demasiada urgencia, y eso descomponía sus nervios. Lo miró a los ojos sin saber qué decir, porque él tenía razón y ella se negaba a dársela: sí, hacerse la dura con él era una manera de protegerse de aquel hombre contradictorio del que nunca sabía qué esperar.

—Entonces, ¿hay beso? —Tomás interrumpió sus pensamientos, acercándose peligrosamente a ella.

«¡No irá a besarme! ¡No se le ocurrirá hacerlo! ¡Aquí, en la puerta, puede que con algún vecino mirando!», pensó, su pulso acelerándose con solo imaginar a Carmen asomada a una ventana, observando la escena con atención para poder cotorrear a gusto en la oficina el lunes. Al cabo de unos segundos, se sintió estúpida por pensar en la cotilla de su vecina antes que en Tomás en un momento como ese. Pero estaba claro que a él no le preocupaba nada de eso; se acercaba a ella cada vez más, y lo único que pudo hacer Marina para tratar de evitarlo fue echar el cuerpo hacia atrás, arqueando la espalda. Trató de apoyarse en la puerta, olvidando que estaba abierta, y trastabilló indefensa, braceando para tratar de recobrar el equilibrio hasta que Tomás la sujetó en un rápido movimiento. Sus manos la agarraron fuertemente por la cintura, y Marina pudo notar cómo su cuerpo reaccionaba al apretarse contra el de ella. Y sí, desde luego, no había allí nada blando. Nada de nada.

Cerró los ojos: «¡Vaya con el nene!», pensó, completamente excitada al notar a Tomás así. Alzó la vista para encontrarse con unos ojos que la miraban con deseo.

—¿Has hecho ya las comprobaciones necesarias? —preguntó, insinuante.

—No he notado nada; lo más duro que tienes es la mollera. —

Marina aún intentaba luchar contra el ansia que amenazaba con apoderarse de ella por completo, pero Tomás la sujetó por las caderas y la atrajo aún más hacia su pelvis. Creyó que moriría en ese instante, consumida por el fuego que la recorría.

—No tengo la mollera tan abajo, Marina; además de ir a la autoescuela, necesitas clases de anatomía. Y algunas sobre sexo tampoco te vendrían mal, a ver si así relajas esas hormonas rabiosas que tienes —le espetó, sin separarse de ella ni un milímetro.

—¡¡¿Hormonas rabiosas?!! ¿Pero de qué hablas? —Tragó saliva, tratando de aparentar una rabia que ya no sentía.

—Pues de esas que me tienen loco —replicó, tan cerca de ella que podía oler esa fragancia natural suya que la hacía perder el control.

—¿De qué estás hablando? —logró articular débilmente.

—De ti, de las cosas que haces, Marina... tu comportamiento es la mejor prueba de que toda tú estás llena de esas hormonas.

—Bueno, pues tendré que buscar a alguien que me las aplaque, ¿no? —dijo ella, tratando desesperadamente de cambiar de estrategia.

—¡No! Para eso ya estoy yo; tus hormonas son mías en exclusividad.

—Tomás sonaba posesivo, y Marina se dio cuenta de que eso no le disgustaba en absoluto.

—No sabía que te gustaran las hormonas de cotorra. —Intentó sonar maliciosa, pero no pudo resistir su mirada y acabó ocultando el rostro en su hombro.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo las aplaco?... Te ríes —dijo él, malinterpretando su confusión.

—¿Eso crees? Pues te voy a hacer caso; pienso buscarme un buen profesor para todas esas clases que necesito. ¿Conoces alguno? —preguntó, logrando dar a su voz el tono de malicia justo para que sonara sarcástica y no anhelante.

—No creo que haya ninguno capaz de soportarte, Marina— replicó, burlón, y le besó la punta de la nariz—. Buenas noches —le susurró al oído.

La soltó, dejándola en el umbral, totalmente confundida. Hubiera jurado que iba a besarla, algo que, pese a todo, esperaba y deseaba.

«No soy más que una idiota», se dijo, sintiéndose perdida y dolida, mirando cómo Tomás se daba la vuelta y echaba a andar hacia la oscuridad.

—Oye... ¡nene! —llamó roncamente, negándose a que la última burla de la noche fuera a su costa.

Él se giró de inmediato, con una sonrisa sorprendentemente dulce en los labios. Marina levantó su mano izquierda, cerrando los dedos para que formaran una espléndida peineta. Tomás, encantado, se echó a reír mientras aplaudía.

—Tengo dos manos —le recordó ella.

—Lo sé; he estado contando los minutos para ver cuánto tardabas en hacerlo.

Lo vio perderse al final de la calle, y entró en su casa, sonriendo.



## Capítulo 6

Marina despertó bañada en sudor y dirigió su mirada hacia el reloj que había sobre la mesita de noche: eran más de la doce. Hacía mucho tiempo que no dormía tantas horas seguidas.

El sol entraba a raudales por las ventanas, cegándola. Con los ojos entrecerrados, se levantó y echó las persianas. Sentía la boca seca y pastosa. Aprensiva, se pasó la mano por el cuello: la transpiración daba a su piel una pátina pegajosa, y se abalanzó hacia la ducha, dispuesta a poner un remedio, aunque fuera temporal, a esa sensación pringosa que tan nerviosa la hacía sentir. «Me paso el día a remojo», pensó. Cerró los ojos cuando el agua fría mojó su cuerpo; Tomás apareció ante ella, y Marina abrió los ojos para que aquella indeseada visión desapareciera, pero no resultó. Porque él estaba sobre ella, con sus manos, con su mirada, con sus palabras. Suspiró, cansada, mientras se secaba.

Eligió un vestido ligero, se lo puso y bajó a la cocina. Tenía sed y también hambre. Se sirvió un vaso de zumo y fue hacia el salón. Saludó a su madre, que leía, y a su abuela que, sentada en la mecedora, se balanceaba suavemente mientras tejía un jersey. Marina, en silencio, pensó en lo agradable que era estar allí y poder disfrutar de su familia: durante el curso, echaba mucho de menos a las dos. De pronto, sus ojos se fijaron en el objeto que había sobre la mesa, algo que tenía todo el aspecto de ser una caja de zapatos. Su madre siguió su mirada y se acercó hasta ella.

—Es un regalo para ti —aclaró, con una nota de emoción en su voz; Marina frunció el ceño: no habría podido decir por qué, pero no le

gustó nada ese tono contenido.

—¿Un regalo? ¿De quién? —preguntó, sorprendida.

—Mira —le pidió Beatriz mientras abría la caja y sacaba el contenido.

Eran unas sandalias de la misma marca que las que había roto la tarde de lluvia. Le encantaron nada más verlas, pero era incapaz de entender a qué se debía el regalo. Dejó el vaso sobre la mesa y cogió una: se trataba de un modelo que ya había visto a principios de verano, en verde y crema, con la correa para sujetarla en torno al tobillo. Había llegado incluso a probárselas, cuando era algo que se tenía prohibido en el caso de ropa o complementos que no podía permitirse, y al comprobar lo bien que le quedaban, se había enfadado consigo misma por no haber pasado de largo cuando las vio en el escaparate de la tienda de zapatos. Por fin, dejó de mirar las sandalias y miró interrogadora a su madre.

—Son muy bonitas —comentó esta—. Hay que reconocer que con las lechugas y el burro el muchacho no se cubrió de gloria, pero...

—¿¡Qué?! —exclamó, maldiciéndose por no haber pensado inmediatamente en Tomás—. ¡No, no, mejor ni me lo digas!

—Pues no te lo digo porque ya lo sabes.

—Pero... ¿por qué? —se preguntó, dejando con aprensión la sandalia en la caja y poniéndole la tapa para no verla más a ella ni a su compañera.

—Eso es algo que sabréis tú y él. ¡Oye, es muy apañado ese Tomás! Hasta ha acertado con tu número.

«¡No le habrá resultado muy difícil!», resopló, pensando en que seguramente, la sandalia rota que había dejado sobre el barro le habría facilitado la tarea.

—¿No te parece increíble? Ha debido de enterarse de tu accidente de la otra tarde y ha sido tan amable de hacerte este regalo.

Marina trató de permanecer imperturbable; no quería alterarse, que era lo que siempre le ocurría (para bien, y también para mal) con tan solo oír el nombre de Tomás.

—A ver, explícame qué pasa, porque no entiendo nada. ¿Cuándo trajo las sandalias?

—Anoche —respondió, extrañada ante la actitud de su hija.

—¿Cuándo? ¿A qué hora? —quiso saber esta.

—Poco después de que salieras.

—Y le dijiste a dónde había ido, ¿no? —Todos los misterios que rodeaban la aparición de Tomás en el bar la noche anterior se iban aclarando.

—No, no le dije nada, Marina; al preguntar por ti solamente le dije que habías salido a tomar algo por el pueblo... esto no es muy grande ;no era muy difícil dar contigo! Me alegré cuando se presentó y me dijo quién era: me parece alguien muy amable y educado. Me sorprendí, la verdad pero, al verlo tan decidido lo invité a pasar. No quiso molestar; solo estuvimos hablando unos minutos en la puerta.

—¿De qué? —Marina se encontraba cada vez más furiosa, aunque no sabía si con su madre, con Tomás o con ambos.

—Pues... de todo y de nada.

—¿De mí?

—No; la verdad es que, después de preguntar por ti, ya ni te nombró.

Aquello era el colmo. «¿Ni me nombra? —pensó, rabiosa—. Entonces, ¿qué interés puede tener en mí?».

—¿Y tú por qué le aceptas nada? ¡No debiste ni abrirle la puerta! ¡No lo entiendo, mamá! —gritó descompuesta.

—Ni yo, hija, ni yo. Vamos a ver, ¿por qué no puedo abrirle la puerta? ¿Y por qué no puedo aceptar un regalo que, además, ni siquiera es para mí? Como tú comprenderás, si es que quieres hacerlo, no podía decirle que no lo quiero, porque eso es asunto tuyo; hablas con él y le explicas lo que te apetezca. Ahora bien, me parece de muy mala educación que desprecies el gesto tan amable que ha tenido.

—¿Que desprecie qué? ¿A él o a su regalo? —preguntó ella.

Beatriz, cruzada de brazos, la miró fijamente.

—A él, Marina, a él, eso lo tengo claro. Mira, hija, si yo a tu edad hubiese tenido un hombre en mi puerta y antes de despedirse de mí me dice tantas cosas como las que él te dijo anoche...

—¿Estuviste escuchando? —Notó cómo se sonrojaba

violentamente.

—¿Y cómo no hacerlo? ¡Si no os callabais! Y tampoco susurrabais precisamente. Él tiene razón, hija, eres un loro viudo.

—¡¡¡Mamá!!!

La carcajada de la abuela resonó por todo el salón. Marina exhaló un gemido, sin poder creer lo que estaba pasando.

—¡Marina! —la reprendió su madre—. De verdad, hija, ¡me parece increíble! Solo con la primera vez que te pidió que lo besaras, debiste dejar de parlotear de una vez... ¡no sé por qué no te cerró la boca con un beso!

—Porque sabe que el loro muerde —interrumpió, sentenciosa, la anciana, que desde su mecedora no perdía comba.

—¡Abuela! ¿Tú también?

—¡Cómo te verá para que diga que tienes hormonas rabiosas, por Dios! —continuó su madre—. Es la primera vez que escucho algo así, pero la verdad es que te describe a la perfección.

—¡Gracias, mamá! Me encanta que, sin conocer nada de lo que ha pasado entre él y yo, te pongas de su parte.

—Yo no me pongo de parte de nadie; me pongo de parte de lo obvio, de un hombre y una mujer que se gustan.

—¿Qué te hace pensar que me gusta?

—¿Te escuchaste mientras le decías que os ibais a comer a besos?

—Me parece increíble que estuvieses escuchando.

—Tú responde: ¿te escuchaste? —repitió, haciendo caso omiso de su enfado.

—¡No, no me escuché! —rugió Marina, perdiendo completamente los estribos —.¡Será porque, al no espiar conversaciones ajenas tras las puertas, me falta práctica en eso de escuchar!

Agarró el vaso de zumo y, volviendo a la cocina, lo echó por el fregadero: se le habían pasado de golpe el hambre y la sed. Se apoyó con las manos en la mesa y suspiró, mirando al techo. ¡Por supuesto que se había escuchado! Es lo único que hacía desde que había conocido a Tomás: repasar una y otra vez las conversaciones que tenía con él, intentando hallar la clave para descifrarle y para descifrarse a sí misma, pero no lograba encontrarla. Era como si ella

misma se empeñara en buscar significados ocultos con tal de negar lo obvio, aquello que su madre había expuesto con tanta simpleza como precisión: eran un hombre y una mujer que se gustaban, nada más.

Sus pensamientos vagaron y acabaron recalando en aquellas sandalias; tenía que reconocérselo: tenía un sentido del humor increíble, porque, después de dejarlo sentado sobre el charco, acercarse a recoger su sandalia rota para averiguar el número y poder así comprarle otras ya tenía mérito. Pero, a pesar de todo, su resolución era firme: no las aceptaría. No sabía el porqué de ese regalo y a la luz de lo que le había revelado su madre, tampoco comprendía la actitud de Tomás la noche pasada. Necesitaba entender sus motivos para no haber explicado claramente por qué se encontraba en el bar y no contarle lo del regalo. ¡Era un detalle bonito! Entonces, ¿por qué no ofrecérselo abiertamente, por qué no mencionarlo siquiera? Si de verdad quería estar con ella, primero tenía que estar segura de él, de que era algo más que un bromista compulsivo, perpetuamente empeñado en humillarla y reírse de ella.

Se echó las manos a la cabeza y resopló con desesperación. «¡Este hombre es tonto!», pensó, harta de todo aquello.

\*\*\*

Ni siquiera se había girado al escuchar la pregunta, porque no pensaba que fuese dirigida a ella, pero las miradas de algunas chicas hicieron que se diese la vuelta. Virginia, parada ante las escaleras, la miraba maliciosa, y, al ver que Marina le devolvía la mirada, le espetó:

—Te he preguntado qué has hecho este fin de semana.

Marina miró incrédula a un lado y a otro. Hacía tantos años que no se dirigían la palabra que le costaba creer que ahora le estuviese hablando a ella, pero sí, no cabía duda de que allí estaba, apoyada en la barandilla, esperando una respuesta. La situación, además de curiosa, le pareció tan absurda que en un principio ni siquiera iba a contestar, pero se lo pensó mejor.

—No creo que te importe, pero este fin de semana he hecho lo de

siempre —contestó, pintando una sonrisa dulce en su cara.

—¿Lo de siempre es salir con el jefe? —replicó su compañera con descaro, mientras cruzaba los brazos en actitud desafiante.

Las risas de las habituales comparsas que las personas como Virginia solían tener siempre a su alrededor sonaron en la entrada. Sí, debería de haberse dado cuenta antes: probablemente les había visto mucha gente, y Virginia y su lengua no podían permanecer calladas, estaba claro. No valía la pena buscar una respuesta muy enrevesada para contestar a esa grosera niñata que había dejado de madurar allá por sus años de guardería, así que se limitó a contestarle con la misma amabilidad con la que se había dirigido a ella.

—Si te invita, sí. —Sonrió, tranquila—. ¿Qué? ¿Celosilla? Va, Virginia, si te arreglas un poco esos pelos y te deshaces de tu acné juvenil —sabía que ese era su punto débil: pasaban los años y no conseguía dejar atrás aquellos granos—, creo que, con un poco de suerte, podría invitarte a ti también.

Las risas cesaron, y la cara de Virginia se transformó por completo. El comentario sobre el pelo había sido una crueldad —tenía una melena rubia preciosa—, pero a Marina no le importó en absoluto el haber jugado sucio. Virginia la fulminó con la mirada y, por un momento, Marina temió que perdiera el control y se abalanzase sobre ella: ya la veía sujetándola por el pelo y zarandeándola como un muñeco. Intentó mantenerse tranquila pero, al ver cómo su vieja enemiga daba un paso hacia ella, se asustó; de esa mujer se podía esperar cualquier cosa.

—Resuelta la duda, y si no te sigue reconcomiendo la curiosidad de lo que hago con mi vida... ¿crees que serás capaz de trabajar? —preguntó, sin que le temblara la voz. Se negaba a dejarse intimidar.

«¡Marina, cuidado!», se advirtió en silencio, sin comprender del todo de dónde salía todo ese atrevimiento que nunca antes había sentido ante Virginia. La vio entrecerrar los ojos: sabía que no le gustaba nada que le devolvieran la pelota. Dirigió la vista hacia el final de la escalera y su corazón dio un salto; allí estaba Tomás, imposible saber desde cuándo, pero su ceño fruncido indicaba que

había escuchado lo suficiente. Virginia y el resto de chicas que estaban allí reunidas siguieron su mirada y, al ver a su jefe allí plantado con cara de pocos amigos, no tardaron ni un instante en desaparecer dentro del taller de planchado.

«¡Ojalá te quemes la lengua con la plancha, víbora!», pensó Marina, sintiéndose exhausta pero victoriosa. Volvió a mirar hacia las escaleras, pero ya no había nadie. Una mueca de fastidio cruzó su rostro: deseaba encontrarse con Tomás cuanto antes y hacerle saber qué pensaba de su regalo y, sobre todo, de su actitud, así que subió las escaleras a la carrera y entró en la oficina como una exhalación.

—Carmen, quiero hablar con Tomás —espetó a la sorprendida secretaria.

—Ahora está ocupado; dime qué quieres y... oye —exclamó, reponiéndose de su asombro—, ¿no es necesario que entres siempre a hablar con él! No es su misión tratar con los empleados. Si hay algún problema, hablas con el encargado y ya lo solucionaremos o él o yo, ¿entiendes?

—Gracias por la información. Ahora, me gustaría hablar con Tomás —repitió, ignorando completamente lo que acababa de decirle—. ¿Le avisas, o entro directamente?

—¡Marina, te estás pasando! —explotó Carmen, furiosa—. No es buena idea.

—¿El qué?

—¡Olvídate de Tomás! —le advirtió, en un tono que no le gustó nada.

«Pero ¿quién se cree que es esta para decirme algo así?», se preguntó indignada, sintiendo unas ganas tremendas de soltárselo a la cara. En su lugar, esbozó una sonrisa forzada:

—Gracias, Carmen —dijo, y llamó a la puerta.

Sin esperar respuesta, entró. De inmediato notó la refrigeración, y eso la hizo enfadarse aún más: solamente las oficinas y despachos contaban con instalación de aire acondicionado; «habría que acabar a martillazos con esos ventiladores cochambrosos que cuelgan del techo en los talleres», reflexionó, indignándose más a cada momento.

Él hablaba por teléfono, sentado en su sillón. No se inmutó al verla,

sino que se limitó a devolverle la mirada con total tranquilidad mientras continuaba la conversación. A ella le hubiera gustado apartar la vista de su cuerpo, pero no podía. Bajó la vista y contempló aquellas manos —la una sujetaba el teléfono, la otra; despreocupada, jugaba con un lápiz—, con aquellas venas tan marcadas cerca de los nudillos que tanto le gustaban. Con un sobresalto, se dio cuenta de que se estaba obsesionando con estas porque se imaginaba demasiado bien lo que podían hacerle.

No llevaba allí ni un par de minutos, y ya estaba olvidando el motivo de su visita, perdida en su cuerpo, en sus manos, mientras él continuaba hablando sin hacerle el más mínimo caso; lo mejor sería salir y marcharse, pero sentía una necesidad imperiosa de hablar con él. Empezaba a sentirse ridícula, allí de pie, al lado de la puerta, cambiando incómoda de postura a cada momento, esperando a que quisiera concederle unos pocos instantes de su tiempo. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón (un *short* caqui que dejaba al descubierto sus bonitas piernas), observó complacida cómo los ojos de Tomás se posaban repetidas veces en sus muslos; incluso lo vio inclinarse hacia delante un par de veces. «¿Es que quieres verme los pies? ¡Pues no mires más, no me he puesto tus sandalias!», pensó, divertida por su interés.

De hecho, no pensaba volver a usar sandalias para ir en bicicleta. Había optado por unas zapatillas de tenis. Maliciosa, levantó un pie para mostrárselo bien, y él se echó a reír.

—¡Perdona! —se disculpó Tomás con su interlocutor—. No, no me reía de ti, es que acaban de entrar a mi despacho las piernas de ciclista más sugerentes que te puedas imaginar.

Lo miró frunciendo el ceño. Tomás volvió a reír.

—No, no he cambiado de secretaria, Carmen sigue ahí fuera. Bueno, te dejo, creo que las piernas tienen algo importante que decirme. Te llamo luego.

Dejó el teléfono y se puso en pie, pasando ante la mesa para sentarse en ella.

—Y bien, ¿qué desea, señorita?

«¿Y esto ahora a qué viene?» —pensó Marina, desconcertada y



furiosa—. ¿Por qué me trata de usted de repente?»

—¿Ha pedido cita conmigo? —continuó él, imperturbable—. No me han comunicado su visita, ni tengo su nombre en la agenda del día.

—Chasqueó la lengua—. Voy a tener que llamarle la atención a mi secretaria: ¡ya deja pasar a cualquiera a mi despacho!

—Hoy estamos graciosillos, ¿no? Pues venga, voy a intentar ponerme a tu altura.

—A mi altura no podrás estar nunca.

—¡Vaya! ¡Nivel máximo de estupidez! Hummm —dijo pensativa—. ¡Creo que puedo intentarlo, nene!

—Ufff, Marina —dijo, cerrando los ojos—. ¡Me encanta que me llames «nene»!

Lo sabía demasiado bien, pero había escapado de sus labios sin querer.

—He venido a decirte que...

—¿Has venido a hablarme de lo malas que son las otras niñas contigo en el patio? —interrumpió, entrecerrando los ojos con expresión maliciosa.

«¡No, si resulta que le hace gracia!», pensó ella con rabia.

—Creo que te defiendes muy bien: le has cerrado la boca a la rubia por un tiempo —prosiguió él, riendo; ella lo miró con seriedad, esperando que se diese cuenta de que a ella no le hacía ninguna gracia lo que había pasado—. Virginia, ¿no? —Parecía pensativo—. Creo que todavía no lleva bien el que yo la plantase para salir con su amiga, la que siempre va pegada a ella... ahora no recuerdo el nombre.

Los ojos de Marina no podían haberse abierto más sin salirse de las órbitas. El corazón se le aceleró tan solo de pensar en aquella odiosa mujer entre los brazos de Tomás. ¿Y también había salido con la cretina de Sonia? Miró las manos que él apoyaba en la mesa y casi sintió arcadas al imaginarlas sobre el cuerpo de Virginia cuando tanto las echaba de menos sobre su cintura, aprisionándola contra su erección.

Las carcajadas de Tomás retumbaban por el despacho. «¡Qué asco!», se dijo, rabiosa y avergonzada porque sabía que su cara la

delataba.

—¡Huy, Marina! Me parece que te acabo de amargar la mañana.

Tenía razón: hacía unos segundos se sentía triunfante, disfrutando de que por una vez había sido ella la que había puesto a Virginia en su sitio, y ahora se daba cuenta de que lo único que había conseguido era quedar en ridículo delante de todos una vez más. Tragando saliva, intentó recomponerse.

—No, al contrario, me encanta comprobar que tengo razón. Siempre he pensado que tenías mal gusto para todo, hasta para salir con mujeres, me das la razón admitiendo que has estado con la rubia esa y con su amiga cerebro de mosquito. ¿Y ahora pretendes a esta pelirroja? Tarde, Tomás, muy tarde. Cuando se prueba lo vulgar, el paladar se adormece, pierde facultades para poder apreciar los sutiles matices que puede proporcionar lo sublime.

Tomás cerró los ojos y se cruzó de brazos, inspirando lentamente. Abrió un ojo despacio y después el otro.

—«Los sutiles matices de lo sublime» —emuló—. ¡Ufff, Marina! Me pongo vulgar, muy vulgar escuchándote.

Sin poder evitarlo, sus ojos se dirigieron hasta la entrepierna de Tomás; aquel vaquero ajustado no dejaba lugar a dudas: sí, la palabra para definir su erección no era «vulgar» pero estaba claro lo excitado que estaba. Intentó mantener la compostura, como si ver a un hombre ponerse así solo oyéndola hablar fuese algo normal para ella.

—Te juro que eres la primera mujer que me hace sentir así con solo unas cuantas palabras —le aseguró él—; al final va a ser cierto que eres algo sublime.

—El que lo hayas puesto en duda ya ofende —replicó ella con jactancia—. Y ahora te digo que este ser sublime no necesita tus regalos. No los quiero, ¿te queda claro?

—¿Por qué? ¿Es que no te gustan las sandalias? Misma marca, modelo parecido y el mismo número.

Marina puso los ojos en blanco: ¿todavía no había entendido nada de lo que estuvo explicándole mientras la acompañaba a casa? No era tan difícil, pero, claro, a él le resbalaba todo.

—Sí, me gustan —concedió al fin—, pero no las quiero.

—No lo entiendo. —Tomás parecía contrariado—. Aunque debo aplaudir tu idea de usar zapatillas; para ir en bici es lo más seguro.

El tono que empleó le sonó muy paternalista, y eso era lo que más detestaba en un hombre; la única persona en el mundo que debiera haber sido un padre para ella había eludido su obligación muchos años antes.

—Pero siempre puedes usar las sandalias para ir a la playa —continuó—, ¿o es que no vas allí nunca?

—No sigas, Tomás.

—¿No tienes a nadie que te lleve?

Marina cerró los ojos y respiró hondo: ¿acaso ese hombre no la escuchaba nunca?

—Pareces un padre hablándome así, y no lo soporto, porque nunca lo he tenido. Pero, ya que te gusta hacer de padre conmigo, haré de hija contestona: no necesito que nadie me lleve a ningún sitio, ¿sabes por qué? ¡Porque voy a donde quiero, Tomás!

—¿En tu cacharro?

—¡Hasta eso me has quitado! —gritó furiosa—. Esa bici ya no es mía, es prácticamente tuya.

—Marina, cambiaron la rueda y la bici quedaba horrible: no eran del mismo color, y en el taller sugirieron un cambio en las dos ruedas, más acorde con los tiempos que corren. Son las llantas que ahora se están vendiendo; ¡las tuyas eran del año de Mari Castaña!

—¿Estás insinuando algo? —gruñó ofendida—. Venga, no te cortes; si quieres llamarme algo, llámamelo a la cara.

—No te estoy llamando nada, pero tengo tú teléfono y no sabes las ganas que tengo por las noches, cuando estoy en la cama, de marcar tu número y poder escuchar tu voz. —Sonó tan sensual que sus palabras tuvieron el efecto de excitarla.

«¡Joder, Tomás!», pensó, cerrando los ojos al sentir un latigazo entre sus piernas, provocando un gran deseo en ella.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Tomás abriendo los ojos como platos.

Marina abrió los ojos de golpe y vio cómo él se levantaba de la mesa, acercándose a ella.

—¿Qué ha pasado con qué? —preguntó, tratando de hacerse la tonta.

—Contigo, Marina; algo se ha removido ahí —respondió, haciendo un gesto que la abarcaba por completo—. ¡Y quiero saber qué ha sido! —exigió—. ¡Necesito saber qué pasa contigo cuando estás ante mí! Eso, o me volveré loco ¡lo juro!

«¡Lo llevas claro, nene!», pensó ella, frunciendo el ceño.

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

Negó con la cabeza suavemente, aunque todo su cuerpo suplicaba otra cosa.

—Eres dura, ¿eh? —Marina escuchó cómo exhalaba el aire en un gesto de hastío—. Bueno, ¿de qué hablábamos? ¡Ah sí, de la playa! Tengo una casa allí, ¿te imaginas a ti y a mí, en la arena, haciendo el amor? ¡Ven conmigo!

—Gracias, pero prefiero la bañera de casa. Cuando saco la cabeza del agua, no hay tontos en el horizonte —respondió sin inmutarse.

Tomás se echó a reír.

—Bueno, Tomás, me largo de aquí; ¡no soporto más esta conversación! —explotó ella—. En cuanto pueda, traeré tu regalo y...

Pero él no dejó que acabara su frase.

—¿Y para qué quiero yo unas sandalias de niña?

—Puedes regalárselas a cualquiera de las niñas que suspiran por ti, ya sabes... la rubia con granos, por ejemplo; una mujer mediocre elevada a la séptima potencia es lo que mejor le pega a tu propia vulgaridad —dijo, mientras bajaba la vista para señalar con la barbilla hacia su entrepierna.

—No, yo ya solo aspiro a lo sublime.

Se miraron unos segundos, durante los cuales Marina tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para disimular el temblor que se había apoderado de su cuerpo. Tomás provocaba en ella demasiados y muy distintos sentimientos al mismo tiempo, y sentía que trataba de compensar esas sensaciones encontradas lidiando verbalmente con él cada vez que lo veía. Esos juegos retóricos, se dio cuenta, se prolongaban tanto que solía perder de vista su objetivo inicial, así que decidió que había llegado el momento de atajar y decirle por fin

lo que había venido a decirle.

—¡Basta, Tomás! Te lo pedí hace días y lo vuelvo hacer ahora: esto tiene que acabar y, por favor, no me busques más ni en mi casa ni en ninguna otra parte.

—¿Te molesta que nos vean juntos?

—Pues sí, ya que lo preguntas, y bastante, además. Sin pretenderlo, ahora mismo me encuentro en una situación muy desagradable, teniendo que lidiar con cosas como las de hace un momento en la escalera y a la espera de los comentarios que sobre nosotros quiera ir sembrando por ahí la rubia vulgar —concluyó, expresando sin rodeos lo molesta que se sentía.

—No creo que deba importarte tanto la gente y lo que digan; siempre hablarán de algo o de alguien.

—Claro, Tomás, pero de ti y de mí sí podemos evitar que hablen: con no vernos o, mucho más fácil, con no hablarnos más, solucionado —le explicó.

—¿No verte? ¿No hablarte? —Negó con la cabeza repetidas veces —. Olvídate de que eso suceda, pelirroja.

Ella resopló. Era como hablar con una pared.

—Me encanta cuando te enfadas —comentó al ver su expresión de desesperación.

«¡Nada, este hombre a lo suyo!», pensó ella, cada vez más exasperada.

—¿No me crees? —le preguntó él.

—¿Por qué no iba a creerte? No me conoces de nada, cada vez que hablamos, terminas sacándome de mis casillas, y aun así continúas buscándome, burlándote hasta que exploto de nuevo, y vuelta a empezar. Sí, te creo, Tomás.

—Pues, si tanto te molesta, entonces deja que te conozca para que pueda ver cómo eres cuando no te enfadas... ¡joder, Marina! No te he visto sonreír con agrado ni una sola vez desde que te conozco, solo con sorna. No eres dura, ¡eres granito!

—¿Y qué quieres? Si desde el primer día lo único que has tenido para mí han sido palabras desagradables...

—Eso no es verdad, y lo sabes; te he dicho cosas bastante

agradables. Siento que tú no sepas valorarlas en lo que valen; es una pena que tengas menos sensibilidad que la rubia de los granos.

«¡Eso duele, Tomás! ¡Duele mucho!», pensó ella, herida por aquel comentario.

—Con ese comentario acabas de demostrar el desprecio que me tienes.

—No, Marina, no entiendes nada; ni te desprecio ni busco darte lecciones. Está claro que hablamos idiomas diferentes. Solo quiero conocerte, entrar ahí. —Señaló hacia su cabeza—. ¡Pero es imposible! ¡Eres tan cerrada! Igual que las almejas...

—Vaya, qué comparación tan bonita; ¿y me pides que no me enfade contigo? Me sobraría solo con ese apelativo, al que debo añadirle todos los demás que me has ido asignando desde el primer día. Creo que lo que es imposible es no enfadarse contigo.

—Déjame demostrarte que no es así —dijo, con una repentina dulzura que la conmovió, mientras se acercaba hasta ella.

Sin esperarlo, Marina salió del despacho a toda prisa; temía que, si la miraba, podía llegar a quedarse clavada en el sitio, incapaz de reaccionar, como le había ocurrido en otras ocasiones.

—¡Marina, espera! —Sonó a sus espaldas la voz de Tomás, con una nota de urgencia que terminó de descomponerle los nervios.

Una vez fuera, pasó junto a la asombrada secretaria como una exhalación y se detuvo al borde de las escaleras, aspirando hondo: si algo tenía claro es que la mañana no iba a ser nada fácil; el rumor de que ella y Tomás habían estado juntos en aquel bar no tardaría en correr como la pólvora por toda la empresa: Virginia se encargaría de eso.

\*\*\*

Recogió su mochila del respaldo de la silla y se dispuso a subir al taller de patrones. Salió con desgana, acercándose hasta la escalera con apatía, tratando de evitar el mirar, siquiera de reojo, sus fotos; aquella tarde tan divertida con Elvira y Noelia se había convertido en un espectáculo para todo el que pasara por allí. Llegó arriba y enfiló

por el pasillo, deteniéndose al acercarse a la puerta cerrada del fondo; le parecía cansador incluso el tener que cruzarla para llegar al taller de patronés. Suspiró resignada y continuó caminando pero, antes de alcanzar la sala, tropezó con algo. Dio un traspié y cayó de rodillas: acababa de pisarse el cordón de la zapatilla; ensimismada como andaba últimamente, ni se había dado cuenta de que estaba desatado. Una mueca de dolor asomó a su boca, pero logró reprimir el grito que amenazaba con escapar de sus labios. Al cabo de un momento, agitó la cabeza y sonrió resignada: ese no estaba siendo un buen día.

Todavía seguía en el suelo cuando escuchó cómo se abría una puerta y, unos segundos después vio la familiar figura de Tomás saliendo de su despacho. La miró sorprendido mientras se incorporaba atándose el cordón.

—No recuerdo haber dicho a Fran que te pusiera a pulir el suelo. — Rio, claramente divertido por la situación.

Se levantó mientras lo fulminaba con la mirada, y su risa se cortó en seco. Marina decidió marcharse emprendiendo el camino hacia el taller de patronés. Sin embargo, antes de que pudiera dar dos pasos, oyó la voz de Tomás a su espalda:

—Ya son dos las veces que te encuentro por el suelo. ¿Acaso es afición?

Se detuvo de inmediato, escuchando de nuevo la risa de su jefe, y sintió que ya no lo soportaba más. Daba igual lo que le dijese, el que a veces la hubiera visto mal, triste, hastiada, cansada, dormida por agotamiento tirada en el almacén, el suplicarle que la dejase tranquila... con él no servía absolutamente nada. Se giró y fue hasta donde estaba. Se acercó tanto que hasta tuvo que levantar la vista para mirarlo bien.

—No te soporto, lo juro, no te aguanto —gruñó entre dientes, poniendo en sus palabras toda la impotencia y rabia que sentía—. Y, de no soportarte, creo que pronto voy a pasar a odiarte, y ese es un sentimiento que preferiría ahorrarme. Ni siquiera mereces que te odie; ¡no eres más que un imbécil!

Escucharon un carraspeo tras ellos; al girarse comprobaron que

Carmen los miraba desde la puerta del baño. La vieron alejarse escaleras abajo y Tomás, decidido, sujetó la mano de Marina y así, aunque suavemente, tirando de ella entraron en el despacho.

—Que sea esta la última vez que me insultas; ¿me has oído bien, Marina?

—Escucha y entiende de una vez lo que te digo —replicó ella, tratando de zafarse de su mano—. Que hoy sea la última vez que te ríes de mí... ¡Y suéltame!

—¡No quiero! —respondió él, fuera de sí.

Su mano la sujetaba posesivo. Tiró de ella para atraerla hacia su cuerpo y apretarla contra él.

—No quiero soltarte, ni dejar de hablarte, ni siquiera dejar de mirarte, ¿lo has entendido? Porque no quiero dejar de pretender que me sonrías algún día de mi vida; ¡no voy a desistir! Cuanto peor me lo pones, más quiero seguir con esto. ¡Marina!—su tono era de súplica—. No me resisto a entrar ahí, en esa maraña que creo que son tus sentimientos hacia mí, quiero luchar por quedarme hasta que te aclares, porque cuando me veo fuera me das esperanzas y cuando creo estar dentro me las arrebatas. ¡Me da igual cómo lo digas y cómo me lo pidas; no voy a dejar de intentarlo!

Tomás calló y se miraron largamente. Marina sintió cómo flaqueaban sus fuerzas; se sentía excitada por las palabras de Tomás, pero no quería albergar ese tipo de sentimientos por alguien como él, no con ese hombre, con el que cada conversación terminaba en pelea. Quiso separarse, pero no podía moverse. Debía ponerle fin a la situación, pero no sabía cómo. Se miraron, y su cuerpo reaccionó como si solo aguardara ese contacto, esa cercanía.

Al cabo de unos momentos, se pegó más a su cuerpo, tanto que a ella le costó respirar. Sentía ansiedad, calor. Pero ya no sabía si por querer que la soltase o porque la besara de una vez.

—¡Me pareces patético! Siento pena por ti —murmuró entre dientes a la espera que él se decidiese de una vez mientras su corazón se desbocaba.

Tomás la miró de un modo tan turbador que tuvo claro que no se creía ninguna de sus protestas; y era cierto: se moría porque la



besara. Si sentía pena por alguien, era por ella misma, por sentirse tan atraída y tan desesperada al mismo tiempo.

—Te voy a besar. Me muero por saborear tus labios.—Su tono dejó de ser urgente, ahora era suave, y no estaban tan pegados—.Y creo que tu boca desea lo mismo, sal corriendo si estoy equivocado. —Ya no parecía retenerla contra él, se acababa de dar cuenta de que ni siquiera la sujetaba.

Pero Marina no huyó y no pudo decir nada más. Tomás la sujetó por la cintura y acercó ansioso sus labios a los de ella para atraparlos en un violento beso. No intentó desasirse. No tenía sentido seguir fingiendo: deseaba aquel beso, aquel contacto físico; echaba de menos un abrazo, una caricia. La tensión de su cuerpo se relajó al sentir la húmeda y sensual lengua penetrando en su boca mientras la recorría desesperadamente en un intento de encontrarse con la suya. Se estremeció de placer y también de dolor; sentía la lengua tan irritada que casi dejó escapar un grito al rozarla con la de él, pero no detuvo el beso, y un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

Sus manos fueron como un resorte al cuello de aquel hombre que recorría su espalda con la misma intensidad con la que la estaba besando. Sentía que los dos se abrasaban en aquel beso urgente y desesperado, como si quisieran acabarlo pronto por temor a ser descubiertos y que no pudieran volver a besarse nunca más.

El beso dejó de ser ansioso e intenso; estaba tan entregada, tan pegada a Tomás que quería fundirse con él, sentirlo de verdad. Y el cuerpo que tenía enfrente sin duda deseaba lo mismo, porque aquel beso se volvió suave, lento... hermoso. Tomás la besaba de un modo tan delicado como nunca antes lo había hecho nadie. Era un beso... ¿romántico? ¿Un beso de amor? Se preguntó durante la milésima de segundo en la que la lucidez volvió a su mente en aquel despacho con Tomás abrazado a ella. Le estaba gustando tanto esa sensación dulce y de sentirse arropada por sus labios que se sintió vulnerable, desprotegida y sola. Tomás se separó despacio, y ella escondió la cara en su cuello. No se movieron por un instante; no hablaron, pero la humedad que resbalaba por el cuello de Tomás hizo que se separara suavemente de ella, sujetándola por la cara. Estaba llorando y bajó

los ojos: no quería que la viese así.

—¡Perdóname, lo siento! No volverá a pasar. —Oyó lejanamente decir a Tomás con voz avergonzada.

Levantó los ojos, arrasados en lágrimas, desolados por la incomprensión de la que aquel hombre hacía gala. Porque no entendía que ella quería que volviese a pasar, necesitaba que pasara cada día, todos los días de su vida.

Pero Tomás ya salía a toda velocidad por la puerta dejándola sola, y, por mucho que quisiera decir algo, hacer algo, reaccionar de alguna forma, Marina era incapaz de salir de aquel extraño estupor que la invadía. Por fin, se encaminó al cuarto de baño como en trance y se miró al espejo: estaba sonrojada y despeinada. Abrió el grifo del lavabo, y se refrescó la cara; se peinó, recogiendo de nuevo su coleta desecha, intentando asimilar lo que acababa de suceder.

Sus labios parecían quemar y sentía la lengua hinchada y áspera. Se inclinó para mojarla con agua y notó un pasajero alivio que cesó de inmediato al dejar de estar en contacto con el agua fría. Volvió a mirarse en el espejo: iba a resultar complicado olvidar la sensación del cuerpo de Tomás contra el suyo, pero sobre todo iba a ser muy difícil desprenderse de todos los sentimientos que habían salido a la superficie desde dondequiera que estuviesen enterrados con tan solo un beso.

\*\*\*

Elvira y Noelia no parpadeaban; compartían sentadas una tumbona frente a ella. Habían estado muy calladas mientras las ponía al día de los últimos acontecimientos que habían ocurrido con Tomás.

—¿Hola? —les dijo, divertida.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Qué grande es ese Tomás! —apreció Elvira, levantándose de un salto mientras batía palmas.

Noelia fue a sentarse junto a ella y le cogió la mano, apretándola suavemente y con cariño. Le pareció más bonita que nunca, con esos chispeantes ojos azules brillando en aquella carita menuda y morena, de facciones casi infantiles, tan dulces como su carácter.

—Marina —le dijo con ternura—, ¡estáis a punto!  
—¿A punto? ¿A punto de qué? —Soltó su mano, un tanto molesta.  
—¡Vamos! ¡Te quiere conocer, te lo ha dicho varias veces ya!  
—No pienso hacer nada—aseguró Marina convencida.  
—¿Por qué? Él está esperando que te aclares, te lo ha dicho.  
—¿Que me aclare yo? ¡Que antes se aclare él!—protestó indignada.  
—Pero... después de ese beso, ¿qué esperas? ¿Una declaración? —  
intervino Elvira, contrariada.

—Pues sí, formal y en toda regla, ¿sabes por qué? Porque creo que me la merezco; ¿o es que yo no valgo eso? —replicó, picada—. ¿A qué vino la tomadura de pelo aquella del bar, diciéndome que no estaba allí por mí cuando acababa de estar en casa para hacerme un regalo? ¡Dilo, Tomás! —exclamó—. ¡Di lo que quieres ya!

Noelia y Elvira no dijeron nada; veían a su amiga tan mal, enojada y triste al mismo tiempo que no acertaban a dar con las palabras apropiadas

—Los príncipes son así a veces. —Escucharon a la hija de Noelia y bajaron sorprendidas la vista hasta donde estaba sentada. No se habían dado cuenta de que jugaba tan cerca de allí.

—¿Así cómo, cielo? —le preguntó su madre, con curiosidad.

—Miedosos. No siempre son valientes, ¿sabéis? Y nunca, nunca, nunca son azules.

## Capítulo 7

—Marina, prepara tus cosas que nos vamos de concierto. —  
Escuchó que decía una voz al otro lado de la línea.

—¿Qué dices? ¿Quién eres? —preguntó al auricular sin entender.

—¡Vaya, qué espesitas estamos hoy! Soy Elvira y te invito...  
escúchalo bien para que no puedas decir que no... ¡te invito a pasar  
un fin de semana lejos de todo esto!

—¡Elvira! —exclamó, asombrada.

—Tengo dos entradas para Coldplay, Marina, y reservas en un hotel  
para ti y para mí; no me puedes decir que no.

—No quiero decirte que no, pero... ¡es jueves, y yo trabajo mañana!

—¡Pues miente! Miente como una bellaca... ¡miente  
asquerosamente, porque te lo mereces! ¡Te vienes, y se acabó!

—¡Elvira! —protestó ella, sin mucha convicción.

—Ya está bien de ser siempre la chica responsable: alguna vez hay  
que hacer locuras, y hoy es el momento. ¡Y no me discutas más! Haz  
tu maleta, el avión sale a las seis, llegamos al hotel y, de ahí,  
derechitas al concierto. Y el viernes, a descansar y a disfrutar de la  
ciudad; date un capricho, deja que te invite. ¡Ven conmigo, por favor!

Marina apenas podía contener la emoción; llevaba tanto tiempo  
deseando ir a ese concierto que decidió que, por una vez, sus  
escrúpulos no se interpondrían en su camino.

—Me dejo invitar —dijo, y se echó a reír, absoluta y  
despreocupadamente feliz.

\*\*\*

Ya se encontraban instaladas en el hotel cuando a Marina le asaltó una duda repentina:

—Elvira, te casas dentro de nada. ¿Seguro que estás para estos gastos?

—¿Por qué te preocupas por eso ahora?

—Es que me siento fatal.

—¡Anda ya! Si no he venido por ti, he venido por mí. Lo que pasa es que me aburriría estando sola.

—Gracias —expresó, y abrazó a su amiga tiernamente.

Elvira le devolvió el abrazo y después le propinó un sonoro beso.

—¿Y qué has dicho en la empresa? —inquirió al cabo de un momento.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

Marina se encogió de hombros.

—No me veía capaz de mirar a la cara a Fran y mentirle descaradamente sin que se me notase. Mañana, en cuanto nos levantemos, lo llamo y le digo que no me encuentro bien.

—¿Por qué no le has dicho que tenías cita en el médico o algo así?

—Porque tendría que presentar un justificante.

—Bueno, déjalo estar. Ahora toca disfrutar; nos cambiamos y nos vamos.

\*\*\*

Las lágrimas rodaban por el rostro de Marina mientras escuchaba en directo su canción favorita. Elvira la miraba, tomándola fuertemente de la mano. «Eres un cielo lleno de estrellas»: no se podía decir nada más bonito de nadie. Ella bailaba, cantaba y lloraba; después saltaba, y su melena se desplegaba al viento, hacia el cielo, escuchando aquella melodía mágica que tenía el poder de hacerla feliz. «Voy a morir en tus brazos», cantó, al mismo tiempo que lo hacían todos, y pensó en Tomás y en el dulce escozor que había experimentado en la lengua cuando la besó. Sentía una necesidad urgente de amar y de que la amaran, de tener la certeza de que otro

ser estaba ahí con ella, para ella, para siempre. Solo quería estar con él. «Y no me importa, continúa, hazme trizas, no me importa si tú lo haces», cantaba a gritos. Y volvió a llorar, pero ya no era de alegría. Se abrazó a Elvira.

—¿Qué te pasa? No me asustes —le pidió su amiga, preocupada, al verla sollozar mientras todo el mundo saltaba y cantaba.

—Que estoy enamorada, que lo quiero... ¡y que ya no lo soporto más! —gimió.

Elvira la abrazó, apartándola de la multitud, intentando protegerla de los cuerpos que se agitaban y brincaban a su alrededor.

—Marina, me estás asustando —le dijo, mientras el cuerpo de su amiga, repentinamente inerte, resbalaba entre sus manos hacia el suelo—, te van a pisar. ¡Levanta, por favor! —gritó, tirando de ella.

En cuclillas, Marina negaba insistentemente con la cabeza. Elvira se agachó hasta situar su rostro a la altura del de su amiga.

—¿Es que has venido aquí a llorar de pena? ¡Levanta de una vez! ¡Salta, grita y pelea como siempre has hecho! —gritó junto a su oído.

\*\*\*

—¡No me abrasces más, pesada! —protestaba Elvira entre risas, de vuelta a la habitación del hotel tras el concierto.

—No pienso dejar de hacerlo; quiero que sepas lo agradecida que estoy por obligarme a venir hasta aquí. Ha sido como una explosión, sacar afuera tantas cosas...

—Has llorado bastante. Nunca te había visto así.

—Lo sé, pero ha sido liberador —suspiró, satisfecha, mientras se echaba sobre la cama.

Su amiga la observó con una sonrisa.

—¿Y ahora? ¿Estás más tranquila?

—Sí, pero bastante triste, Elvira. Me empeño en que tiene que declararse y quizás me estoy confundiendo, porque entre nosotros tal vez no haya nada de lo que yo espero. Soy muy tonta; no sé por qué me hago ilusiones... ¡nos llevamos tan mal! ¡Si nos vieses discutir! —Marina se echó la sábana sobre la cara—. Nos hemos dicho de todo, y

siento tanta rabia al ver cómo nos deseamos. ¡Quiero estar con él! Daría cualquier cosa por que estuviera aquí.

El silencio de Elvira le pareció extraño. Apartó la sábana y vio que su amiga parecía ensimismada en la contemplación de la pantalla de su móvil. Marina carraspeó, y Elvira pegó un respingo y la miró con una sonrisa nerviosa en la cara.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, perdóname. Es que me ha llegado un mensaje, e intentaba pensar qué decirte y qué contestar a...

—¿A quién?

—A Fernando, que está de un pesado...

—Pues contéstale y después me dices qué piensas de mis neuras.

El teléfono vibró en manos de Elvira, y esta miró la pantalla con gesto agobiado.

—Contéstale ya, anda.

La vio teclear indecisa.

—Ya que tú sí puedes, dile lo mucho que lo quieres —sugirió Marina.

—¿Y qué le dirías tú a Tomás si pudieras?

—Lo mucho que me gusta. Y se lo explicaría de todas las maneras que conozco, con gestos, con palabras, en todos los idiomas que manejo, y con mi boca, sobre todo con mi boca. En el taller de patronas hay una chica, Rosa, que también se muere por él y dice que lo besaría hasta acabar con los labios amoratados. Yo lo haría hasta que se me durmieran y dejara de sentirlos. —Marina volvió a taparse con la sábana para evitar que su amiga viera su turbación.

\*\*\*

Dormir hasta tarde; desayunar en la terraza del hotel; pasear y disfrutar de la ciudad, de la playa, de la buena comida, del tiempo libre, de todo lo que Marina ya había olvidado que existiera, incluso de lo rápido que pasaba el tiempo cuando era feliz. Elvira la escuchaba pacientemente, y ella sentía que su dolor se transformaba, al poder compartirlo, en algo maravilloso y liberador. Volvía a llorar

sentada en la cama junto a su amiga cuando sonó uno de los dos móviles que había sobre la mesa. Elvira se levantó y cogió su teléfono.

—Muy bien —dijo, al cabo de unos segundos—. ¿Marina? —La miró y sonrió—. No deja de llorar.

Marina se secó las lágrimas y le sacó la lengua a su amiga.

—Saluda a Fernando de mi parte —le dijo. Elvira asintió.

—Sí, está pletórica, vuelve con las pilas cargadas, eso seguro. Ha sido una idea genial; verla así de feliz no tiene precio... ¡gracias de corazón! —Elvira colgó y volvió a la cama. Marina la miró extrañada.

—¿Por qué le das las gracias a Fernando? —preguntó.

—Ah, pues... —Elvira bajó los ojos hacia el móvil durante unos segundos y Marina frunció el ceño—. Pues... por el trabajo que se está pegando este fin de semana, solo y con un montón de preparativos para la boda... ¡pero bueno, ya era hora de que espabilara y se pusiera las pilas! Y basta ya de hablar de Fernando —dijo, mirando a su amiga con una sonrisa—. ¿Salimos a tomar algo?

\*\*\*

Ese lunes por la mañana se levantó de un salto, alegre y llena de energía. De repente, la rutina diaria no le parecía tan insoportable, y desayunó con ganas, pensando en el trabajo y en lo que le diría a Fran cuando llegara. Algo sorprendida, se dio cuenta de que eso no la preocupaba demasiado; estaba mucho más inquieta por la posibilidad de encontrarse a Tomás por el camino. Y, en efecto, nada más enfilarse con su bicicleta la bifurcación del camino, divisó el familiar jeep llegar allí casi al mismo tiempo que ella. Marina no estaba segura de si reducir la velocidad para saludarlo o no, pero la aparición repentina de un coche que circulaba en dirección transversal a la suya hizo que ambos vehículos no tuvieran más remedio que detenerse unos instantes el uno junto al otro. Tomás bajó la ventanilla y la miró, y ella se dio cuenta de lo mucho que le gustaba volver a ver esas sienes plateadas. Se fijó en su sonrisa, y en las arrugas que se formaban en sus ojos al sonreír: era un gesto que



adoraba y, de hecho, durante ese fin de semana había sido la imagen que más presente había tenido en sus pensamientos. Estaba a punto de devolverle la sonrisa, pero él habló antes que sus labios llegaran siquiera a esbozarla.

—Vaya, ¡no pareces muy enferma! Espero que hayas traído un justificante del día en que faltaste.

Esas palabras fueron como un bofetón. Tomás le había quitado la ilusión, la alegría... todo. La había devuelto de golpe a la triste realidad.

—Sí, lo llevó aquí, enrollado en el dedo; ¿quieres verlo? —preguntó con brusquedad.

Tomás se echó a reír.

—Te queda muy bonito el casco ahí colgado, Marina —dijo, acelerando y dejándola atrás.

Le enganchó el casco en el espejo nada más llegar. Ese gesto se había convertido ya en un ritual entre ellos, y sabía que a la salida lo tendría de nuevo en su manillar. Fue directo al taller de costura. Fran la estaba esperando.

—Me han pedido que te diga que debes traer un justificante del viernes —le espetó sin rodeos.

—Me encontraba mal, pero no fui al médico —mintió, sorprendiéndose a sí misma de lo rápido y naturalmente que le salió el embuste.

—Pasa y acláralo con Carmen, ¿de acuerdo?

—¿Con esa arpía? Va, Fran... ¡échame una mano! —rogó ella.

—No puedo —se excusó él—; si Tomás no estuviese... él ni siquiera debería estar por aquí: su padre se jubiló hace un mes o así, y está familiarizándose con el funcionamiento de la empresa, pero hasta hace poco solía quedarse siempre en las oficinas de la ciudad; has tenido mala suerte, porque para el poco tiempo que vas a estar con nosotros, parece que, por lo que escucho y por lo que yo mismo he visto, vais a tenerlas de todos los colores. ¿Se puede saber qué os pasa?

—Pues que no hay nada como caerle bien a la gente: empecé mal y acabaré peor. ¡Pero tranquilo! Pasaré en la hora del descanso por la

oficina.

Pero no lo hizo, quizás porque no tenía nada que justificar, o tal vez porque no le apetecía encontrarse con Tomás. Tampoco nadie volvió a mencionarle el tema, así que dejó pasar los días hasta que se encontró con un imprevisto en forma de certificado en el que se le conminaba a acudir sin falta al despacho de abogados que llevaba los asuntos póstumos de su padre a una hora que coincidía con su horario laboral; intentó cambiarla para no tener que faltar al trabajo de nuevo, pero el abogado le comunicó —muy correctamente, eso sí— que su familia paterna no había accedido.

\*\*\*

Cuando llegó a la sala de espera, a Marina la recibió el silencio; no es que esperara ni deseara otra cosa: apenas conocía a los hermanos de su padre, pero, por lo poco que sabía de ellos, formaban un grupo particularmente desagradable de aprovechados, egoístas y maleducados. Abrió el libro que llevaba para la ocasión e intentó enfrascarse en la lectura, pero el parloteo constante de sus parientes le impedía lograr un mínimo de concentración. Levantó la vista y no pudo evitar notar las cabezas pelirrojas y los rostros pecosos que la rodeaban, dando a todos los presentes un inconfundible aire familiar. Sintió una enorme vergüenza de que esos fueran sus parientes, pero también una tristeza íntima: de niña, siempre había querido tener primos con los que jugar, y probablemente sus tíos y tías tendrían hijos, pero seguramente nunca los conocería. Y aunque lo hiciera, ¿qué más daba ya? Los sueños de infancia quedaban muy lejos.

Se preguntó, no por primera vez, qué es lo que hacía allí; no quería nada, pero decirlo parecía no ser suficiente: iba a tener que pasar por todo el papeleo, y no estaba segura de poder soportarlo. Esperó durante una inacabable hora de reloj en la sala de espera y, cuando el nivel de estupideces que salían de la boca de sus familiares amenazó con superar su grado de tolerancia, trató de desconectar escuchando música en el móvil.

Para cuando les atendieron por fin, tenía los nervios a punto de

explotar. Las cosas no mejoraron mucho dentro del sobrio despacho de abogados; apenas entendía nada de lo que escuchaba: usufructo, pago de costas si se iba a juicio, testamento nulo... Su tía explicaba, hablando con un tono estridente que se imponía al correcto timbre de voz del abogado, que la casa siempre había sido suya y que le había permitido a su hermano vivir allí sin pedirle nada a cambio, pero que ahora que este había muerto, volvía a ser de su propiedad.

—Tu padre ha complicado las cosas con un testamento que no es legal —le aseguraba, con su insoportable chirrido de loro.

La vehemencia de su pariente tuvo, sin embargo, el efecto contrario al que ella deseaba en Marina: el de hacerla reflexionar sobre todo ese asunto. Y es que, ¿a qué venía tanta insistencia? Aunque confundida por la palabrería del abogado y de sus tíos, no pensaba que su padre hubiera sido tan idiota de dejarle en herencia algo que no era suyo. No, eso no tenía sentido, y además, si la casa era de su tía, ¿qué hacían allí todos sus hermanos y hermanas? ¿Habían venido solo a presionarla? Estaba claro que mentían.

Dejó de escuchar a todo el mundo e intentó concentrarse: no sabía si en ausencia de las escrituras podría averiguar a nombre de quién estaba la casa. ¿Tal vez en el registro de la propiedad? Seguramente sí, pero solo de pensar en la cantidad de trámites que tendría que poner en marcha sentía un cansancio tremendo: odiaba el papeleo, y aún más el tener que ir de un sitio a otro resolviendo ese tipo de asuntos.

El abogado no paraba de acosarla con cháchara legal que le resultaba incomprensible; se sentía agotada con todo lo que estaba escuchando, y lo único que deseaba en ese momento era que la dejaran en paz. Pensó en conseguir un abogado propio, pero acabó decidiendo que seguramente no podría permitírselo, y menos uno capaz de enfrentarse con ciertas garantías de éxito a aquel ridículo hombrecillo de aspecto ratonil cuyas gafas pasadas de moda no dejaban de resbalarle por la nariz. Al cabo de un rato, decidió que no quería escuchar nada más y zanjó el asunto afirmando, ante sus atónitos tíos, que no pensaba firmar ninguno de los documentos que le plantaran delante. Los gritos de sus airados parientes la

persiguieron mientras abandonaba aquel despacho vulgar, oscuro y asfixiante.

Salió a la calle nerviosa y a punto de llorar. Sudaba, y creyó detectar los primeros síntomas de una crisis de ansiedad. «Necesito hablar con alguien», pensó, mirando su teléfono móvil sin saber a quién llamar; por fin, se decantó por Ramón, su profesor de tesis. Quizás no se hubiese marchado todavía de vacaciones.

—Sigo en la ciudad —aseguraba unos segundos después la familiar voz de su tutor desde el otro lado de la línea—; he quedado con unos amigos para comer.

—Entonces no te molesto —dijo en tono desilusionado, deseando que él insistiese.

—No molestas, Marina; dime dónde estás. Voy hacia el centro, me acerco dando un paseo hasta allí ahora mismo.

Llegó enseguida, y ella contempló sonriente su familiar figura aparecer doblando la esquina. Alto, desgarbado, tan descuidado en el vestir que nadie diría que era profesor de universidad; sus gestos y su forma de hablar tan sencilla alentaban la cercanía que siempre había sentido por él el alumnado. Solía afirmar que era un hombre de campo con estudios, pero que no olvidaba de dónde venía y que nunca intentaría aparentar lo que no era.

Marina se abrazó a su querido profesor con ganas; de repente se encontró llorando en sus brazos. Cuando se hubo calmado, le explicó lo que acababa de pasar sin entrar en muchos detalles; no le parecía justo agobiar con sus problemas a Ramón, que atravesaba una situación familiar difícil: su reciente divorcio había trastornado mucho a su hijo menor y lo estaba pasando realmente mal, así que pasó por alto los detalles más enrevesados de su complicada vida.

Caminaron juntos hasta el restaurante en el que Ramón había quedado; una vez allí, este la invitó a pasar y comer con sus amigos, pero ella declinó la invitación: verlo un rato y sentirse arropada, aunque solo fuera por unos instantes, la había tranquilizado un poco. Intentaría no pensar en todo lo que se le venía encima, porque en esos momentos nada podía hacer. Reflexionó de nuevo sobre la posibilidad de buscar asesoramiento legal, y no la descartó con tanta

rapidez como lo había hecho la primera vez.

\*\*\*

Se vistió de mala gana; sacó del armario unos vaqueros y una camiseta blanca, pero, al mirarse en el espejo, se dio cuenta de que el blanco de la camiseta realzaba aún más su palidez y, cuanto más pálida estaba, más se resaltaba el naranja de su pelo y sus pecas, que en esta ocasión parecían querer escapar de sus mejillas. Se miró más de cerca: se le habían multiplicado en la frente y sobre la nariz, como ocurría siempre que olvidaba usar crema protectora para el sol. «Joder, doy bastante pena», pensó.

Bajó hasta el garaje sin desayunar y salió con la bicicleta. Estaba triste y decaída: definitivamente, la cita con el abogado la había trastornado. Con cada pedaleo sentía crecer en su interior unas ganas tremendas de dar la vuelta y volver a casa; al poco, escuchó el inconfundible sonido del todoterreno de Tomás tras ella.

Marina cerró los ojos un instante y resopló. Sabía que no tardaría en ponerse a su altura, y así fue. La ventanilla del jeep bajó lentamente, y ella rezó por escuchar desde dentro del vehículo alguna palabra bonita, o al menos por ver su sonrisa y sus ojos posarse sobre su pelo como él siempre hacía, con auténtica veneración. Algo, en definitiva, que le hiciese pensar que levantarse ese día había merecido la pena.

—Espero que no tengas el mismo justificante que el otro día enrollado en el dedo. Ir a achucharse con el novio en horas de trabajo no es ni serio ni responsable —gruñó Tomás, con cara de pocos amigos.

Sintió cómo su corazón daba un vuelco; no entendía cómo la había visto abrazarse a Ramón. También era casualidad. Lo miró con fastidio, agarró el casco que colgaba de su manillar y lo lanzó con rabia por la ventanilla abierta del jeep, acertando a su jefe en plena cara.

—¡Haz que desaparezca, o la próxima vez lo piso y lo hago pedazos!  
—le gritó, rabiosa.

Pedaleó con furia, y vio a Tomás acelerar y sobrepasarla. Su ánimo,

no muy boyante para empezar, había ido cayendo en picado por el camino, y continuó cayendo aún más al ver cómo él la esperaba junto a su coche. Ya sabía lo que la esperaba: sesión de despacho. Pasó por delante de él sin mirarlo, subió hasta la oficina y saludó a Carmen que, anonadada al verla abrir la puerta y pasar adentro antes que el propio Tomás, solo pudo devolverle el saludo. Una vez en el interior del despacho, Marina permaneció firme, esperando a que él se sentara y le ordenase que lo hiciera también, pero nada de eso pasó: tras unos segundos de espera, Tomás seguía tras ella sin hacer ni decir nada. Cada vez más nerviosa, se giró y vio con desmayo cómo él sujetaba un pañuelo contra su boca, mientras que con la otra mano agarraba aquel maldito casco. Estaba claro que le había hecho daño al lanzárselo, y cuando separó el pañuelo de sus labios, pudo ver cómo la sangre lo empapaba por completo. «¡Qué puntería!», pensó, horrorizada. Le había dado en la comisura de la boca, abriendo de nuevo la herida que le había hecho al morderlo días atrás; Tomás no se movía, pero el dolor se reflejaba en sus facciones. «¡Qué bruta que eres, Marina! —dijo para sí—. Ahora no queda otra más que tragarse el orgullo y disculparse». Respiró hondo y comenzó a hablar:

—Sé que sabes que mentí el otro día, que no estaba enferma, pero no pienso explicarte nada más. Nunca antes había faltado a mi trabajo sin causa justificada; esa fue mi primera vez, pero no lo siento, porque si falté fue para poder sentirme feliz al menos unos pocos días. Imagino que para ti resulta una excusa bastante absurda, pero para mí significó mucho. Haz lo que creas que debes hacer. Descuéntame el día si quieres, no me importa. —Se sentía al borde de las lágrimas.

Se miraron. Ella sintió una punzada de remordimientos al ver cómo él se volvía a llevar el pañuelo empapado a los labios para limpiarse la sangre que todavía fluía por la herida. Bajando la cabeza, continuó.

—Pero este viernes tuve que faltar por necesidad; no estaba con mi novio, como has dicho. Descuéntame dos días, pero no me juzgues, por favor. Ya lo hacen otros por ti. —Estaba tan cansada que tuvo que detenerse un momento a coger fuerzas.

Tomás la miró con tristeza, y Marina tuvo que luchar contra el deseo

que la invadía de abrazarlo y de que él la abrazara. Bajó de nuevo la mirada, mordiéndose los labios para no llorar. Al cabo de unos segundos, continuó hablando:

—Siento lo del casco, pero es que me han dolido mucho tus palabras. Ayer lo pasé muy mal, pero entiendo que nada de eso justifica lo que he hecho.

—¿Me vas a pedir que te despida? —preguntó en un tono suave.

—No —dijo ella con convicción, negando a la vez con la cabeza para enfatizar sus palabras.

—Vale, no lo hagas. Despídete tú.

Abrió los ojos como platos, tan sorprendida que no podía decir nada. No esperaba aquella reacción, pero, si lo pensaba fríamente, se lo tenía merecido. Pasó ante él y salió del despacho en silencio; quizás aquella fuera la mejor decisión posible, pero necesitaba tanto ese dinero que no se atrevió a decirle nada a Carmen al pasar por delante de ella. Decidió que bajaría y trabajaría como cualquier otro día, tomándose toda la mañana para pensar qué iba a hacer. Le dolía que Tomás quisiera verla fuera de allí; hubiera preferido que le preguntase qué es lo que le había ocurrido para abrazarse de ese modo a aquel que él pensaba que era su novio, pero las cosas no habían transcurrido de ese modo: estaba claro que nada de lo que le pasase le interesaba. Todavía resonaba en su cabeza aquella petición que él le había hecho varias veces, la de dejar que la conociese. Acababa de tener una oportunidad magnífica para preguntar por ella y por lo que la hacía sufrir, y la había dejado pasar; ¿cómo quería conocerla, entonces? Y, en todo caso, ¿para qué?

\*\*\*

La semana siguiente transcurrió en medio de la apatía más completa; solo el levantarse cada día le costaba un enorme esfuerzo. Llegaba al trabajo cada mañana esperando ver aparecer a Tomás en cualquier parte, dispuesto a avergonzarla de nuevo, pero no había vuelto a ocurrir, así que pasaba la jornada como podía, tratando mediante el trabajo de alejar de su mente el asco, la pena, el hastío, el

desencanto y la tremenda desilusión que la invadía cada vez que pensaba en todo aquello que no podía ser con él.

En solo un año, su vida había cambiado tanto que su trabajo en la universidad le parecía lejano y casi ajeno a ella. Estaba saturada, y cada vez tenía más claro que entrar a trabajar en esa empresa nada más haber enterrado a su padre no había sido una buena idea precisamente.

Su mayor deseo consistía en marcharse de allí y dormir, nada más. Que pasaran los días sin sobresaltos, que se levantara de la cama para descubrir que no tenía nada mejor que hacer que volver a ella y continuar durmiendo. Se encontraba tan cansada mental y físicamente... el fin de semana con Elvira le había servido para que se sintiera de nuevo como la vieja Marina, la Marina que quería volver a ser, pero había durado demasiado poco, y ahora le parecía un espejismo, tan maravilloso como inalcanzable.

Cada día se planteaba seriamente si debía seguir el consejo de Tomás y despedirse, si de veras merecía la pena el dinero que ganaba.

Eran aquellos los días de más calor de ese verano particularmente tórrido, con el termómetro rozando o incluso superando los cuarenta grados a diario, lo que contribuía, y mucho, a esa falta de energía que la invadían. No podía soportar aquella humedad pegajosa, asfixiante y angustiosa, y el roce continuo del retenedor la enloquecía: su lengua siempre acababa sobre él cuando algo la preocupaba, y últimamente todo eran preocupaciones. Esa misma tarde pensaba pedir cita para que se lo quitaran, porque había llegado al punto de que era o eso o arrancárselo ella misma. Le daban ganas de gritar metida en el taller de planchado con ese calor insoportable. Mirando hacia el techo, sentía que la única finalidad de los ventiladores era dispersar el calor de las planchas por toda la sala, al tiempo que emitir un ruido continuo y molesto capaz de taladrar cualquier cerebro.

Aquel día, el dolor de la lengua la atormentaba como nunca antes. Faltaba poco ya para la hora de descanso; sintió una punzada aguda seguida de un inconfundible sabor a hierro en la boca, y, tras tocarse con el dedo la zona dolorida, lo sacó lleno de sangre. Clara también



vio aquel dedo ensangrentado y, nerviosa, le hizo un gesto con la cabeza para que saliese rápidamente de allí antes de que estropease alguna prenda.

Se miró incrédula en el espejo del cuarto de baño. La noche anterior no había dormido nada; lo único que había hecho era dar vueltas en la cama sin dejar de notar aquel roce, pero nada la había preparado para lo que estaba viendo. Escocía, dolía, y ahora también sangraba, lo que no había pasado desde que se lo había puesto por primera vez. Abrió el grifo y dejó el agua correr sobre la lengua; era un tremendo alivio, aunque solo durase un momento. Después se encerró en uno de los aseos, buscando privacidad y soledad. Apoyada en la pared, inspiró una bocanada de aire para después soltarlo poco a poco, intentando relajarse.

De pronto, escuchó a las chicas entrar al baño y dirigió la vista hacia su reloj: había llegado la hora del descanso. Tras un ajetreo de puertas y grifos abriéndose y cerrándose, empezó el cotorreo habitual. Marina escuchó desde su refugio, sintiéndose invisible.

—¿Dónde está la del pelo rojo? Parece una veleta, dando vueltas por todas partes; ¿por qué rota tanto? Yo entré hace años aquí a planchar, y ahí sigo —comentó una voz amargada que conocía demasiado bien.

Virginia. Si nunca le había caído bien estaba más que justificado.

—Estará en el despacho con Tomás —respondió una de las secuaces de la rubia, de cuyo nombre Marina ni se acordaba—. Carmen dice que, cada vez que entra lo único que hacen es darse voces, aunque tampoco parece que les importe decirse de todo en el pasillo, según me contó.

«¡Vaya, Carmen! ¡Qué agradable es que no te calles nada!», pensó, dolida.

—Tomás no está, hace días que no viene. Lo que no sé es qué hace ella aquí. Carmen dice que la despidieron el lunes —intervino otra de aquel corrillo.

—Pues no lo parece, porque aquí sigue.

—Esos dos se conocen de algo más que de trabajar aquí —aseguró Virginia—. ¡Si no, no es posible que se traten como lo hacen!

—Yo no llamaría trabajar a lo que ella hace; es todo muy raro desde que llegó. ¿Recordáis aquellas pintadas en el camino, junto al canal? Se referían a una tal Marina, y no hay muchas en el pueblo. ¿Y esas fotos? ¿Qué decís vosotras?

—Bah, dicen que no es ella. —Se oyó comentar a otra voz: Sonia—; ni siquiera se le ve la cara. Y no podemos saber tampoco el color de su pelo porque están en blanco y negro.

—Pues la de la foto de niña sí que es Marina, me lo dijo Carmen. La conoce de toda la vida; son vecinas.

—¡Qué rabia le tengo! —exclamó Virginia—. ¡No entiendo qué necesidad debe tener de trabajar en esta empresa! Media vida fuera, y viene a parar aquí. Con ese pelo tan horrible y enmarañado... —Escuchó cómo todas reían y se pasó instintivamente la mano por su hermosa cola de caballo.

—Tan inocente que parecía —terció Sonia—, sin hablar con nadie, sin hacer ruido y mira, mira cómo ha conseguido llevarse el gato al agua.

Marina no sabía si salir o esperar a que todas se marcharan. Y, mientras ella continuaba indecisa, siguieron hablando; ahora era Virginia la que volvía a escupir veneno:

—En el fondo, ella es como su madre: una aprovechada, una fresca que ha venido a ver lo que saca de Tomás.

El corazón de Marina se desbocó; con los ojos llameando, se dispuso a girar el picaporte y salir a abofetear a aquella imbécil.

—¿Sabéis que trabajó aquí siendo joven? Y me parece que intentó algo con el jefe. —Virginia atacaba de nuevo—. De hecho, se quedó embarazada.

—¡No estarás insinuando que Marina es hija de Alberto! —exclamó otra de las arpías.

—¿Y por qué no? —replicó rápida la líder del corrillo—. ¿Tú conoces al padre de Marina? ¿Lo has visto alguna vez? Si yo fuese ella, llevaría más cuidado con Tomás, porque igual hasta son hermanos.

—¡Virginia! ¡Se te ocurren unas cosas! —reprochó una de ellas entre risas—. Marina sí que tiene padre; creo que falleció hace poco.

—Pues igual su madre le endosó la paternidad a otro cuando Alberto no quiso hacerse responsable del embarazo; yo de esa familia me espero cualquier cosa.

Las risotadas retumbaban por el baño y levantaban ecos en el estrecho cubículo en el que se ocultaba Marina. «¡Vaya, Virginia, sí que hilas fino!», se dijo esta ante la barbaridad que acababa de escuchar. Decidió que aquel era el momento justo para salir.

—¡Buenos días, chicas! —dijo con tono tranquilo mientras se acercaba hasta Virginia. Esta, al verla, dio un paso atrás; parecía asustada y eso, además de sorprender a Marina, le gustó: era la primera vez que reaccionaba así ante ella—. ¿Qué? Nos aburrimos un poquito, ¿no?

Le sonrió de forma agradable y le pasó la mano por el hombro suavemente.

—¡Huy, Virginia, cuídate la caspa! —continuó, frotando cuidadosamente la blusa de la rubia—. ¿Ves? Esto a las pelirrojas no nos pasa.

Virginia se miró sorprendida los hombros, guiñando los ojos, y Marina pensó que toda su fealdad interior salía hacia fuera. Se apartó de ella asqueada y se dirigió hacia la puerta para salir del baño, pero antes de salir por ella se giró, encarando a su rival.

—Por cierto, Virginia, la próxima vez que hables de mi madre te agarro de esa lengua asquerosa que tienes y te la plancho. —Le regaló una mirada cariñosa y se marchó.

Sin embargo, pese a su aspecto tranquilo, se hallaba al borde de un ataque de nervios. Pensó en su madre, y la pena la invadió. Lo habían pasado tan mal siempre con el abandono y desidia de su padre que solo el pensar en que algunas personas como esa estúpida de Virginia pudiesen decir barbaridades como las que acababa de escuchar la llenaba de rabia y de tristeza. Tratando de calmar sus nervios destrozados, volvió a la sala de planchado y continuó con su tarea sin esperar a que acabase el descanso.

Durante un tiempo, Marina aguantó como pudo. Se había guardado el reloj en el bolsillo para no mirarlo, pero no dejaba de ojear el de la chica que tenía a su lado; sentía que el tiempo no pasaba y que la

ansiedad la consumía. Tras una hora de martirio, durante la cual su mente se dedicó a repasar sin descanso una y otra vez todo lo que le había ocurrido, la vista se le nubló y cayó al suelo. Cuando abrió los ojos, Clara le refrescaba la cara con agua, y Fran se inclinaba sobre ella preocupado.

—Te llevo a casa —le dijo, mientras la ayudaba a incorporarse.

—No, no te preocupes, enseguida se me pasa —le tranquilizó ella—. Solo ha sido un mareo; aquí hace demasiado calor.

—Da igual, te vas ya —replicó el encargado, convencido, y ella no discutió más.

Recogió su mochila y se dirigieron al coche de Fran.

—No te preocupes por la bici, alguien te la acercará a casa —le dijo, mientras la ayudaba a subir. Conectó el aire acondicionado y la miró con preocupación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada.

—Vamos, Marina, en el descanso he visto a Virginia muy alterada, y la he oído pronunciar tu nombre varias veces hasta que me he hartado y le he dicho que se callara.

Marina apretó los labios. No le apetecía nada recordar lo que había pasado.

—¡Esa mujer tiene una lengua...! —continuó Fran—. No es la primera vez que escucho cómo habla mal de alguien, pero esta vez parece que de verdad la tenía tomada contigo. ¿Os habéis peleado?

De mala gana, Marina desgranó una a una las perlas que Virginia había soltado en el baño.

—¡Madre mía! ¡Es tremenda! Pero no le hagas caso: es tonta la pobre.

—Llévame a casa, por favor —le pidió, apoyando la cabeza en el asiento y cerrando los ojos—. Tomás me pidió que me despidiera —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Y qué le respondiste?

—Nada, y mi error ha sido seguir trabajando, porque creo que realmente lo mejor es que me vaya; ¡yo no puedo con esto, Fran! Ni siquiera me compensa el dinero que voy a ganar, esto es una tortura:

Tomás, la gente... ¡mira que he estado en sitios trabajando! Pero en ninguno como este, y encima este maldito calor... ¡Dios! ¡No lo soporto! —explotó, acercando la cara a la salida de aire del salpicadero—. No recordaba así el calor de este pueblo.

—Falta de costumbre y, bueno, esta ola de calor no ayuda mucho.

—¡Pues es insoportable! ¡No puedo más!

—Ya llegaste alterada a esta empresa y lo sabes. Todo lo que ha pasado no ha hecho más que empeorar tu estado de nervios.

—Pues será, no voy a discutirte, pero no lo aguanto más.

—Las chicas como Virginia te tienen envidia —argumentó Fran, paciente—; estás aquí por una serie de circunstancias, pero te irás, y saben que a un trabajo al que ellas no tienen acceso. Hablan y no saben ni lo que dicen; se sienten importantes inventando tonterías.

—Había mucha maldad en sus palabras —replicó Marina, dolida—. ¡Todavía no me creo que dijera esas cosas!

—Creo que Tomás no ha sabido llevar bien la situación; desconoce cómo es el ambiente de trabajo en un sitio como este. Debería haber tenido más vista, más tacto al hacer las cosas contigo, si es que tanto le gustas.

Lo miró sorprendida.

—¿Qué dices, Fran?

—Algo que tú ya sabes.

—No confundamos gustar con querer conseguir otra cosa; igual es la costumbre que él tiene con todas las chicas de la empresa.

—No hables así de él. Ha hecho algunas tonterías, pero no creo que se lo merezca.

—¿Cómo que no? Me dijo que había estado con Virginia... ¡y hasta con Sonia! Él mismo me lo contó, no me invento nada —dijo, molesta al ver los esfuerzos que hacía Fran por contener la risa.

—Te estaba tomando el pelo, Marina.

—No, no lo creo.

—Me parece que os vio discutir un día, ¿no? Pues justo después me preguntó cómo se llamaba la rubia de los granos de la sala de planchado. No sabía ni su nombre. —Fran se echó a reír abiertamente, pero ella se sintió aún más confusa, incapaz de

entender los motivos de Tomás para hacerla rabiar así.

—¡Relájate! —la aconsejó Fran, sonriente—. Hasta que tú llegaste, Tomás no salía nunca de su despacho si no era para ir al almacén a controlar los pedidos. Nunca había entrado a ningún taller ni hablado con nadie en su oficina: ¡has batido récords de visitas! —dijo, apretando su mano afectuosamente.

\*\*\*

Al abrir la puerta de casa, su madre le sonrió con cariño y preocupación. Al mirarla, Marina se entristeció recordando las palabras de Virginia: había sufrido tanto por sacarla adelante que no entendía que la gente solo viese en ella a una triste y cansada madre soltera, y no a la verdadera luchadora que era.

—¿Ya estás aquí? ¿Qué ha pasado?

—Me he desmayado en el trabajo, mamá; no me encuentro bien. —No se sentía con fuerzas para mentir.

La sonrisa se borró de inmediato de la cara de su madre, y Marina subió a toda prisa en dirección a la ducha, dejándola con la palabra en la boca. Sabía que esto le costaría una bronca, pero estaba demasiado cansada como para que le importase. Se remojó durante unos minutos, lo suficiente como para quitarse el sudor acumulado durante toda la jornada y después, sin apenas secarse, se metió directamente en la cama. Su madre no tardó mucho en subir para endilgarle la reprimenda pertinente.

—Te veo muy mal, Marina: estás pálida, ojerosa y más delgada de lo que has estado nunca. No desayunas, no llevas almuerzo al trabajo, no duermes por las noches, estás siempre liada con tus libros... ¿Cuándo descansas? ¿Cuándo vives? Estás tan nerviosa desde que trabajas en la fábrica... ¿es solo por Tomás o es que ha pasado algo más?

—¡No, mamá! —exclamó agobiada; aquella demostración de preocupación maternal le parecía insufrible.

—Si es por él, déjalo, no vuelvas más. Te ayudaremos en lo que necesites; lo sabes, ¿verdad?

Su madre se cruzó de brazos, aguardando una respuesta que no llegó.

—Sí, lo sabes —continuó por fin al cabo de unos segundos—, pero no quieres ayuda. Nunca quieres nada de los demás porque eres una terca... ¡igual que tu padre!

—¡No hables de mi padre! —replicó, furiosa.

—¿Por qué? —preguntó su madre, impertérrita—. Sé que no está bien hablar de personas que ya no están entre nosotros, pero yo no olvido a tu padre. Primero, por lo mal que nos lo hizo pasar en el pasado, y segundo, y sobre todo, porque lo veo en ti: eres como él, tan independiente que crees que no necesitas a nadie, pero lo peor es que, igual que él, tú piensas que no te necesita nadie... ¡o que nadie sufre con lo que haces o con lo que dices! —explotó.

Se miraron en silencio; Marina no recordaba la última vez que había visto a su madre tan enfadada.

—Pedí ese empleo para ti porque insistías tanto en que tenías que trabajar, en que te habías quedado sin ahorros... Pero ahora me opongo a que estés en esa empresa o en ninguna otra —prosiguió con firmeza—. Debiste descansar al morir tu padre, intentar relajarte en cualquier lugar, o aquí en casa, si es lo que te apetecía, y dejar que cuidásemos de ti, que creo que también te lo mereces. Tu abuela y yo no te disfrutamos nunca y ahora que podemos, mira cómo estás. Tu vida es siempre un no parar, un estar en todo, es estrés y es también esa fatiga y esa desazón que siempre destilas. Exactamente igual que cuando montas en bicicleta: esa es Marina, la auténtica, un torbellino. «¡Apártate o te aparto!» es lo que parece que vas diciendo cuando pedaleas.

Al escucharla hablar, a Marina le parecía estar oyendo a una versión cariñosa y bienintencionada de Tomás. Una sonrisa asomó a sus labios.

—¡Marina! —exclamó su madre—. ¿Es que te hace gracia verme así de enfadada?

—No, claro que no. Es solo que me has recordado a alguien.

—Deja que lo adivine... ¡Tomás! —resopló sonoramente—. Eres como el perro del hortelano, ¿sabes? Deja el empleo, por favor te lo

pido —suplicó—. O eso, o explícale a ese hombre qué es lo que te pasa por la cabeza cada vez que lo tienes delante.

—No creo que haya nada que decir.

—Claro, por eso has sonreído al acordarte de él. ¡Hija, no seas así, date una oportunidad!

Marina se acostó, ocultando la cara en la almohada. No le apetecía continuar con la conversación.

—Deberías ir al médico —observó su madre.

—¿Porque no quiero hablar con Tomás? ¿Y para tratarme el qué, si se puede saber? —preguntó, sarcástica.

—Para tratar tu ceguera, tu tozudez... ¡tu cabezonería!

—¡Vale ya, mamá! —rezongó molesta, apartando la almohada de su rostro.

—Pues por tu mareo de hoy y por esa mala cara que tienes, hija, ¿por qué va a ser? —suspiró su madre.

—No le des tanta importancia a lo que no la tiene. Lo de hoy solo ha sido un desmayo; hacía mucho calor en el taller de planchado.

—Se ve que tu salud no tiene importancia para ti, pero para mí sí.

—Ya salía por la puerta de la habitación cuando se giró para encararse de nuevo con ella—. Voy a subirte algo de almuerzo y te lo vas a comer, y después ¡a dormir! ¡Descansa, y que no te vea más con un libro en la mano hasta que estés bien!

Pese a las protestas de su madre, Marina solo cogió una manzana de la bandeja que esta le subió a la habitación.

—No voy a comer nada más; esto lo cojo por no escucharte, y cuanto más me agobies, menos voy a comer.

—Sí, desde luego, que nadie te diga lo que tienes que hacer, que ya lo sabes tú demasiado bien —replicó hastiada.

—Este calor me quita el hambre, ¿es que no puedes entenderlo? —murmuró con cansancio.

Su madre giró la silla de estudio y se sentó frente a ella. Marina pelaba la manzana apresuradamente, arrancando grandes pedazos de pulpa con cada monda. Se escuchó un tamborileo desaprobador sobre el reposabrazos del sillón.

—¡Cuando acabes de pelarla solo va a quedar el corazón! —resopló



Beatriz, incapaz de contenerse ante el destrozo que su hija estaba perpetrando; se apartó el pelo de la cara en un gesto reminiscente del que Marina hacía tan a menudo. Su cabello rizado era también muy parecido al de su hija, aunque de un lustroso color negro, apenas salpicado aquí y allá por alguna cana solitaria.

Marina no dijo nada. Empezó a mordisquear la fruta con desgana, sintiendo cada pedazo de manzana arañar su lengua; cada vez que sus pensamientos obsesivos le daban tregua, tomaba conciencia de la tortura insufrible a la que la sometía el maldito retenedor. Prefería que se le montasen todos los dientes, uno sobre otro, antes que seguir soportando aquel martirio.

—¿Por qué faltaste el otro día al trabajo? —le espetó su madre de sopetón.

—Tenía que ir a la universidad —mintió sin convicción mientras observaba el trozo de manzana que le quedaba; le parecía enorme. Terminárselo se le antojaba una tarea imposible.

—No es cierto. Prueba con otra cosa, que igual consigues engañarme.

—¡Qué aburrimiento, por Dios, qué desesperación! Siempre preguntando, siempre todos encima de mí, juzgando cada cosa que hago: si como, si no como, si digo, si no digo...

—¿Quiénes son «todos»? —interrumpió su madre, perdiendo la paciencia—. ¿Tu familia y tus amigas? ¿Personas que te quieren y que se preocupan cuando te ven mal? Pues ódianos, Marina. ¿Sabes qué te pasa? Que llevas mucho tiempo viviendo lejos de casa, compartiendo piso con personas de las que no dudo que te tengan aprecio, pero con las que seguramente ni la relación era muy profunda, ni os implicaríais mucho los unos con los otros. Te preguntarían: «Qué tal, ¿cómo estás?», como el que saluda al entrar a una tienda, una forma educada de entablar una conversación, y poco más. Y ahora vienes a casa, y crees que las personas que realmente nos preocupamos por ti somos unos pesados, unos metomentodos... es algo muy triste, Marina. Me das pena.

—¿Te doy pena? —se sorprendió tanto ante esas palabras que la manzana se le cayó al suelo. La siguió con la vista un momento y

después levantó los ojos hacia su madre, que la miraba con compasión y tristeza.

—Mucha, Marina, porque estás sola, y no desde que volviste al pueblo, sino desde hace muchos años. ¿Es que no lo ves?

Recordó el momento en que Tomás la besó y todos los sentimientos adormecidos que se despertaron cuando aquel beso posesivo pasó a convertirse en algo cálido y acogedor. Se había sentido más sola que nunca, y también perdida, cuando él la dejó llorando en su despacho. Se encogió sobre sí misma, haciéndose pequeña, cada vez más pequeña, negándose a darle la razón a su madre.

—Tanto viajar, tanto querer vivir fuera para perfeccionar idiomas, yendo y viniendo, dejando conocidos por todas partes, pero sin arraigarte en ningún sitio ni con nadie —prosiguió Beatriz, al parecer incapaz de contener aquellas palabras que había querido decirle a su hija durante demasiado tiempo—. Tienes a Elvira y a Noelia, tus amigas de la infancia, y para de contar; no te he conocido ninguna amistad más. ¿Alguna vez has salido con alguien? ¿O has llegado a mantener una relación seria con algún hombre?

—No creo que nada de eso tenga algo que ver con... —logró mascullar Marina, pero el torrente de palabras que salía de la boca de su madre no se detuvo.

—¿No crees que el que no seas capaz de crear relaciones afectivas duraderas con nadie tenga algo que ver con lo que te está ocurriendo ahora mismo, hija? Será por eso que llevas tan bien las relaciones laborales —comentó con sorna. La miró unos momentos y su gesto se dulcificó—. ¡Me sorprendí tanto al saber que ibas a cuidar de tu padre! —rememoró emocionada—. Saber que lo dejabas todo por una persona que nunca había querido saber mucho de ti hizo que me sintiera muy orgullosa. Me dio rabia, porque no se lo merecía, pero la verdad es que te necesitaba, y ahí estuviste. Siempre había pensado que eras una egoísta, pero con ese gesto casi me convenciste de que te había juzgado mal.

—¡Te doy pena, soy egoísta...! ¡Vaya, mamá, qué gusto da sentirse así de querida!

—Solo trato de que abras los ojos, hija, de que te des cuenta de que

solo miras por ti y por lo que te conviene en cada momento. Llegué a pensar que habías madurado, pero no, qué va: estás peor que nunca, hasta tu salud se está resintiendo, aunque no quieras reconocerlo. Y estoy aquí, a tu lado, porque sé que todo lo que pasa pasa por algo. ¿Quieres hablar?

—¡No! Solo quiero dormir y dejar que pase el verano. —Se recostó, ovillándose aún más.

—Quieres huir y dejar que esto te sobrepase. No es esta la Marina que yo conozco —replicó su madre, meneando la cabeza.

—¿Y qué Marina quieres que sea ahora mismo? —le gritó, incorporándose mientras golpeaba con rabia el colchón.

—¡Una Marina feliz! —Fue la igualmente furiosa respuesta—. Feliz y a gusto consigo misma, y si no lo eres aquí, con tu familia, vete, vuelve a vivir con desconocidas y ponte de lleno con tu tesis. No esperes a que llegue el inicio de curso: ¡vete de aquí! ¡Vete de casa! Yo te doy ese dinero que esperas ganar a fuerza de discutir con Tomás, ese dinero que tanto necesitas para alquilar un piso lejos de nosotras.

Marina la miraba con ojos como platos; su ira había desaparecido, reemplazada por una sensación de sorpresa mezclada con un poso de amargura; no podía creer lo que estaba oyendo.

—Quiero que te vayas —continuó su madre, implacable—; prefiero tenerte lejos. Me gusta más la Marina que me llama una vez por semana para decir que está bien, que está satisfecha con lo que hace y que tiene tantos planes de futuro que no sabe cuál de ellos elegir.

—¿Me estás echando?

—Es justo lo que estoy haciendo. ¡Quiero que te vayas de casa!

A Marina se le hizo un nudo en la garganta; no era capaz de decir nada. La manzana a medio comer se removía inquieta en su estómago. Parecía querer salir del lugar donde tanto esfuerzo le había costado ponerla.

—¡Mamá! —gimió, verdaderamente asustada, cuando la vio salir de su habitación sin mirar atrás. Las lágrimas nublaron sus ojos y, de pronto, se sintió sin fuerzas para hacer nada, ni para llorar ni tan siquiera para pensar. Sus ojos se cerraron y enseguida cayó dormida.

Cuando despertó, ya estaba anocheciendo, y volvía a estar

empapada en sudor. Se arrastró hasta la ducha y dejó que el agua corriese por su cuerpo durante un largo tiempo, como si quisiera borrar de él toda huella de lo que había ocurrido ese día. Al cabo de un rato, salió y se secó suave y meticulosamente. Y, mientras lo hacía, no dejaba de pensar en su madre y lo que había ocurrido; necesitaba pedirle perdón. Sabía demasiado bien lo terca que era a veces «¡No sé cómo me soporta!», se lamentó apesadumbrada. Se levantó y bajó hasta el salón a buscarla.

—¿Podemos hablar? —preguntó, sentándose frente a ella.

Su madre levantó el rostro del libro que estaba leyendo; sin esperar contestación, Marina prosiguió:

—Virginia ha dicho hoy cosas muy desagradables de nosotras. Mi padre me ha dejado la casa en herencia y sus hermanos quieren quitármela. Me siento muy cansada físicamente. No soporto el trabajo, no aguanto este calor y... —Ahora venía lo más difícil.

Escucharon al canario cantando en la cocina. Marina miró hacia la puerta abierta: aquel canto siempre le había parecido alegre, pero al ver ahora al pájaro revolotear inquieto en su pequeña jaula, dudó de que aquello que sentía pudiera ser realmente felicidad. Volvió a mirar a su madre, que esperaba atenta sus palabras.

—Estoy enamorada de Tomás.

Su madre cerró el libro y lo dejó sobre su regazo, cruzando los brazos sobre él.

—No me siento mejor por contarte todo esto; no creo que sirva de nada, porque nada puedes hacer, salvo preocuparte por mí innecesariamente —concluyó.

—¿Pero es que no comprendes que no quiero que me apartes, que me ignores, como has hecho siempre que algo te pasa? —exclamó su madre—. Estoy aquí para apoyarte; aunque en nada te pueda ayudar cuando tengas problemas, solo saber que puedo servirte de consuelo ya me hace sentir bien. ¿Cuándo entenderás eso? —preguntó con tristeza—. Te voy a hablar como lo has hecho tú: corta, concisa, tipo telegrama. No pienso hablar de Virginia, y creo que tú no deberías ni tan siquiera volver a pensar en ella. —Hizo una pausa antes de continuar—. Si tu padre te dejó su casa, debes luchar por esta porque

te la mereces; él lo sabía y por eso quería que fuese tuya. Tienes que pedir ayuda legal, o esas víboras que son tus tíos te comerán viva. El resto de tus preocupaciones se solucionan dejando el trabajo. No vuelvas, te lo he pedido antes, que no sabía nada, y lo hago de nuevo ahora. Descansa, desconecta. ¡Hazme caso, por favor!

Se miraron unos segundos sin decirse ni una palabra. Marina esperó: le resultaba extraño no recibir ningún comentario sobre su última revelación, pero el silencio se prolongaba ya demasiado tiempo, y ninguna de las dos mujeres parecía interesada en romperlo. Por fin, se levantó para marcharse, pero la voz de su madre sonó de repente, sorprendiéndola por su tono severo.

—No he acabado de hablar. Siéntate. —Marina obedeció al instante—. Ya sabía que estabas enamorada. Estos días he podido ver a una Marina que nunca antes había visto; no sabía qué es lo que estaba pasando hasta que llegó aquella lechuga con lazo. ¿Cuándo se lo vas a decir a él?

—¡Jamás! —exclamó su hija con convicción.

—Pues qué pena.

—Bastante pena, sí, con la que tengo. ¡No sabes cómo me siento! ¡No entiendes cómo me hace sentir de mal ese hombre! No le voy a dar encima ese gusto.

—¿Recuerdas cuando de pequeña te gustaba un niño de tu clase?

Marina parpadeó sorprendida. No entendía a dónde quería ir a parar su madre.

—Mmmm... Jesús, ¿no? ¿Te refieres a él?

—Sí. Le dijiste que te gustaba, que lo querías, le enviabas corazones... Estabas loquita por él.

—Cosas de críos; es normal.

—¿Recuerdas qué pasó? —insistió su madre—. Te dijo que no le gustabas, que no te quería. Lloraste mucho, y me dijiste que nunca más le dirías a nadie lo que sentías, que siempre esperarías a que te lo dijese primero. Solo tenías doce años, pero lo tenías muy claro cuando dijiste esas palabras.

—Dudo mucho de que un desengaño de niña haya condicionado mi comportamiento de adulta a la hora de afrontar las relaciones; creo

que eso es exagerar un poco, ¿no crees, mamá?

—Siendo tú, no, no lo creo, hija. Eres muy terca.

La miró sorprendida. Tomás le había dicho lo mismo. Últimamente, todo el mundo creía tener derecho a darle lecciones sobre su forma de ser.

—Marina, te cuesta mucho cambiar según qué cosas —prosiguió su madre, dulcificando el tono—. Eres de amigos fijos; siempre se te ha hecho difícil abrirte y dejar que te conozcan los demás, los que no son de tu círculo habitual. Eres fiel, eso no se te puede reprochar, te das por completo, pero eres demasiado exigente con los demás.

—¡Por supuesto! ¡Si das fidelidad, exiges lo mismo, lo esperas, es lo justo, lo que creo que me merezco! —Apenas se dio cuenta de lo furiosa que estaba hasta que empezó a vociferar: aquella charla la estaba afectando en lo más íntimo.

—Sí, ¿pero acaso no entiendes que la gente se puede equivocar? A veces cometemos fallos o pasan cosas que no podemos controlar. También hay que saber disculpar y seguir apreciando o valorando a las personas por lo que son, no por lo que haya podido pasar en un momento puntual. Y también debes abrirte más, intentar conocer a la gente y dejar que te conozcan. Eres demasiado reservada, demasiado celosa con tu intimidad.

Marina hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Probablemente su madre tenía razón, al menos en parte, pero no sabía cómo cambiar y tampoco estaba segura de querer hacerlo. Cuando volvió a hablar, lo hizo en tono más calmado:

—Mamá, ¿alguna vez le has confesado a alguien que estabas enamorada de él?

—Sí, a tu padre.

—Pues no me digas más. Ya sabemos cómo salió.

Marina se arrepintió inmediatamente del comentario. No era digno de ella dar golpes tan bajos, ni su madre se los merecía; sin embargo, esta no pareció inmutarse. Su único signo de emoción fue un leve, casi inaudible, suspiro. Cuando continuó hablando, su voz no tembló ni siquiera una vez:

—¿Crees que, de no hacerlo, habría salido mejor? No, Marina,

habría salido igual... igual de mal. Él no deseaba ataduras, no se sentía bien estando con nosotras. Le faltaba espacio y nunca se sintió a gusto en el papel de padre, pero ¿sabes una cosa? No me avergüenzo de habérselo confesado: era feliz, quería decirlo y lo hice. Marina, cuando abres tu corazón a otra persona, lo justo para el otro es poder decir lo que siente, igual que lo haces tú. Puedes ser correspondida o no, no siempre salen las cosas como una espera, pero el que no arriesga nunca gana.

Marina resopló y miró a su madre con expresión decepcionada.

—¿Qué, Marina? ¿Qué ha sido eso?

—Tu frase, mamá: «El que no arriesga, nunca gana»; esa frase está tan gastada... tan trillada que ya no significa nada.

—¡Pues te pido perdón, hija, por no ser tan inteligente como tú ni hablar tantos idiomas! —Beatriz levantó la voz, evidentemente ofendida—. Siento no poder darte consejos de tan alto nivel como los que tú puedas ofrecer. —Volvió a tomar su libro y se enfrascó en la lectura.

En el silencio que siguió a esas palabras, volvió a escucharse al canario cantando en la cocina. Marina bajó la cabeza, sintiéndose realmente mal: había bajado para disculparse y lo había vuelto a estropear todo. «¡No tienes arreglo, Marina! ¡Qué desastre eres!», se recriminó, arrepentida.

Volvió al baño, a continuar con lo que hacía antes de su desafortunada confesión. Acabó de desenredarse el pelo y, al contemplar su imagen reflejada en el espejo, no le gustaron sus rizos, así que decidió hacer algo con ellos. «Al menos —pensó— pasaré un rato entretenida con el secador». Además, aquella melena le daba un calor horrible: la alisaría e iría a dar una vuelta hasta casa de Noelia para verla a ella y a la niña. Si no salía esa noche, estaba segura de que no haría más que lamentarse recordando el comportamiento que había tenido con su madre.

## Capítulo 8

Bajó por la escalera y abrió la puerta que daba al salón, pero no pasó del umbral: se había quedado petrificada; sentado en un sillón tranquilamente, como si fuera la cosa más natural del mundo, se hallaba Tomás.

—¡Hija, mira quién ha venido a ver cómo estás! —exclamó su madre, saliendo de la cocina con un gran vaso de agua fría que depositó ante él. Tomás le dio las gracias y se levantó del sillón para saludar a la recién llegada.

—¡Hola, Marina! —le espetó, sonriente.

Ella no contestó: se había quedado sin palabras. «¡Este es el mejor colofón posible para un día como hoy!», pensó, notando cómo se le subían los colores.

—También ha traído tu bici.

—¡Qué amable! —replicó Marina con ironía.

—Bueno, os dejo —dijo su madre, fulminándola con la mirada—. Tomás, como siempre, una alegría verte por aquí —comentó, como si su presencia en la casa fuese algo habitual.

—Gracias, Beatriz.

Marina observó que la tuteaba. Parecían llevarse muy bien, y no pudo evitar sentir cierto fastidio. Su abuela les dedicó una amplia sonrisa al levantarse para salir tras su hija. Beatriz, al pasar junto a Marina, le susurró disimuladamente:

—Haz caso a tu madre por una vez... ¡y sube a ponerte otra cosa, por Dios!

Pero ese era un consejo que no pensaba seguir. Ciertamente, su



vieja y holgada camiseta no era la prenda más elegante del mundo, pero en ese momento eso no le preocupaba en absoluto. Miró a aquel hombre plantado en mitad del salón: pantalones vaqueros claros; camisa blanca impecable de manga larga con los puños recogidos hacia arriba; cuerpo bien proporcionado, manos grandes, que cada vez que veía recordaba posándose sobre sus hombros, su cintura, recorriendo su cuerpo. Tomás la miraba con anhelo, y esa sonrisa suya ante la que ella se derretía como si fuera mantequilla.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Muy bien, gracias —respondió ella, en tono neutro.

—He pensado que tal vez te apetecería salir a cenar.

—Pues mal pensado; el calor me quita las ganas de comer.

—Ya pero, si la cena es con un hombre tan guapo e irresistible como yo, creo que eso constituye un motivo suficiente como para que te lo replantees, ¿no?

—No voy a salir nunca más con un hombre; he decidido tomar los hábitos y entregarme en cuerpo y alma a Dios —replicó, con total seriedad.

—No he venido a buscar tu alma, Marina. —Sonrió él con malicia.

Se miraron en silencio, como púgiles preparándose para el siguiente asalto.

—Estoy muy resfriada —se excusó ella por fin, sin convicción alguna.

—¿En verano? Pues ven aquí y te tapo con una manta.

No se daba por vencido.

—Déjalo ya, Tomás. No tengo ganas de salir contigo.

—Pues hazlas.

—¿El qué?

—Las ganas. Yo he traído muchas; si no sabes cómo hacerlas, yo te las transmito. Solo tengo que acercarme... ¿puedo?

Marina trató de pensar una respuesta adecuada, y él se aprovechó del momentáneo silencio; antes de que pudiera reaccionar, lo tenía ante ella.

—Ahora tengo que agarrarte fuerte, unir mi boca a la tuya y... bueno, creo que lo demás ya sabes cómo funciona pero, por si no lo

sabes, creo que te lo voy a explicar punto por punto, ¿de acuerdo?

Marina siguió en silencio, como esperando a que él diera el siguiente paso.

—Bien, muy bien, entiendo entonces que quieres la explicación completa. ¡Perfecto! Primero hay que seguir paso a paso las instrucciones. —Tosió para aclarar la garganta—. Te sujeto así. —Pasó un brazo por su cintura firmemente, acercándola a él. Esa sensación resultaba para Marina excesivamente agradable como para oponer demasiada resistencia y, en cuanto le llegó el seductor olor de su perfume, tan solo pudo abandonarse a ella—. Y después mis labios se pegarán a los tuyos —se inclinó sobre ella, tan cerca que pudo sentir su respiración en la mejilla—, como una ventosa y así, aunque los muerdas, no podré separarlos. Por eso voy a succionarte, suave si lo prefieres, o fuerte, si lo que te va es que sea algo brusco. ¿Cómo lo quieres?

Esa pregunta, lanzada a escasos centímetros de su boca, no necesitaba respuesta. Lo estaba deseando, y lo que menos le importaba era cómo: suave, fuerte, como una caricia o un simple roce, o incluso que la mordiese, tal y como ella había hecho con él. Fuera lo que fuese lo que él deseara, ya lo había deseado ella mucho antes.

—¡Sorpréndeme! —susurró Marina, con sus labios pegados a los de él.

—Sigue soñando, pelirroja —replicó Tomás, soltándola, sonriente.

Marina lo miró aturdida; no podía creerlo: había ganado de nuevo, dejándola con las ganas, burlándose de ella. Otra vez. No parecía cansarse de ese juego.

—¿Qué me dices de la cena? —continuó—. ¿Alguna excusa más que poner? ¡Adelante! Te las rebato todas. —Se cruzó de brazos divertido; parecía estar pasárselo en grande.

—Me duele el estómago.

—Bicarbonato.

—La cabeza.

—Analgésico.

—¡Me duele el cuello! Se tensiona tan solo con verte.

Y antes que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, Tomás la había sujetado de nuevo para enterrar su cara en el cuello de Marina y succionarlo suavemente. Repartía besos por toda su piel y succionó con más fuerza, y ella sintió excitación, ansiedad, una desazón increíble. Sintió cómo su temperatura corporal subía varios grados, como si fuera a enfermar, pero de alguna dolencia deliciosa. Se sorprendió pensando en arrojarse sobre él y suplicarle que la tomara en el sofá del salón, sin importarle que su madre y su abuela estuvieran en la cocina, a unos pocos metros de ellos. Entonces Tomás retiró su boca con suavidad y ella se sonrojó violentamente.

—Continúa, Marina, podemos estar así para siempre —susurró—. Hoy no te libras, he venido completamente decidido a estar contigo. De esta noche no pasa que tú y yo tengamos algo... ¡lo que sea me da igual! Aunque sea discutir, contigo me vale todo.

Sabía que la había derrotado; desde el principio, se defendía con poca convicción, y ante su firmeza, sus excusas se estrellaban rompiéndose en pedacitos.

—Bueno, ya había decidido salir —se resistió una vez más—, y como no me gusta cambiar de planes, me temo que hoy no va a poder ser.

Los ojos de Tomás bajaron, casi de manera involuntaria, hasta sus pechos; ella se dio cuenta de que no llevaba sujetador y sus pezones se marcaban de forma evidente. Sin hacer ademán alguno por taparse, le lanzó una mirada desafiante. Él tragó saliva.

—Para mi tranquilidad, aclárame una cosa —acertó a decir al cabo de un momento—. No vas a salir a la calle así, ¿verdad?

—¿Y si lo hiciera?

—Le alegrarías la noche a más de uno, pero tu madre te ha pedido que subas y te pongas otra cosa... al menos un sujetador. —La miró con ojos de cordero degollado—. Eres una buena chica: ¡hazle caso!

Entrecerró los ojos, tratando de decidir qué hacer. Le apetecía estar con él, aunque solo preveía complicaciones para aquella cena: lo deseaba demasiado como para que surgiese nada bueno de esa cita. Pero quizás así pudieran hablar y aclarar algunas cosas, tal vez hasta empezar a conocerse y poder descubrir por fin qué deseaba

realmente de ella; eso sería agradable. «¡Saber si es solo sexo lo que busca conmigo no estaría de más!», pensó Marina, aunque en el fondo se daba cuenta de que solo buscaba razones para aceptar su invitación.

—¿Entonces te vienes conmigo, pelirroja?

Solo esa palabra bastaba para que ella sintiera un latigazo entre las piernas. Cerró los ojos, pensando en lo mucho que le gustaba escucharla cuando la llamaba así.

—¡Qué manía con querer llevarme contigo!

—¡Marina! ¡El tiempo que estamos perdiendo! —exclamó, cansado ya de aquel tira y afloja—. Desde que te lo pedí la tarde de lluvia, ¡las cosas que podíamos haber estado haciendo!

Aquellas palabras la terminaron de convencer: sí, le daría una oportunidad.

—¿Qué cosas? —preguntó, juguetona, ansiosa de saber qué era lo que a él le apetecía hacer con ella.

—Venga, Marina, no eres tan mojigata. ¿Una chica que habla tantos idiomas no entiende el lenguaje corporal? —Chasqueó la lengua y miró hacia arriba con gesto aburrido—. Si quieres, repito lo del cuello. Parece que no te ha quedado claro.

«¡Qué tonta eres! Está claro lo que desea de ti», pensó con cierta tristeza. Ya no hacía falta salir a cenar para averiguar nada. Podía haber dicho tantas cosas... «Me apetece dar un paseo contigo, Marina, cogerte de la mano, mirar tu cara, oler tus rizos...». «¡Hubiera sido bonito, Tomás!», se dijo con desilusión, pero aun así, al menos por esa noche, quería estar con él.

—Está bien, iremos a cenar —se decidió al fin.

Tomás la miró sorprendido.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué?

—No pensaba que fuera a ser tan fácil. Venía dispuesto a pelear, discutir, que te enfadaras... ¡que te enfadaras mucho!... En fin, todo ese repertorio que usas conmigo. —La miró divertido—. Te cambias, ¿no?

—¡Claro! ¿Qué quieres que me ponga? —preguntó con malicia.

—Algo bonito, sugerente, femenino... arréglate para mí. ¡Alégrame la vista! —dijo, sonriente, mientras se sentaba—. No tengas prisa; ¡sorpréndeme!

Marina subió a su habitación. Tenía claro que no iba a arreglarse demasiado. Le había preguntado solo para que se hiciera ilusiones, pero no le iba a dar el gusto. Tomás iba de sport, lo que indicaba que iba a ser una cena informal, así que abrió el armario dándole vueltas a una idea que se iba formando en su cabeza; al cabo de un rato, encontró las prendas adecuadas y sonrió: iba a vestirse exactamente igual que él. Sacó unos vaqueros claros y una camisa blanca de manga larga a la que subió los puños hacía arriba, justo como los suyos, con una sola vuelta. Ese detalle le iba a hacer gracia, seguro.

Al escoger el calzado, observó que su madre había dispuesto en su zapatero las sandalias que Tomás le había regalado. Miró al techo y suspiró: aquella visión era toda una tentación, pero no pensaba usarlas. Escogió unas zapatillas deportivas casi nuevas, de buena marca, muy parecidas a las que él llevaba, pero en azul y rojo. Se miró al espejo; ¿estaba sexy y sugerente? Se echó a reír.

No necesitaba peinarse. El pelo liso le encantaba, sobre todo en verano, cuando el calor hacía que sus rizos perdieran su forma y se le pegaran a la cabeza. Y tampoco pensaba maquillarse para que él la viese. Le sonrió al espejo, a esa «típica pelirroja con pecas», como algunas personas la describían, de modo francamente poco original. Pero es lo que era, y se sentía orgullosa de serlo.

Buscó tras la puerta donde solía colgar los bolsos y acabó eligiendo uno de piel marrón, pequeño y discreto, con la correa larga. Luego bajó hasta el salón, interrumpiendo la animada charla que estaban manteniendo su madre y Tomás. Este la miró y parpadeó varias veces; se fijó en la camisa, en la vuelta de los puños, y sonrió. Después miró las zapatillas de Marina, desvió la vista hacia las suyas, cerró los ojos y negó con la cabeza, divertido.

—¿Nos vamos? —preguntó Marina con expresión satisfecha.

—Sí —fue la resignada respuesta.

Se despidieron de su madre y salieron por la puerta.

—¿Esto es lo que tú entiendes como algo sexy, femenino y

sugerente? —gruñó Tomás.

—¿No te gusta? —preguntó ella, disfrutando del momento.

—Eres mi versión en pelirrojo —gimió él—. ¡Parece que estoy saliendo conmigo mismo!

—¿Es que no te gustas? —inquirió, irónica.

—Mucho —replicó, algo molesto—, pero hubiera preferido otra versión de Marina.

—Vamos a juego, Tomás. Nos compenetramos hasta en eso.

Tomás se echó a reír alegremente mientras le abría la puerta del coche. El gesto le pareció bonito: no estaba acostumbrada a ese tipo de detalles. Se sentó, pero él seguía parado sujetando la puerta. Lo miró extrañada, sin saber a qué estaba esperando.

—«Mujer hermosa, de anaranjada cabellera, sube a un coche negro y el dueño la rapta para siempre» —recitó como si estuviera leyendo la primera plana de un periódico.

Marina parpadeó, sorprendida y disgustada por lo que acababa de escuchar: no le veía la menor gracia a la frasecita. En cambio, Tomás rio a carcajadas mientras cerraba la puerta, y ella lo fulminó con la mirada. No pensaba contestarle pero, cuando se sentó ante el volante, no pudo mantener la boca cerrada:

—«Varón feo, lleno de canas, tiene encuentro en la tercera fase con mujer arrolladora y jamás podrá olvidarla».

La miró, entre divertido y escéptico.

—¿El feo soy yo?

—Creo que aquí no hay otro varón.

—¿Y la mujer arrolladora serías tú? —preguntó alzando una ceja.

—Si tienes dudas, ponte delante cuando pase con la bicicleta... ¡verás cómo te arrollo! —contestó muy seria.

Tomás se echó a reír.

—Repartidos los papeles protagonistas, me asalta una duda: ¿cuál es la trama de la película? Porque creo que alienígena no eres; ¿qué sería para ti un encuentro en la tercera fase?

Ella lo miró, provocadora, y se pasó la lengua lentamente por entre los labios.

—No soporto la película original, pero creo que el *remake* me va a

encantar —dijo Tomás entre risas.

No quería observarlo mientras reía, con esas carcajadas francas, contagiosas; tan solo con ver sus hombros agitarse, ya sentía ganas de participar en su alegría, pero en cambio, giró la cara y miró por la ventanilla con expresión ausente.

—¡Marina!

—¿Qué? —preguntó sin mirarlo.

—Tu cinturón.

Lo buscó y tiró de él, pero parecía atascado.

—Déjame ver —se ofreció, solícito, Tomás.

Se acercó hasta ella y se puso tensa de inmediato. La reacción no pasó desapercibida.

—Tranquila, no voy a morderte... todavía —le dijo, irónico.

Se acercó más a ella, hasta que sus rostros estuvieron a punto de rozarse. Mientras Marina, con los ojos cerrados, intentaba no pensar en esa cercanía incómoda y deliciosa, Tomás consiguió que el cinturón se deslizara y lo abrochó. Al oír el «clic», ella volvió la cara, creyendo que él había regresado a su asiento; sus rostros chocaron, y Marina retrocedió rápidamente. Tomás no se movió.

—¡Hola, Marina! —dijo, con una sensualidad que hizo que a Marina le temblara el cuerpo entero—. No sabes cómo me alegro de tenerte aquí sentada y no tener que observarte por los espejos.

Volvió a llegar hasta ella el suave perfume que usaba. Solamente lo podía percibir cuando se acercaba tanto a él como en ese instante o como antes, en su salón; era una de las cosas que le gustaban en un hombre, que solo se pudiese saber cómo olía si se estaba muy cerca de él. Lo escuchó respirar; su cálido aliento le rozaba la mejilla. Tomás buscaba sus ojos, pero ella apartó la vista: no se creía capaz de sostenerle la mirada desde esa distancia. Al bajar los ojos, no pudo evitar que se posaran en la herida de sus labios.

—Puedes besarme sin miedo, tengo permiso de mi médico —la apremió él con voz sugerente.

—Ni lo sueñes... —Iba a añadir algo más, un «nene» que se quedó entre sus labios, luchando por salir.

—«...Nene» —dijo él, terminando la frase por ella y

contemplándola con deseo. Y, sin poder evitarlo, Marina sopló en sus ojos, olvidando que a él eso no solo no le molestaba, sino que al parecer era algo que le excitaba.

—¡Hummm, pelirroja! —dijo, saboreando el momento.

Después se echó a reír, pero ella solo suspiró. La noche no había hecho más que empezar y ella ya deseaba estar de regreso, porque aquella, definitivamente, no era una buena idea. Durante unos instantes, consideró abrir la puerta y bajarse del vehículo rápidamente y sin dar explicaciones, pero ya era demasiado tarde para eso: Tomás había vuelto al asiento del conductor y, al cabo de unos segundos, el coche se puso en movimiento.

—Me he preocupado mucho al saber lo que te ha sucedido esta mañana —confesó él tras unos minutos de conducción silenciosa.

—Tanto como mucho... —replicó ella, sarcástica.

—Ya sabes que me preocupo por mis empleados.

—Por supuesto que lo sé, eres un gran jefe —dijo, imprimiendo a su tono un deje impertinente.

—Eso me ha sonado a jefe indio. —Rio él—. ¿Y tus rizos? ¿Qué has hecho con ellos?

—Se han desvanecido; derretido, prácticamente —explicó con sequedad—. Se me baja todo cuando te veo: los rizos, el alma, la alegría...

—Vaya, eso ha sido un poco cruel, ¿no? Me haces parecer un ser horrible. —Aunque Tomás intentó sonar divertido, no pudo evitar que la amargura asomara a su voz. Marina sintió una punzada de culpabilidad—. ¿Quieres un consejo?

—Creo que no —replicó Marina.

—Pues te lo doy igual: no lo hagas más.

—¿El qué?

—Alisar tu pelo. No eres tú, no te queda bien; ¿no lo ves? —Le bajó el parasol; al hacerlo, unas pequeñas luces se iluminaron en el borde del espejo y ella pudo ver su propio reflejo—. ¡No vuelvas a hacerlo! —exclamó, autoritario.

—Eso no ha sonado a consejo, sino a orden. —Molesta, le dio con la mano para que volviera a subir el protector solar.



—Como no las soportas, igual así no lo olvidas. ¿A quién quieres parecerte así?

—¡A nadie! —respondió ella, cada vez más molesta—. ¡No sé quién te crees que eres para opinar así de mi aspecto! Como si mañana me lo corto, solo me faltaba tener que darte explicaciones.

—¡No serías capaz! —exclamó Tomás.

—¿Quieres verlo?

—¡No! —dijo bruscamente—. Te creo, creo que eres capaz de cualquier cosa que te propongas solo por fastidiarme, y no me apetece nada ser testigo de esa barbaridad que has dicho.

—Pues entonces, quédate calladito; solo me das ideas para tocarte las narices.

El recorrido en coche fue corto, tan solo hasta las afueras del pueblo. Tomás aparcó frente a un restaurante que Marina reconoció enseguida: pertenecía a Juan, un antiguo compañero de clase. Hacía años que no iba, aunque le encantaba cómo cocinaba, pero ¿cómo sabía Tomás eso? Lo miró de manera inquisitiva, pero él se limitó a sonreírle.

Entraron. Solo quedaban libres un par de mesas y Tomás eligió la que estaba más próxima a uno de los ventanales. A Marina le gustaba todo del restaurante: la comida, lo acogedor y lo tranquilo que era... Durante el día, desde cualquiera de sus grandes cristaleras se podía ver el jardín y parte de la huerta de la que salía casi todo lo que allí se cocinaba, y en los momentos en los que la falta de luz impedía disfrutar de ese espectáculo, uno siempre podía pasear la mirada por los cuadros que decoraban las paredes. Eran obra de la madre del propietario, una señora a la que se le daba bastante bien pintar, y los solía renovar cada cierto tiempo, a veces por el simple placer del cambio, y a veces porque vendía alguno. Todos mostraban rincones pintorescos del pueblo, con una estética que recordaba a la de los cómics. Marina los repasó con la mirada, sonriente: eran originales, coloridos y muy divertidos; algunos los recordaba del pasado, pero otros eran nuevos. Cuando no quedaron cuadros que revisar, sus ojos se encontraron con los de Tomás, que le sonreía encantado. Quiso corresponderle, pero, por algún motivo que ni ella misma acertaba a

comprender del todo, le fue imposible. La sonrisa con la que había observado la colorida galería de las paredes murió en sus labios y bajó la mirada para consultar el menú que había sobre la mesa.

—Ha sido tu madre la que me ha sugerido el restaurante — comentó Tomás.

«¡Cómo no!», pensó ella sin despegar los labios

—Es una mujer muy agradable — insistió él.

—Ya he podido comprobar que os lleváis bastante bien.

—Sí, no voy a negártelo — concedió él—, creo que mejor de lo que nos llevamos tú y yo. —Sonrió con amargura—. Me habría gustado conocerla en los años en los que trabajaba para nosotros; mi padre habla muy bien de ella.

Resultaba agradable escuchar eso.

—¿Y con mi abuela qué tal? — preguntó, con una media sonrisa.

Tomás se echó a reír.

—Me saluda y me estudia. Creo que mis artes de seducción no me han funcionado tan bien con ella como con tu madre.

—Tienes un obstáculo difícil que salvar con mi abuela — mintió ella.

—Sí, porque la maratón ya la estoy corriendo con la nieta.

—¿Ves la meta? — preguntó ella, levantando las cejas con gesto escéptico.

—De lejos, pero sí, la veo.

Quiso replicarle, pero no le dio tiempo: el camarero estaba junto a ellos, preparado para tomarles nota.

—¡Buenas noches! — saludó, amable.

—Hola, soy Marina, amiga de Juan. ¿Está él por aquí? — Se había dado cuenta de que le apetecía saludarlo.

—Ha salido un momento, pero enseguida regresa. ¿Le digo que se acerque por su mesa?

—Sí, por favor.

—¿Y ya saben lo que van a tomar?

Ella al menos sí lo sabía: estaba deseando saborear de nuevo aquellos deliciosos canelones de verdura que Juan preparaba como nadie. Tomás se dejó guiar por su experiencia, y además pidió ensalada y vino tinto para los dos; ella volvió a pasear la mirada por

todo el restaurante, evitando mirarlo directamente a los ojos; sabía que cada vez que lo hacía se dejaba llevar por pensamientos que la hacían bajar la guardia ante él, y esa noche no estaba dispuesta a quedar en una posición tan vulnerable como en otras ocasiones. Era consciente de que él no dejaba de mirarla, recorriéndola con los ojos como nunca antes lo había hecho, buscando incansablemente los suyos. Eso debería de haberle proporcionado confianza, pero, lejos de eso, la llenaba de desasosiego. Y, lo que es peor, Tomás lo notaba y estaba sacando partido de ello.

En una mesa próxima a la suya estaba cenando un grupo de chicas, y Marina se dio cuenta de que Tomás era el centro de sus miradas y de sus comentarios. Actuaban igual que lo hacían algunas empleadas de la empresa, hablando en susurros y con risitas sofocadas, dirigiendo hacia él miradas anhelantes. Tomás resultaba atractivo no solo por su físico, sino también por sus gestos, por sus maneras, su forma curiosa de observarlo todo, como la de un niño pequeño. Sus ojos sonreían siempre y por cualquier cosa, y para ella ese resultaba su mayor encanto. Y, por supuesto, saber que a él le gustaba era también agradable; la hacía crecerse, sentirse bien consigo misma; saber que un hombre así estaba tan interesado en ella no dejaba de ser bonito, solo que hubiera deseado que ese interés fuese más allá de lo físico.

El móvil de Tomás sonó, sacándola de su ensimismamiento.

—Perdona, tengo que salir fuera un momento a hablar.

Cuando se levantó y se dio la vuelta para salir del local, Marina pudo dar un buen repaso con la mirada a ese cuerpo que resultaba toda una tentación: nunca antes había visto un trasero que llenara tan bien unos vaqueros. Tomó aire para soltarlo lentamente, con los ojos cerrados; iba a ser una cena difícil.

El camarero sirvió la bebida, y al poco apareció Juan. Marina se levantó para saludarlo, encantada de volver a verlo después de tanto tiempo. Guardaba de él muy buenos recuerdos: era el chico más callado de clase, el «raro» según casi todos sus compañeros, y su timidez y falta de popularidad eran la causa de que nadie lo quisiera en su grupo cuando tenían que colaborar en algún trabajo escolar, así

que siempre acababa en el equipo de Marina, junto a Noelia y a Elvira. Y no, no era raro, ni siquiera callado, una vez que te molestabas en conocerlo; era divertido, ingenioso y muy imaginativo. Simplemente, no era como el resto.

—¡Marina, cuánto tiempo! ¡Qué alegría! —exclamó Juan mientras le daba un par de besos—. No sé cuántos años llevo sin verte, pero siempre le pregunto a tu madre por ti.

—Lo sé, me lo dice a menudo. Te veo muy bien; estás igual que en el colegio, los años no pasan por ti... ¡me caes fatal! —Se abrazaron entre risas.

—¿Qué os ha dado a todas las que os marchasteis, que estáis de regreso en casa de mamá? —preguntó, divertido.

—Será que esto tira mucho —gruñó Marina con una media sonrisa; Elvira ya le había comentado que algunas compañeras del colegio, como Marilia o Adela, habían vuelto de nuevo a vivir al pueblo después de haberse marchado hacía años. Sentía curiosidad por volver a saber de ellas.

—Dicen por ahí que estás trabajando en la empresa de ropa. Me sorprendí bastante cuando lo oí, la verdad.

—Tantas cosas se dicen por ahí —suspiró con resignación—. Pero sí, es verdad... es algo solo temporal, hasta que acabe el verano —añadió rápidamente.

—Vaya. ¿Solo hasta que acabe el verano?

—Sí, ¿por qué lo...? ¡Huy! —exclamó, asustada al ver la cara de Juan—. ¿Qué has oído? —Ya se esperaba cualquier cosa.

Juan se echó a reír.

—Las malas lenguas me cuentan que no has venido a trabajar, sino a llevarte al dueño. —Le propinó un codazo cómplice, pero la mirada de Marina hizo que se diera la vuelta.

—¡Hola! Soy Tomás, el dueño de la empresa. ¿Qué tal estás?

Juan le estrechó la mano, sorprendido y algo cortado. Marina se sintió algo culpable: había visto a Tomás entrar y acercarse a la mesa hasta situarse a la espalda de Juan, pero no había podido avisar a su amigo a tiempo. No le cabía duda de que había escuchado su último comentario.

—Lo siento —acertó a decir Juan—, no sabía que...

—No te preocupes, es verdad lo que dicen por ahí: yo me dejo llevar por Marina donde haga falta.

—Pues si tiene que llevarte alguien, la elección acertada es esta mujer —le aseguró Juan, aliviado,

—Entonces, estamos de acuerdo. Eso sí, siempre que no sea en bicicleta. —Miró a Marina sonriendo.

—Lamento discrepar: nadie mejor que ella sobre dos ruedas. —Le guiñó un ojo a Tomás—. Siempre ganaba las carreras de cintas en las fiestas.

—¿Carreras de cintas? —preguntó curioso.

—¿No sabes qué es? Pues es la excusa perfecta para que Marina te invite a las fiestas.

Tomás sonrió, y Marina enterró la cara entre las manos.

—Bueno, os dejo. ¡Que aproveche! —se despidió Juan—. Por cierto, Marina, ese pelo no te va nada, te veo rara.

Un gesto elocuente asomó al rostro de Tomás; «Ya te lo dije», parecían decir sus expresivas facciones.

—Gracias, Juan —gruñó Marina.

—A mandar —se despidió su amigo, riendo al ver la cara de fastidio que se le había quedado.

Se sentaron, y él volvió a buscar su mirada; Marina rezó en silencio para que toda la noche no fuese así, porque sentía que no iba a poder soportarlo. La tensión comenzaba a resultar insoportable cuando el camarero llegó con la cena. Inmediatamente atacaron la comida; Marina cargó con el tenedor casi con desesperación, descargando su estrés en los canelones, pero cuando entraron en su boca tuvo que cerrar los ojos y morderse el labio para no gritar: estaban hirviendo, y su dolor de lengua, adormecido durante las últimas horas, se avivó con el calor hasta hacerse casi insoportable.

—Dime una cosa —dijo Tomás, interrumpiendo su tormento—, ¿por qué estás siempre enfadada conmigo? ¿O acaso no es conmigo el enfado y es que eres así?

—Soy contigo como te mereces —le espetó. El rencor que sentía por él salía fuera, avivado por el terrible fuego de su boca.

—Eso no es justo; no creo que me merezca ni siquiera esa frase que acabas de decir.

—Ah, ¿no? ¿Y me merezco yo todas tus impertinencias? —exclamó molesta.

Así que de eso era de lo que iban a hablar; pues Marina no pensaba prolongar la conversación más de lo estrictamente necesario: en cuanto acabara la cena, se pensaba ir derechita a su casa. Miró el cuadro que colgaba frente a ella, ignorándolo. No iba a darle el gusto de enzarzarse con él en otra discusión absurda.

—¡Para ya con la lengua! —le regañó.

Obedeció, atónita; ¿cómo lo sabía? ¿Por el beso? No, no podía ser. El aparato no se notaba.

—Deja ya el retenedor o te destrozarás la lengua —continuó él, rebajando el tono.

—¿Y tú cómo lo sabes? —refunfuñó ella.

—Pues porque llevé uno y al principio estaba como tú. ¿Cuánto hace que lo llevas?

—Cuatro... cinco semanas, ya ni lo recuerdo; es una tortura —murmuró, bajando la mirada.

Al ver lágrimas de dolor asomar a los ojos de Marina, Tomás llamó al camarero y pidió un vaso de agua con hielo. Cuando lo dejaron sobre la mesa, lo empujó hasta donde estaba ella.

—Cada vez que sientas que no puedes soportarlo, sacas la lengua y la metes en el agua.

—¡Qué vergüenza! —dijo Marina, mirando hacia las otras mesas con azoramiento.

—Solo te veré yo, que sé lo que estás haciendo; hazme caso, te aliviará.

Marina hizo lo que Tomás le decía; cerró los ojos al sentir el frío, pero él tenía razón: era un alivio. Volvió a abrirlos y lo miró.

—¿Un mal día? —le preguntó él, solícito.

Los ojos se le inundaron de nuevo de lágrimas, pero esta vez el dolor que las provocaba era de otro tipo; los cerró para evitar que rodaran por sus mejillas. Asintió con la cabeza débilmente y volvió a mirarlo.

—Cuéntame qué ha pasado hoy, porque creo que ha sido algo más que un desmayo.

Marina negó suavemente con la cabeza: no pensaba decirle nada de lo que había tenido que escuchar cuando estaba en el baño. Él pareció comprenderla.

—Está bien, hablaremos de retenedores. Es un tema neutral —suspiró—. La verdad es que los primeros días estaba deseando arrancármelo —continuó—, pero tranquila, después te acostumbras.

—Has dicho: «Llevé», por lo que deduzco que ya no lo llevas —le interesaba la opinión de otra persona acerca de ese infierno de metal sujeto a sus dientes.

—No.

Marina lo interrogó con la mirada.

—Una mala época, una mala racha, demasiado estrés... —explicó él de mala gana.

—¿Y?

—Acabé con... —La miró, sopesando lo que iba a decir—. Nada, me lo quitaron y ya está.

—No, no... ¿qué ibas a decir? —Quería escucharlo, fuese lo que fuese.

—Nada; come, que se enfría —dijo, poniéndole el tenedor en la mano.

Lo miró frunciendo el ceño, y al cabo de un momento dejó el tenedor de nuevo en la mesa; no le apetecía comer: el roce de la comida caliente sobre la lengua le parecía insoportable.

—Por favor, dilo; cuéntamelo.

—No te va a gustar oírlo —le advirtió—. Me corté la lengua —admitió tranquilo.

—¡Aggg! —gritó Marina, llevándose una mano a la boca.

Todo el restaurante se giró a mirarla, pero no le importó; estaba demasiado horrorizada por lo que Tomás le acababa de contar.

—¡Mientes! —exclamó—. ¡Eso no es cierto!

—Sí.

Marina lo miró con asombro.

—¿Mientes? —murmuró.

—Que sí —respondió él, sonriendo—; no lo resistía más, me lo quitaron y ya está, pero tú seguro que puedes aguantar.

Tomás continuó cenando; ella se limitaba a remover lo canelones en silencio. Por fin, levantó la vista.

—No era mentira, ¿verdad?

Él suspiró. La miró sin decir nada durante unos segundos.

—No, no mentía —admitió por fin—; me corté la lengua. ¡Lo siento! No debería haber dicho nada.

—Muy mal tenías que estar. —Sintió una oleada de simpatía: sabía lo agobiada que ella se sentía y cómo todo el estrés diario se iba derecho a la lengua, con aquel roce continuo y abrasante.

Tomás desvió la vista hacia la mesa.

—Lo estuve, sí —dijo, mirándola de nuevo—. Pero mejor que aguantes, porque la otra opción es la férula de descarga que utilizo para dormir, y es una auténtica pesadez tener que usarla. Piensa en otras cosas, come chicle, o mejor, intenta relajarte.

«¡Qué fácil que es decir eso!», pensó. Observó cómo se llevaba la copa de vino a los labios; bebió y después continuó mirando mientras se limpiaba con la servilleta. Sus manos tenían una cualidad hipnótica que hacía que no pudiera apartar la vista de estas cada vez que aparecían ante sus ojos. Tomás la miró, tan intensamente que parecía tratar de leerle el pensamiento.

—¿Puedo saber por qué faltaste a trabajar?

Marina negó con la cabeza sin mirarlo. Él respiró hondo; pareció dudar durante unos segundos y luego prosiguió hablando:

—Si no te digo esto, me va a sentar mal la cena. No me gustó ver cómo abrazabas a ese hombre. —Marina lo miró frunciendo el ceño—. Mis oficinas están frente al edificio en el que tú estabas; salí y te vi allí parada —aclaró—. Parecías inquieta y muy nerviosa. Pensé en cruzar para saludarte, y entonces ese hombre llegó y... —titubeó—, bueno, os abrazasteis. ¿Era por él por quien lo estabas pasando tan mal?

Volvió a negar, y él volvió a tomar aire.

—¿Por qué no me hablas de ti? —le pidió.

—Tomás, no lo voy a hacer. Lo sabes, ¿verdad? —replicó, mirándolo



fijamente.

—Demasiado bien, solo quería intentarlo... otra vez. Igual alguna vez consigo que lo hagas. Podemos buscar temas generales para hablar de cosas intrascendentes si quieres —dijo con resignación—, pero, la verdad, me gustaría hablar de algo más personal. Tú has preguntado qué me pasó con mi retenedor y yo te he respondido; ya ves que no soy tan cicatero como tú.

Marina solo le dedicó una sonrisa maliciosa por toda respuesta.

—¿Y esa cara? —preguntó él, escamado.

—No, nada, es solo que me hace mucha gracia tu petición; ¿que te hable de mí? Pero si te hablé de mi tesis, que es, ahora mismo, lo que más me importa. Es una parte de mí, y dijiste de estas cosas bastante desagradables. ¿Quieres que te las recuerde?

—¿Y tú te las creíste? —preguntó Tomás con seriedad.

—¿No debería haberlo hecho? Venga, si te hice pasar un «muermo de tarde» con mi «rollo infumable»...

—Tengo una copia en casa —la interrumpió.

—¿Cómo? —preguntó ella, tomada por sorpresa.

—Mientras tú dormías aquel día, puse a Carmen a hacer fotocopias. No se maneja muy bien con la fotocopidora, y lo de hacer copias por las dos caras la trajo de cabeza toda la mañana. Pensé que te gustaría saberlo: me da la impresión de que no es santo de tu devoción.

Marina se imaginó a Carmen tratando de descifrar los misterios de las fotocopias a doble cara, y el pensamiento le pareció de lo más divertido. Quiso echarse a reír, pero apretó fuerte los labios para no hacerlo.

—La estoy leyendo —prosiguió él—, y me parece interesante. No es una lectura para unas vacaciones; no tiene mucho misterio ni suspense, pero estoy aprendiendo sobre un tema que, de no haberte conocido, probablemente nunca sabría nada.

Resultaba agradable escuchar eso. ¿Debería darle las gracias? Probablemente sí, pero sabía que no iba a hacerlo: se conocía demasiado bien.

—Aclarado este tema, ¿puedo saber algo de ti? —insistió Tomás—. ¿Tus gustos tal vez? Porque solo sé que te gusta hacer la loca sobre

dos ruedas.

—¡Había una vez un hombre obsesionado con una bicicleta! — exclamó ella, exasperada.

—... que no podía vivir pensando en la chica que la montaba — concluyó la historia él.

¡Vaya! Eso también era agradable; agradable y bonito. Aunque no se lo dijo, su rostro fue lo suficientemente elocuente.

—¿Merezco ahora saber algo de ti?

Solo el ruido de fondo del restaurante perturbó el repentino silencio que se creó entre ambos; Tomás esperó pacientemente la respuesta de Marina durante uno, dos, tres minutos, pero esta no llegaba. Por fin, resignado, bajó la vista hasta su plato y continuó cenando.

—De acuerdo. —Sonó de repente la voz de ella, suave y tranquila, y la cabeza de Tomás se levantó como accionada por un resorte—. Te voy a contar de mí lo que nunca le cuento a nadie, esas cosas que nunca desvelas; cosas de las que no hablas porque carecen de importancia o pueden parecer triviales, pero que también sirven para conocer a una persona... Soy una mujer a la que le crecen muy rápido las uñas y el pelo —confesó muy seria, esperando su reacción.

Vio cómo dejaba el tenedor a un lado del plato y entrelazaba las manos sobre la mesa en actitud de escucha. Al ver que no parecía ni molesto ni sorprendido, continuó:

—Como ya sabrás, voy siempre con el tiempo justo, pero nunca llego tarde a mis obligaciones. Aunque te cueste creerlo, la bicicleta no es el vehículo habitual que uso para desplazarme de un lado a otro en mi vida cotidiana. Es por eso que ando muy rápido y a veces me sube un calor insoportable por las piernas; entonces, tengo que parar unos segundos porque siento como si las piernas se me fueran a partir en dos. A menudo me dan calambres en los dedos de los pies; se quedan agarrotados y eso me suele hacer reír, aunque suene raro.

La mirada seria y atenta de Tomás le pareció tan divertida que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no echar la carcajada.

—Fascinante —comentó él, entrecerrando los ojos—. ¿Entonces,

para verte reír debo esperar a que te dé un calambre?

—¡No, no, de eso nada! También me río cuando me explota un globo entre las manos. Siendo algo tan sencillo, me parece una de las cosas más divertidas que te puedan pasar.

Tomás miró su reloj.

—¿Crees que habrá alguna tienda abierta en el pueblo a estas horas? —preguntó con toda seriedad.

—¿Para qué necesitas una tienda ahora? —inquirió a su vez Marina.

—Por acercarme en un momento y comprarte cien globos; me ofrezco a inflarlos todos a pulmón.

—¿Por qué? —preguntó, aunque intuía la respuesta.

—Por si el calambre tarda en llegar.

—Cuanto más quieras que me ría, menos lo voy hacer. —Quería fastidiarlo, pincharle de verdad, hacer añicos su fachada de imperturbabilidad.

—Como cuando te ordenaba que te sentaras, ¿no? Porque las cosas se piden, es verdad. Pues venga: por favor, ¿puedes reírte? —suplicó, impostando la voz.

—Cuando digas algo gracioso, que será... vamos a ver... nunca.

—Cuando tienes una imagen de alguien...

—... difícilmente la cambio. —Esta vez fue el turno de Marina de acabar una frase de Tomás.

—No te pega ser tan intransigente. Yo te veo de otro modo: dulce, generosa y también cariñosa. He visto cómo abrazabas a tu amigo. Quizá no lo sabes, porque nunca te has visto, pero le has pasado los brazos bajo las axilas y después... —Entrecerró los ojos, como haciendo un esfuerzo por recordar lo que había visto hacer a Marina —... después has subido los brazos por su espalda, abarcándolo por completo.

—Había cariño en mi abrazo —reconoció ella.

—Sí, ¡exacto! Eso es lo que quería decir. Mucho cariño. Te has unido a él por completo, era un abrazo sincero; hay gente que abraza por abrazar, sin estrechar de verdad a la otra persona, dejando los brazos como muertos. Tú no eres así: ya es la segunda vez que te veo abrazar a alguien, y una mujer que pone tanto cariño en ese gesto no puede

ser tan dura e intransigente como me quieres hacer creer.

Marina movió la cabeza con tristeza.

—Tomás, te has ganado a pulso la imagen que tengo de ti. Para que cambie de opinión, debes demostrar que estoy equivocada, con tus gestos, tus acciones o tus palabras.

—Yo...

—Tú, cada vez que parece que quieres arreglarlo, vas y haces o dices una estupidez más grande que la anterior —interrumpió ella.

—¡Vaya! Ya hasta me va a dar miedo hablarte; ¿me callo entonces?

—No, no, habla, di lo que quieras. Sorpréndeme.

—¿Sorprenderte a ti? Marina, eso es algo imposible. De eso al menos ya me he dado cuenta —dijo, con tono de resignación.

Ella meneó la cabeza: Tomás se equivocaba, como casi siempre. De hecho, él no dejaba de sorprenderla; la pena era que sus detalles no iban en la dirección que ella hubiese deseado.

—Continúa, por favor —prosiguió Tomás, impertérrito—. Me estabas hablando de cosas muy importantes acerca de ti.

—¿Te interesan?

—Si es lo único que estás dispuesta a darme, me interesan, ¡claro que sí!

Hizo una lista mental de cosas absurdas que contarle: aquello tenía su gracia después de todo.

—Soy un desastre con mis bolsos: nunca encuentro nada en ninguno. Tengo un par de juegos de llaves y hasta tres pares de gafas de sol, porque a la hora de salir de casa no encuentro nada, pero después todo aparece en el bolso.

—Duendes.

—¿Cómo?

—Que a eso que te pasa se le llama «duendes»; aparecen y te lo cambian todo de sitio —explicó con sorna.

—No es culpa de nadie, es solo que soy un desastre. Es lo primero que te he dicho.

—Con el bolso de hoy no tendrás problemas —observó él.

—Este es un bolso de salir; aquí no cabe casi nada. Está diseñado para que todo lo de dentro se pueda encontrar rápido.

—¿«Bolso de salir»? ¿Los otros bolsos que tienes son de estar por casa?

En los rostros de ambos se reflejaban las ganas que tenían de reír, pero ninguno de los dos lo hizo.

—Me has entendido.

—No, no, habla. Explícame las cosas, ya que tú has elegido el tema.

—Existen los bolsos de diario y los de salir, y también los de vestir.

—¿También hay bolsos de vestir? ¡Vaya! Entonces los habrá para ir desnuda. ¡No me digas que tú los usas, aunque no vayas vestida! Debe ser una imagen muy sexy; curiosa, pero muy sexy.

Marina miró al techo y resopló; ¡vaya ocurrencias las de aquel hombre!

—Se les llama así: bolsos de vestir, o de fiesta, para cuando vas muy arreglada. ¿Ninguna mujer te lo había explicado nunca?

—¡En mi vida había hablado de bolsos con una mujer en una cita! Tenía que venir alguien como tú a hablarme de estas cosas taaan interesantes.

—Te estoy hablando de mí, que es lo que has pedido. Si no te parece interesante, me callo —amenazó, haciéndose la ofendida.

—No, por favor, no me prives de tu apasionante vida. ¿Continuamos con los tipos de bolso? Una curiosidad: ¿te llevas algún bolso a la cama?

—Sí —replicó Marina sin titubear.

—¿Y qué tipo de bolso es?

—Un «bolso de Tomás».

—¡Ahhh! —exclamó con fingida sorpresa—. ¿Y se puede saber qué contiene?

—Un manual para ciclistas, las rutas en bicicleta de la zona... vamos, las lecturas de cabecera obligatorias de todas las noches... ¡Ah, y también un matamoscas!

—¿Un matamoscas? ¿Para qué? —se extrañó él.

—Para espantarte.

Una risita suave, casi inaudible, escapó de los labios de Tomás.

—Vaya, eres... —Meneó la cabeza y volvió a comenzar—. Desde luego, te gusta tocar las narices, eres una verdadera experta en eso,

pero que sepas que no solo te lo aguanto, sino que además me gusta. ¡Continúa! —la incitó, con una nota de desafío en la voz.

—Me pongo nerviosa si tengo que compartir ascensor con algún conocido; nunca sé de qué hablar. ¡Es el viaje más tonto del mundo!

—Yo no lo definiría como viaje —observó él.

—Trayecto, desplazamiento... ¿te vale así?

—Sí. ¿Y con desconocidos sí te gusta subir?

—No, qué va, menos todavía. Me siento aún más ridícula.

—¿Y en qué categoría estaría yo incluido? Casi subimos juntos en el montacargas; ¿sería conocido o desconocido?

—Mmmm... Tú tendrías categoría propia: «disgustable».

Tomás se echó a reír hasta casi atragantarse.

—¿Existe esa palabra?

—No, pero te define a la perfección.

Él hizo un mohín de disgusto, pero sus ojos reflejaban diversión.

—No me gusta compartir un bocadillo, pero, si tengo hambre, me gusta que lo compartan conmigo —continuó ella.

—Y a ver si lo adivino: te gusta que te den la parte del final, la que esa persona aún no ha mordido.

—Correcto —aseguró, conteniendo la risa a duras penas.

—Lo tendré en cuenta, creo que es un detalle importante. ¿Alguna cosa más? ¿Algo relevante que deba conocer de ti para seguir avanzando en nuestra relación?

—¿Esto es una relación? —preguntó ella sorprendida.

—Pero... ¡por supuesto! ¿Acaso lo dudas? Y se afianza conforme hablas: a medida que me aportas información sobre tu persona, mi interés por ti crece exponencialmente.

—¿Y tu deseo? —A la propia Marina la sorprendió lo directo de su pregunta.

Tomás estaba a punto de beber vino, pero la copa quedó suspendida a unos centímetros de su boca.

—¿Mi deseo? ¿Por ti? —Dejó la copa sobre la mesa y la miró con seriedad—. No puede crecer más, es enorme desde que te vi por primera vez, y mejor así porque, si continuase creciendo, mis pantalones correrían un serio peligro. Quiero salir de aquí con toda

mi ropa intacta. —Metió una mano bajo la mesa y su cara adoptó una cómica expresión de preocupación—. A ver, a ver... sí, ¡uffff!, la cremallera sigue cerrada y en su sitio.

Marina, acodada sobre la mesa, entrelazó las manos y se las llevó a la boca, temiendo que la risa se desbordase por sus labios.

—Sé que te estás riendo —continuó Tomás—: tus ojos lo dicen, me revelan más de lo que logran ocultarme. ¡Pico y pala, Marina! Ya deberías tenerlo claro conmigo.

«Pues muy bien —se dijo ella—, sigue esforzándote. Si quieres ir un paso más allá conmigo, no lo vas a tener fácil».

—¿Algo más? —preguntó Tomás, sonriente.

—Estoy pensando... ¡Ah, sí! Nunca me verás con falda o vestido.

—¿Y eso por qué? Tienes unas piernas bonitas y una piel fascinante, plagada de pecas. Imagino el resto de tu cuerpo y me parece adorable. —Tomás buscaba sus ojos, pero ella rehuyó su mirada; sabía que, si él seguía empleando palabras como esas, no sería capaz de sostenerle la mirada.

«¡Qué calor!», pensó, repentinamente sofocada. Aunque intentó permanecer tranquila y continuó como si no hubiese oído nada.

—No es por mis piernas; es porque, siempre que visto así, pasa algo.

—Intuyo que algo malo... no me dejes con la duda, cuéntame algo que te haya pasado vistiendo falda o vestido.

—Cremalleras que estallan, que se te suba al andar y se te vea la ropa interior... Pero eso no es lo peor... —calló de repente, dándose cuenta de que había hablado demasiado.

—No te calles, sigue. ¡Quiero oírlo! —Tomás miró hacia arriba, dándose cuenta del tono que había empleado—. ¡Perdón! ¡Perdón! Venga, por favor... ¿me lo cuentas?

Marina inclinó la cabeza y se llevó una mano a la boca; no le había sonado a orden, pero ver a Tomás tan desesperado por no molestarla le hacía gracia.

—Te parece divertido, ¿no? —exclamó Tomás, en tono ligeramente reprobador—, el verme así, midiendo el tono de todo lo que digo para que te suene bien, ¿verdad?

—No es muy complicado ser agradable; hasta tú le vas cogiendo el truquillo —fue la irónica réplica.

—No, no es complicado; es estresante. Pero continúa: ¿qué fue eso tan malo que te pasó llevando falda?

Ella lo miró en silencio un momento.

—Fui al baño y la dejé metida en los pantis —confesó por fin—. Me paseé por todo el restaurante con el culo al aire.

Tomás se echó a reír a carcajadas; a ella también le parecía una historia graciosa, pero fingió malhumor.

—No tuvo gracia —gruñó.

—Perdón —dijo él, tratando de serenarse—. ¿Con quién estabas?

—Con alguien que me gustaba —replicó, muy seria.

A Tomás se le volvió a escapar la risa; se lo estaba pasando muy bien con su patética historia.

—Lo... lo siento —tartamudeó al cabo de unos segundos—. Bueno, ¿y qué te dijo? ¿Qué pasó? —preguntó con interés.

—¿Tú qué crees? —exclamó ella, llena de falsa indignación.

—No lo sé, la verdad, no tengo ni idea. Sé lo que habría hecho yo.

—¿Y qué habrías hecho?

—Morirme de la risa. —Sonrió—. Y después, me habría levantado para besarte y morirme de deseo por ti. —Estiró el brazo para cogerle la mano sobre el mantel.

Marina no solía ruborizarse, pero Tomás había encontrado la manera de sacarle los colores con ese tipo de frases; le encantaba escuchar cosas así, le proporcionaban un placer inmenso. Él sabía cómo agradarla, cómo enamorarla, cómo hacer que tuviese ganas de más.

—¿Me has oído, Marina? —preguntó, presionando su mano.

—No —mintió, agitando la muñeca para soltarse—; estaba pensando en el ridículo que hice esa noche.

Tomás torció el gesto; parecía verdaderamente dolido por su indiferencia, y ella sintió una punzada de vergüenza y remordimiento.

—Bueno, ¿qué hizo tu acompañante? —preguntó él, sin mucho entusiasmo.



—No volví a verlo.

—Saliste ganando, te lo aseguro.

—¿Por qué?

—Está claro que no le gustabas de verdad y que su sentido del humor era pésimo. Me estabas esperando a mí; ¿todavía no lo ves, Marina? Me gusta todo de ti, incluso que hagas el ridículo. No vas a encontrar muchos hombres por ahí que te digan algo así.

«No, no los voy a encontrar —pensó ella—. Como tú, ninguno». Se sentía triste y alegre a la vez, e incluso algo mareada, como si el vino se le hubiera subido a la cabeza. Solo que apenas había bebido.

—Así que, ¿qué me dices? ¿Vendrás hoy conmigo por fin, pelirroja?

—¡Qué manía! —resopló Marina, molesta y hastiada de que volviera otra vez con sus habituales insinuaciones. Tenía una casi increíble habilidad para crear momentos mágicos solo para destruirlos al momento siguiente.

—Pero ¿por qué te molesta tanto? —inquirió, desconcertado—. ¿Habría algo mejor que perdernos juntos?

—Sí, comer mandarinas. ¡Me encantan! Cuando es la época, me paso el día comiéndolas.

La miró con sorpresa y agitó la cabeza en un gesto de confusión y frustración.

—Perfecto, todo anotado. —Las palabras apenas le salían: por fin había conseguido que perdiera los estribos—. Gracias por tus maravillosas aportaciones. Con dos cenas más como esta me bastará para hacerme una composición de toda tu vida, gustos y preferencias.

—Bueno, no hace falta esperar a otra cena —remató ella—, ya me quedan pocas cosas en la lista: a ver... también debes saber que no me gustan los hombres que no piden indicaciones cuando están perdidos y no saben hacia dónde van. —Jugeteó con el tenedor, removiendo los canelones sin demasiada energía. No sabía por qué, pero su victoria le había arrebatado el poco apetito que le quedaba.

—¿Por qué tengo la impresión de que eso va con segundas? —Se miraron—. Soy yo el que está perdido contigo, ¿no? Sí, eso es cierto. Pero estás equivocada: si hago preguntas es porque quiero conocerte, quiero saber por dónde tengo que ir y, sin embargo, lo único que he

averiguado de ti esta noche es que debes de ser clienta de honor de la peluquería a la que vayas, que nunca sabes dónde pones nada y que debes tener algún tipo de problema en las piernas y en los dedos de los pies. Yo iría a mirármelo —aconsejó con un sarcasmo que apenas podía disfrazar su disgusto—, porque creo que es una alteración de los tendones. «Dedo en resorte», creo que se llama, Marina. —Pareció pensar unos segundos—. Bocadillos, mandarinas y globos —enumeró después con gravedad—. ¡Ah, olvidaba algo trascendental! Nunca me subiré contigo a un ascensor. No quiero causarte disgusto alguno.

Se miraron en silencio. Solo una leve palpitación en la vena de su frente traicionaba el enojo de Tomás. Cuando volvió a hablar, su tono volvía a ser controlado:

—De todo lo que me has contado, lo que más claro me ha quedado es que no eres tonta ni sorda, por más que quieras parecerlo. Ya te he dicho por activa y por pasiva lo mucho que me gustas y las ganas de estar contigo que tengo; lo que no entiendo es por qué no quieres escucharlo. Ahora mismo, debería levantarme y largarme para no tener que aguantar más tu indiferencia, ¿pero sabes qué? Que no lo voy hacer, porque ya te dije que no iba a parar hasta que me sonrieras; quiero ver a la otra Marina, esa que tanto escondes y que no sé por qué me niegas.

Ella siguió en silencio.

—Habla, no te calles. ¡Sí, te lo estoy ordenando, mandando, exigiendo! —explotó—. ¡Joder! ¿Qué entiende una mujer cuando un hombre le dice tantas veces lo mismo?

—¿Y qué entiende un hombre cuando se repite tanto y la mujer no reacciona? —preguntó, rebotante de sarcasmo y amargura—. ¿Qué pretende ese hombre? ¿Aburrir? ¿Agotar hasta que consiga lo que pretende, como hacen los lobos cuando cazan?

La voz de Tomás sonó tan desencantada y triste que, más que con un lobo, lo justo hubiera sido compararlo con un perro abandonado:

—Nunca he pretendido aburrirte ni agotarte, Marina, solo insistir para que me conozcas.

## Capítulo 9

Se quedó en silencio pensando en ese último comentario, deseando mostrarse tal y como era realmente y hacerle ver lo mucho que lo necesitaba. Pero quería más de él, quería que le explicase qué era lo que realmente buscaba en ella. Quería escucharlo de su boca, para después decirle que lo quería todo, y no un simple rato a solas. Por primera vez buscaba algo en un hombre, y sabía que con Tomás no iba a tenerlo.

—Aparte de todos esos secretos sobre ti que me has desvelado, también sé cómo frunces la frente cuando te extrañas; te salen las mismas arrugas que a tu madre y a tu abuela. —La miró con dulzura mientras hablaba.

Ese también era otro punto a favor de Tomás: era detallista en todos los aspectos: se fijaba en lo externo y también en lo íntimo. «Te ha cogido la medida». Recordó las palabras de su abuela y pensó que, como siempre, tenía razón. Aquel hombre la conocía demasiado bien sin que ella hubiera tenido que contarle apenas nada de sí misma. Lo escuchó atentamente, aparentando estar sumida en sus pensamientos:

—Das un respingo cuando algo no te gusta. Conmigo los respingos están a la orden del día. —Sonrió con amargura—. Y, cuando no los das, me resultas desconcertante, porque entonces no puedo imaginarme lo que piensas y no sé a qué atenerme contigo. Exactamente como ahora, que me miras y no tengo ni idea de lo que pasa por tu mente.

Marina carraspeó suavemente.

—Carraspeas habitualmente cuando estás sumida en tus pensamientos.

Sí, esa era otra de sus características: Elvira se lo reprochaba cuando se examinaban juntas en su época del instituto. Decía que solo se la escuchaba a ella en toda la sala de examen. Volvió de nuevo a aquel restaurante: Tomás bebía vino y ella se llevó el vaso de agua a la boca para aliviar su lengua.

—¿No te interesa conocerme un poco? —insistió él.

—Creo que ya te conozco; demasiado, quizás.

—¡Vaya, cuéntame! —exclamó él con sorpresa e incomodidad.

—Estudiaste lo que más te convenía para ocuparte del negocio de papá. ¿Para qué complicarte? Fuiste a lo seguro. Se te ve un hombre de riesgo cero, cómodo con tu vida. Seguro que buscas a una mujer callada, sumisa, ama de casa, amante de su marido y con hormonas delicadas y disciplinadas. Una mujer de esas que ni respiran cuando les haces el amor, no sea que te desconcentre y pierdas el ritmo.

Tomás volvió a reírse a carcajadas, pero ella no le veía la gracia: solo había buscado molestarlo. Sabía que ese que había descrito no era el hombre que tenía delante.

—¡Pero qué bien me conoces! —murmuró, cerrando los ojos y negando débilmente con la cabeza—. Bueno, ahora voy a hacer lo que tú: voy a venderme para que me conozcas un poco más.

Marina se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos. Esperaba que al menos fuese original como ella. Eso sería divertido.

—Me encanta la fotografía. Por eso sé que tu foto estaba retocada.

—Levantó la copa en un gesto de brindis y sonrió satisfecho.

Ella lo miró sin inmutarse.

—En realidad, me habría gustado ser fotógrafo y viajar por todo el mundo —reflexionó en voz alta—. No me gusta el olor que lo inunda todo cuando alguien come una mandarina —continuó con seriedad.

—No te preocupes porque, para cuando sea época de mandarinas, tú y yo ya habremos dejado de vernos. —Se sorprendió de la facilidad con la que intentaba hacerle daño. Nunca había sido así. Le costaba reconocerse.

Tomás se echó hacia atrás en la silla, mirándola con gesto cansado.

Agitó la cabeza de nuevo.

—¡Frasecita de Marina! —Su tono era ligero, pero su mirada se clavó dolorosamente en ella—. Tienes una habilidad sorprendente para arrojármelas a la cara cuando menos lo espero.

—Supongo que he tenido un buen maestro. Pero continúa, te escucho. Me tienes en ascuas.

Lo miró con malicia y él sonrió sin ganas.

—Me gusta salir a correr a diario para no tener según qué achaques en las piernas y en los dedos de los pies.

Ella escuchaba atenta sin siquiera moverse.

—Me gusta compartir el ascensor. Siempre se oyen comentarios curiosos.

Tomás pareció meditar durante unos instantes sus siguientes palabras.

—¿Algo que decir sobre tu pelo o tus uñas? —sugirió Marina.

—Mi pelo se llenó de canas antes de lo habitual en alguien de mi edad —admitió él.

«¿Por qué?», se preguntó ella en silencio, llena de curiosidad.

—Por si te lo estás preguntando, que me parece que no, fue la mala vida, Marina. —Sonrió sin ganas—. Aunque no está demostrado que haya relación entre el estrés y este color de pelo tan poco... atractivo. —Se pasó la mano por el pelo con gesto despreocupado—. Yo creo que a veces los años caen de golpe sobre las personas.

Sus ojos se fijaron en un punto del mantel que cubría la mesa. Marina lo miró con simpatía: sabía muy bien de qué le estaba hablando. Pensó en su padre, en su mente confusa y perdida por el alzhéimer. Tomás levantó la mirada y ella deseó que continuase hablando; quería perderse en todo aquello que sabía que él no iba a contar de sí mismo. Porque ella, que solo le había ofrecido sarcasmo seco, no era merecedora de su confianza.

—Canas en el pelo y uñas quebradizas. Todo lo opuesto a ti. Serán esas mandarinas que yo no como... ¿serán también ellas la causa del color de tu pelo? —Bajó la mirada hasta la mesa—. ¡Ah! Sobre el tema de los bocadillos, que sepas que yo los compartiría contigo sin dudarlo, pero solo si comieras de la parte que yo ya hubiera

empezado.

—¿Por qué?

—Porque sabría a mí. —La miró fijamente—. ¿Querías comerte un bocadillo conmigo?

—Sí —replicó ella sin dudarlo ni un momento.

La risa y la mirada de Tomás la envolvieron. Se sintió mecida por sus tonos agradables y sus ojos cálidos y seductores. Notó cómo sus defensas se tambaleaban de nuevo.

—Ese «sí» que has pronunciado es para mí como uno de esos globos tuyos que explotan y te hacen feliz.

Cuanto más hablaba, más le gustaba. Bajó la cabeza y se mordió los labios: tenía ganas de gritar, de hacerle saber lo mucho que le importaban sus palabras, pero no sabía cómo; su orgullo era más fuerte que las ganas que sentía de confesarse ante él. Notó de nuevo la mano de Tomás posarse sobre la suya, pero no se atrevió a mirarlo.

—Si me dejas tu juego de llaves, te hago siete copias —le escuchó decir, y ella levantó la vista hacia su rostro interrogándolo con la mirada—. Uno para cada día de la semana, para que no te agobies antes de salir de casa buscándolas en tu bolso —explicó él con voz dulce.

Marina sintió vértigo ante el hombre que tenía delante. Un miedo horrible empezó a instalarse en su pecho: se estaba ahogando y quería marcharse, huir lejos de él. Aquello era demasiado bonito y no se atrevía a tratar de aferrarlo entre las manos por si se escurría entre sus dedos. Ya había rozado esa sensación en otras ocasiones, y Tomás siempre había acabado arrebatándosela con una sonrisa burlona o un gesto despreciativo.

—¡Marina! —exclamó él implorante—. De verdad que no puedo creerlo: ¿no puedo hacer nada para hacerte reír, para que me des algo más que ganas de echar a correr y largarme de aquí ahora mismo?

Sus palabras la impactaron, tanto que entendió que los dos se sentían igual y de alguna forma, sus sentimientos se mezclaron y se las devolvió convertidas en ira.

—¿Por qué entonces has aceptado mi invitación? —concluyó Tomás.

—Para cenar; está claro, ¿no? —le espetó ella.

Él desvió la mirada. A Marina no le hizo falta seguirla para darse cuenta de que aquellos ojos escépticos se posaban sobre su plato, prácticamente lleno.

—Pues a mí me parece que ni has tocado la comida. Si tanta hambre tienes, ¿a qué esperas? ¿O es que algo te preocupa? ¿Puedes al menos decirme eso?

El silencio fue su única respuesta.

—Está bien, no me lo digas si no quieres —dijo al fin—, pero al menos hazme caso y come algo. Debes cuidarte.

—Mira, Tomás, ya te lo dije —replicó ella—: no soporto que hagas de padre, así que no ejerzas como tal.

—Si yo fuese tu padre, hace ya tiempo que te habría explicado un par de cosas—contraatacó él con dureza—. Y, desde luego, te habría enseñado a ir en bicicleta como Dios manda, y ahora no serías un peligro rodante.

—¡Ya salió de nuevo! Tomás y mi bici... ¡si no lo dices, revientas!

La furia que ahora la embargaba resultaba un alivio para ella. Mucho mejor esa sensación visceral y familiar que aquella incierta emoción que la había hecho sentirse confusa como una adolescente unos momentos antes.

—¿Y qué quieres?, ¿que no lo diga? De verdad, Marina, maldita la gracia que me hace cuando sueltas las manos del manillar.

—Pues es divertido; si lo probases, sabrías de qué hablo.

—¿Y levantar la rueda también es divertido? ¿Qué necesidad hay de eso?

—Molestarte, porque me aburres, Tomás. ¡Me aburres, me aburres!  
—repitió, recalando cada sílaba casi con regocijo.

—¡No seas cría!

—¡Pues no seas tú así de paternalista! Esa bicicleta que tanto odias me la regaló mi abuela, y yo la adoro. He disfrutado mucho con ella.

—¿Tu abuela ha visto las cosas que haces encima de ese endemoniado cacharro? —replicó él—. Esos giros que haces sin mirar, pedaleando como una loca... A lo mejor si te levantases antes no tendrías que ir siempre corriendo y ser un peligro no solo para ti, sino también para los demás. ¿Te recuerdo cómo te cruzaste ante mi

coche?

—No, no lo vamos a recordar —atajó ella—, pero, mira, vamos a sacar otro tema, ya que has hablado de la bicicleta: si tanto dices que te preocupas por tus empleados, no entiendo cómo no te has dado cuenta de que no existe un aparcabicis ¿Y no has visto que no hay ni una sola marquesina, ni siquiera un simple entoldado para protegerlas? ¿Sabes cómo queman el asiento y el manillar a la hora de salir? Y, ya de paso, ¿qué hay de ese calor abrasador, insoportable, del taller de planchado? ¡Por Dios! Yo solo he estado en tres ocasiones, y en la última hasta me he desmayado; no quiero ni pensar en lo que tienen que soportar esas pobres chicas con esos ridículos ventiladores de techo que lo único que hacen es martirizar el cerebro con su ruido.

Tuvo que parar para recobrar el aliento. Esperaba que él aprovechara para replicar, pero no lo hizo. Solo la miraba intensamente.

—Me parece penoso —continuó—, y no creo que haya que invertir mucho para mejorar. Yo me marchó pronto, pero, por los que se quedan, podrías tener un poco de consideración. Igual hasta se han quejado y no has hecho nada.

—No, nadie ha dicho nada, que yo sepa.

—¿Y tú no tienes ojos? ¿Tan atento que estás a cada cosa que hago, y no te has fijado en eso?

—¡Bueno, de acuerdo, lo tendré en cuenta! —explotó él—. No llevo tanto tiempo viniendo a la empresa. Mi lugar no está ahí, yo soy más de despacho y de temas administrativos. A mi padre se le ha debido de pasar por alto; solo tenías que decirlo y lo habríamos hablado.

—¿No me digas? ¿Y me habrías escuchado? —preguntó, levantando las cejas con escepticismo.

—Pues claro que te habría escuchado; a ti, y a cualquiera que hubiese venido a contármelo a mí o a mi padre. —La miró con el rostro congestionado, esforzándose por mantener la calma. Por fin, suspiró y la miró frunciendo el ceño—. No necesito que nadie me trate de la manera en que tú lo haces, haciéndome sentir mal, despreciándome constantemente. ¿Por qué, Marina? ¿Por qué me



tratas así?

—¿De verdad quieres volver a hablar de lo que pasó el día en que nos conocimos?

—¡Marina! ¡Me diste un susto de muerte en aquel puente, ¿cuándo vas a entenderlo?! ¿Cuándo vas a entender que podía haber pasado algo grave? ¡Podía haberte atropellado!

—¡¡¡Lo siento!!! —replicó ella con los ojos chispeantes de furia—. ¿Es eso lo que quieres que diga, que reconozca que fui una imprudente? ¡Pues dicho está! No me enorgullezco de mi despiste pero, aun así, no entiendo por qué motivo me gané aquella reprimenda que me diste delante de todos. Como tampoco entiendo todas las invitaciones a subir a tu despacho, ni esas fotos allí colgadas, para que nadie deje de hablar de mí.

—Bueno, Marina; ¿y si hablan, qué? Tampoco creo que haya sido para tanto; exageras un poco... ¡estás obsesionada con ese tema!

—¡Y qué sabrás tú, ahí metidito en tu despacho, sin enterarte de lo que hablan los demás! —Recordó la frase de Virginia sobre su madre y se alteró aún más.

—Metidito y todo, sí que me he enterado de que se habla de la pelirroja. Y, ¿sabes lo que creo? Que, si lo hacen, debe de ser por algo. De niña te tendrían mucha envidia; seguro que eras una cría adorable.

—Sí, fíjate, has dado en el clavo: un ojo vago y con parche, gafas, aparato en los dientes, pecas y este pelo naranja... ¡era el colmo de la belleza! El centro de todas las bromas habidas y por haber.

Se le quebró la voz y bajó la vista unos segundos; le entraban ganas de llorar de rabia al recordar aquella época de su vida. Cuando se sintió con fuerzas, continuó hablando:

—Los niños a veces pueden llegar a ser muy crueles. Los insultos, cuando eres pequeña, hacen que te sientas triste, pero cuando entras en la adolescencia pueden llegar a minar tu confianza. Dejan huella durante mucho tiempo.

Levantó la vista, buscando los ojos de Tomás, y prosiguió:

—Pasaban meses en los que todo era normal y, de repente y sin saber por qué, escuchaba esos insultos de nuevo. Era como tener a mi

lado a una bipolar, a una loca: «Ahora te ignoro, ahora te humillo», sin entender qué había pasado o cuál era el detonante para ese comportamiento. Pensaba que, si sabía qué era lo que había hecho, podría evitar esos ataques de odio, de rabia, o de lo que fuera.

En su mente, la cara de Virginia surgía con toda nitidez, inmune al paso de los años. La veía riéndose como una loca, con su habitual mueca de asco en los labios, como si ante ella estuviese la criatura más despreciable de la Tierra.

—Los otros niños me llamaban «bastarda», y ni ellos ni yo sabíamos qué es lo que era eso. Seguramente lo escucharían en casa. Qué triste es que existan padres que suelten toda esa basura delante de sus hijos, sin calcular las consecuencias de sus palabras.

Tomás escuchaba atentamente mientras Marina, con las manos sobre el mantel, aplastaba las migas que habían caído del cesto de pan con gesto pensativo. Cada minúsculo pedacito tenía el rostro de Virginia.

—Me decían que era tan fea que ni siquiera mi padre me quería. Y tú tienes a esa perla trabajando en la empresa —le reprochó, aunque sabía perfectamente que no tenía derecho alguno a hacerlo.

Él no dijo nada.

—Pasan los años y crees que todo eso queda olvidado y enterrado, que la gente con el tiempo crece y madura —prosiguió—. Hoy he podido comprobar que nada ha cambiado; he tenido que escuchar cosas horribles que me han hecho sentir mucho dolor. —Se miraron. No deseaba continuar hablándole de eso, pero no podía detener aquellas palabras que se agolpaban en su garganta: parecía que tuvieran una voluntad propia, y era más fuerte que la suya—. Con tu actitud no has ayudado mucho. Lo pretendieras o no, has hecho que la atención de todos se centrara sobre mí. Ir a trabajar cada día ha sido una pesadilla; algunos días, ni me habría levantado de la cama.

Tomó un sorbo de agua fría —la lengua volvía a arderle—, y Tomás aprovechó la pausa para tomar la palabra:

—Siento todo eso que cuentas, pero piensa que el patito feo se acabó convirtiendo en cisne. Creo que si continúan hablando es porque algo en ti les atrae... o les molesta; igual lo que hay tras esos

ataques es la envidia, ¿no lo has pensando?

—No sé lo que hay ni me importa, no soy como ella —atajó Marina, hastiada y molesta—. ¿Envidia, dices? —Sonrió amargamente—. ¡No sé de qué! Vamos, ¡mírame, Tomás! —exclamó; Virginia era una rubia espectacular, salvo cuando le daban esas subidas de acné de cuando en cuando. No veía en qué la podría envidiar.

—Lo hago, Marina, créeme: es lo único que hago desde que te conozco.

Ella bajó la vista. Se había ruborizado de nuevo.

—Quizás ella siempre ha sentido envidia de ti por lo especial que eres.

Lo miró perpleja: ¿acaso se estaba burlando de ella otra vez?

—¿Es que no crees que lo seas? —le preguntó Tomás, leyendo en ella como si fuera un libro abierto.

No, no lo creía; ni siquiera se le había ocurrido nunca pensarlo.

—Supongo que lo soy para las personas que me quieren —concedió, pensando en su madre y en su abuela—; porque hay personas que me quieren, ¿sabes? —explotó.

—No lo pongo en duda —replicó él, apaciguador.

—Todos somos especiales para alguien —murmuró Marina en un tono más tranquilo, bajando la mirada.

—Y para ti, ¿quién es especial?

—¡Tú no, por supuesto! —exclamó, furiosa. No pensaba dejar que explotara sus debilidades.

—¡Me encantan tus hormonas rabiosas! —dijo, con una risa que sonó fingida—. Marina, no hace falta que lo digas, eso lo tengo claro desde hace mucho, pero ¿crees que puedo llegar a serlo?

Sus ojos la miraron intensamente, alertas. Ella sabía que, si le mentía en esto, él se daría cuenta de inmediato, así que evitó darle una respuesta directa.

—Yo creo que esa pregunta puedes contestártela tú solo —dijo.

—Vale, pues me contesto: creo que sí, que puedo llegar a ser alguien especial... y aún diría más, muy especial, para ti.

—¿Eso crees? —preguntó, sarcástica—. Vas de sobrado, ¿eh?

—¿Por qué no puedo pensarlo y llegar a creerlo? ¿Por qué no puedo

pretender que nos conozcamos, que veas cómo soy realmente? — preguntó con convicción—. ¿Y por qué no puedo pensar que soy alguien que vale la pena y aspirar a que quieras estar conmigo?

Marina se sentía incapaz de contestar a esas preguntas.

—¿Tan malo sería eso, Marina? ¿Tan raro y absurdo te suena? — insistió, esperando una respuesta que no llegaba—. Pues te informo desde ahora mismo que yo siempre consigo lo que me propongo.

—Tan prepotente como siempre —suspiró ella, con un gesto de desagrado en el rostro. No soportaba la superioridad ni la arrogancia.

Tomás estiró el brazo y le sujetó la barbilla, obligándola a mirarlo.

—No me escuchas cuando te hablo: he dicho que siempre consigo lo que me propongo, no que siempre consiga lo que quiero. ¡Eso sí que sería de prepotentes! Puedo desear muchas cosas, pero sé que no todo está a mi alcance.

Marina no pudo evitar la lógica pregunta:

—Y yo, ¿estoy a tu alcance?

—Te toca a ti responder a esa pregunta.

—¿Sabes qué es lo más triste? Lo convencido que estás de que lo estoy.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, frunciendo el ceño.

Pero Marina había vuelto a enmudecer.

—De acuerdo, no me lo digas. ¡Qué novedad! No me digas ni me cuentes ni me expliques nada —continuó Tomás con exasperación—. Vamos a pedir el postre.

—No me apetece.

—¡Pero a mí sí, y nos lo vamos a comer! —sentenció, alzando la voz y levantando la mano para llamar la atención del camarero.

Les retiraron los platos y Tomás pidió helado. Marina bebió un sorbo de agua, perdida en sus pensamientos; solo quería marcharse del restaurante: todo aquello era ridículo, y más que eso, totalmente inútil. El camarero trajo las copas de helado: de pistacho para él y de *stracciatella* para ella. Odiaba ese sabor.

—Cómete el helado —ordenó él.

—¿A qué viene tanto interés por que me lo coma?

—Porque te aliviará el dolor de la lengua, ¿por qué va a ser si no? —

respondió molesto.

—No sé. A lo mejor te apetecía ver cómo relamía la cuchara.

—¡Pfff! —resopló, dirigiendo la mirada hacia el techo—. No soy tan primario. ¡No me conoces de nada para decir ese tipo de cosas! ¡No sé qué imagen tienes de mí!

—Exactamente la imagen que proyectas —replicó ella, implacable.

—¿Quieres saber qué imagen proyectas tú?

—¿Por qué crees que me importa? ¿Qué sabes tú de mí? ¿De qué me conoces para poder opinar?

—Te pedí hace tiempo que me dejases conocerte —observó él.

—Y yo te pedí que me ignorases y mira de lo que me ha servido. ¿Era necesaria esta cena? ¿Te estás divirtiendo? —volvió a alzar la voz. Paradójicamente, su furia la tranquilizaba.

—No, claro que no me estoy divirtiendo. Solo quería pasar un rato agradable contigo, hablar de nosotros y de algo más que mandarinas y bocadillos, y tú no das tregua, ni una sola oportunidad... ¡Joder, Marina! —explotó rabioso. Dejó la cuchara en la copa y se frotó la cara con las manos. Mostraba signos de agotamiento, de haber llegado al límite de sus fuerzas en ese combate verbal del que ella no parecía cansarse jamás.

A Marina le hubiera gustado decirle algo agradable, sonreírle como tantas veces le había pedido, pero su cerebro parecía en total desconexión con su boca.

—No me gusta la *stracciatella*. —Fue lo único que acertó a decir.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque has pedido el helado a pesar de decirte que no quería. El sabor era lo de menos.

—He elegido ese helado porque tiene pecas como tú. —La miró tiernamente,

«¡Vaya! ¡Sí que eres bueno! Me ganas en todo», pensó ella, sintiendo su resistencia deshacerse de nuevo ante el comentario.

—¿Qué sabor te gusta? —continuó él, intuyendo su repentina debilidad.

—Chocolate, nata con nueces, menta, fresa, melón, mango, coco, trufa, turrón...

Mientras continuaba con la lista, Tomás le dirigió una mirada de arrobamiento que la desarmó todavía más.

—Naranja, vainilla, leche merengada, piña, sandía, avellanas, frutos rojos...

—¿Pido uno de cada? —interrumpió él.

—No.

—¿Quieres uno de lechuga hoja de roble? ¿Crees que tendrán?

Giró la cara bruscamente para ocultarla en su hombro: aquello tenía su gracia y la sonrisa había surgido sin querer, pero se negaba a que él la viese.

—¡Eh, eh! —dijo, tocándole la mano—. ¿Qué ha sido eso? ¡Mírame! —le exigió, de nuevo autoritario.

Su tono la endureció, y levantó la cabeza al instante, pero en su rostro ya no había huella alguna de sonrisa.

—¿Qué has tratado de esconder con ese gesto? —inquirió Tomás.

—Un picor de nariz —replicó ella, sin rastro de humor en su voz.

Tomás entrecerró los ojos.

—Nunca había conocido a nadie como tú. Eres dura; dura y fría. Estoy aquí suplicando que me sonrías y no te importa —suspiró—. ¡Por favor!

Marina no se inmutó.

—Vale, tengo paciencia, puedo esperar. Sé que llegará. —Parecía basar todas sus esperanzas en ese pensamiento—. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! El helado ¿te gusta todo menos la *stracciatella*? ¡Qué ojo tengo!

—Bueno, también me gusta el de pistacho —dijo, desafiante, mientras tomaba la otra copa y la intercambiaba por la de *stracciatella*.

Sacó la cuchara que había dentro del helado de pistacho, la colmó y se la metió en la boca. «¡Esto es lo que vas a tener en lugar de mi sonrisa!», pensó con malicia. Él la miró sorprendido.

—¿Qué? —le preguntó al ver su cara.

—Esa es mi cuchara.

«¡Pues qué bien!», pensó sin inmutarse. Llenó de nuevo la cuchara de helado y se la llevó a la boca con evidente placer.

—¿No te da asco? —Parecía confundido.

—He dicho que me comería la parte de tu bocadillo... la que sabía a ti. —Su tono había cambiado en un momento. Casi sin proponérselo, pasó del desafío a la sensualidad. No podía negar que estaba deseando que pasara lo que tuviera que pasar.

Continuó comiendo helado. Su suave y fría cremosidad le aliviaba tanto la lengua que durante los siguientes segundos se limitó a cerrar los ojos y disfrutar de aquella sensación. Los abrió para comprobar la reacción de Tomás ante sus palabras. Cogió la cuchara sin usar que había sobre la mesa y se la tendió, pero él estiró el brazo y le arrebató el cubierto que todavía tenía dentro de la boca. Su gesto fue brusco, pero no carente de gentileza, y, con un solo movimiento grácil, lo introdujo entre sus propios labios.

—¿No te pones helado? —preguntó, embobada por esas maravillosas manos.

—¿Y perderme tu sabor?

«¡Por Dios, Tomás!», pensó con ansiedad, deseando saltar sobre él y comer de sus labios el helado que se estaba metiendo en ese momento en la boca. Lo miraba comer hipnotizada, embelesada, el frío postre derritiéndose entre sus labios como si fuera una metáfora de sí misma. Era la primera vez en esa noche que lo contemplaba de forma tan descarada, pero le gustaba hacerlo y no podía hacer nada por evitarlo. Llevaba toda la cena intentándolo, y ya no aguantaba más. Le encantaba asomarse a lo profundo de sus ojos porque, cuando se veía reflejados en ellos, recordaba todas las veces que habían estado juntos, todas las miradas entrecruzadas, todas las miradas robadas. Le fascinaban sus manos, siempre gesticulando y dotando de vida a todo lo que contaba. Le encantaba cada vez que le veía humedecerse los labios, con aquel gesto tan seductor, pero a la vez tan natural. En aquellos momentos, no se paraba a pensar en lo mal que se lo había hecho pasar con sus comentarios; olvidando toda aquella rabia que sentía, y surgían otros sentimientos más elementales: eran sensaciones instintivas, más fuertes que ella.

Deseaba que Tomás la besara otra vez, sentir de nuevo sus carnosos y húmedos labios. Quería que la cogiese entre sus brazos, como

aquella vez en su despacho. Sin embargo, aquella parte de ella que seguía siendo Marina le impedía olvidar una cosa: que aunque en ese momento obedeciera a sus impulsos e hiciera el amor con él, nada cambiaría en el fondo. Ese tira y afloja desesperante y eterno en el que estaban atrapados seguiría después de aquel instante de gratificación pasajera, sin acabar nunca.

Pero, aunque ese punto de amargura no la abandonara, lo que ahora le importaba era el aquí y ahora, y, en ese aquí y ahora, Tomás la estaba devorando con los ojos. No sabía qué era lo que él pensaba mientras la miraba, pero el solo imaginarse por un momento que pudiera estar sintiendo lo mismo que ella la hacía estremecer.

Recorrió pausadamente los rasgos de Tomás. Su mirada juguetona iba de los ojos a la boca, bajaba hasta el cuello, llegaba a sus brazos y se detenía en las manos, esa perpetua obsesión suya. Cerró los ojos un instante y la imagen de ambos tocándose y gimiendo de placer surgió nítida en su mente, sustituyendo la realidad con otra realidad más intensa, más verdadera. Los abrió de nuevo, tratando de que él percibiera esa misma instantánea que reflejaba mucho mejor que las palabras la apremiante necesidad física que sentía de estar con él. Los escasos encuentros amorosos que había tenido hasta entonces los había vivido como un juego divertido y algo repetitivo cuya estructura básica era una invariante en la que no cabían la sorpresa, la tensión, la rabia ni la auténtica pasión. Ahora se daba cuenta de que nunca antes había sentido nada tan real, algo que quemara, que doliera, que la hiciera sentirse viva. Se moría por tocarlo y porque él la tocara; se sentía ansiosa, inquieta, excitada. Por su mente cruzó como un relámpago la imagen de Hervé, el único hombre con el que había tenido algo más serio y por el que nunca había sentido nada ni remotamente parecido a lo que Tomás provocaba en ella. Qué poco había sabido hasta ahora el auténtico significado de la palabra «atracción».

—¡Marina!

Ella aterrizó de golpe en la silla de aquel restaurante.

—¿Qué? —acertó a decir mientras trataba de recobrase del sobresalto.



—¿Dónde estabas?

—Aquí —murmuró tomando la cuchara, goteante de helado derretido.

—¿En qué pensabas? —preguntó sonriente.

—En nada —dijo, desafiándolo con los ojos a que la contradijera.

—Sé que mientes.

—Me alegro de que sepas tanto sobre mí... ¡Para lo que te va a servir!

El bofetón pilló a Tomás por sorpresa. Se echó atrás en la silla, como si el golpe recibido hubiera sido físico. Cuando se recobró, alzó la mano en silencio para atraer la atención del camarero.

—La cuenta, por favor.

Pagó sin siquiera mirar a Marina y se levantó para marcharse.

—Puedes venir si quieres —le dijo con sequedad. Cabizbaja, sintiéndose incapaz de manejar sus sentimientos encontrados, le siguió hasta el coche sin despedirse de Juan.

—¿Puedo poner la radio? —preguntó una vez sentada en el coche. Tal vez la música de fondo evitaría que se enzarzasen de nuevo en una discusión. Él asintió y Marina estiró el brazo, conectando el aparato. La música de Coldplay inundó el coche.

Era su canción favorita, «A sky full of stars», que la llenaba siempre de sensaciones positivas. Subió el volumen y se reclinó en el asiento, cerrando los ojos; tarareó la letra en voz baja.

—¿Qué tal el concierto? —preguntó Tomás de pronto.

Abrió los ojos y lo miró, sobresaltada. «¿Qué ha dicho?», se preguntó con incredulidad. Él se mordía el labio inferior, dirigiendo la mirada hacia la carretera con aparente concentración.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió, bajando el volumen.

—No lo sé, lo deduzco. Has dicho que te gustan. —Su voz sonaba dubitativa, poco convincente.

—No, no lo he dicho —replicó ella, muy seria.

—Bueno... has subido el volumen. Será que te gustan.

—Igual he subido el volumen para no tener que escucharte.

—¡Vaya! Tan agradable como siempre —masculló él.

—¡No cambies de tema, Tomás! ¡¿Cómo sabes lo del concierto?! —

exclamó, sintiéndose cada vez más nerviosa y angustiada. En su mente se abría paso una pregunta insistente: ¿Cómo era posible que Elvira hubiera conseguido aquellas entradas en el último minuto? Le había resultado raro en su momento, pero había relegado esas dudas a algún rincón oscuro de su cerebro; ahora, volvían con fuerza, negándose a ser ignoradas por más tiempo.

Él no contestó.

—¡Habla! —le exigió—. ¿Cómo lo sabes?

—¡No lo sé! —exclamó él, irritado—. Te gustan, pues lo normal es ir al concierto.

—¡No te creo!

—Está bien. —Contuvo el aliento y luego lo expulsó lentamente antes de volver a hablar—. Me lo dijo Elvira.

—¿Cuándo? ¿En qué momento? ¡¿Te dedicas a hablar con mis amigas a mis espaldas?! —Marina sentía que iba a perder el control de un momento a otro.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? ¡No te pongas histérica!

—¡¿Que no me ponga histérica? !Pero si desde que te conocí estás siempre detrás de todo lo que me pasa! Di la verdad: ¿compraste las entradas?

—A ver, Marina —trató de explicarse Tomás—, el día que conocí a Elvira salió el tema del concierto. Me dijo lo mucho que te gustaría poder ir, pero que no tenías entradas ni forma de conseguirlas, y yo le comenté que podía ayudaros. Ella quería hacerte feliz con ese regalo, creía que te lo merecías porque lo habías pasado muy mal... No te enfades con tu amiga, por favor.

«¡Te mato, Elvira!», se dijo, sintiéndose furiosa y decepcionada; no esperaba eso de ella.

—¿Cómo conseguiste las entradas a última hora? —le preguntó, en tono algo más calmado.

—No fue a última hora —confesó de mala gana.

Lo miró sorprendida y él sonrió débilmente.

—¿Estás insinuando que eran tuyas?

—Sí.

—Pero...

Le daba vértigo pensar en ello. No entendía nada.

—Bueno, no vayas a pensar nada raro —se explicó—, me las regalaron hace tiempo, pero el grupo no me gusta; no me apetecía ir.

—¡Pfff! —resopló ella—. ¡Pues gracias por ofrecernos lo que no querías!

Malhumorada y confusa, Marina subió de nuevo el volumen. Cuando acabó la canción, jugueteó unos momentos con el dial, pero el siguiente tema en sonar seguía siendo de Coldplay. Durante un instante, la casualidad la desconcertó. Luego bajó los ojos hasta la pantalla de la radio: lo que estaba sonando no era una emisora; era un CD.

—¡Tomás! —exclamó—. ¡Déjate ya de mentiras! Sí que te gusta Coldplay. Nos regalaste unas entradas que habías comprado para ti.

Él masculló algo incomprensible entre dientes. Parecía estar recriminándose el haber hablado demasiado.

—Bueno, sí. ¿Y qué? —admitió, malhumorado.

Marina miró por la ventanilla. «¿Y qué, dices? ¡Mucho, Tomás, mucho! ¿Todavía no lo entiendes?», pensó. Se dio cuenta de que habían llegado ante la puerta de su casa y vaciló unos momentos: ¿bajaba o le decía aquello que estaba punto de reventar dentro de ella?

Tomás paró el coche y desabrochó su cinturón.

—¿Qué más da, Marina? —dijo, con tono ligero.

—¡Para mí sí que da, y sí que importa! Podrías haberte acercado y decírmelo, ofrecerme las entradas y hablar conmigo como una persona normal: «¡Toma, Marina! ¡Ve y disfruta!». Y yo lo hubiese agradecido enormemente, porque habría visto en ti un gesto delicado, propio de alguien que desea agradar, no hacerse el gracioso o tomarme el pelo con bromas absurdas. ¿Es que no comprendes que eso es lo que más he deseado desde que nos conocemos, que demostraras tener un interés real en mí? Habría entendido al fin que me valoras, que te sacrificabas para que yo pudiese asistir a ese concierto después de años intentándolo. Y yo te habría explicado por qué nunca había podido ir.

—Venga, Marina, si no me soportas... Di la verdad: ¡nunca hubieses

aceptado esas entradas si hubieras sabido que venían de mí!

—¡Sí que las habría aceptado! Incluso podríamos haber estado allí juntos; me habría encantado ir contigo —susurró tristemente, ansiosa de revelar lo mucho que lo había echado de menos—. Sí, Tomás, sí, y yo te hubiera hablado de mí, como tantas veces me has pedido, y te hubiera dicho que lo que más deseo es que me conozcas realmente y poder conocerte a ti.

La miró sorprendido. Quiso hablar, pero ella no lo dejó.

—Pero tú preferiste hacérmelo pasar fatal con lo del maldito justificante médico, como siempre haces. ¡Tú y tu forma de hacer las cosas conmigo! ¡Me siento tan perdida desde que te conozco! ¡No entiendo nada! —gritó desesperada, mientras dejaba caer pesadamente un pie contra el suelo del coche—. Bueno, en el fondo sí que lo entiendo. Como ya te he dicho antes, resulta muy triste para mí el que estés tan seguro de que estoy a tu alcance.

—¿Por qué? Explícamelo ahora, ya que antes no has querido. ¿Por qué te parece tan triste eso?

—Porque tienes muy claro que tarde o temprano conseguirás que me vaya a la cama contigo.

—¡Dios! —gritó él, golpeando con furia el volante mientras le dirigía una mirada cargada de rabia—. ¿Es que no entiendes nada?

—¿El qué, Tomás? ¿Qué tengo que entender? ¿Que te gusto? ¿Que quieres que sea tu polvo del verano? ¿Que te tienes que tirar como sea a la nueva? Restregarte conmigo ya te sabe a poco y necesitas comprobar lo húmeda que me pongo cada vez que te acercas, ¿no?

La mirada de Tomás cambió en unos segundos, pasando de la sorpresa más absoluta a una ira profunda.

—¡No hables así! —explotó—. ¡Me desagrada mucho la vulgaridad en una mujer!

—Te lo digo con las palabras exactas que definen tu interés por mí. —Su mirada le dolía, pero no podía callarse—. ¡Dilo, Tomás, sé valiente, no des más rodeos, esta experta en idiomas entiende perfectamente tu lenguaje corporal! ¡Me lo has dejado claro! No querías dar un paseo conmigo, ni cogirme de la mano y olerme el pelo. ¡Nunca has buscado nada bonito conmigo, pero no dejas de

marear la perdiz! Para ya de jugar conmigo: si nos gustamos, ¿para qué perder más tiempo? Yo estoy desesperada, lo estoy deseando tanto o más que tú. No hacen falta más regalos, ni más bromas, ni más cenas. Dilo en voz alta... ¡sácalo fuera! Me tienes para ti. —A pesar de sus palabras, sus ojos solo reflejaban tristeza—. Nunca has querido conocerme realmente —prosiguió—. Finges querer saber de mí solo para que confíe en ti lo suficiente para que te diga que sí a todo lo que me propongas. ¡Qué pérdida de tiempo! No es necesario, me gustas desde que te conocí; no hace falta que sepas nada de mi vida para hacértelo conmigo. Me dejo, sí. Así, tal cual lo oyes. — Hablaba rápidamente, sin pensar, sin sonreír, sin sentir siquiera. Tomás la miraba fijamente. Soltó su cinturón y se incorporó en el asiento, situándose encima de Tomás. Él se tensó de inmediato. El espacio entre ella y el volante era tan estrecho que sus pechos se aplastaban contra el torso de él. Se miraron, y Marina bajó los ojos, tratando de ocultar su sufrimiento: le gustaba como ningún otro hombre antes, pero sabía que entre ellos no podría surgir nada serio, ni esa noche ni nunca. Aquello comenzaría y acabaría allí, con ella sentada sobre sus piernas. Le pasó las manos por el cuello, con la respiración entrecortada—. ¿Dónde te gustaría hacerlo? Llévame contigo, tal y como dijiste. O, si quieres que sea aquí mismo, ¡tampoco me importa! Con tal de hacerlo y acabar con esto, me da igual.

Comenzó a morderle suavemente los labios. Lo besó despacio mientras bajaba una mano suavemente por su hombro. Continuó bajando y buscó su pecho; desabrochó un par de botones de la camisa y metió la mano bajo la tela.

Tomás cerró los ojos y ella gimió: era maravilloso estar sobre él y tocarlo con toda libertad, como tantas veces había deseado. Él respondía a sus besos lentos con otros desesperados, y Marina paladeó el regusto a helado que daba a su lengua un sabor aún más delicioso. La sujetó por el cuello, parecía querer soldarla a sus labios, y ella sintió cómo el deseo se apoderaba de ella; si eso era lo único que podía esperar de él, le daba igual: lo quería allí y así.

Con un suave movimiento sacó la mano de la camisa. Bajó todavía

más, buscando el final predestinado, la culminación de aquella relación que nunca llegaría a ninguna parte. Encontró su entrepierna y la acarició sobre el pantalón; intentó desabrocharle, precipitar la reacción que sabía que no tardaría en llegar. Tomás abrió los ojos sorprendido y la empujó, sentándola en su asiento. Después estiró el brazo y, tras un par de desmañados intentos, logró abrir la puerta de Marina.

—¡Baja! ¡Fuera! ¡Largo de aquí! —le gritó.

La reacción de Tomás la hirió, pero sabía que era lo que se merecía. Quizás ahora al fin podría ignorarla, como siempre le había pedido.

\*\*\*

Lloraba sentada a los pies de la cama. No podía contener aquellas lágrimas que caían en silenciosos torrentes. A su mente vinieron todas y cada una de las cosas que Tomás le había dicho esa noche, todas aquellas hermosas palabras dedicadas a ella, a esa mujer que tanto parecía gustarle.

La rabia y la frustración se apoderaron de ella. Apretó los ojos con fuerza, cerró la boca, casi queriendo morderse los labios y no dejar escapar ni un solo gemido, ni un suspiro. Se tapó los oídos. No podía escapar a aquella culpabilidad que la corroía y de la que Tomás era en buena parte responsable. ¿Acaso él no le había descubierto lo necesitada de cariño que estaba? La había convertido en una criatura vulnerable y desamparada y, lo que es peor, ni siquiera se había dado cuenta. La había destruido y ahora era incapaz de recomponerla.

Se acordó de la muerte de su padre, de todas las cosas que había abandonado por él, y las lágrimas brotaron con mayor intensidad. Sentía una pena inmensa y amarga por aquel padre que nunca tuvo y de cuyo amor jamás había disfrutado. Solo había podido conocerlo cuando estaba enfermo, con la mente transformada en la de un niño confuso. Había pasado a ser su madre sin haber llegado a ser su hija, y él, a cambio, le había mostrado una Marina diferente, una Marina oculta en su interior, enterrada bajo capas endurecidas por el dolor de una infancia infeliz. Quizás la auténtica Marina.

Inmóvil sobre las sábanas, continuó llorando, desbordándose por completo hasta vaciarse del todo. Entonces, el sueño la rindió.

## Capítulo 10

Despertó sobresaltada. Se incorporó sobre la cama y gimió, sujetándose la cabeza entre las manos. Le pesaba espantosamente y le latía como si estuviera a punto de estallar. Sentía que había despertado de un sueño desagradable, uno cuyo final estaba anunciado desde hacía tiempo, para caer en una realidad aún peor.

—¡Qué hermosa eres, Marina! —masculló, observando su reflejo en la luna del armario.

Bajo los párpados enrojecidos e hinchados lucía unas ojeras profundas, y la ropa arrugada que llevaba era la misma de la noche anterior. Su aspecto era lamentable. Fue hasta el baño y se lavó la cara. Después, obligó a sus piernas a bajar la escalera a toda velocidad; tenía que hablar con alguien.

Elvira vivía a tan solo dos calles de la suya, así que en unos minutos se encontraba ante la puerta de su amiga. Llamó al timbre y esperó.

—¡Marina! —exclamó Elvira unos momentos después. Parecía sorprendida y consternada—. Estás horrible... ¿de dónde sales? Parece como si un toro te hubiera revolcado por el suelo.

Se echó a reír con su ocurrencia, pero enmudeció al instante al ver la cara con que su amiga la miraba. Marina se pasó una mano por el pelo, bajó la vista y contempló su camisa arrugada y mal metida en los pantalones. Desde luego, estaba espantosa, pero no le importaba lo más mínimo.

—¿Puedo pasar?

—¡Sí, claro! —dijo Elvira, apartándose de la puerta para dejarla entrar—. Has estado llorando. No me digas que no, es demasiado



evidente —comentó, mientras cerraba la puerta y la seguía hasta el salón.

—Cuéntame lo del concierto, por favor —solicitó Marina en tono tranquilo.

Elvira la miró con sorpresa. Dubitativa, se acomodó en el sofá y le hizo un gesto para que se sentara junto a ella.

—¡No quiero sentarme! Empieza a hablar —exclamó autoritaria.

—¿Estás muy enfadada? —murmuró.

—¡Sí, claro que sí! ¿Es que aún no me conoces?

—No, es que igual lo puedo suavizar... según lo que te cuente puede ser que te aplaques —replicó, con gesto conciliador.

—Creo que no... ¡traidora! —le espetó Marina entrecerrando los ojos.

—No me das miedo, ya te lo digo.

Se miraron en silencio. Elvira se echó a reír y Marina la fulminó con la mirada, pero, al cabo de unos segundos, no pudo evitar soltar también la carcajada. La risa de su amiga siempre había tenido esa cualidad contagiosa.

—Yo solo hice mi parte —confesó Elvira—. Se suponía que cuando él te lo contara estarías contenta, no así, tal y como te veo ahora.

—En realidad no quería contarme nada; se le escapó. ¿Cómo se te ocurrió? —preguntó, sentándose y mirándola enfadada.

—Se me ocurrió porque te quiero. Se me ocurrió porque era una oportunidad que no podía dejar pasar.

—¿Y no se te ocurrió pensar que si no podías contármelo era por algo?

—Tomás me dijo que no os llevabais muy bien, cosa que yo ya sabía, pero que a pesar de todo me daba las entradas si tanto las ibas a disfrutar, y así fue. Solo pensé en que era una oportunidad que no podía dejar pasar. ¡Daba igual cómo os llevarais! No te enfades conmigo, por favor: acepté las entradas con la mejor intención. Fue un fin de semana divertido, único... las dos disfrutamos mucho. Hacía mucho tiempo que no te veía tan relajada y feliz; ¿no me dirás que estás arrepentida de haber ido?

Marina negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué más da de quién fueran las entradas? —dijo Elvira encogiéndose de hombros.

—Es que no entiendo que Tomás no me lo dijese... ¡no era tan difícil! Hubiera sido bonito, una forma de acabar con esa relación insufrible que tenemos a base de bromas, discusiones y desafíos.

—Le pedí que te lo dijese, pero creo que estaba asustado de lo que pudieras responderle. Pensaba que si te lo decía dirías que no, y prefirió mentir a que te perdieses el concierto. ¿No te parece precioso que pensase más en ti que en él?

Marina no sabía qué decir; no quería darle la razón a Elvira y aún creía que Tomás no había hecho las cosas como tenían que haberse hecho, pero debía reconocer que tampoco se lo había puesto fácil.

—Le habría dicho que sí, que me encantaría ir allí con él —confesó al fin.

—Díselo ahora.

—Ya se lo dije anoche. Eso y otras cosas —murmuró Marina bajando el rostro.

—¿Otras cosas? —se alarmó Elvira—. ¿Como cuáles? ¿Me tengo que asustar?

—¿Sabes? Yo siempre he creído que él solo quería acostarse conmigo y que de haberlo dicho claramente nos habríamos ahorrado muchas discusiones y malos momentos.

—No creo que Tomás sea así, porque entonces sí que te habría pedido ir con él hasta Barcelona y compartir hotel. Fue muy generoso por su parte pagarlo todo.

—¿Qué? Elvira, ¿qué estás diciendo? —inquirió Marina levantándose de golpe.

—Pues eso, que lo pagó todo: avión, traslados, hotel... Hasta me llamó un par de veces para saber si estabas contenta y pasándotelo bien.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me habría encantado saberlo.

—Me hizo jurar que no te lo diría. ¡Me sentí tan mal!

—¡Pero es que tú eres mi amiga, no la suya! —protestó Marina.

—Pues precisamente por eso, porque soy tu amiga, me callé para que fueses feliz.

Marina se sentó de nuevo en el sofá, se reclinó sobre el respaldo y cerró los ojos.

—Me subí encima de él y le pedí que me... —comenzó a contar.

—¿Que te qué? —interrumpió Elvira alarmada.

—Pues eso, ¿qué va a ser? Allí mismo, en su coche. Le metí mano y él se quedó... —Por su mente volvían a pasar las imágenes de la noche anterior y de su garganta surgió un gemido ahogado.

—¿Y qué te dijo...? ¡Ay, no, Marina, por favor! Se me va a caer un mito. ¡Que a mí este hombre me gusta mucho, no me digas que aceptó! —suplicó su amiga.

—Me echó del coche con malas maneras.

—Pobre —dijo, abrazándola—. Pero ¿cómo se te ocurre? No creo que Tomás quisiera que las cosas pasaran así contigo y, además, es que esa no eres tú.

—No se lo esperaba, la verdad —suspiró Marina. Se quedó pensativa un momento y luego miró a su amiga con el ceño fruncido—. Oye, pobre... ¿quién? ¿Quién te da lástima, él o yo?

—Los dos, Marina, los dos, ¡que está claro que os gustáis a rabiar y no hacéis más que perder el tiempo con tonterías!

—¿Que yo le gusto? ¿Y para qué le gusto, Elvira? No lo sé, estoy muy perdida con él. A veces, cuando tiene conmigo uno de sus detalles, pienso que realmente quiere agradarme, pero la mayoría de las veces sus gracias parecen estar calculadas para dejar bien clarito a todo el mundo o que soy una inútil con la bici por cruzarme delante de su coche o que todo lo que hago en esa empresa se me da mal. No creo que haya pasado por ahí nadie más torpe que yo, y él disfruta machacándome con eso.

—¿Y no ha pasado nada en todo este tiempo que te haya hecho ver que le gustas de verdad?

Marina reflexionó unos segundos.

—A veces sí, me dice cosas muy bonitas —reconoció por fin—. Nunca me había hablado nadie como lo hace él.

—Pues ahí lo tienes. —Elvira parecía satisfecha.

—Sí, eso es lo que pienso cuando lo escucho hablar de esa manera, pero entonces lo estropea todo con sus bromas, o con esa costumbre

que tiene de hacerme sentir poca cosa por no darme cuenta de que le gusto realmente para algo más que para tener sexo conmigo. ¿Tú crees que de gustarle no me habría pedido perdón no una, sino mil veces, por la vergüenza que me hizo pasar el primer día que entré a trabajar?

—¿No te pidió perdón ya? —preguntó Elvira, frunciendo el ceño.

—Obligado por las circunstancias. Su padre lo obligó a hacerlo, pero él no lo sentía.

—Pero te lo dijo —argumentó su amiga.

—No me vale. Y, aunque me valiera, ¿de qué me sirven sus disculpas si desde entonces ha seguido machacándome día sí, día también?

—¿Qué hay de las lechugas?

—No.

—¿El burro?

—¡Claro que no!

—¡¿Y las fotos?! Marina, deben de ser preciosas. Me muero por verlas así retocadas ¡Y lo hizo solo para ti, por ti! ¡Despierta ya, joder!

—¡Elvira, la que tiene que despertar eres tú! Se estaba riendo de mí, igual que yo hacía con él. Solo me devolvía las bromas, ¿es que no lo entiendes?

—Pues para ser simples bromas se esforzaba bastante, ¿no crees?

—Sí, eso no se lo puedo negar —resopló Marina.

—¿Y por qué tomarse tantas molestias con una broma?

—¡No lo sé! Hay gente a la que le gusta hilar muy fino y se le ocurren cosas sorprendentes a la hora de bromear. En la vida hay que tener buen gusto para todo, hasta para eso.

—Y Tomás lo tiene, ¿no? —preguntó Elvira, sarcástica—. Pero ¿tú te escuchas?

—¡Elvira, no me líes! —gruñó Marina—. Este no quiere más que sexo, y ya está.

Su amiga suspiró y la miró a los ojos. Ahora era ella la que parecía indignada.

—¿Te has parado a pensar en que puede ser que su forma de actuar fuera el único modo que encontró de hacer que te fijases en él?

Marina la miró sorprendida.

—¿Qué intentas decirme?

—Mira, yo creo que él es consciente de que se pasó contigo. Creo que le gustaste tanto que pensó que no tendría ni una sola oportunidad de conquistarte y decidió apostar y arriesgarse con, llamémoslos así, «métodos no habituales». —Se levantó del sofá y se puso ante ella—. Simplemente te estoy diciendo que lo que Tomás intenta explicarte desde el minuto uno con aquellas lechugas, aquel burro y aquellos carteles es: «Perdón, Marina, no sabía cómo hacerlo y me salió así».

Se miraron y se echaron a reír.

—¿Qué? ¿Te has enterado ya o tengo que hacerte un croquis? Te lo dijo hasta la hija de Noelia, con aquello de que los príncipes también tienen miedo y de que no siempre son valientes ¡Dios mío, pobre hombre! —exclamó con dramatismo, dejándose caer en el sofá.

—¡Ah! Ya estamos otra vez con eso del pobre hombre, ¿no?

—¡Sííí! ¡Porque me da mucha penita! —lloriqueó como una niña—. ¡Si no lo quieres tú, pues para mí, pero no lo trates tan mal!

—Te vas a casar, ¿te acuerdas? —observó Marina.

—¡Ah, sí! ¡Perdón, Fernando! —gritó al aire, como si su novio pudiera escucharla.

Volvieron a reír, pero al cabo de un momento Marina paró y agachó la cabeza.

—Elvira, creo que no voy a volver al trabajo. Tomás me pidió que me despidiera y lo voy a hacer; creo que será lo mejor para los dos.

—¡Marina! —le reconvino su amiga—. No hagas eso.

—Es que no puedo volver y mirarlo a la cara. ¡Qué vergüenza! Cada vez que me acuerdo de que le puse la mano ahí. —Se tapó la cara con las manos—. Pensará que voy así por la vida con cualquier hombre, suplicando sexo como una desesperada.

—O pensará que te gusta mucho y que tampoco tienes ni idea de cómo decírselo. ¡Vamos, no te despidas! Tienes que buscar la forma de arreglar las cosas con él.

Marina agitó la cabeza. Algunas de las cosas que había dicho su amiga sonaban bastante razonables, pero aún no estaba convencida

del todo.

\*\*\*

Cuando volvió a su casa, se fue directamente a la cama. Tras meditarlo unos instantes, se levantó para coger su ordenador portátil: leer un rato la ayudaría a no pensar. Pero unos minutos más tarde su cabeza cayó sobre su pecho y su respiración se hizo más pesada: se había quedado dormida. Poco después, se removió en sueños y el portátil cayó silenciosamente sobre el suelo alfombrado.

Un par de horas más tarde, Marina se despertó sobresaltada. No tenía ni idea de qué era lo que la había desvelado, pero estaba segura que no iba a poder conciliar de nuevo el sueño, así que se levantó de un salto. Pero cuando sus pies tocaron el suelo, no pisaron la mullida alfombra, sino una superficie dura, y un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando notó cómo cedía. Trató de apartarse lo más rápido que pudo, pero el crujido de la pantalla del ordenador al destrozarse contra el teclado hizo que se diera cuenta de que había reaccionado demasiado tarde.

—¡No! —aulló—. ¡No, no, no!

Se quedó allí inmóvil, incapaz de dirigir la vista hacia aquella ruina a la que había quedado reducido su carísimo portátil.

No hacía ni un año que lo había comprado, y en este había invertido todos sus ahorros. Ahora, aquella potente máquina, una de las mejores del mercado, yacía aplastada a su lado. No eran solo dos mil euros tirados a la basura, sino que también había perdido una insustituible herramienta de trabajo con la que pensaba volver a hacer traducciones, cuando dejase aquel trabajo en la fábrica, ese que había llegado a aborrecer. Ahora todos esos planes se habían arruinado definitivamente. Mareada y angustiada, recogió el portátil del suelo y lo depositó sin abrirlo en su escritorio. Sintió un dolor casi físico al escuchar las diminutas piecitas del aparato removearse en su interior y entrechocar entre sí, pero se negó a gritar o a llorar.

No sabía si aquello tendría solución o no, pero una cosa estaba clara: no iba a poder dejar el trabajo. La cara de Tomás no se le iba de

la cabeza; había decidido que se despediría con una llamada a Fran el lunes a primera hora. No deseaba ni pisar aquel sitio de nuevo, pero ahora, gracias a su torpeza y estupidez, se iba a tener que tragar el orgullo. Tendría que enfrentarse de nuevo a la mirada de Tomás, que sin duda no sería muy agradable después de lo que había ocurrido en su coche. Sentía una vergüenza infinita al recordar aquel momento, sentada sobre él suplicándole sexo. Se pasó las manos por el pelo una y otra vez. Su madre interrumpió sus desesperados pensamientos entrando en su habitación sin llamar, como era su costumbre.

—¿Qué ha pasado? —Sin duda, había escuchado el grito horrorizado de su hija.

Marina señaló con la vista el portátil sobre el escritorio.

—¡Vaya, lo siento! —gimió Beatriz—. ¿Estás bien?

—Sí... bueno, no ¡¿cómo voy a estar bien?! Eso me pasa por querer abarcar tantas cosas... por no descansar, tal y como dijiste. Es la recompensa que me merezco por comportarme como lo he hecho. Tenías razón, mamá, ¡perdóname! —Se acercó para abrazarla.

—¡Tranquila, cariño, no te martirices! Ya sabes que puedo ayudarte si lo necesitas. Seguro que puedes comprarte otro.

—Como ese no —aseguró, apartándose de su madre con delicadeza—. Pero no pasa nada: con el trabajo podré comprar algo para salir del paso.

—Bueno, ¿y qué tal anoche con Tomás? Creo que a tu vuelta no estabas muy feliz; ¿qué pasó?

—Lo de siempre: nos peleamos, discutimos y me comporté como una idiota, porque no se decide conmigo... ¡y ya no lo soporto, mamá!

—¿Le dijiste lo que sientes?

Marina negó suavemente con la cabeza.

—Le confesé que me gusta, pero no pienso decirle nada más. Tú misma comentaste que no lo haría y no lo haré; no puedo cambiar cómo me siento ni lo que deseo. ¡Y deseaba que me dijese que Marina sirve para algo más que para pasar un buen rato! —Bajó el tono de voz—. Si eso me convierte en una egoísta, me da igual.

—¡Hija, no vuelvas a la fábrica, por favor! —suplicó su madre—. No

te hagas más daño.

—Es lo que pensaba hacer hasta hace un rato —murmuró señalando el portátil.

—¿Es que no me has escuchado? Si necesitas dinero para comprar otro ordenador, yo puedo ayudarte.

Marina sopesó la oferta durante unos segundos y luego meneó la cabeza.

—No, mamá. Voy a terminar lo que empecé, aunque solo sea por orgullo. Si hiciera otra cosa, nunca me lo perdonaría.

\*\*\*

Subir a la bicicleta le costó tanto trabajo que sus ojos se inundaron de lágrimas mientras pedaleaba. En un momento dado, Tomás pasó como una exhalación a su lado con el coche, sin dignarse siquiera a bajar la ventanilla y saludarla o dedicarle al menos un pitido de reconocimiento. Al llegar a la fábrica, nadie la esperaba para pedirle que subiera a su despacho. Pero, cuando apoyó la bici en la valla, vio una furgoneta entrar por la puerta. En el lateral había escrito un rótulo que anunciaba en grandes letras su pertenencia a una empresa dedicada a la venta e instalación de marquesinas. Sonrió y pensó que algo bueno había salido de aquella cena después de todo: por fin las bicicletas iban a poder aparcarse a la sombra.

En cuanto entró, fue directa a su puesto en la máquina de coser. Sorprendentemente para ella, le había cogido el truco y era capaz de trabajar al mismo ritmo que los demás. Se sentía satisfecha. En cierto modo, estaba en paz consigo misma: había sido muy frustrante para ella sentir durante tanto tiempo que su trabajo allí no servía para nada. Y, además, le resultaba muy agradable recibir la silenciosa aprobación de Ana.

La semana pasaba más rápidamente de lo que había esperado. El trabajo le servía para desconectar de todo, incluso de ella misma; había llegado hasta el punto de que, con solo pensar en alguna de las múltiples preocupaciones que le rondaban por la cabeza, esta le dolía de una manera sorda y pulsante que persistía durante todo el día, así



que trabajaba y procuraba no pensar. Ni siquiera el calor le parecía ya tan horrible; todo había empezado a encajar, a estar en orden, una vez que se acercaba el final de su contrato.

Pero no podía negar que echaba de menos a Tomás. Se habían estado evitando mutuamente, lo que no había sido difícil al conocer cada uno la rutina del otro, pero ahora deseaba encontrarse de nuevo con él, aunque solo fuera para mirarlo a los ojos y sentir que no la odiaba tanto como ella temía por su actitud de aquella noche. Pero no se dejaba ver: ya ni siquiera se encontraban por el camino ni colgaba su casco de la bicicleta esperando que algún día ella se dignara a usarlo.

\*\*\*

—¡Hola, Fran!

—¿Qué hay, Marina? ¿Qué te trae por el almacén?

—No quiero molestar —replicó cohibida, sintiendo algo de vergüenza ante lo que estaba a punto de pedir—, pero es que necesito un vestido de la talla cuatro. Esta tarde es el cumpleaños de mi ahijada.

Se le había pasado por completo y ahora necesitaba urgentemente un regalo para la niña. Un vestido sería un acierto; Ana le había comentado que, si había excedentes en los pedidos, a los empleados se les estaba permitido adquirir alguna prenda a precio reducido.

—¿La niña de Noelia?

—Sí, y no tengo nada que regalarle. ¿Crees que podría elegir un vestido? Tengo entendido que podemos hacerlo, y la verdad es que...

—no continuó hablando. Fran miraba por encima de su hombro, y la expresión de su rostro le indicaba que algo no iba bien.

Se giró. Tomás, desde detrás de una fila de percheros, la miraba con expresión molesta. Se sorprendió al no sentir la vergüenza que creía que la embargaría al encontrarse con él de nuevo. En su lugar, solo sentía tristeza.

—Una pregunta, Fran —gruñó él—: ¿esto es una tienda y yo no me he enterado? Aquí no se vende nada, porque aquí se viene a trabajar.

Recuérdaselo a esa. Bueno, no... ¡espera! —increpó a Marina, que había comenzado a retirarse hacia la puerta—. Creí haberte dicho que te despidieras.

—No voy a despedirme. Voy a estar aquí hasta septiembre —replicó con convencimiento; lo tenía muy claro: el sueldo no era ninguna maravilla, pero al menos podría ahorrar para comprarse otro portátil, aunque fuera de un modelo mucho más barato.

—Me da que no —le espetó Tomás con sequedad—. Ya no eres una empleada de esta empresa. Desde el lunes, además.

—¿Qué dices? —se sobresaltó.

—Pues que, en vista de que no te despedías, Carmen te preparó el finiquito. Parece que has venido a trabajar toda la semana gratis.

—¡No, por supuesto que no! —gritó Marina.

—Sí, por supuesto que sí. Pasa, firma y adiós.

—No voy a hacer tal cosa. Si tengo que firmar, firmaré, pero a fecha de hoy.

—Creo que ya no estás en situación de discutir nada conmigo.

—Tomás, no creo que esto sea necesario —intervino Fran, conciliador.

—¡Vaya, Fran! Igual tú también quieres subir y firmar.

—¡Tomás! —gritó Marina.

La fulminó con la mirada y se asustó por Fran; él no podía perder su trabajo por defenderla. No era justo.

—Si es lo que quieres, dílo, y me iré —replicó Fran.

—¿Es lo que quieres tú? —preguntó Tomás, con una nota amenazadora en la voz.

—Sabes de sobra que no, que necesito el trabajo... igual que Marina.

—Marina tendría trabajo si no se hubiera extralimitado en sus opiniones, que es exactamente lo que tú estás haciendo ahora, Fran, porque no me interesa para nada lo que tengas que decir.

—Decirte a la cara lo que pensaba de ti no es extralimitarse —terció Marina—. Me da igual que seas mi jefe: no se puede esperar respeto cuando no se da. —No estaba dispuesta a callarse nada.

Se sostuvieron la mirada durante largos segundos.

—¡Sal de aquí, Fran! —ordenó Tomás por fin.

Marina notó cómo los nervios se le subían a la garganta: no le apetecía nada quedarse a solas con él. Vio cómo Fran se marchaba y sintió ganas de irse con él; no se sentía con ánimos para un enfrentamiento.

—Mi padre siempre me ha dicho que con los empleados debía ser como uno más, porque también venimos a trabajar, como todos. Yo nunca había estado en la fábrica hasta que él se jubiló, así que fui tan tonto que pensé que sí, que mi padre tenía razón, que era uno más y que tenía que tratar como a una igual a una cretina que venía a trabajar a mi empresa como favor especial a una antigua empleada. Solo para los meses de verano, eso sí, porque se aburre, o porque necesita ganar dinero para irse después de viaje vete a saber con quién... quizá con ese al que abrazabas el otro día. —Su voz sonó despreciativa—. Y aquí estoy yo, pasando un verano de locos intentando tratarla bien mientras ella se cree que puede tratarme como le dé la gana. Pues fíjate: me has abierto los ojos. Mi padre no tenía razón, así que voy a ser un jefe de verdad, de los que están por encima de los empleados. No quiero nada con ninguno de vosotros, ni con Fran... ¡ni mucho menos contigo!

—Conmigo pórtate como quieras, pero Fran no se merece la forma en que le has hablado.

—¡Te callas! —rugió Tomás, fuera de sí—. No sé si se lo merece o no, ni me importa, porque soy su jefe. Le hablo como corresponde, y no es precisamente como a un amigo, que ni lo es ni lo quiero en mi empresa. He sido demasiado indulgente contigo. He tenido una paciencia infinita para al final descubrir que no merezco tu respeto y que la imagen que tienes de mi es... patética. Sube ahora mismo y te largas, porque no voy a descansar hasta que no sepa que estás bien lejos.

Se miraron en silencio hasta que, lentamente, Marina bajó la vista hasta el suelo. Echó a andar hacia la salida, pero antes de atravesar la puerta, se giró hasta tenerlo de nuevo frente a frente.

—Vas a ser un excelente jefe. Solo tienes que recordar cómo me hablaste a mí el primer día que nos conocimos. Si tratas a todo el

mundo igual, todos tendrán claro que no eres más que un déspota, y tú podrás experimentar la fantástica sensación de humillar a la gente que trabaja para ti: objetivo cumplido.

Sin esperar respuesta, subió las escaleras y entró a las oficinas. La cara de Carmen lo decía todo: era felicidad en estado puro. «A eso se le llama ser mala», pensó Marina.

—Aquí tienes —dijo, extendiéndole los papeles del finiquito—, y da gracias que Tomás ha cambiado de opinión y deja que lo firmes con fecha de hoy. Ya te dije que no eran buena idea aquellos numeritos que montabas y que te olvidaras de él. La verdad —concluyó, sonriendo como el gato que se comió al canario—, no esperaba que fueses así.

«¡Pues muy bien! ¡Como si me importase un comino lo que pienses de mí, harpía cotilla!», pensó, sin dignarse a mirarla. Firmó sin leer siquiera aquel manojito de folios y salió de la oficina sin decir palabra. Allí acababa aquella aventura de verano.

\*\*\*

Pasó la tarde con Elvira y Noelia, ayudándola a ella y a su marido a instalar un toldo en el jardín para que hiciese sombra, inflando globos hasta acabar rendida y preparando montañas de bocadillos. Noelia había tenido una de sus geniales ideas: pensó que hacer limonada para refrescar a los invitados en aquella tarde de calor sería divertido, como si la ingente cantidad de refrescos que había comprado no fuese suficiente para calmar la sed de un regimiento de camellos. Intentaron que desistiera, pero resultó imposible: había visto en Internet una receta para preparar limonada rosa y se había convencido de que a la niña le iba a entusiasmar. «¡Es muy de princesas!», repetía una y otra vez, encantada con la idea, y al final, Marina había acabado exprimiendo limones como para inundar con limonada medio pueblo. El tema de conversación de la jornada tenía nombre propio: Tomás. Tenían a Román frito con sus comentarios, aunque el pobre no decía nada.

—A él no le importa que hablemos de nuestras cosas —aseguraba

Noelia.

—Una cosa es hablar y otra, la brasa que le estamos dando al pobre —se compadeció Marina.

Román giró la cabeza y le sonrió.

—Tranquila, Marina, si en el fondo soy un cotilla. Se me ha pegado de la gente del pueblo. —Le guiñó un ojo—. Es interesante lo que decís; me ayuda a conocer algo más a las mujeres. Teniendo dos en casa, me viene bien y, ¿sabes una cosa? Ya es que le he cogido cariño y todo a ese hombre. Para algunas cosas parece bastante apañado.

—¡Más que tú seguro! Nunca me has regalado un burro —le recriminó su mujer.

—Pero ¿para qué quieres tú un burro? —se sorprendió Román.

—¿Para qué lo quería Marina? —le preguntó, poniendo los brazos en jarras—. ¡Para nada! Pero él lo hizo traer hasta su casa solo para sorprenderla. Lo que importa es la intención, Román, y tú esas atenciones no las tienes conmigo—refunfuñó.

—No, esas no, pero tampoco otras que creo que a Marina no le hicieron mucha gracia. —Miró a Marina; sabía que no todo le había parecido bonito a la amiga de su mujer—. No te preocupes, que, si alguna vez conozco a Tomás, le pediré la dirección del burro. Igual, el pobre animal, como ya ha venido al pueblo, sabe volver él solo.

Román soltó los globos que tenía en la mano y se marchó enfurruñado a otra parte del jardín. Las tres estallaron en una sonora carcajada que le hizo girarse y mirarlas con el gesto torcido.

—Marina, pese a sus formas, en algunos momentos creo que ni Fernando ni Román pueden competir con ese hombre en cuanto a bromas y ocurrencias —le recordó Elvira.

Marina resopló.

—Creo que no se trata de competir, sino de mostrar lo que realmente importa, y en eso Román y Fernando no tienen rival... ¡os quejareis de cómo os quieren! Ya firmaba yo por un simple «Te quiero», sin lechugas ni burro.

Marina hizo un gesto de disgusto y continuaron con los preparativos. Cuando todo estuvo listo, decidió que una buena ducha y un cambio de ropa le sentarían bien, si es que aspiraba a acabar la

tarde manteniendo un aspecto remotamente humano.

Cuando regresó a casa de Noelia, llevaba puesto un fresco y deportivo vestido tipo polo con rayas rojas, y unas cómodas zapatillas para poder moverse a sus anchas por el césped. Ya habían llegado casi todos los invitados, y los niños correteaban por el jardín pero, por mucho que miró a un lado y a otro, no pudo encontrar a Alba. Por fin localizó a Noelia y sonrió: no veía a la niña porque su madre la tapaba. A ella y a otra figura que se agachaba junto a ella. Entornó los ojos, incapaz de creerlo, pero sí, no cabía duda: esa figura acucillada... ¡era Tomás!

—Pero... ¿qué hace este aquí? —masculló entre dientes, sintiendo cómo los nervios la atenazaban.

Mientras dudaba, Alba alzó la cabeza y la vio. Corrió hacia ella, lanzándose en sus brazos, y Marina la levantó casi maquinalmente. La besó, esperando que el cariño que sentía por la pequeña borrara su confusión, la dejó suavemente en el suelo y buscó en su bolso el paquete con los cuentos que le había comprado esa misma tarde. La niña lo desenvolvió rápida y sonrió agradecida. Vio a Tomás y Noelia, que se acercaban. Él traía en la mano una bolsa de la que sacó dos cajas envueltas en papel de regalo que entregó a la niña.

—Tu madrina también ha comprado esto —le dijo a la niña.

Marina y Noelia se miraron. No entendían absolutamente nada: ¿a qué venía esto después de la actitud que Tomás había adoptado durante la discusión que habían tenido esa misma mañana en la fábrica? Alba abrió las cajas y rio alborozada: eran dos vestidos preciosos.

—¡Me encantan! ¡Gracias, Marina! —exclamó, abrazándola y besándola. Noelia interrogó a su amiga con la mirada. Tras unos segundos, esta asintió, y Noelia, algo dubitativa, se llevó a su hija a otra parte de la fiesta.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó sin rodeos a Tomás en cuanto estuvieron solos.

—Perdóname, Marina. —Su voz sonó tan triste que ella sintió al momento cómo se ablandaba sin poder evitarlo.

—¿Que te perdone el qué? —preguntó, confusa, sin saber a qué se

refería exactamente.

—Siento mis palabras del primer día y las de esta mañana. Perdona por venir a importunarte a una fiesta a la que no he sido invitado.

«¡Ahí está, Marina! —se dijo—: Arrepentimiento sincero».

—Entonces, ¿por qué has venido? —inquirió.

—Porque no sabía cómo pedirte perdón. Estoy buscando la forma de justificarme y no la encuentro, así que he decidido hacerle a tu ahijada el regalo que deseabas. Ya sé que eso no basta, pero no se me ha ocurrido otro modo.

—Muy bien, gracias por el regalo; la niña está muy feliz y blablablá —dijo con sequedad.

—«¿Blablablá?» —coreó; una sonrisa parecía a punto de asomarse a sus labios. Decidida a no dejarse manipular por él, Marina puso los brazos en jarras y lo miró desafiante.

—¡Sí, «blablablá»! Que viene a ser un resumen de todas las cosas que te tendría que decir, pero que no me da la gana de decirte.

—Pues a mí sí que me apetece decir muchas cosas. ¿Puedo? No serán tan interesantes como tus «blablablás», de eso estoy seguro, porque cuando hablo contigo tengo que poner en marcha ciertos mecanismos que no suelo usar habitualmente en conversaciones con el resto del mundo.

—¿El resto del mundo? —preguntó, molesta. ¿Acaso volvía a burlarse de ella?

—Sí: está Marina —dijo, señalando con las manos hacia la derecha —, y luego... el resto del mundo. —Arrastró las dos manos, como queriendo establecer dos categorías diferentes.

Al ver aquel gesto, sintió cómo su resolución flaqueaba. Se giró para marcharse a otra parte, porque intuía que, si se quedaba cerca de él, acabaría tocándolo, abrazándolo y, lo que es peor, siendo seducida de nuevo por esa palabrería llena de halagos que él manejaba tan bien. Huyó hasta la zona de la piscina, donde al menos podría distraerse vigilando a los niños que chapoteaban en ella. Los nervios la dominaban: Tomás se había disculpado por fin, cierto, pero no entendía qué era lo que le había hecho cambiar de manera tan repentina. Por otro lado, deseaba creerle con toda su alma. Un golpe

en la pierna la sacó de sus ensoñaciones: era un niño que, corriendo a ciegas, había tropezado con ella y caído al suelo. Marina lo acompañó hasta la mesa de las bebidas y le sirvió un vaso de limonada rosa. En ese momento, se le acercó Elvira.

—¡Está aquí! ¡No me lo puedo creer! —exclamó mientras aplaudía emocionada.

—¡Calla! —le dijo, y se echó a reír nerviosa.

—Anda, si estás que te mueres de gusto —replicó su amiga, propinándole un codazo.

—Me vuelvo a la piscina a vigilar a los críos.

—No te preocupes: acaban de llegar los animadores, y los niños van a estar entretenidos con los juegos. Y yo te dejo sola, que ese hombre no va a tardar en acercarse por aquí, ya verás. Te confesaré lo loquito que está por ti y que está deseando que le toques el paquete de nuevo. —Se mordió los labios en un gesto sugerente mientras cerraba los ojos. Los volvió abrir, y las dos se echaron a reír.

—¡Cállate, Elvira! —ordenó Marina entre risas, sonrojándose violentamente.

De repente, sintió la boca seca y se sirvió un vaso de limonada. Se arrepintió inmediatamente: le pareció asqueroso «¡Menuda ocurrencia, Noelia!», se lamentó, pensando en todos aquellos limones desperdiciados. Caminó hasta el cubo de las bebidas frías y sacó una cerveza; usó el abridor que colgaba del recipiente y bebió un gran trago. Algo más tranquila, paseó la vista entre la gente y casi se atragantó: en el otro extremo del jardín, Román hablaba con Tomás

Aquello no le gustó nada: sabía lo despistado que era el marido de su amiga, y en ese mismo momento podía estar contándole cualquiera de las cosas que se había comentado allí ese mismo día. Necesitaba que alguien los separase. Volvió a pasear la mirada por el jardín y buscó a Elvira, suponiendo que estaría menos liada que Noelia. Cuando la encontró y logró llamar su atención, hizo un gesto hacia Román mientras clavaba en él sus ojos. Su amiga pareció comprender al instante y se acercó hacia ellos con una gran sonrisa.

—Llévatelo de ahí con cualquier excusa, por Dios —murmuró,



rogando por que Elvira fuera capaz de leerle la mente.

Elvira fue incluso más rápida de lo que esperaba y en menos de un minuto Tomás volvía a estar solo. Marina suspiró: lo siguiente que iba a ocurrir era de lo más predecible. Y en efecto, con un vaso medio vacío de aquella repugnante bebida rosada en la mano, se dirigió hacia ella sin titubear, como si la hubiera tenido localizada en todo momento: la huida se había convertido en una opción imposible. Vio cómo dejaba la limonada sobre la mesa. Marina sujetó firmemente su cerveza, como queriendo asirse a ella para no caer, y aguardó la llegada de Tomás; al poco, lo tenía ante ella haciendo dos de sus gestos favoritos: meter las manos en los bolsillos y humedecerse los labios con la lengua. El corazón de Marina latía desbocado. Notó la boca seca y bebió un sorbo de cerveza.

—Si no queréis tener problemas con Sanidad, yo haría desaparecer esa limonada de las mesas —afirmó, mientras torcía la boca en un gesto con el que parecía querer eliminar el regusto de aquel mejunje.

Sus ojos se dirigieron hacia la cerveza que ella se llevaba en ese momento a los labios. Marina bebió larga y sensualmente, con evidente placer, sin dejar de mirar a Tomás. Él chasqueó la lengua con gesto de frustración.

—¡Marina, por favor! Necesito hablar contigo, explicarte muchas cosas; quiero que al menos te dignes a escucharme... ¡pero antes necesito beber algo, por favor!

—¡Te aguantas! No hay nada para ti. Limonada y «chimpún» —replicó secamente.

—¡Ah! ¿También hay «chimpún»? —preguntó con fingido asombro —. ¡Pues quiero probarlo!

Marina empleaba aquella expresión en lugar de un «se acabó» siempre que quería zanjar una discusión y él o no lo había entendido o lo tomaba a broma y por tonta que fuera, la sorprendió, y casi se le escapó la risa. Reaccionó rápidamente, escondiendo el rostro en el hombro, y logró reprimir la carcajada apretando fuertemente los labios. Cuando se repuso, le dirigió una mirada de pocos amigos.

—Picor de nariz, ¿no? —le espetó Tomás, frunciendo el ceño.

—Sí, eso mismo.

—Pues mira, a mí me pica la garganta y, si no me das un vasito de «chimpún», probaré esto, que ya sé a qué sabe —dijo, robándole la cerveza.

—¿A qué sabe? —preguntó, maliciosa, Marina.

Se la llevó a los labios, imitando los gestos sensuales que le había visto hacer a ella antes.

—Mmmm... Sí, tiene un gusto que ya he probado antes. Un gusto inconfundible. Sabe... a lechuga.

— ¡Vaya! ¿A qué tipo de lechuga? —preguntó con picardía.

—A ver si consigo recordar el nombre... Mmmm —dijo pensativo— ... Una así, redonda, apretadita... ¿Cómo se llamaba?

—¡Iceberg! —gruñó ella. La verdad es que esperaba que le respondiera «hoja de roble»; le fastidiaba bastante ver que volvía con sus sempiternas burlas.

Se miraron y Tomás sonrió, haciendo que Marina olvidara sus reparos una vez más.

—Lo siento, lo siento... ¡lo siento! —repitió él.

—¿Se puede saber qué es lo que sientes?

La miró intensamente, como queriendo leer en su alma todos aquellos sentimientos que luchaban por salir a la superficie.

—Ahora mismo siento unas ganas enormes de acercarme y estrecharte entre mis brazos, de apretarte fuertemente contra mí y dejar que mi cuerpo sea el que te diga sin palabras todo aquello que siento.

Marina sintió que el calor que le subía por dentro se combinaba con el que aún saturaba la tarde hasta convertirse en algo casi insoportable; esas palabras le parecían demasiado excitantes como para quedarse allí escuchándolas sin inmutarse. Necesitaban tener una conversación en condiciones, pero en ese momento la atraía mucho más lo que Tomás acababa de proponerle.

—Pero tranquila, que esto es una fiesta infantil, sabré contenerme —prosiguió él—. A ver, Marina, voy a intentar explicarme rápido porque no quiero molestar más de lo que ya lo he hecho. Escúchame y me marchó... Casi me bajo del coche aquel día para coger tu bicicleta y tirarla al canal. Llegué a la fábrica a punto de darme un

ataque, porque de verdad creí que te atropellaba. —Cerró los ojos y negó suavemente con la cabeza, rememorando aquel momento—; estuve en mi despacho un buen rato sin poder hacer nada, intentando tranquilizarme; salí al baño sin haberme repuesto del todo de aquel susto, y entonces te veo allí sentada, en el taller de patrones... ¡en mi empresa! Me entró una mala leche que... quería acercarme y explicarte un par de cosas, pero te giraste y me miraste... Y ya solo quería conocerte como fuese, mirar tus ojos de cerca, tocar ese pelo que iluminaba todo el taller.

Marina escuchaba sus palabras sin siquiera acordarse de respirar.

—Y cuando me acerqué a ti y pude verte mejor, ¿sabes qué? Pues que me di cuenta de que allí no tenía nada que hacer, porque tú no eras como nadie que yo hubiese conocido antes. ¡Qué no, Marina! ¡Que tú no estabas a mi alcance y yo no tenía nada que hacer contigo! Me asusté; me vi ridículo a tu lado, sentí rabia de ser yo mismo. Pagué mi frustración contigo. Eras lo que más deseaba y acabé haciéndote daño.

Lo miró y la embargó la tristeza: qué mal habían interpretado ambos todo lo que había ocurrido entre ellos aquel día.

—Pero a pesar de todo pensé en luchar por ti, de todas esas maneras que me has visto hacer, unas veces con bromas, otras pinchando tu orgullo, tu humor... con el único fin de hacerte saltar, que te volvieses contra mí para enredarnos una y otra vez en esa dialéctica que teníamos. Ya te lo dije, quería entrar en esa maraña que creo que son tus sentimientos hacia mí. Por eso la otra noche me puse tan mal cuando me dijiste que siempre habías sabido que mis intenciones iban solo encaminadas en un sentido contigo.

«¡Qué tontos que hemos sido!», se lamentó ella. Qué distinto habría sido todo si desde el principio no se hubieran empeñado en malinterpretarse el uno al otro a cada paso...

—Prefiero no hablar de eso —replicó Marina—. Me da bastante vergüenza.

—Pues no la tengas, la culpa de todo fue mía. ¡No sé qué trastorno se apoderó de mí, Marina, cuando te sentaste encima mío!

—¡No sigas, por favor! —suplicó ella, sonrojándose.

—Sí, claro que voy a seguir. Tus palabras de aquella noche —Cerró los ojos—: «Me tienes para ti». —Abrió los ojos y la miró con desesperación—. ¡Marina! No sabes cómo deseaba ese momento... tú encima de mí, tocándome... ¡no sé cómo no pasó nada! Fui un cobarde por no decirte lo que sentía claramente desde el principio; lo intenté en varias ocasiones, cada vez que te pedía que me dejases conocerte, pero tú me lo negabas todo, y yo no encontraba el modo de acercarme a ti. Todo contigo era un «no». ¡Fuiste muy dura, Marina! ¿Cómo pensabas que yo creía que estabas a mi alcance? ¡Si estábamos más separados cada vez!

Se hizo un silencio incómodo en el que solo se escuchaba el sonido de los niños enfrascados en sus juegos.

—Ya le he pedido perdón a Fran. Estuvimos hablando de ti, del mal rato que pasaste con Virginia, y me sentí muy mal. Te juro que no era yo quien hablaba; me salió ese Tomás que llevo dentro, ese que aparece cuando menos me lo espero, como el día que te conocí. Nunca seré como quiere mi padre que sea, no sé hacerlo. Me da pánico ir de visita a cualquiera de las dos fábricas; no sé cómo reaccionar en según qué situaciones y se me acaban escapando de las manos. No debí manifestar mis sentimientos ante los demás empleados. Siento que lo hayas pasado mal por mi culpa, y siento el poco tacto que he tenido al tratar de explicarte mi punto de vista. Mi sitio está en un despacho; no sé cómo mi padre pensó en algún momento que yo podía ser como él. Por eso te pedí que te despidieses el día que me lanzaste el casco: nos estábamos haciendo daño. No quería sufrir más contigo allí.

—Necesitaba ese empleo —le reprochó ella.

—Dudé muchas veces si ofrecerte o no un empleo en mis oficinas, donde pudiesen sernos útiles tus conocimientos en idiomas. Y, cuando por fin lo hice el día que te descubrí dormida, ¿acaso no viste que estaba siendo sincero con mi oferta? Me dolieron tus palabras, Marina, no entendí que me despreciases así. Cuando te pedí que te despidieses, ya no vi oportuno repetirla, con tu enojo y todo lo que ya nos había pasado...

No sabía qué decir; sentía tanto todo lo que se habían dicho... Elvira

tenía razón: Tomás no había sabido hacerlo mejor, y lo cierto es que ella tampoco se lo había puesto nada fácil.

—No te voy a molestar más —concluyó él—; ya he entregado tu regalo y me he disculpado. Si puedes entenderme, te lo agradeceré. Lo último, y me voy: quería ofrecerte mi casa de la playa para que descanses y disfrutes unos días... a no ser que quieras volver a la fábrica.

—No pienso volver —afirmó tajante. En eso no había discusión posible.

—Pues ven a la playa, creo que te lo mereces. ¡Prometo no molestarte!

—No voy a ir —aseguró ella.

—Lo imaginaba... Conmigo, no. Conmigo, nada.

Tomás se pasó una mano por el pelo. Miró al suelo, sin saber qué decir. Con aspecto derrotado, dejó la cerveza encima de la mesa. Luego titubeó un momento, sacó su cartera del bolsillo de atrás del pantalón y le tendió una tarjeta.

—Es el número de mi móvil; llámame si cambias de opinión. Sea la hora que sea, me encantará venir a recogerte.

Durante unos segundos, Marina no reaccionó. Tomás continuaba con el brazo extendido, pero ella no se movía. Por fin, suspiró y tomó la tarjeta que él le ofrecía. La expresión de Tomás se relajó, y ella se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

—Solo por eso, te doy las gracias. —Sonrió él, cogiendo otra vez su cerveza y bebiendo un largo trago—. Me sigue encantando tu sabor —dijo al acabar, poniéndole la botella entre las manos.

Se miraron; ella se dio cuenta de que aquella era una despedida y de que lo que más deseaba era irse con él, asirse a su mano, reposar la cabeza contra su hombro, escuchar cosas como las que le acababa de decir. Lo deseaba, pero no era capaz de moverse, de hablar, de reaccionar, pese a aquellos ojos que la miraban, suplicándole una oportunidad. «¡Marina! —gimió una vocecilla dentro de ella— ¡Por Dios, haz algo!». Pero era incapaz de salir de aquel estado de inmovilidad total.

—Te voy a dar un beso, porque quizás sea el último —dijo él.

Se acercó un poco más, y ella, respirando su aroma, cerró los ojos unos segundos. Tomás le acarició suavemente la mejilla con los nudillos y le dio un beso donde acababa de tocar su piel. Sin separarse de ella, susurró junto a su oído:

—No puedo librarme de la sensación de que no volveré a verte, y eso no me gusta. No me lo creo... ¡no lo quiero! —gimió.

Los labios de Marina parecían estar sellados; «¿Cómo eres capaz de no decir nada en una situación como esta?», le chilló de nuevo la vocecilla, pero continuó callada.

—Al final me he dado cuenta de que tenías razón. —Ella lo miró sin comprender—. Cuando llegue la temporada de las mandarinas, tú y yo no estaremos juntos.

Al escuchar aquella triste profecía —su propia profecía— salir de la boca de Tomás, Marina tuvo que ahogar un sollozo. Lo contempló inmóvil, con la mente en blanco, mientras se perdía entre la gente sin volver la vista atrás. Al cabo de un rato notó un tirón en el vestido. Cuando miró hacia abajo, vio a su ahijada tendiéndole un globo.

—¿Para mí? —preguntó, sonriente, aunque las lágrimas luchaban por asomar a sus ojos.

—Sí. De parte de él —respondió la niña, señalando hacia la puerta del jardín que daba a la calle.

Desde allí, Tomás la miraba. De repente, la niña presionó un palito afilado contra la fina superficie del globo, y este explotó. Marina se echó a reír: le encantaba esa sensación cuando el liviano objeto desaparecía de entre sus manos y estas se quedaban abrazando el vacío. Miró de nuevo a Tomás, que le hacía el gesto de victoria con los dedos. Después, le dijo adiós con la mano y salió del jardín.

## Capítulo 11

Se sentía tremendamente aburrida, cansada, desgana... Y podría haber seguido sumando adjetivos a su lamentable estado de ánimo, pero no tenía fuerzas siquiera para eso. Ante todo, le pesaba la soledad; su madre y su abuela habían ido al campo, a pasar unos días a casa de su tía Luisa. Por supuesto, le habían pedido que las acompañase, pero no le apetecía nada la visita: tía Luisa, la hermana de su abuela, era muy pesada. Una perfeccionista a la hora de comer, de hablar, de comportarse. La hacía sentirse como Heidi en casa de Clara, con aquella insoportable institutriz. Su abuela siempre se reía con la comparación.

—No soporto que me corrija todo el rato. —Le había dicho antes de que se marcharan.

—Quédate tú, que puedes. —Había sido la comprensiva respuesta de Maribel—. Tu madre y yo haremos de Heidi unos días; la pobre está sola y necesita desahogarse con alguien.

Los primeros días después de que se marchasen los dedicó a organizar el material que necesitaría para retomar la tesis cuando acabase agosto, pero antes de que pasara una semana se dio cuenta de que no era capaz de concentrarse lo suficiente en la tarea. No dejaba de pensar en Tomás y en su invitación: sentía que había sido sincero con ella, pero no acababa de decidirse a llamarlo. A veces se sentaba en la cama con el teléfono en la mano y así pasaba horas y horas, inmóvil, indecisa, llena de apatía. Estaba confundida, llena de dudas.

En ese estado de ánimo se encaminó una tarde a casa de Elvira.

Necesitaba salir, hablar con alguien. Su amiga se había dedicado a martillearla con llamadas a todas horas para rogarle, ordenarle o convencerle de que llamase a Tomás. Cada vez que hablaban, se animaba y se planteaba seriamente hacer lo que le pedía, pero nunca se atrevía.

Elvira abrió la puerta con cara de pocas amigas y, en lugar de saludarla, le espetó una pregunta a bocajarro:

—¿Has llamado ya?

Marina negó con la cabeza.

—¡Ese hombre se muere por que le llames! —le dijo, sacudiéndola ligeramente por el brazo.

—Y yo me muero por llamar —replicó Marina, y una risa nerviosa escapó de sus labios.

—Pues entonces no entiendo nada. Tú le gustas, él te gusta: debes llamarlo ahora, ya... ¡de inmediato! —exclamó.

—Pues yo no lo veo tan claro. No creo que le apetezca realmente que vaya. Tengo la impresión de que su invitación es para compensarme, una forma de pedir perdón, no que lo haga por gusto, sino más bien por obligación; o quizás solo sean remordimientos por lo mal que me lo ha hecho pasar.

—Eso no lo sabrás hasta que no le llames y pases con él unos días —repuso su amiga—. ¡Anímate! Aunque solo sea para este fin de semana, ¿quién sabe lo que puede pasar?

—Absolutamente nada —le aseguró Marina con convicción—. Ya han pasado demasiadas cosas entre él y yo; el pobre debe de estar cansado y saturado de mí. Creo que le doy un poco de miedo.

—Me lo das hasta a mí, ¡fíjate en lo que te digo! —exclamó Elvira mirando hacia el techo con desesperación.

—¡Gracias por intentar convencerme de que estoy equivocada!

—He querido convencerte de lo buena idea que era estar con Tomás desde el primer día que hablaste de él, ¿y me ha servido eso de algo? ¡No! ¿Pues qué más quieres de mí? Mi obligación de amiga fiel y sincera terminó hace mucho —dijo con sequedad.

Cruzaron unas miradas cómplices.

—¡Lárgate ya con ese hombre y que te haga feliz! —gritó Elvira por



fin, empujando a su amiga hacia la puerta.

—¡No sé qué hacer! —gimoteó, tan solo medio en broma, Marina.

—Ve, y que pase lo que tenga que pasar. Y en el peor de los casos, al menos disfrutarás de unos días de sol y playa: solo por eso ya estaría bien.

Marina negó con la cabeza y se mordió el labio, indecisa.

—¡Tienes que llamar! O lo haces tú o lo hago yo; recuerda que tengo su número —amenazó Elvira, descolgando el teléfono. De repente, sus ojos se agrandaron y sonrió—. Marina, ¿quieres ver los mensajes que Tomás me envió durante todo el asunto del concierto? ¡Había olvidado que todavía los tenía! Quise borrarlos por si alguna vez los descubrieras y tu ira se volvía contra mí —se echó a reír—, pero no lo hice —hablaba y sus dedos se movían frenéticamente por la pantalla del móvil hasta que encontró lo que buscaba—. ¡Ajá, aquí están! —exclamó, triunfante.

Giró el teléfono para que su amiga pudiese leer los mensajes con comodidad.

—Este es el primero, para confirmarme la reserva y todo lo referente al viaje —comentó—. Puedes saltártelo. Pero este es de antes de irnos, cuando él esperaba a que yo te invitase y quería conocer tu respuesta.

«¿Qué ha dicho Marina? —leyó esta en silencio—. Dime que ha aceptado. La veo triste y mal, y yo no he ayudado mucho; la hice llorar. Tienes que convencerla como sea».

—Fue cuando me besó, y me dio tanta pena el comprobar lo mucho que lo necesitaba que no pude contener las lágrimas —explicó.

—Y aquí tienes dos más: cuando le respondí que habías dicho que sí, solo dijo: «Qué alivio». —Marina leyó en la pantalla—. El otro fue para desearnos buen viaje. Me llamó antes de ir al concierto para ver qué tal estabas, pero apenas pude hablar; estabas siempre delante. —Se echó a reír—. Por la noche estuvimos un rato hablando de él, ¿te acuerdas? ¡Me dijiste tantas cosas! Pero sobre todo que lo querías y que te gustaría tenerlo allí. Me envió un mensaje para ver qué tal había ido todo. No podía contestarle; ¡no dejabas de hablar! Me dio mucha pena verte llorar y luego escuchar cómo lo echabas de menos.

Esto fue lo que le dije: «Tienes que hablar con Marina, prométeme que lo harás. ¡Hazlo o se lo cuento todo! No nos conocemos de nada, pero a ella la quiero y no se merece sufrir. Creo que es justo que le cuentes lo que está pasando».

—¿Y qué te dijo? — replicó Marina, con los ojos brillándole de impaciencia.

—«Merezco un no —leyó Elvira— lo espero, lo oigo cada vez que la miro, sin necesidad de que me lo diga con palabras. Elvira, como tú bien has dicho, no nos conocemos de nada, pero te voy a confesar algo: no me atrevo».

Su amiga prosiguió:

—Este fue su último mensaje: «Cuídamela». ¿Lo estás leyendo, Marina? No «cuídala», sino «cuídamela», porque te siente como algo suyo. Luego me disgusté con él cuando volvimos y vi que continuaba machacándote y no se declaraba. Es verdad que ese hombre no ha sido muy delicado en algunas ocasiones; sé cómo te ha hecho sentir, Marina, pero creo que él tenía razón, te ve confusa y quiso luchar por ti ¡Venga, llámalo! Os merecéis una oportunidad.

Se miraron fijamente hasta que, al fin, Marina bajó los ojos.

—Está bien, llamaré —murmuró.

—¡Lo vais a pasar de miedo! —se regocijó Elvira.

—Bueno, no sé si todavía seguirá en pie la invitación —masculló Marina.

Sus dedos recorrieron nerviosamente las teclas del móvil, tratando de hallar el nombre correcto entre los contactos. Sin embargo, un segundo después arrojó el aparato sobre la mesa y enterró el rostro entre las manos.

—¿Y si no funciona? —preguntó con voz temblorosa.

—¡El teléfono funciona perfectamente! —replicó Elvira con exasperación.

—No me refiero al teléfono.

—¡Ya lo sé! ¡Cállate y llama de una vez!

Pero ella no se movió. Elvira la miró en silencio; parecía morir de ganas de decirle algo, pero al final permaneció callada, respetando la angustia de su amiga.

—Elvira —dijo esta al cabo de un rato—, tengo miedo. No vivo pensando en lo que más deseo, estar con él, pero no quiero sufrir. No me encuentro demasiado bien después de todo lo que pasó con mi padre; no sé si podría recuperarme de un desengaño. Anímicamente, no estoy en mi mejor momento.

—¿Prefieres dejarlo marchar sin saber siquiera qué te puede ofrecer?

«¿Quiero dejarlo marchar?», se preguntó, dubitativa. «No, claro que no quiero», decidió al fin.

Recogió el teléfono con decisión y, sin pararse a pensar lo que estaba haciendo, marcó el número de Tomás. Contuvo el aliento hasta que el tono de llamada se transformó en una voz sorprendida al otro lado de la línea

—Marina, sé que este es tu número de teléfono, pero ¿de verdad eres tú quien me está llamando?

—Hola, Tomás —dijo ella, con voz ahogada.

No hubo respuesta, y Marina sintió cómo los nervios volvían a adueñarse de ella. Se secó el sudor de la frente.

—Voy a colgar —le susurró a Elvira, tapando la pantalla del teléfono—. Ni siquiera sabe para qué lo llamo.

—¡Claro que lo sabe! —se desesperó su amiga, aunque sin llegar a levantar la voz—. Ese hombre sabe hasta lo que te ha costado tomar la decisión de llamarlo.

Se mordió los labios mientras volvía a acercar el móvil a su oreja.

—Tomás, no hagas lo mismo que hice yo, no me castigues con tu silencio. ¿Acaso tratas de vengarte de mí? —preguntó, intentando aparentar una ligereza que no sentía.

Su risa familiar la tranquilizó.

—No lo pretendía, la verdad, pero, por curiosidad, ¿cómo te has sentido?

—Mal. No es agradable que te ignoren —reconoció, recordando lo dura que había sido con él cuando en las ocasiones que Tomás se mostraba cercano y sincero, su orgullo no la había dejado sincerarse y mostrarse tal y como era en realidad.

—Se me ocurren algunas formas de hacer que lo olvide, pero si

tienes algo que aportar, lo escucho.

—Vamos a ver... puedo empezar por aceptar la invitación a tu casa.

—Me vale. ¿Algo más?

—Prometo hablarte de mí todo el tiempo. No voy a callar ni de día ni de noche: voy a ser tu cotorra particular.

—¿Para eso vas a venir? ¡Qué dolor de cabeza! Creo que estoy muy ocupado; aplazamos tu visita, ¿te parece?

—Si vienes a recogerme, me pondré las sandalias que me regalaste.

—Tu oferta no me anima. Creo que sigo ocupado.

—Tomás... ¡es que solo me pondré las sandalias! —aclaró, juguetona.

—¡Júralo!

—Lo juro —aseguró ella.

Ambos se echaron a reír.

—Déjame arreglar un asunto que tengo entre manos. Ahora mismo estoy en la oficina, pero creo que en un par de horas podré estar ahí.

—Si no puedes venir hoy, no te preocupes... —Su frase se cortó cuando notó los dedos de Elvira pellizcar su brazo. Levantó la vista: su amiga la fulminaba con la mirada.

—¡Perdona, Marina! —se apresuró a decir Tomás—. Estaré ahí aunque tenga que llegar arrastrándome, y esto no es una promesa... ¡es una amenaza! ¡Ya no te me escapas, pelirroja!

—Ni yo lo pretendo.

—¡Eso ha sonado muy bien! Mmmm... Creo que en menos de una hora puedo recogerte... ¿qué digo? Igual hasta puedo ir ya; ¡para algo soy el dueño de esto!

—¡Vaya! ¡Parece que hay prisa!

—Es que esas sandalias son muy bonitas, Marina. Estoy loco por verlas.

Se despidieron entre risas, y ella colgó el teléfono. Respiró aliviada, y Elvira la abrazó con fuerza.

—¡Estoy emocionada, ilusionada, feliz! Creo que hasta me excito solo de pensar en el fin de semana que te espera con ese hombre. ¡Qué envidia me das, de verdad! —exclamó, sonriente.

—¡Elvira, eres tremenda! —Marina seguía sorprendiéndose con

aquellos comentarios que su amiga soltaba con tanta naturalidad.

—Tremendo es cómo se va a poner él cuando te pille por banda.

—¡Calla ya!

—¡No me da la gana! ¡Como si tú no pensases lo mismo! ¡Anda ya, guapa! —exclamó entre risas—. Y ahora vete a casa, ponte mona y prepara tus cosas.

—¡Pareces mi madre con tanta indicación!

—¡Espera un momento! Se me acaba de ocurrir algo. —Salió del salón y al cabo de unos minutos regresó con un vestido en la mano.

—Ten —dijo, ofreciéndole la prenda—. Llévatelo por si te hace falta.

—¿El vestido de la cena de tu pedida de mano? —repuso Marina, incrédula—. ¡No, ni hablar! Además, no creo que lo necesite.

—¡Qué ingenua eres! ¿Acaso piensas que no vais a salir a ninguna parte? Venga, cógelo —insistió—. ¡Se va a derretir cuando te vea con él puesto! Este vestido dice: «Tomás, te voy a comer sí o sí». ¡Se va a sentir como si fuese virgen de nuevo! —dijo, riendo a carcajadas.

—¡Qué bruta eres, de verdad! —le recriminó, sin poder ella misma contener la risa.

Lo cierto es que llevarlo era una buena idea: si al final acababan saliendo, no tenía nada que estuviese a la altura de la ocasión. Miró el vestido y recordó el día en que había acompañado a Elvira para que lo comprara; era su pedida de mano y necesitaba algo elegante con lo que poder deslumbrar a Fernando y sus futuros suegros. Las dos quedaron prendadas del vestido nada más verlo en el escaparate, y, solo por gusto, también ella se lo probó. Nunca se lo había dicho a su amiga, pero...

—A ti te sentaba mejor que a mí —reconoció Elvira, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. ¡Vamos! ¡Cógelo y vete ya!

Obedeció a su amiga y corrió hacia su casa. En menos de una hora tenía su pequeño equipaje preparado, se había duchado y hasta le había dado tiempo a arreglarse. Se había puesto unas bermudas blancas combinadas con una blusa amarilla que hacía resaltar el naranja de su pelo. Buscó las sandalias de Tomás y sonrió con picardía mientras se las abrochaba. Recogió sus rizos hacia atrás con una fina diadema y se sentó a esperar; no quería hacerse ilusiones ni

especular sobre lo que podía pasar, pero no podía evitar el sentirse emocionada: parecía una niña invitada a su primera fiesta.

Cuando escuchó el ruido de un coche al aparcar frente a su casa, una sensación eléctrica recorrió todo su cuerpo. Se levantó y miró por la ventana, confirmando con los sentidos lo que su corazón ya sabía: ahí estaba ese jeep que conocía tan bien. Sus manos comenzaron a temblar ligeramente, y una oleada de emoción la invadió. Tomando su bolsa de viaje y el portatrajes donde había guardado el vestido de Elvira, abrió la puerta. Tomás ya había bajado del coche, y Marina por fin le sonrió, y no solo con la boca: sus ojos, su cuerpo, todo su ser le comunicaban lo mucho que se alegraba de verlo. Él, por su parte, le regaló una espléndida sonrisa. Después, frunció el ceño y la señaló.

—Has faltado a tu juramento; ¿vengo a más velocidad de la permitida y me encuentro con esto?

Ella cerró la puerta y se acercó hasta él.

—Me desnudo en el coche, palabra —susurró en su oído.

Tomás sonrió y rozó levemente su mano.

—¿Nos vamos? —preguntó mientras le quitaba rápidamente la bolsa y el portatrajes de las manos.

Con la mano que le quedaba libre abrió la puerta del asiento del copiloto, la sujetó por el brazo y con un rápido movimiento de cintura, la empujó hacia el interior del vehículo y cerró la puerta. Marina se rio con ganas. Tomás metió sus cosas en el maletero y se acomodó en el asiento del conductor. Se miraron unos segundos en silencio.

—Estoy esperando —dijo él finalmente.

—¿Es que te lo crees todo?

—Sí, y así me va —confesó él mientras arrancaba—. ¿Entonces, hoy sí vendrás conmigo?

—Sí, a donde me quieras llevar.

—¿Me das permiso para raptarte?

—¿Crees que serás capaz de hacerlo?

Él entrecerró los ojos y esbozó una media sonrisa mientras presionaba el cierre centralizado del coche. Los dos se abrocharon los cinturones al mismo tiempo.

—Pues ya tardas, Tomás —continuó Marina, señalando la carretera—. ¿Cómo era aquello que dijiste... «mujer de cabellera anaranjada...»?

Tomás trató de arrancar, pero el vehículo se caló. Frunció el ceño y la miró con expresión seria.

—«Mujer de cabellera anaranjada tiene tan loco a hombre de cabellos canosos que hasta se le olvida quitar el freno de mano cuando sube a su coche» —recitó mientras se golpeaba suavemente la cabeza contra el volante.

Ella le sonrió. Él suspiró, quitó el freno y, por fin, el suave ronroneo del motor inundó el interior del jeep.

—¡Mira cómo me tienes! —exclamó en tono quejumbroso—. Ahora sí, vámonos ya.

Anochece cuando salieron del pueblo. Tomás no decía nada y Marina, con los nervios a flor de piel, temía comenzar a soltar estupideces. «Pero ¿qué le pasa ahora a este hombre? —se dijo exasperada— Siempre con sus bromas y sus comentarios, y ahora no dice ni mu». «¿Y qué te esperabas, Marina? —le replicó aquella vocecilla interior que últimamente tanto la incordiaba— El pobre hombre tiene miedo porque, cada vez que abre la boca, o le ladras o le muerdes».

—¿Te importa si pongo música? —preguntó él finalmente—. Pero nada de Coldplay; así evitaremos discusiones.

Marina rio aliviada.

—¡Eh! —exclamó él—. ¿Ya no te pica la nariz?

—¡Perdóname! —suplicó ella; seguramente, si le hubiera sonreído antes ambos se habrían ahorrado mucho dolor y mucha rabia.

—¡No te preocupes! —Sonrió Tomás, extendiendo la mano para tocarla en la pierna. Sin embargo, antes siquiera de rozarla, la retiró de golpe, como si temiera propasarse.

Pero Marina la sujetó antes de que la apartase del todo, y entrelazó sus dedos con los de él. Los ojos de Tomás se abrieron como platos, asombrados y encantados, y correspondió a su gesto apretando con tanta fuerza que ella solo pudo inspirar intensamente, dejando que sus ojos se llenaran de lágrimas emocionadas. En ese momento, solo

quería sentirse arropada, abrazada, amada. Cuando él tuvo que soltar su mano para cambiar de marcha, ella giró la cabeza y le besó levemente en la mejilla. Él se crispó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡Por Dios, Marina! Mira que no llegamos a la playa —le avisó.

—¿Por qué dices eso? —Sonrió ella seductora.

—¡Vamos! Sonrisas, risas, apretones de manos, besos en la mejilla... no sé si soy digno de este despliegue de cariño. Si va a haber algo más, avísame, por favor, para que vaya buscando un hotel en el GPS.

Marina se echó a reír.

—Tranquilo, solo ha sido un momento de debilidad —le aseguró ella.

—¡Vaya! Y yo pensando que soy irresistible —se lamentó, sonriendo.

—Y lo eres, pero solo a ratos.

—¿Y este no es uno de esos ratos?

—No. Bueno, y ahora, ¿quieres oírme hablar o no? Era una de mis ofertas, pero puedo retirarla.

—No, no. Quiero decir, sí, vamos... que sí, que quiero que hables... Joder, ya no sé ni lo que digo —dijo, llevándose una mano a la frente.

—Entonces, ¿me dejas que te dé la brasa con mi tesis? Podemos discutir y me das tu opinión sobre lo que te apetezca; así sabré si es verdad que la estás leyendo —dijo con expresión maliciosa.

—Vale, me has pillado: mentí; solo quería parecerme interesante.

—Pues ahora te aguantas, porque te voy a soltar de nuevo mi rollo infumable.

—De acuerdo... ¿hablamos de «Literatura de combate y rebeldía»?

—¡Entonces sí que la estás leyendo! —dijo ella con regocijo.

—Hummm... la verdad es que no; solo leo cosas así, por encima, y las memorizo para impresionarte —dijo él con seriedad.

Al ver la expresión confundida de Marina, Tomás se echó a reír. Luego alargó la mano y presionó levemente la rodilla de ella, que se estremeció ante aquel contacto.

—Te escucho, pelirroja.



—¡Gracias, Tomás!

—¿Por qué?

—Por tratarme así en estos momentos. Por mostrarte tal y como eres, como ese hombre que yo sabía que eras. Por... —Sintió que la emoción la embargaba y se detuvo; no quería llorar, porque sabía que si comenzaba no podría parar en un buen rato, y tenía demasiado que contarle. Tantas y tantas cosas...

Respiró hondo, y cuando hubo logrado tranquilizarse, comenzó a hablar. Tomás la escuchaba atentamente, le hacía preguntas, opinaba, pedía información que desconocía... Marina se sentía feliz, segura por fin de que su interés era real y sincero.

\*\*\*

—¡Hemos llegado! —anunció él de repente. Marina dejó de hablar, confusa: para ella el tiempo apenas había transcurrido desde que salieran de su casa.

Sacando un mando a distancia de la guantera, Tomás abrió la valla que bordeaba la casa. Aparcó el coche en el interior del garaje y bajaron. Él sacó sus cosas del maletero, fue hasta el panel de luces y conectó varios interruptores antes de guiarla hasta la salida.

El jardín se había iluminado, y aunque desde donde estaban no se veía gran cosa, a Marina le dio la impresión de que se trataba de un espacio extenso. Doblaron juntos la esquina de la casa, y la brisa del mar azotó sus rostros, jugando con los rizos de Marina. La recorrió un ligero escalofrío, y aquella sensación fresca y limpia sobre su piel le resultó absolutamente deliciosa. Los focos que inundaban el césped de luz apenas si dejaban ver los contornos de la casa, pero le pareció bastante grande. Cerca de la estructura mayor se encontraba otra más pequeña, situada al borde de la piscina, también iluminada y también de buen tamaño. Tomás abrió la puerta de la casita y la miró sonriente.

—¡Qué bonita! Dan ganas de nadar un rato —dijo Marina, acercándose a la piscina y tocando el agua—. ¡Y está estupenda!

Él se encogió de hombros.

—Pues si te apetece, adelante, no te quedes con las ganas —le dijo, sin hacer ademán alguno de acercarse.

Marina dudó un momento, pero al final rechazó la idea: si él no pensaba tirarse al agua con ella, el chapuzón perdía gran parte de su encanto. Avanzó hasta la casita. Siempre siguiendo a Tomás, atravesó un reducido recibidor y llegó hasta una solitaria habitación. Dominando la estancia, se encontraba una gran cama de matrimonio sobre la que él depositó con cuidado su escaso equipaje. A un lado podía verse un pequeño sofá ante un televisor y una barra que señalaba los límites de una pequeña cocina. Sobre la barra reposaba un bol lleno de fruta fresca.

—He pensado que aquí no te molestará nadie. Puedes salir y entrar a tu antojo.

«¡Vaya! ¿Y quién podría molestarme?», se preguntó. Por su mente pasó la desagradable idea de que tal vez él no viviera solo.

—Y ahí está el cuarto de baño —continuó él, señalando una puerta al otro lado de la cama.

Una vez que Marina hubo explorado la casita a su entera satisfacción, él la guio de nuevo hasta el jardín. Allí, abrió una portezuela en la valla que rodeaba la casa y salió al exterior. El ruido de las olas se podía percibir perfectamente desde allí.

—Este es el camino de bajada hasta la playa, por si la piscina se te queda pequeña y te apetece darte un baño nocturno.

—Creo que no. La oscuridad me da miedo.

—Me alegro —repuso él con una sonrisa—. Me quedo más tranquilo sabiendo que estás ahí, acostada y tranquilita.

—No sea que me rapte un «sireno» —apuntó maliciosa.

—Al «sireno» seguro que no podrías hechizarlo con fascinantes charlas sobre tesis, así que quédate en la casita... ¡no me hagas sufrir! —suplicó, juntando las palmas de las manos.

Ella rio con ganas, pero se contuvo cuando el móvil de Tomás comenzó a sonar. Él se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Suspiró y volvió a guardarlo rápidamente.

—Ese asunto del que te hablé antes de pasar a recogerte... todavía no está resuelto. Vas a tener que perdonarme porque no tengo más

remedio que dejarte sola —se disculpó.

—Debí haber venido otro día —repuso ella, mordiéndose el labio.

—No digas eso, por favor. Quería que te instalaras aquí cuanto antes, pero no pensaba que te fueras a sentir violenta. ¿Te apetece cenar?

Lo cierto es que no tenía nada de hambre, pero asintió sonriente. No quería preocuparlo ni incomodarlo.

—En la nevera tienes zumo, leche, queso... y no recuerdo qué más, pero puedes entrar en casa y servirte lo que quieras o prepararte cualquier cosa en la cocina. Dejaré la puerta abierta; es aquella, la que está pintada de azul.

El teléfono volvió a emitir su insistente llamada, pero él dejó que sonara.

—Me alegro de que hayas venido, aunque creo que tan solo con ver la sonrisa con la que me has abierto la puerta de tu casa ya me habría dado por satisfecho. Ha sido la primera vez que me sonríes; bueno, que me sonríes de verdad, sin ironía ni... bueno, ni mala leche. ¿Lo sabías?

—Sí —admitió Marina con tristeza—, la verdad es que he sido bastante cicatera con ese tipo de gestos, como tú dijiste. Me temo que me he dosificado demasiado.

—¿Sííí? ¡Vaya, pues no me había dado cuenta! —exclamó, y ambos prorrumpieron en carcajadas.

—Me he reído mucho contigo —confesó Marina cuando recobraron la seriedad. Él pareció genuinamente sorprendido.

—¿Y cuándo fue eso? Porque te aseguro que yo me lo he perdido.

—El día de las lechugas fue la primera vez.

—¡Pues cuánto me alegro! —dijo, riendo de nuevo—. Estuve horas buscando una frutería que tuviera todas o casi todas las variedades, porque de otra manera no hubiera tenido gracia la cosa. Tuve a todas las secretarias movilizadas; lo recuerdo y no me reconozco. Tuvieron que hacer un pedido a la lonja... ¡no sé ni lo que me dio! Dijiste que aquella noche seguro que no había podido dormir pensando en tu cara, y no estabas muy desencaminada. Pero también pensaba en la cara de tu madre y... bueno, en la de tu abuela no porque todavía no

la conocía. ¡A saber qué pensaría la buena mujer de mí!

—Desde entonces te llama «el muchacho de las lechugas».

Tomás rio de nuevo.

—¿Y qué hiciste con tanta lechuga?

—Se las llevó una prima que tiene una frutería.

—¿Todas? —preguntó él entrecerrando los ojos.

—La «hoja de roble», con mucha pena, me la comí. ¡Era tan bonita, con su lazo, metidita en aquella cesta! —dijo, sonriente.

—Mi secretaria no entendía nada cuando le pedí que diera orden de enviarla así. Ahora que lo pienso, todavía le debo una explicación.

—¿Les das explicaciones a tus secretarias? —preguntó alarmada.

—A Sofía, sí; es un ángel, y, más que su jefe, soy su amigo. A Carmen no, puedes estar tranquila.

El móvil volvió a sonar por tercera vez, y el rostro de Tomás se ensombreció.

—De verdad que me tengo que ir; perdóname por no atenderte como es debido.

—No te preocupes —le dijo.

Él se alejó por el jardín pero, antes de que llegara a atravesar la puerta, Marina echó a correr tras él.

—¡Tomás! —lo llamó.

Él se detuvo y ella se le acercó, mirándolo a los ojos; él parecía expectante y ella no le hizo esperar. Pasando los brazos bajo sus axilas, apoyó la cara en su pecho y lo abrazó fuerte, muy fuertemente, mientras inspiraba su olor, llenándose el pecho con su fragancia. Notaba el calor que desprendía y escuchó su corazón acelerarse. Se emocionó al sentirlo así, tan cerca, acogiéndola en ese abrazo estremecido.

—Hace tanto que esperaba uno como este que no me lo creo —murmuró, estrechándola contra su cuerpo como si deseara fundirse con ella para siempre.

—Disfrútalo todo el tiempo que quieras —le susurró ella al oído—. No tengo prisa.

—Pero yo sí, y no quiero separarme de ti—replicó él, enterrando su rostro en el cuello de Marina. Permanecieron así unos instantes.

—Venga, es hora de que te vayas —murmuró ella, apartándose de él con un empujoncito cariñoso. Tomás la sujetó de la muñeca antes de que se alejara más.

—¿Podemos repetirlo mañana?

—Claro que podemos... ¿pero no vamos a hacer nada más? —Sonó desilusionada.

—¡Marina! —exclamó él, fingiendo escandalizarse—. Métete en la casa y cierra con llave.

—¿Por qué? Me encantan las visitas a horas intempestivas.

—¿Eso es una provocación?

—No, para nada. Es una invitación.

—Me temo que voy a tener que rechazarla —dijo, con una nota de tristeza en la voz.

—¡Pues menuda...! —Logró callarse a tiempo, pero él se echó a reír igualmente—. Que te quede claro que mi invitación tiene fecha de caducidad —gruñó, dándole la espalda sin saber muy bien si el rechazo le resultaba ofensivo o halagador.

—Marina —lo escuchó replicar—, algunos fabricantes usan la fecha de consumo preferente; quizá tú seas de esos y tu invitación no caduque hoy.

—Me parece que te vas a quedar con hambre —refunfuñó ella sin siquiera girarse.

Ya subía por la escalera que llevaba a la casa de la piscina cuando una mano la sujetó por la cintura, obligándola a darse la vuelta. No pudo evitar reír al ver la seriedad con que la contemplaba.

—¿En mi casa? En mi casa nunca me quedo con hambre... siempre tomo lo que quiero —aseguró con convicción.

Tomó su cara entre las manos y trabó aquellos labios suaves y finos entre los suyos, besándola ansiosamente, casi desesperadamente. Marina no podía parar de reír. Sentía mariposas en el estómago, como una quinceañera en su primera cita, y la cabeza ligera, como si hubiera bebido un par de copas.

—¡No te rías! —protestó Tomás—. Intento hacerme el seductor para que pases la noche sin dormir pensando en mí y en este sensual beso. Solo quiero que me eches de menos, que sudes añorando mi

cuerpo, y tú ahí, muriéndote de la risa... ¡soy patético!

—Entonces déjate de tonterías y ven a buscarme esta noche —le susurró al oído—. Mi oferta sigue en pie.

—No puedo —gruñó él, rozando su mejilla contra la de Marina—. Tenemos un problema con un pedido que sale mañana fuera del país y tengo que intentar resolverlo.

Marina suspiró.

—En fin, si no me dejas otra opción, tendré que pasarme la noche sin dormir pensando en el atractivo hombre de cabello blanco.

—¿Ahora soy atractivo? No hace mucho dijiste que era feo; la verdad es que aquello me dolió.—Fingió una mueca de pena.

—¿Y qué querías que hiciese? Dijiste que me harías desaparecer, así que tenía que defenderme, ¿no?

Tomás sonrió.

—¡Bésame de nuevo, nene! —le ordenó juguetona.

—¿Para qué? ¿Para que te rías? Antes rezaba simplemente por que me sonrieras, y ahora te ríes hasta con mis besos.

—Si consigues que me estremezca, no me reiré.

—¿Tengo que deducir entonces que todo este tiempo que has pasado sin reírte es porque te estremecías en mi presencia?

Marina, tomada por sorpresa, bajó los ojos.

—¡Vaya! —se asombró Tomás—. Así que era eso lo que pensabas. ¡Y yo, entretanto, sufriendo como un tonto!

La abrazó con fuerza y volvió a frotar su mejilla con la de ella suavemente.

—Me encanta que te roces así conmigo —confesó Marina.

—Mmmm —dijo él, saboreando el momento—. No sabes cómo me gusta oírte hablar así; ¿puedes repetirlo?

—Puedo decirte más cosas, si es que te apetece escucharlas —ronroneó mientras él asentía vigorosamente—. Veamos... lo que más me gustaba era mirarte desde atrás; ¡me moría de gusto cada vez que mi jefe me decía que subiera a su despacho! Me encantan tus vaqueros... la verdad es que me gusta todo de ti, Tomás, pero sobre todo tus manos —dijo, mientras entrelazaba aquellos grandes dedos con los suyos, finos y menudos.

Tomás ladeó un poco la cabeza y la contempló frunciendo el ceño.

—Hoy es un día de descubrimientos contigo. Dijiste que mis manos eran blandas y sudadas; no se me olvida. —Marina se echó a reír.

—Ni a mí tampoco se me olvida el momento en que te levantaste y me agarraste —replicó divertida.

—Y de lo que me dijo mi padre después mejor ni hablar. Pero bueno, no creo que él aparezca por aquí, así que explícame por qué te gustan mis manos —susurró en su oído.

—Me vuelven loca, Tomás. Me encanta que me toquen; deseo sentir las recorriendo mi cuerpo todo el tiempo.

—Cállate. ¡No sigas! —exclamó, aflojándose teatralmente el cuello de la camisa—. Creo que ahora mismo sí que me apetece que aparezca mi padre.

Se echaron a reír con ganas.

—¿De verdad tienes que irte? —le preguntó ella, repentinamente seria, mirándole a los ojos.

Él volvió a besarla. Marina ya no reía, sino que cerraba los ojos para dejarse envolver por la maravillosa sensación que le proporcionaban aquellos labios besando, casi libando de los suyos. Disfrutaba de sus manos que se entrelazaban y también volaban por el cuerpo del otro, acariciando una nuca, una cintura, una espalda. Poco a poco, con desgana pero con ternura, se desenlazaron.

—Me voy, pelirroja, pero me dejas tocado, muy tocado —dijo Tomás. Parándose a mirarla cada pocos pasos, se alejó por el jardín y por fin atravesó la puerta.

Entró en la casa de nuevo y abrió las ventanas para dejar pasar la suave brisa marina. Sacó su ropa para ordenarla en el armario y, al colgar el vestido de Elvira, sonrió pensando en su amiga. Después apagó las luces, echándose sobre la cama y dejándose mecer por el relajante sonido del mar. Durante unos segundos se dedicó a contemplar el hipnótico patrón que el reflejo del agua de la piscina formaba sobre el techo del dormitorio. No hacía calor, y cerró los ojos, disfrutando la refrescante sensación de no sentir la pegajosa capa de sudor que se posaba sobre ella incluso de noche en aquel horno que llamaba «su habitación». Antes de darse cuenta, se había

quedado dormida.

\*\*\*

La despertó la luz de la mañana, que se filtraba por la ventana con intensidad. Marina se despertó e inmediatamente sintió la urgente necesidad de orinar. Corrió hasta la puerta del baño y la empujó, pero no se movió ni un milímetro; tiró del picaporte pero nada, no se abría.

—¡No aguanto más! —exclamó con desesperación, y echó a correr hacia el jardín.

Sobre el suave césped no había nadie más que ella; no se oía absolutamente nada. Atravesándolo como una exhalación, encontró la puerta de la cocina abierta de par en par. Aunque no le apetecía entrar en una casa desconocida —y posiblemente habitada por alguien, aparte de por Tomás—, su necesidad era demasiado grande.

Cruzó la cocina y llegó hasta un gran salón. Allí se detuvo un momento a pesar de la urgencia que la atenazaba. Una de las paredes estaba literalmente empapelada desde el techo al suelo y de pared a pared con una fotografía en blanco y negro de los rostros felices de dos niños riendo. Le pareció un detalle curioso y simpático, pero no podía detenerse ni un segundo a pensar sobre su significado. Pasado el salón, se abría un pasillo en el que había varias puertas; enseguida encontró la que buscaba.

Cuando dejó correr el agua de la cisterna, el ruido la sobresaltó; sonaba realmente fuerte y durante un tiempo que le pareció excesivo: seguramente habría despertado a cualquiera que estuviese durmiendo en la casa. Se miró al espejo, y este le devolvió la imagen de una chica con la cara hinchada de haber dormido demasiado y el pelo alborotado. La diadema debía de haberse quedado en alguna parte de la cama. Su blusa estaba tan arrugada que daba pena verla, y su pantalón de lino parecía recién sacado del fondo de un baúl. «¡Qué desastre eres! —se regañó—. Venga, ánimo; con un poco de suerte sales y te arreglas un poco antes de que nadie se dé ni cuenta».

Armándose de valor, abrió la puerta y salió al pasillo. Hasta ella



llegó el sonido de unas risas y vio una silueta femenina apoyada en el marco de la puerta de una de las habitaciones. Su plan se desmoronaba y por un momento se quedó parada sin saber qué hacer. Se fijó mejor en la mujer: era alta y muy delgada, con el pelo moreno cortado a media melena. Vestía ropa y zapatillas deportivas. De repente, giró la cabeza y la miró: se parecía sorprendentemente a Tomás. Sin saber muy bien qué hacer, se acercó hasta ella.

—¡Buenos días, Marina! —saludó la extraña, sonriendo con un calco perfecto de la sonrisa de Tomás. Ver aquella expresión en un rostro femenino la confundió tanto que apenas pudo balbucear una respuesta incoherente y retirarse apresuradamente.

Se paró ante la puerta de la habitación desde donde salían las risas. Estaba abierta, y desde el dintel vio a Tomás recostado sobre la que con toda probabilidad debía de ser su cama. Un niño estaba sentado a su lado y una niña más pequeña saltaba sobre el colchón. Los reconoció enseguida: acababa de contemplar su foto.

El niño la vio, titubeante, sin atreverse a entrar, y tocó en la pierna a la que seguramente sería su hermana, que dejó de saltar y dirigió la vista hacia donde el muchacho le indicaba. Con un grito entusiasmado, bajó de la cama y corrió hacia Marina.

—¡Era verdad! ¡Era verdad! —exclamó—. ¿Puedo tocar tu pelo?

—Claro —dijo ella, cada vez más confusa. Se agachó, y la pequeña acarició sus rizos con cuidado.

—¡Tenías razón, papá! —chilló—. ¡Es como el de Mérida!

«¿Papá? ¿Tomás es padre? —se preguntó, sorprendida— ¿Y qué tiene que ver Mérida conmigo?». Empezó a ponerse nerviosa ante lo irreal de la situación.

La niña no dejaba de acariciarle el pelo. Era menudita y rubia, con un pelo tan fino que parecía como de muñeca. No se parecía en nada a Tomás. Llevaba un diminuto parche en el ojo izquierdo, señal de que seguramente tenía un ojo vago; «igual que yo de niña», sonrió, mientras le acariciaba la cara a la pequeña. Levantó la vista para encontrarse con el rostro emocionado de Tomás.

—Marina, estos son mis hijos: Alejandro y Ángela. Ella es Silvia, mi hermana.

Se incorporó, sintiendo cómo todas las miradas se clavaban en ella. Se ruborizó violentamente: la visión de Tomás sin camiseta no ayudaba demasiado.

—Me marcho ya, tengo muchas cosas que hacer —dijo Silvia, y Marina le agradeció en silencio que interrumpiera aquel embarazoso momento—. Encantada de conocerte. Y, por cierto, ¡me encantan tus sandalias! —Sonrió divertida—. Nos dieron un poquito de trabajo, pero al final conseguimos encontrarlas.

El corazón de Marina dio un vuelco al pensar que Tomás también había alistado a su hermana en la búsqueda de aquellas sandalias.

—¡Gracias por el esfuerzo!

—Dáselas a mi hermano; cuando él se propone algo, es capaz de remover cielo y tierra para conseguirlo.

Recordó aquello que le había contado sobre la secretaria buscando lechugas y sonrió. Desde luego, ese hombre era algo especial. «¡Y con hijos!», pensó, sin estar segura de si eso era un punto a su favor o en su contra.

—¡Nos vemos, Marina! ¡Hasta luego, niños! —se despidió Silvia.

—Marina, ¿a ti te gusta la princesa Mérida? —inquirió Ángela de pronto.

—No conozco a esa princesa, ¿quién es?

—¿No sabes quién es Mérida? —preguntó Tomás entre risas.

Marina, algo cortada, negó con la cabeza débilmente.

—Pero... ¿es posible que no sepas quién es la famosísima princesa Mérida? —preguntó Tomás con los brazos en jarras. Su rostro mostraba una cómica mueca que expresaba enojo y asombro a un tiempo.

—No —dijo, cada vez más sorprendida—. ¿Debería?

—¡No me lo puedo creer! —gritó Ángela, cruzando los brazos y arrugando la nariz con fastidio.

—Es que aquí somos muy fans de Mérida; nos encanta —explicó Tomás con una sonrisa—. ¡Anda, Ángela, trae la carátula de la película!

La niña salió corriendo de la habitación y regresó enseguida con un DVD en la mano. Se lo tendió, y Marina sonrió al reconocer el título:

era *Brave*. A su ahijada también le gustaba, pero no recordaba el nombre de la protagonista. Miró a la niña y después a su padre, que parecía feliz al verla tan confundida.

—Repito, a nosotros nos gusta mucho, mucho, pero que mucho, esa pelirroja —dijo entre risas. Marina no pudo evitar soltar la carcajada.

—¿Quieres verla? —preguntó la niña expectante.

—Quizás más tarde, ¿de acuerdo, Ángela? —intervino su padre—. Ahora, acompañad a Marina a la cocina; seguro que le apetece desayunar.

Salió de la habitación con Ángela de la mano. Al pasar por el salón se detuvo a contemplar más detenidamente la enorme foto.

—¡Somos nosotros! —exclamó la niña con entusiasmo—. ¿Te gusta? La hizo mi papá.

Como conjurado por las palabras de la pequeña, Tomás apareció tras ellos. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros claros raídos y una camiseta de manga corta ajustada. Iba descalzo, sin afeitado, y Marina pensó que jamás había estado tan atractivo como entonces. Por su imaginación pasaron todas las cosas que planeaba hacerle en cuanto tuviera la oportunidad. «Pero —se dijo— habrá que dejar a los niños primero en alguna otra parte, porque, llegado el momento, seguro que voy a gritar como una loca».

El le dirigió una mirada cómplice, y ella se dio cuenta de que aquellos pensamientos se translucían en sus ojos. Carraspeó, tratando de recomponerse antes de que los niños tuvieran oportunidad de darse cuenta de que algo raro estaba pasando allí.

—No pensé que quedaría tan bien siendo tan grande —comentó Tomás, señalando la enorme fotografía.

—Me encanta. Nunca había visto nada parecido; me parece una idea muy original.

—Nosotros ya hemos desayunado en casa de la tía Silvia. ¿Podemos salir al jardín? —interrumpió Alejandro.

Su padre asintió y el muchacho corrió a retozar sobre el césped. Marina lo observó atentamente: no debía tener más de siete años. Parecía muy serio y callado, moreno y de ojos marrones, como su padre. «¿Y la madre? —se preguntó nerviosa—, ¿qué ha sido de la

mujer, pareja, o lo que sea de Tomás?» Le aterrorizaba preguntar nada. Entraron en la cocina y se sentó en una silla junto a la ventana. Desde allí se divisaba parte del jardín, y contempló abstraída a Alejandro jugar con una pelota mientras Tomás preparaba café y tostadas. Cuando terminó, se sentó con la niña a su lado y sirvió a la pequeña un gran vaso de zumo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Tomás.

Pero no escuchó la pregunta; su mirada no se apartaba de Ángela, que bebía tranquilamente. Su madre debía de ser rubia porque, de no ser así, ¿a quién se parecería la niña? Seguramente, en la casa debía de haber alguna foto en la que apareciera la mujer misteriosa. Marina solo podía pensar en encontrarla para conocer el aspecto de aquella que había conseguido conquistar a Tomás.

Se sirvió una taza de café y continuó observando a la niña. Tenía un aspecto muy gracioso, con sus diminutas gafas sujetas a la cabeza por un elástico. Se fijó en que Tomás la estaba mirando atentamente y le sonrió.

—¡Qué bonita es tu nena! —exclamó, embelesada.

—Sí que lo es. Es un sol —dijo él, acercándose y rodeándola con sus brazos—. ¿Verdad que eres un sol? —le preguntó, mirándola con arrobamiento.

—No quiero ser un sol... ¡El sol pica, papá! —replicó mientras se soltaba del abrazo de su padre.

Marina y Tomás se echaron a reír.

—¿Sorprendida? —le preguntó.

—Un poco —mintió ella, que más que sorprendida estaba atónita —; no me lo imaginaba, pero es algo muy bonito.

Tomás no dijo nada más, y ella no preguntó. A pesar de que se moría por conocer más detalles sobre todo aquello, no quería parecer una entrometida. Mirando a Ángela, no podía dejar de darle vueltas a cómo sería su madre. Igual era una rubia de bandera. Tomás sabía alemán... «¡Una alemana de infarto, seguro!», pensó con fastidio. ¿Estaba separado, divorciado...? ¿Qué probabilidad había de que fuera viudo? «¡No abundan los viudos jóvenes, Marina!», se regañó. Perdida en su propio mundo, tosió violentamente al atragantarse con

el café.

—¿Te encuentras bien? —intervino Tomás, solícito—. ¿En qué estabas pensando?

—No, en nada —repuso ella, intentando sonar convincente.

Tomás la miró fijamente.

—Hace tiempo que mi mujer no está con nosotros, si es eso lo que te preocupa.

Marina se sobresaltó, pero mantuvo la calma. No quería que él se diera cuenta de lo mucho que la obsesionaba el tema.

—¡Ah, no! No estaba pensando en eso —dijo, indiferente.

—¿Seguro que no te has preguntado nada al respecto cuando te has enterado de que tenía hijos?

—Nada en absoluto. —Miró a la niña, que se bajaba de la silla encaminándose hacia el salón; se quedó mirando hacia la puerta unos momentos por si la veía aparecer antes de hablar de nuevo—. Es más, estaba esperando que de un momento a otro tu mujer saliese de entre las sábanas para saludarme cordialmente.

Tomás la miró con seriedad. Marina se mordió los labios angustiada: los nervios la habían vuelto a traicionar. No podía explicarse cómo había soltado aquella frase tan inapropiada sobre una pobre mujer muerta años atrás. El silencio se prolongó unos instantes hasta que Tomás se echó a reír a carcajadas. Ella suspiró con alivio y su cuerpo se relajó visiblemente.

—No te confundas conmigo —dijo, envalentonada—: jamás habría aceptado venir aquí si no supiera que tus intenciones son honestas. Soy una chica chapada a la antigua, del año de Mari Castaña, como mi bicicleta. —Tomás la miraba fijamente—. He venido por la playa, no por ti.

Se inclinó sobre ella, y la mirada de Marina voló hacia la puerta. Lo último que quería en aquel momento es que la niña apareciera y los encontrara en alguna situación comprometida.

—Pues tengo que darte una mala noticia —susurró él—: tú estarás chapada a la antigua, pero mis intenciones no son nada honestas. — Sus bocas estaban tan cerca que Marina sintió su aliento ardiente sobre los labios.

De pronto, Tomás se apartó de ella a toda prisa. Marina miró hacia la puerta: justo como se temía, la niña había regresado sigilosamente y los observaba con atención desde el quicio de la puerta.

—Papá, ¿ibas a besarla?

—No, qué va —respondió su padre de forma poco convincente.

—¡Pues bésala! A la pobre Mérida no la besa nadie en toda la película —dijo, frunciendo el ceño—. Sus novios eran todos muy feos.

Se miraron sin estar demasiado seguros de lo que hacer a continuación; finalmente, Tomás se inclinó sobre ella e imprimió un tímido beso sobre sus labios.

—Papá, tú no eres feo, pero besas muy mal; eso no es un beso para princesas.

Marina lo miró. Parecía azorado, y ella le sonrió, tratando de transmitirle seguridad.

—No has podido abrir la puerta del cuarto de baño, ¿verdad? —preguntó él, intentando cambiar de tema.

—No, ¿cómo lo sabes?

Se levantó y le alargó la nota que había sujeta a la puerta del frigorífico. Marina la leyó:

«He dejado todo tal y como tú querías en la casa de la piscina, pero no he podido abrir la puerta del cuarto de baño. Me parece que está atascada. Vas a tener que arreglarla». Estaba firmada por Lucía.

—Anoche no vi la nota —aclaró—; de haberla leído, te hubiese acomodado en una de las habitaciones de la casa principal. —Miró hacía el jardín—. Tendré que cambiar esa puerta. Con la humedad ha debido de estropearse.

—¿Va a venir Marina al mercadillo con nosotros, papá? —preguntó Ángela.

—La verdad es que me gustaría ducharme y cambiarme —intervino ella.

—Creo que vamos a dejar a Marina tranquila un rato, ¿de acuerdo?

La niña reflexionó un momento.

—De acuerdo —accedió al fin—, pero le podemos traer un regalo.

—No hace falta —dijo Marina.

—Bueno, si la niña se empeña, habrá que traerlo —repuso Tomás sonriendo—. Ven. Te enseño tu habitación y traes tus cosas, si te parece.

\*\*\*

Hacía más de una hora que Tomás y los niños se habían marchado. Marina estaba duchada y con el bañador preparado bajo la camiseta y la minifalda vaquera. Ángela había expresado muy clarito su intención de lanzarse a la piscina en cuanto regresaran y no quería decepcionarla. Su nueva habitación daba al jardín y era amplia y soleada, con una decoración muy marinera. Las paredes estaban pintadas en dos tonos de azul, divididos por una cenefa de papel en la que habían estampadas estrellas de mar. Le encantaba la cama, grande, cómoda y con un hermoso cabezal de forja blanca.

Se sentó sin saber qué hacer; volvía a estar sola de nuevo. Resopló, sintiéndose aburrida e inquieta. Su pierna oscilaba con aquel movimiento rítmico que al cabo de un rato solía convertirse en taconeo nervioso, y, antes de que ese momento llegara, resolvió levantarse y husmear un poco por la casa. No podía pensar más que en encontrar alguna foto de la esposa de Tomás; reconocía que su curiosidad rayaba en la obsesión, pero no lo podía evitar. Al pasar por el salón, echó una rápida ojeada por las estanterías buscando imágenes de la mujer misteriosa, pero no encontró ni una sola foto. Le pareció extraño que, siendo Tomás tan amante de la fotografía, no hubiese ninguna decorando aquellas lejas repletas de libros.

Salió a la terraza que comunicaba el salón con el jardín, llenando sus pulmones con el fresco aroma que la brisa del mar traía hasta ella. Aquel le parecía un sitio precioso para vivir, y no pudo evitar sentir una punzada de celos por lo que la difunta mujer de Tomás había disfrutado una vez. Los imaginaba eligiendo el emplazamiento de su futuro hogar, decidiendo muebles y objetos de decoración para la casa, discutiendo por los colores con los que pintarían las habitaciones... Una oleada de envidia la invadió, pero al momento meneó la cabeza, regañándose a sí misma por aquellos absurdos

sentimientos.

Atravesó rápidamente el salón y llegó a la cocina. Recogió las tazas y platos del desayuno y empezó a lavarlas. De pronto, un ruido inesperado la sobresaltó: era el de la puerta al abrirse. Marina se giró y contempló a la señora alta y delgada, de unos sesenta años bien llevados, que acababa de entrar.

—¡Buenos días, Marina! —la saludó con una sonrisa.

—Eh... Hola, buenos días —respondió ella.

La recién llegada la miró en silencio unos momentos, y Marina no pudo evitar sentirse incómoda: allí todo el mundo parecía conocerla.

—Eres tal y como te describió Tomás. Ya veo que no exageraba.

—¿A qué se refiere?

—Dijo que eras preciosa y estaba en lo cierto —aclaró—. Perdona, no me he presentado, soy Lucía, la tía de Tomás y Silvia. No hace falta que hagas eso —le dijo, señalando las tazas que estaba enjuagando.

—No importa, no tengo nada que hacer mientras espero —repuso Marina, girando el rostro para evitar que Lucía viera cómo la habían afectado sus palabras. Maldijo en silencio esa pálida tez suya que hacía imposible ocultar el rubor que le encendía las mejillas.

Con deliberada lentitud terminó de fregar los platos y, cuando acabó, se sentó frente a Lucía, que sorbía con calma una taza de café.

—Estoy muy contenta de que estés aquí —le dijo la señora—. Igual te ha cogido por sorpresa encontrarte esta casa tan llena. Y yo era la que faltaba, ¿verdad? —Se echó a reír con jovialidad y Marina no supo qué decir—. ¡Perdona! Es que creo que Tomás no ha pensado bien lo que hacía... ¡Qué hombre este!

—¿También vives aquí? —preguntó. Logró esbozar una sonrisa, aunque por dentro sentía ganas de llorar. ¡Menudo fin de semana se le avecinaba!

—Sí; le echo una mano a Tomás con los niños. Soy la hermana de Alberto. Conoces a mi hermano, ¿verdad?

—Muy poco; solamente hemos hablado en una ocasión... bueno, en dos, pero la segunda prefiero olvidarla.

Se miraron y se echaron a reír al mismo tiempo; claramente, Lucía



conocía el incidente al que se estaba refiriendo.

—¡Seguro que debe de tener muy mal recuerdo de mí! —exclamó al fin, sintiendo que ya todo le daba igual. Los acontecimientos se estaban descontrolando a tal velocidad que la única opción que le quedaba era fluir con la corriente y ver a dónde la llevaba.

Lucía rio de nuevo.

—¡Qué va, hija! Alberto se quedó encantado contigo. Con quien se enfadó, y mucho, fue con Tomás. Estaba de los nervios cuando me habló de su conducta en tu primer día; me decía: «Primero casi la atropella, luego la ofende y por último se queda mirándola como un idiota». La paciencia que tiene Tomás no la ha heredado de su padre, tenlo por seguro. Mi hermano choca mucho en eso con su hijo —suspiró Lucía, mientras negaba suavemente con la cabeza.

Marina sonrió: le resultaba agradable aquella señora, y durante los siguientes minutos, mantuvo con ella una amena pero insustancial charla en el transcurso de la cual, para íntima desesperación de Marina, no se hizo ni la más mínima referencia a la mujer de Tomás, ni directa ni indirectamente.

—Si me echas una mano, cambiamos las sábanas de las camas —concluyó la señora, y Marina aceptó la oferta de buena gana, solo por tener la oportunidad de echar un vistazo al resto de la casa sin parecer que estaba cotilleando. Pero en ninguna de las habitaciones estaba la foto que tanto ansiaba ver. Se sentía cada vez más desconcertada.

Unos minutos más tarde, las risas de los niños inundaron la cocina y se dirigió hasta allí. Estaban ordenando la compra. Sonriente, Ángela se acercó hasta ella y le entregó un paquete.

—¿Es para mí? —le preguntó.

Ángela asintió con la cabeza.

—¡Muchas gracias! —exclamó, introduciendo la mano en el envoltorio.

De él extrajo un minúsculo bikini negro; las dos piezas consistían en una diminuta braguita y un sujetador de copas con forma de triángulo del tamaño justo para una muñeca Barbie. Dirigió a la niña una sonrisa forzada.

—Lo ha elegido mi papá —dijo esta, orgullosa.

Marina se sonrojó. Tomás parecía divertido.

—¡Es superbonito! —exclamó la niña emocionada.

—¡Es superminúsculo! —replicó Marina. Si algo tenía claro en aquel momento era que no iba a ponerse eso jamás.

—Papá, ¿qué significa minúsculo?

—Elegante, con buen gusto —dijo su padre entre risas. Marina lo fulminó con la mirada.

—Ah, pues entonces sí, es un bikini muy minúsculo —asintió Ángela con convicción—. Papá, cuando yo sea mayor, solo llevaré bikinis muy minúsculos.

Ahora fue el turno de Marina de reír ante la cara que puso Tomás.

—Enhorabuena por la ocurrencia, papá —le susurró al oído.

—¿Nos bañamos? —le preguntó la niña, cogiéndola de la mano.

—¡Claro! Vamos.

—Os saco las toallas, pero me quedo ayudando a Lucía con la comida: no me gusta dejarla siempre con todo el trabajo en la cocina —aclaró Tomás.

—¡Voy a ponerme mi bañador! —repuso Ángela, saliendo a escape por la puerta que daba al salón.

—Bueno, pues me voy con tu nena a la piscina. —Marina, encogiéndose de hombros, pensaba que estaba visto que nada, pero absolutamente nada, de aquel fin de semana iba a salir como ella había esperado.

Antes de que saliera por la puerta, Tomás se acercó a ella y sujetó su mano.

—¿Podemos repetir el abrazo tal y como acordamos?

—Podemos, pero el caballero ya sabe cómo abraza la princesa Mérida. Ahora es la princesa la que quiere saber cómo abraza el caballero.

—Así —repuso él, pasándole un brazo por el cuello y atrayéndola hacia su cuerpo. Ella enterró el rostro en su hombro.

—Este es el abrazo más posesivo que me han dado nunca. Con un solo brazo dices muchas cosas, Tomás.

—¿No hace falta que te traduzca lo que quiero decir? —preguntó.

—No, me queda claro. Pero explícame qué significa esa otra mano que tienes así, como en actitud de reposo —dijo, separándose de él.

—No está en reposo, sino a la espera. El caballero protege lo que es suyo: una mano acoge, la otra vigila.

—Resulta hermoso tu lenguaje corporal.

—Una vez me dijo cierta mujer que para marcar mi territorio «podía haber hecho pis como un perrillo» alrededor de la mesa en la que estaba sentada. —Marina rio con ganas—. Creo que mucho mejor que eso es abrazar de esta forma para marcar lo que verdaderamente importa.

La miró con tanta intensidad que el corazón de Marina se desbocó en su pecho. Él la volvió a abrazar.

—Te prometo que aquí estás segura, Marina. Que conmigo nunca tendrás nada que temer.

Ella cerró los ojos.

—Tu corazón late muy deprisa —observó él.

—Pues si tardas en soltarme igual hasta se detiene.

—¿Entonces, te suelto?

—Creo que será lo mejor —aseguró ella, abriendo los ojos.

—¡Pero si hace rato que no te tengo agarrada! Estás pegada a mí por puro vicio.

—¡La próxima vez que te acerques te voy a explicar un par de cosas!

—repuso ella, alzando la voz y separándose de él, molesta. Ya volvía a la carga con sus pullas.

—¿De tu tesis?

—No, de tipos de abrazos. ¿Conoces el de la mantis religiosa? —le espetó.

—Marina... esas hormonas rabiosas, ¡cómo me gustan! No seas tan dulce siempre, que me dejas sin mi dosis hormonal. ¡Vete al agua a ver si te aplacas, pelirroja! —le dijo, mientras abría la puerta de cristal que daba acceso al jardín.

La empujó fuera y cerró la puerta. Desde el césped, Marina pudo ver cómo se reía al ver su rostro sorprendido y enfadado. Luego se cruzó de brazos y, sin dejar de sonreír, le envió un beso. Marina entrecerró los ojos, pero acabó cambiando su mueca de fastidio por

una gran sonrisa. Con el brazo levantado, abrió la mano como si fuera a despedirse de él, pero cerró los dedos rápidamente, dejando visible solo uno. La sonrisa de Tomás se borró de inmediato y corrió a abrir la cristalera.

—¡Marina! ¡Que hay niños mirando! —exclamó.

—Pues así lo aprenden ya y no se asustan tanto como el nenito de su papá. —Se giró para ir hasta la piscina, dejándolo por una vez, sin palabras.

El resto de la mañana pasó rápido entre juegos y chapuzones pero, cuando salió del agua, se encontraba completamente agotada: no estaba acostumbrada a tanto ejercicio físico, y los niños habían acabado con sus escasas reservas de energía. Cogió una toalla y empezó a secarse. Vio a Tomás acercarse por el césped.

—Venga, vamos a comer —les dijo a los niños, que echaron a correr hacia las escaleras entre risas y juegos.

La miró. Llevaba puesto un traje de baño de estilo deportivo, de una sola pieza, nada escotado. Nunca había usado otro modelo: prefería la comodidad a estar bonita a la hora de nadar.

—¿Es que no te ha gustado el bikini? —le preguntó, entrecerrando los ojos y sonriendo.

—¡Pues claro que sí, mucho! —repuso ella con sorna—. ¡Me encanta que me compren ropa tres tallas más pequeña!

—Tengo dos empresas de confección de ropa. ¿Crees que no entiendo de tallas?

—De tallas infantiles como la de ese bikini, sí, desde luego —replicó ella, acabando de secarse.

—De bañadores feos con ganas como ese que llevas puesto también entiendo, que conste. Esa fábrica de bañadores debería cerrar por afear las vistas en playas y en piscinas.

Ella se echó la toalla sobre la cabeza para que él no pudiera verla reír.

—¡Y mírame cuando te rías! —exclamó—. Ya que no puedo verte bien con ese traje espantoso, al menos no me prives de tu sonrisa.

Marina se acercó a él y le tapó la cara con la toalla, ocultándola junto a la suya. Se miraron, y ella le ofreció una sonrisa incitante y

seductora. La rodeó por la cintura, haciendo que se estremeciera de placer. «¡Más, Tomás, acércate más!», suplicaban sus ojos.

—Marina... —Él respiró hondo y se apartó de ella, pero no antes de que pudiera notar, con una satisfacción no exenta de malicia, su tremenda erección—. Mejor te quedas tapada. —La soltó y salió de debajo de la toalla.

Ella continuó riéndose con la cara cubierta hasta que él le arrancó la toalla.

—¿Qué haces? —preguntó, con una sonrisa confundida en la cara.

—¡Lloro!

—¿Y eso por qué?

—Te lo explico otro día —susurró ella, acercando su rostro al de él y entreabriendo los labios.

—Mejor no me expliques nada. ¡Joder, hasta me entra vértigo solo con tratar de imaginármelo!

La risa de Marina lo acompañó mientras se alejaba hacia la casa.

## Capítulo 12

— ¿Te apetece bajar a la playa? Los niños todavía duermen. — Aquella suave caricia en el cuello fue el mejor despertar que Marina hubiera podido desear.

— Sí — contestó sin vacilar, mientras se incorporaba entre bostezos.

— Pues ve a cambiarte. Te espero abajo.

Se había quedado dormida en una de las hamacas de la terraza donde había salido a leer después de comer. Cuando llegó a su habitación, el diminuto bikini extendido sobre la cama parecía estar aguardándola. Lo examinó, dándole vueltas entre sus manos; no creía tener cuerpo para lucir algo así de atrevido, pero sentía curiosidad por saber qué tal le sentaba y se decidió a probárselo.

Se miró en el espejo sorprendida, y una risa nerviosa salió de sus labios. La diminuta braga cubría apenas lo justo, y la pieza de arriba resaltaba sus firmes y bonitos senos mucho más de lo que lo hacían los sujetadores y trajes de baño a los que estaba acostumbrada. Sabía perfectamente que ese modelo de bikini era así, pero se sentía extraña, prácticamente desnuda, aunque también muy deseable, con aquello puesto «¡Pues si tanto lo quieres ver, no me haré de rogar, Tomás!», se decidió, admirándose de nuevo en el espejo.

Respiró profundamente, tratando de reunir el valor necesario para bajar. Finalmente, se puso una camiseta sobre el bikini, se calzó sus sandalias de goma, tomó las gafas de sol y se encaminó hacia la playa. Una vez allí, localizó rápidamente las toallas que Tomás, sumergido ya en el agua, había extendido sobre la arena. Llegó hasta la orilla, se descalzó y se quitó la camiseta, olvidando que llevaba

puestas las gafas de sol. El cuello de la prenda, algo estrecho, no pudo pasar por encima de las gafas, y acabó con una pata de estas enredada en el pelo; enfadada por su propia torpeza, forcejeó durante unos segundos y, cuando por fin fue capaz de desembarazarse de aquel lío, apenas pudo reprimir un grito de sorpresa al encontrarse a Tomás justo delante de ella, recorriendo ávidamente su cuerpo con los ojos. Permaneció inmóvil, disfrutando de aquel examen. Se sentía hermosa, sensual, deseada, y en aquel momento todas las dudas y vacilaciones que aún pudiera albergar se esfumaron como por arte de magia.

Le devolvió la mirada, contemplando con detenimiento el cuerpo que estaba frente a ella de la misma manera en que él lo hacía con el suyo. Disfrutaba las sensaciones que aquellos ojos acariciadores provocaban en ella mientras observaba cómo por el abdomen de él resbalaban lentamente diminutas gotas de agua. Tomás se pasó una mano por el pelo mojado y ella alzó la vista hacia su rostro. Sintió que no podría soportar aquello mucho más tiempo: o pasaba pronto algo entre ellos, o iba a estallar de deseo.

Buscando alivio para el ardor del sol y el de su propia carne, dejó sus cosas sobre la toalla y se metió en el agua sin cruzar palabra alguna con él. Nadó durante largos minutos, disfrutando con el frescor del mar, que la calmaba, la renovaba hasta el punto de darle seguridad. Ahora tocaba salir y exhibirse de nuevo, pero no como un objeto ni como una pobre mujer desesperada por ser acariciada, sino como si realmente fuese una diosa, ante el adorador que la esperaba sentado en la toalla. Salió del agua con paso decidido, convencida de su belleza y de la perfección de sus formas. «¡A veces vale más creerlo que serlo realmente!», sentenciaba Elvira a menudo, y Marina recordó sus palabras con una sonrisa. En ese momento, lo creía y también lo era.

Se sentó al lado de Tomás, perfectamente segura de que no había dejado de contemplarla ni un solo segundo desde que se había introducido en el agua, y durante largos momentos él solo pudo mirarla con adoración. Finalmente, se aclaró la garganta y alargó la mano hacia su bolsa de playa.

—Debes ponerte crema —previno él—. Tienes que proteger esas preciosas pecas.

—O la *stracciatella* se derretirá —replicó, maliciosa, mientras lo miraba.

Cogió la crema y se la extendió en finas capas por la cara. Después, utilizando su tono más sensual, le pidió que le diera crema por la espalda, y él se apresuró a obedecer. Aquel suave masaje le resultó delicioso. Sentir sus cálidas manos sobre la piel, a través de la untuosa sensación de la crema, le hizo soñar por un momento en lo agradable que sería tenderse sobre la arena y sentir las manos de Tomás por todo su cuerpo. «¡Podría morir ahora mismo así, entre crema de sol factor cincuenta!». Pero el masaje acabó demasiado pronto. Desilusionada, se sentó sobre la toalla.

—¿Ya, nene?

—Sí. La *stracciatella* ya está protegida del todo —aseguró él.

—Pues ponte tú también; creo que es buena para el vértigo —le dijo, mientras le colocaba con cuidado el tubo de crema sobre la entrepierna.

—¡Marina, por Dios! ¡Eres... eres mala!

—Ya —replicó ella—. Por eso he sido yo la que me he comprado este bikini.

Tomás volvió a quedarse sin palabras, y Marina se echó a reír. Al poco, él se le unió, y ella decidió aprovechar aquel momento distendido para hacerle todas las preguntas que le rondaban por la cabeza:

Por su decisión de vivir en la playa alejado de su trabajo: ¿acaso no era evidente? El lugar lo merecía. Sonrisa de felicidad.

Por su padre: autoritario, exigente, luchador. Asentimiento convencido.

Por su madre: bonita, dulce, cariñosa... fallecida. Débil gesto de dolor atenuado por el tiempo.

Por su hermana: imprescindible para la empresa... y para él. De nuevo, firme convencimiento.

Por su mujer.

Pero no llegaron las palabras, solo silencio y miradas perdidas. De



repente, para ella y sin mirarla, un apretón de manos cálido, suave, afectuoso.

—¡Papá! —se oyó gritar a Ángela. Él soltó su mano y ambos se giraron. Los niños bajaban hacia la playa por las escaleras mientras Lucía los vigilaba desde la puerta del jardín. Tomás suspiró.

—Perdóname. Prometí que ibas a estar tranquila si venías, y no está siendo así. Los críos no hacen más que molestarte.

—¡No! ¿Qué dices? Estoy encantada con los niños —repuso ella, esperando que no se notase que eso solo era verdad a medias—. Además, yo soy la extraña aquí; si alguien molesta, esa soy yo.

Los niños saludaron sonrientes, y Ángela se abrazó a ella, propinándole un gran y cariñoso beso.

—¿De verdad crees que eres la extraña aquí?

Marina sonrió; aunque no era esta su idea de un fin de semana de ensueño, lo cierto es que estaba encantada con aquellas espontáneas muestras de afecto que la niña le dedicaba.

—Por cierto, mi hermana veranea muy cerca de aquí. Organiza una cena con algunos amigos esta noche y estamos invitados.

«¡Niños por el día y amigos por la noche! —pensó, de nuevo desilusionada—. Tomás, yo y una multitud siempre alrededor».

Ángela se quitó la mochila que traía a la espalda y se la pasó a su padre.

—He bajado tu cámara. Quiero que me hagas fotos con Marina —dijo, muy decidida.

—Muy bien —accedió Tomás sacando la cámara.

—¿Puedo haceros una a vosotros dos? —preguntó Alejandro.

Su padre le quitó la tapa al objetivo y se la entregó. Alejandro, con mucho cuidado, se pasó la correa por el cuello. Parecía una cámara bastante costosa, pero el niño parecía manejarla con gran soltura. Los enfocó, y Ángela, situada al lado de su hermano, estalló en aplausos.

—¡Más juntos! —exclamó riendo.

Obedecieron a la niña. Sus hombros se rozaron; sus rodillas, también.

—Esta es para mí, para mi habitación —le dijo Ángela a su padre. Marina se sintió sorprendida y enternecida: ¿de dónde saldría aquel

cariño que la niña le demostraba sin apenas conocerla?

\*\*\*

La tarde con los niños en la playa pasó rápidamente, entre risas y chapuzones. Finalmente, a eso de las nueve, Lucía se llevó a la cama a unos agotados Ángela y Alejandro, y Marina y Tomás tuvieron tiempo de arreglarse para asistir a la cena en casa de Silvia. Después de sopesar durante un rato la posibilidad de ponerse el vestido de pedida de Elvira, Marina acabó desechando la idea, y seleccionó de entre su vestuario un mono negro de cuerpo ajustado con escote palabra de honor y pantalón amplio con bolsillos a los lados. Aquel color y las líneas rectas estilizaban aún más su figura, y para completar el efecto, decidió dejar suelta su melena a pesar del calor que le daba; deseaba que él tuviese ojos solamente para ella, pero cuando hizo su gran entrada en el salón, Tomás, que llevaba puesta una camisa negra y pantalones chinos en idéntico color, no le dijo absolutamente nada. Confundida, siguió a Tomás hasta el coche y montó en este, esperando que tuviera con ella alguno de esos gestos corteses que tanto le gustaban, pero él continuaba silencioso y ensimismado. Cuando llegaron a casa de su hermana, estaba tan callado y distante que se sintió como si acabara de coincidir con un extraño ante aquella puerta.

Silvia les abrió rápidamente.

—¡Caramba, Marina! —exclamó sorprendida, mirando fijamente su ropa y su pelo.

Aquellas palabras, a las que debía añadir su mirada, terminaron de convencerla de que sus decisiones a la hora de elegir el vestuario de esa noche habían sido completamente equivocadas.

—Sí, ya lo sé, no me queda muy bien —dijo, con pesar—. Me parece que mi gusto eligiendo ropa desaparece cada vez que tu hermano me invita a salir —dijo, mirando a Tomás de soslayo, deseosa de que este hiciera algún comentario al respecto.

—Pero si estás preciosa —repuso Silvia—. Tomás, ¿no le has dicho nada? —se extrañó.

Tomás pasó por detrás de Silvia sin hablar, dejándolas a ambas boquiabiertas.

—No sé qué le pasa; está así desde que hemos salido —murmuró Marina.

Silvia se echó a reír y la cogió de la mano.

—Anda, pasa.

—¿Habrás sido algo que haya dicho? Me siento muy mal, Silvia, muy incómoda —masculló, nerviosa, tratando de recogerse el pelo con la mano—. ¿No tendrás un coiletero?

—Lo tengo, pero no te lo voy a dejar. —Fue la sorprendente respuesta.

Marina no entendía nada de nada. ¿Se trataba de algún tipo de broma? Si lo era, se trataba de un chiste cruel y sin sentido. Volvía a sentirse fuera de juego, anulada, desconcertada. Las sensaciones que había experimentado aquella tarde en la playa, cuando durante un tiempo creyó que controlaba la situación, habían quedado bastante lejos.

—Pasa, que te presento a todo el mundo —dijo la anfitriona animadamente—. El primero, ese que tanto te observa. —Se acercaron hasta un hombre alto, moreno y delgado, que la miraba fijamente a través de sus gafas negras de pasta.

—¡Hola! —saludó ella, haciendo de tripas corazón.

—Es Antonio, mi marido. Antonio, puedes parpadear... ¡ya! —exclamó Silvia jovialmente, chasqueando los dedos ante su cara.

—¡Ah...! ¡Hola, Marina! Discúlpame, estaba pensando en mis cosas... esto... ¿Silvia, nos queda de ese vino rosado? —preguntó, sin quitar ojo a la hermosa cabellera anaranjada que tenía delante.

—Sí, en la nevera. Ven, Marina. La cena se sirve en el jardín, y están todos deseando conocerte —dijo, tirando suavemente de ella.

Salieron al exterior. Incluso antes de dar un paso hacia donde estaban todos reunidos, vio cómo algunas cabezas se giraban con curiosidad, dejando de hablar. Se le hizo un nudo en el estómago: no estaba acostumbrada a ser el centro de atención y, además, no le gustaba nada.

—Silvia... —le susurró, acercándose a ella— no sé si puedo hacer

esto. No pensaba que iba a ser la atracción de la noche, y con esta ropa y estos pelos... ¡creo que prefiero marcharme!

—Voy a matar a mi hermano —masculló Silvia entre dientes—; no ha debido dejarte sola. ¡Pero tranquila! Son amigos. Solo sienten curiosidad, pero, sobre todo, se alegran por él. Estás preciosa, de verdad, y tu pelo es todo un espectáculo, pero en el buen sentido de la palabra.

—¿Y qué pasa con Tomás? —preguntó angustiada, paseando la vista por el jardín.

—Mi hermano está escondido, tembloroso y mudo; ¿por qué crees que no te ha dicho nada?

Marina no estaba segura de si aquella era una pregunta retórica o si Silvia tampoco tenía ni idea de los motivos que tenía su hermano para comportarse de aquella manera, pero respondió de la única forma que pudo.

—No lo sé. Igual se avergüenza de presentarme así vestida. Siempre suele hacerme algún comentario sobre mi aspecto, pero hoy no ha dicho nada, y eso me hace sentir insegura. ¡Por favor, déjame un coletero! Con el pelo recogido me siento capaz de lo que sea.

Silvia entrelazó su mano con la de Marina y, sin hacer caso de su súplica, bajó junto a ella las escaleras que las separaban del resto de los invitados.

—Escuchadme todos: como somos muchos, no vamos a agobiar a Marina con una ristra inacabable de nombres. Ya os iréis conociendo.

Marina esbozó una sonrisa de la que esperaba que pareciera sincera mientras buscaba desesperadamente a Tomás con la vista. Por fin, lo localizó junto a una morena de treinta y muchos, que le sujetaba firmemente la mano; no le gustó nada aquel gesto posesivo.

—Marina —dijo Silvia—, voy a la cocina a ver cómo va la cena, pero te voy a dejar en buenas manos.

Señaló a un hombre alto, de hombros anchos y sonrisa infantil, que se dirigía hacia ellas.

—Este es Pablo; trabaja con nosotros en la empresa y te va a traer de beber lo que más te apetezca, ¿verdad, Pablo?

—Verdad —respondió el aludido—. ¿Qué te apetece?

—Marcharme —murmuró entre dientes, pensando que él no la escucharía, pero Pablo le dirigió una mirada de simpatía cercana a la compasión—. Lo siento. ¿Me has oído? —se disculpó Marina, logrando sonreír—. Solo estaba pensando en voz alta.

—Te entiendo; debe ser algo incómodo el que todo el mundo quiera conocerte. Espero que puedas disfrutar de la cena y que no seamos muy pesados.

—No, tranquilo, es el calor —mintió ella—. No lo llevo nada bien, y este pelo suelto me agobia mucho —dijo, apartándose nerviosa de la cara—. ¡Cómo lo odio!

Al hacer ese gesto, notó los ojos de Tomás posarse sobre ella, tal vez recordando el día en que se conocieron. Entonces se había sentido superada por los acontecimientos, y también entonces había exteriorizado su malestar toqueteándose el cabello.

—Creo que Tomás no piensa lo mismo —continuó Pablo—. No te desvelo ningún secreto si te digo que es incapaz de hablar de otra cosa que no sea de la pelirroja.

—Pues qué pesadilla, ¿no? Estaréis de mí hasta el gorro; tanta expectación para encontraros hoy con esto. —Su voz sonó irritada: estaba molesta, con ella misma y con toda la situación, y en ese momento le daba igual que toda aquella gente se enterara.

Pablo se echó a reír.

—Me habían hablado de unas hormonas rabiosas —Marina abrió mucho los ojos, asombrada: ¡así que Tomás le había contado incluso eso! —. No entendía el concepto hasta ahora, que te veo así de estresada.

—¡Qué vergüenza! —exclamó, deseando con toda su alma esfumarse de allí.

—A Tomás le encantan, tranquila. Te voy a traer vino blanco, bien fresquito; creo que es una buena opción, a ver si se aplacan.

—El único que sabe cómo hacerlo es Tomás. Tiene a mis hormonas domadas.

Pablo se marchó, sonriente, y ella volvió a quedarse sola. Tomás la observaba desde el fondo del jardín, al parecer sin intención alguna de acercarse. Trató de coquetear con él con la mirada, aunque era algo

que se le daba fatal; si alguna vez le había gustado un hombre, él siempre había tenido que dar el primer paso. Lo de intercambiar miraditas le hacía sentirse incómoda e incluso ridícula; lo consideraba una actividad más propia de quinceañeros que de personas adultas. Se preguntó qué postura corporal sería la más idónea a la hora de seducir con los ojos, porque no pensaba contonearse de un lado a otro: le parecía ridículo, humillante y, además, no sabía hacerlo. «Entonces, ¿qué? ¿Lo miro y ya está? ¿Me hago la indiferente?». Resopló, angustiada, y se giró. Aquello era una pérdida de tiempo; no le había servido para nada más que para sudar y ponerse aún más nerviosa. «Pareces la chica de la portada del manual de seducción para tontas», pensó con fastidio.

Un par de chicas se le acercaron sonrientes.

—Eva y Blanca, primas de Tomás y Silvia —dijo la más baja. Era morena, como su primo, pero sus rasgos eran suaves y dulces. Su voz, aunque un tanto nasal, no resultaba desagradable.

—Nos encanta tu mono —intervino Eva, de pelo castaño y nariz aguileña. Marina sonrió discretamente: sonaba como una pija de las de chiste.

—¡Y tu estilo! Porque hay que saber llevarlo; yo me lo pongo y me abuchean por la calle.

—Te abuchean con o sin mono, Blanca —le espetó la pija, emitiendo una sorprendente risa caballuna.

—¡Mira que eres desagradable! —Con la nariz fruncida, Blanca parecía un pequinés enfurruñado.

—¡Soy sincera! Si entre primas no podemos decirnos la verdad, entonces estamos perdidas.

—Anda, ¡cállate un rato! ¡Tú no has sido sincera en toda tu vida!

—Contigo siempre, hija; con los demás, pues... adorno un poco las cosas. No hay por qué crearse enemigos —dijo, con una de las sonrisas más falsas que Marina hubiera visto jamás.

—A eso se le llama ser hipócrita, por si no lo sabes —replicó el pequinés, aún mohíno.

Ambas callaron y la miraron.

—Perdona, Marina, somos lo peor, discutiendo así las dos cuando ni

siquiera nos conoces —se disculpó Eva.

—¡No, no, qué va! En el fondo me ha sentado bien escucharos un rato; sois... relajantes. Ya no estoy tan nerviosa.

—Eso, chica, no estés nerviosa: ya está aquí Pablo con tu copa. Ahora se pondrá a hablarte, y verás cómo te carga la cabeza —añadió, bajando un poco la voz.

—Te he oído, Eva —dijo Pablo, que debía de tener el oído más fino de la región —. ¡Pero mira que eres mala!

—Y tú muy pesado. Marina no sabe lo que le espera. En un rato le digo a Tomás que te rescate. —Dirigió una sonrisa de complicidad a Marina y se fue junto a su prima. Marina las miró marcharse con tristeza: aquella pareja era, sin duda, lo mejor que tenía que ofrecerle la fiesta.

Pablo le tendió la copa de vino, y ella la apuró de un trago: estaba sedienta. Enseguida se dio cuenta de que aquella no había sido la mejor de las ideas; en esa situación, lo último que quería era que el alcohol se le subiera a la cabeza. Pablo, que parecía un tipo previsor, le alargó otra copa, y esta vez ella bebió algo más relajada. Entre sorbo y sorbo, él desgranaba anécdotas sobre la vida de Tomás: al parecer, eran amigos del colegio, y ahora se ocupaba de dirigir la parte administrativa de la empresa.

Narraba divertidas historias de cuando eran niños, de sus años de universidad... La charla no era tan insustancial como Eva había insinuado, pero la parte de la vida de Tomás que más interesaba a Marina —es decir, su matrimonio— ni siquiera llegó a mencionarse ni una sola vez. «¿Acaso hay algún tipo de veto, alguna ley del silencio sobre ese tema que Tomás ha impuesto a familiares y a amigos?», se preguntó. Parecía de locos.

La conversación con Pablo discurría entre un goteo continuo de saludos y presentaciones por parte del resto de invitados a la fiesta que aún le quedaba por conocer, incluida aquella mujer morena que había acaparado la atención de Tomás desde que habían llegado. Se presentó como Irene («Encantada de conocerte»), y la saludó afectuosamente dándole un par de besos. Después, la vio entrar en la casa, siempre en pos de Tomás.

Aquella mujer, tenía que reconocerlo, resultaba más elegante de lo que en un principio le había parecido, y, además, olía muy bien. Usaba un perfume suave, delicado y fresco que le impregnó el rostro al rozarse con ella. Esto la desagradó: no quería oler como Irene cuando Tomás se acercase por fin a ella, si es que en algún momento se decidía a hacerlo. No pudo dejar de mirar su pelo: sedoso y suave, liso y de corte recto, con un flequillo perfecto que le caía sobre la frente. El de Marina, sin embargo, con el sudor, se había rizado y encrespado aún más. No podía evitarlo: esa chica le caía francamente mal; sin conocerla y no la soportaba, a ella y a todas las mujeres que parecían no sudar nunca, en ninguna situación. No podía entender que alguien se arreglase a primera hora del día y al acabar la jornada volviera a casa tal y como había salido; estaba claro que había que nacer así, ser especial hasta para eso.

Una mujer como Irene nunca podría ser su amiga, porque le tendría manía siempre, pero, para desgracia suya, Tomás parecía sentirse muy a gusto con ella. Sin poder evitarlo, sintió cómo su viejo complejo de inferioridad levantaba de nuevo su fea cabeza: «¡Un ramillete de defectos naranja! Eso es lo que eres, al lado de esa Cleopatra» —se dijo con rabia y tristeza.

Cuando terminó su bebida, el atento Pablo corrió enseguida a traerle otra, y ella aprovechó el momento para introducirse en la casa en busca de un cuarto de baño. Al cruzar ante la puerta del salón, vio a Tomás apoyado sobre una mesa, charlando con su hermosa morena, y se detuvo, dudando entre si entrar o no. Irene pareció percatarse de su presencia y, sonriente, dirigió unas inaudibles palabras a su interlocutor y salió de la estancia, pasando al lado de Marina. Tomás se sentó en uno de los sofás y la miró sin sonreír. Ella trató de reunir valor y animarse a entrar, pero vaciló unos momentos, incapaz de decidirse. Tenía la sensación de no ser más que un estorbo o una molestia para él, de hallarse completamente fuera de lugar.

Finalmente se acercó a él, que levantó los ojos para mirarla. La expresión de Marina destilaba incompreensión y un mudo reproche. No entendía a qué venía dejarla sola, de no querer presentársela a sus amigos, de ni tan siquiera acercarse... Tenía unas ganas



tremendas de echarse a llorar, pero aquello le parecía tan infantil y ridículo que se tragó las lágrimas. Tampoco quería montarle una escena: resultaba inapropiado y, además, la mirada dulce y cálida que le dirigió la desarmó totalmente. Inspiró aire lentamente y lo dejó salir despacio. Rodeando la cabeza de Tomás con los brazos, la apoyó con ternura sobre su vientre. Él la abrazó por las caderas, respirando fuerte y entrecortadamente.

—Conocí a alguien a quien le gustaba que le abrazasen así.

—¿Quién, Marina? ¿Quién era?

—Alguien a quien casi no llegué a tratar, pero al que tuve la oportunidad de amar al final de su vida. —Lágrimas emocionadas rodaron por su rostro y cayeron sobre él, que levantó la cara. Al verla llorar, se puso de pie.

—Cuando deseaba que lo abrazara hacía así —Giró las palmas de las manos hacia arriba, abriéndolas y cerrándolas rápidamente—; como si fuese un bebé.

Tomás pasó una mano por su cuello, atrayéndola hacia él en su particular abrazo.

—Debo de ser una mujer con mucha suerte —dijo, tratando de contener los sollozos—. Dos hombres diferentes me han enseñado que existe más de un modo de abrazar.

—Si tú eres una mujer con suerte, entonces yo no sé cómo definirme.

—Pero si no quieres tener nada conmigo —susurró ella con tristeza, separándose de él—. ¿Estás seguro de que quieres que esté aquí?

—No preguntes cosas absurdas, Marina —respondió con tono molesto.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que pasa, Tomás? —preguntó, acercándose a él tanto cómo podía; necesitaba sentirlo cerca y, sin embargo, veía con impotencia que cada vez se alejaban más el uno del otro.

Tomás no respondió.

—¿Qué es? —insistió ella—. Quizás he dicho alguna estupidez... —Buscó su mano, pero él la rehuyó.

—Déjalo ya, Marina; no le des más vueltas.

—¿Es por mi ropa, por este estúpido pelo que me está volviendo

loca? —Cada vez más desesperada, se pasó las manos por el pelo, enrollándose en la nuca.

Él se limitaba a mirarla sin hablar, y poco a poco la frustración de Marina fue dando paso al enojo.

—Has debido decirme en casa que no te gustaba cómo voy; me habría cambiado. Lo hubiera preferido antes que tener que soportar que me mires así todo el tiempo. Me haces sentir incómoda y con ganas de marcharme.

—Lo siento. Prometo no mirarte más en toda la noche.

—¡No he dicho eso! —explotó Marina, cada vez más furiosa.

—Vamos a cenar y hablamos en casa, te lo prometo.

—¿De qué vamos a hablar?

—De todo.

—¿Y qué es todo? —preguntó cansada.

—Pues... ¡no lo sé! No sé qué es todo. Siento como si me ahogara... De verdad, Marina, no me pidas nada, esta noche no.

Asomándose a aquellos ojos suplicantes, no pudo continuar enfadada. Tímidamente, se acercó hasta su boca.

—¿Puedo?

Tomás asintió. Ella apenas si rozó sus labios.

—Continúa mirándome, ¿de acuerdo? —le susurró—. El día que deje de interesarte, lloraré tanto que mi pelo se volverá transparente. Es así para que lo mires; si dejas de hacerlo, su color no tendrá razón de ser.

—¡Joder, Marina! —replicó, abrazándola con fuerza—. ¡Eres mucho más de lo que merezco, pero ahora todo esto me desborda! —Se separó de ella sin mirarla y cruzó rápidamente el salón, buscando la puerta que llevaba al jardín.

—¡Tomás! —llamó, suplicante—. Di que lo harás.

Él asintió sin girarse. Marina esbozó una insegura sonrisa y salió tras él. Silvia organizaba las mesas para la cena, y Pablo la miró, así que decidió sentarse junto a él. Tomás, por su parte, se sentó en una silla justo enfrente de ella. Todo el mundo observó la escena sorprendido, pero nadie dijo nada.

Durante un tiempo, intentó seguir la intrascendente chachara de

Pablo, pero los ojos de Tomás que, tal y como le había pedido, no se apartaban de ella ni un momento, apenas la dejaban pensar. A veces, cuando sus miradas se cruzaban, percibía una energía invisible que los unía como si fueran una sola persona; Tomás era más suyo que nunca durante esos instantes, como si estuvieran juntos en un pequeño cuartito, completamente a solas. Aquellas miradas no podían pasar desapercibidas durante mucho rato y, en efecto, no lo hicieron.

—Si yo fuese tú —le susurró Silvia, que se sentaba a su derecha—, me habría levantado hace rato para llevármelo de aquí.

—¡Tranquila! —dijo Marina, sonriendo.

—¡¡¿Tranquila?!! ¿Pero cómo podéis estar así? Mira, mañana paso a por Lucía y los niños, y os dejo la casa sola para vosotros dos.

—Creo que quien tiene que decidir eso es tu hermano.

—Mi hermano es incapaz de pensar. ¿Pero no ves que ya hasta le sale humo del cerebro?

Marina no pudo evitar la carcajada, y todos se giraron a mirarla, haciendo que se sonrojase. Miró a Tomás, suplicando en silencio por que él estuviese de acuerdo con aquella maravillosa idea de sacar a los niños de la casa antes de que les diese un ataque de ansiedad.

Al acabar la cena, recogieron la mesa entre todos. Marina cruzaba el pasillo en dirección a la cocina para dejar allí unas copas cuando llegó hasta ella parte de una conversación entre Pablo y Silvia.

—Mucho le tiene que gustar para traerla a su casa —comentó Pablo.

—Mucho, sí —asintió Silvia.

—Sabía que era algo más que un simple capricho, porque no deja de hablar de ella, pero nunca hubiese imaginado que diese este paso... y encima con los niños. ¡Silvia, qué miradas! Esto no será solo un arrebató, ¿verdad?

—¿Has hablado con ella?

—Sí.

—¿Y no has visto lo mismo que mi hermano?

—Sí. Es un encanto. Hasta cuando se enfada tiene su punto. Pero me preocupa el verlo tan ilusionado. Antes los he visto abrazarse en el salón; nunca lo había visto hacer algo así.

—Eso es buena señal, creo yo.

El corazón le latía a toda velocidad mientras escuchaba, apenas consciente de que su posición no resultaba demasiado discreta. De repente, algo le rozó el brazo y ella se giró asustada. Antonio, también algo sobresaltado por su reacción, retiró la mano con la que la había tocado para sacarla de su ensimismamiento: traía copas en una bandeja y no cabían los dos en el pasillo.

—¡Vaya! Espero no haberte asustado.

—No, tranquilo —replicó Marina, tratando de recuperar la compostura.

—Dame esas copas, ya las llevo yo —se ofreció.

Marina se las dio, y Antonio continuó hasta la cocina. Lo escuchó cuchichear con otras personas; supuso que les estaría hablando de ella y de la comprometida situación en la que la había encontrado, y se sintió avergonzada. Solo esperaba que entendiesen su curiosidad.

\*\*\*

En el jardín se habían formado grupos que charlaban animadamente; los invitados disfrutaban de sus copas, unos sentados en tumbonas, otros de pie. Marina todavía le daba vueltas a aquel retazo de conversación que había escuchado; aunque todo el mundo se portaba amablemente con ella, no se decidía a integrarse en ninguno de aquellos corrillos. Nerviosa, paseó la mirada por el jardín en busca de Tomás.

Por fin lo localizó y deseó no haberlo hecho: estaba charlando con Irene. Esa mujer, que también se había sentado al lado de Tomás durante la cena, al parecer era incapaz de dejar de acapararlo ni un solo segundo. Lo que no se podía negar, admitió Marina a regañadientes, es que tenía lo que se llama clase: atractiva, de ademanes medidos con un bronceado espectacular, resultaba prácticamente perfecta. «¡No soporto a las perfectas!», pensó, resoplando. Echaba de menos a Elvira: si ella hubiera estado allí, ya le llevarían pitando los oídos a esa arpía un buen rato, de tanto que la criticarían.

Los observó en silencio durante un rato. Tomás se reía, pendiente de cada palabra que salía de la boca de Irene. Estaba guapísimo con aquellos pantalones, que resaltaban aquel trasero que prácticamente la sumía en un trance hipnótico cada vez que él se daba la vuelta. Irene lo abrazó; parecía una mujer muy cariñosa, y a Marina la acometió una punzada de celos cuando él le devolvió el abrazo. «Aunque no la abraza como a mí», se consoló: Tomás le pasaba una mano por la espalda, sin sostener la cabeza contra su cuerpo de aquella manera tierna tan propia de él; quizás había esperanzas de que ella no le gustase realmente.

Pablo se le acercó con una copa de algo que no sabía qué era.

—Es uno de los *gin-tonics* del marido de Silvia —aclaró con una sonrisa—; hay que beberlos sí o sí: es un barman aficionado.

—De acuerdo, no le haremos el feo.

Charló un rato con Pablo, principalmente sobre libros, trabajo y la vida universitaria. No podía quitarse de encima la sensación de que aquel hombre solo la escuchaba por educación, y no pudo evitar sentirse mal por no ser capaz de elegir temas de conversación más amenos. Mientras hablaban, trataba de tener localizado a Tomás, que iba y venía, hablando con todos, pero al cabo de un rato lo perdió de vista. Pablo la miró con una sonrisa amable y señaló al fondo del jardín.

—Gracias por acogerme así de bien, Pablo y por entender que hoy mi posición aquí era algo difícil. —Poniéndose de puntillas para alcanzar el rostro de aquel hombre tan alto, le besó la mejilla.

—Pues corresponde a mi amabilidad llevándotelo de aquí de una vez, por favor —dijo con tono suplicante.

«¡Pero si no deseo otra cosa!», pensó, acercándose a Tomás. Cuando llegó hasta donde estaba, lo miró a los ojos.

—¡Hola! —le dijo él con una sonrisa, como si no se hubiesen visto en mucho tiempo.

—¡Hola! —replicó Marina suavemente.

—¿Quieres marcharte ya?

—Cuando tú quieras.

—Entonces, si no te importa, nos vamos; estoy algo cansado.

Se despidieron de todo el mundo y regresaron a casa de Tomás en silencio. Entraron, procurando no hacer ruido para no despertar a los niños o a Lucía y, al llegar al salón, Tomás encendió las luces.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó, sin demasiado interés.

—Pablo es muy divertido —replicó ella.

«¡Y punto!», tuvo ganas de añadir, a modo de resumen de sus experiencias en casa de Silvia. No había sido lo que se dice una noche agradable. Se miraron. Esperó a que él dijera algo más, que iniciara de una vez aquella conversación que le había prometido, pero no parecía que tuviera ninguna gana de hacerlo. Finalmente, no deseando prolongar por más tiempo aquella agonía, se despidió de él deseándole buenas noches.

—Buenas noches, Marina —fue la seca respuesta.

«¡Pues qué bien, Tomás! —pensó ella, hastiada y dolida—. De vuelta a la casilla de salida». Fue hasta el cuarto de baño, se lavó la cara y se cepilló los dientes. Mientras lo hacía, su reflejo en el espejo le recordó lo mucho que distaba su agotado rostro, enmarcado en aquella melena enmarañada, de la elegante belleza de Irene, de su corte de pelo impecable, de su risa musical que tanto parecía agradar a Tomás. Como un fantasma burlón, la silueta de Virginia pareció insinuarse en el fondo del espejo, riéndose de ella, recordándole lo poca cosa que era, como ocurría cada vez que su inseguridad se convertía en la parte dominante de sí misma. Con un gemido, se apartó del cristal; solo quería dormir, pero se metió en la cama convencida de que aquello no iba a resultar sino otro deseo inalcanzable.

Dando vueltas entre las sábanas, su mente no dejaba de evocar una y otra vez la figura de Tomás observándola toda la noche, con aquella mirada tranquila y serena, dulce y al mismo tiempo seductora. Escondió la cabeza entre los almohadones; abrazándose a ellos, trató de concentrarse únicamente en dormir. Una hora después, se incorporó en la cama y encendió la luz; quizás si leía un rato podría conciliar el sueño.

La ligera brisa que entraba por la ventana, agitando las cortinas, aliviaba su calor, pero no la ayudaba a relajarse ni a centrarse en lo

que trataba de leer. Pasaba las páginas del libro maquinalmente, sin llegar a comprender del todo nada de lo que en estas ponía, y cada poco tiempo debía volver atrás a fin de hallarles el mínimo sentido necesario para no perderse totalmente. Al cabo de una media hora arrojó el volumen al suelo y apagó la luz de nuevo, pero todo era inútil; ante sus ojos cerrados desfilaban Pablo, Tomás, Elvira... y, sobre todo, Irene, aquella maldita Irene. Se levantó, nerviosa y desazonada, y se dirigió a la cocina. Tenía la boca tan seca que no podía pasar ni un minuto más sin refrescársela con un vaso de agua fría.

Decidió no encender las luces para no despertar a nadie, pero poco después se arrepintió de su decisión: a oscuras, el pasillo se le antojaba larguísimo y repleto de obstáculos invisibles. Pegada al muro, trató de orientarse lo mejor que pudo, pero aproximadamente a mitad del camino, su mano tropezó con el picaporte de una puerta cerrada. Se detuvo un instante, maldiciendo en silencio su torpeza, hasta que se convenció de que nadie la había oído. Prosiguió su camino, pero de pronto algo atrapó su brazo. Soltó un grito ahogado y forcejeó durante unos segundos hasta que sus ojos pudieron percibir mejor la silueta que la sujetaba: era Tomás.

—¡Qué susto! —susurró Marina tratando de tranquilizarse.

—Lo siento. ¿Ocurre algo? —murmuró él a su vez.

—No, solo iba a la cocina a por un vaso de agua. No he querido encender las luces para no despertaros, pero veo que no ha servido para nada.

—No te preocupes, yo ya estaba despierto. He oído ruido, y he salido para ver qué pasaba.

Marina sonrió satisfecha, pensando que no era la única que no podía dormir.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó.

—¡Menuda vista tienes! Yo no veo nada. ¿Cómo me has visto sonreír?

—Es que me he hecho un experto en buscar tu sonrisa por todas partes.

«Esta vez no te va a ser tan fácil, Tomás. Sigues teniendo mucha

labia, pero la explicación que necesito vas a tener que dármela», pensó Marina, negándose a dejarse atrapar de nuevo en la dulce maraña de palabras que él sabía tejer tan bien.

—Sonreía porque estamos susurrando igual que el primer día en tu despacho; recordaba lo nerviosa que me sentía al tener que hablar así.

—¿Te pones nerviosa ahora también? —preguntó él acercándose más a ella.

—Bastante —confesó, mientras Tomás se inclinaba sobre su cuello respirando agitadamente.

—Marina, ¿qué tal tu lengua?

—¿Mi lengua? —preguntó con extrañeza—. Pues la verdad es que la había olvidado; supongo que mejor.

—Bien.

—¿Por qué me preguntas eso? —Tomás rozó su cuello con los labios y ella trató de mantener el control.

—Porque no quiero hacerte daño —susurró en su oído.

—¿Daño? —preguntó, confusa.

—Sí, cuando la devore entera —murmuró, seductor.

Ella ahogó un grito excitado.

—¿Te asusto? —preguntó.

—Estoy muerta de miedo, aquí, en la oscuridad sin saber quién me dice esas cosas —respondió.

—Pues si aún no sabes quién soy, tendré que hacer algo para refrescarte la memoria. —La giró contra la pared y la levantó en peso del mismo modo que lo había hecho aquella tarde de lluvia—. ¡Te vienes conmigo, nena! —exclamó, escondiendo la cara entre su pelo—. ¡Dime que vendrás conmigo y te suelto!

Como otras veces, Marina sintió su resolución tambalearse y caer, derrotada por la invencible atracción que sobre ella ejercía Tomás.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Si vienes conmigo, a donde tú quieras —susurró en su oído.

La bajó y le dio la vuelta, situando su rostro muy cerca del de ella.

—¿Me ves ahora? —preguntó, anhelante.

—Sí.



—Aquella tarde me dejaste sin beso —dijo, arrugando la nariz como un niño contrariado.

—No me gustó la cara de triunfo que pusiste al darme la vuelta.

—Pensé que te habías rendido —dijo, levantándole el camisón lentamente.

—Y lo había hecho; ya era toda tuya, pero tu arrogancia fue tu perdición —susurró.

Tomó su mano, guiándola en su exploración, alentándola a dibujar caminos en su cuerpo. Adoraba su tacto, y aquel vello suyo tan suave que con solo acariciarlo despertaba en ella deseos irreprimibles.

—¡Vaya! —suspiró—. Me hubieras hecho muy feliz.

—¿Y hoy no? —preguntó con voz melosa, pegándose aún más a él.

—Ya no apunto tan alto. Ahora solo espero.

—Yo también espero —susurró, sugerente.

Las manos de Tomás seguían subiendo, hallando el elástico de sus bragas y acariciándolo mientras se pasaba la lengua por los labios. Continuaron trepando por su cintura, su costado, y por fin hasta su pezón. Marina gimió.

—¡Tomás! —suspiró.

—¿Qué?

—¿Me vas a besar o tengo que pedírtelo? —susurró.

—Pídemelo; creo que me va a gustar bastante.

Lo separó de su cuello, tomando su cara entre las manos.

—¡Bésame ya, nene! —exigió con una sonrisa.

Escuchó un gemido salir de su garganta; estaba tan excitado que su erección era más que notable; «Es de sobresaliente», pensó ella, maliciosa. Tomás devoró sus labios ansiosamente, y Marina creyó que iba a morir allí, en mitad del pasillo. Sus cuerpos estaban tan juntos, tan pegados, que parecían uno solo. La besaba tan fuerte que ella no podía ni moverse de la pared contra la que la tenía arrinconada. Sus dedos rozándole el pezón eran extraordinariamente suaves y delicados, al contrario que su lengua y sus labios, que, exigentes, la exploraban sin parar hasta casi hacerle daño. Estaba tan excitada que, a pesar de ser consciente de que sus jadeos se escuchaban por todo el pasillo, no le importó lo más mínimo.

De repente, aquellas maravillosas sensaciones cesaron. Abrió los ojos y vio a Tomás que, aún jadeante, apoyaba la espalda y la cabeza contra la pared. No dijo nada, esperando que él fuera el primero en romper aquel repentino e incómodo silencio.

—Será mejor que te vayas a dormir —dijo al fin, girándose para marcharse.

—Quizás deberías de haber invitado a tu casa a Irene en vez de a mí, ¿no? —replicó amargamente. Sabía que aquello sonaba a pataleta de niña pequeña y que en realidad no tenía ningún tipo de derecho sobre él, pero le había sido imposible reprimir aquellas palabras.

Él no dijo nada, y Marina pensó que se iba a volver loca: ¿por qué no se defendía? ¿Por qué no protestaba siquiera? ¿Por qué todo aquel silencio, aquella incapacidad para comunicarse? Recordó su resolución anterior y se maldijo por no haberse mantenido firme. «Bueno, más vale tarde...», se dijo, armándose de valor.

—En la fiesta dijiste que hablaríamos en casa de todo, Tomás. ¿Te acuerdas?

—Buenas noches.

—¡Nada de eso! —protestó—. Ni acepto tus buenas noches ni voy a marcharme a dormir.

—¿Y qué quieres? Ya te he dicho que esta noche no me pidieses nada.

—Quiero estar contigo, quiero que me abrases... No, no lo quiero: ¡lo necesito! Necesito sentirte cerca, no como esta noche, perdido en aquel jardín —le espetó mientras apoyaba la cabeza en el marco de la puerta de su habitación.

Tomás se alejó por el pasillo, ignorándola por completo y haciendo que se sintiera como una idiota. Por fin, entró en su habitación y cerró con cuidado. Se echó de bruces en la cama y enterró la cara entre las manos. Había olvidado por completo su sed; tan solo podía pensar en lo que acababa de suceder.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Pataleó, furiosa y angustiada—. ¡Voy a volverme loca!

Tenía ganas de gritar, y lo hubiera hecho de encontrarse a solas. Sentía rabia y frustración por sus deseos insatisfechos, y no sabía

cómo desahogarse. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Se giró, paseando su mirada por el techo en penumbra; el viento que levantaba las cortinas también agitaba las ramas de los árboles. «Al menos no hace calor», suspiró, tratando de convencerse de que el sueño llegaría en algún momento de la noche. Se encontraba tan cansada... cansada de Tomás, de aquella absurda situación, hasta de ella misma. Lo suyo no eran las relaciones: no las entendía y para ella siempre resultaban un completo desastre. Se arrepentía profundamente de haber aceptado pasar el fin de semana con Tomás.

Cuando se despertó, le dolían el cuello, la espalda, la cabeza... prácticamente todo. Se había dormido en una postura casi imposible, y el suelo estaba cubierto de sábanas y almohadas, signos reveladores de la espantosa noche que había pasado. Miró el reloj: eran las ocho de la mañana. Calculó que habría dormido unas tres o cuatro horas, pero las escasas horas de sueño no le habían hecho bien alguno; se sentía agotada, y los párpados le dolían como si los hubiera mantenido apretados toda la noche. Se levantó con un gruñido de dolor, y se vistió entre bostezos: quedarse en aquella casa era algo que no pensaba siquiera considerar; un poco de ejercicio por la playa la despejaría y también le daría la oportunidad de apartar de su mente los acontecimientos de la noche pasada.

Se sentía avergonzada por todo lo que había sucedido. Estar tan cerca de él, en una actitud tan íntima, para después tener que fingir que no había pasado nada resultaría terriblemente incómodo para ella, y no quería volver a encontrarse con él hasta haber tenido tiempo para tranquilizarse. Bajó hasta la playa; la mañana era clara, de un azul brillante. La luz se reflejaba en el agua cegándola. Había olvidado las gafas de sol, pero no pensaba volver a buscarlas.

Inspiró profundamente y echó a correr. El aire fresco de la mañana azotaba su rostro y, durante unos momentos, pensó que lograría relajarse. Pero entonces, el sabor de los labios de Tomás en aquel pasillo oscuro, el tacto de sus manos sobre su pecho, regresaron para volver a turbarla. No podía dejar de darles vueltas a las posibles razones de Tomás para refrenarse en aquel instante íntimo; en un primer momento se le había ocurrido que lo más probable era que no

deseaba entregarse a sus deseos con los niños durmiendo a escasos metros, pero inmediatamente había pensado que solo tenía que haberla llevado hasta la casita de la piscina si lo que quería era una mayor privacidad. No, lo cierto es que no veía razón alguna para retrasar una y otra vez aquello que tanto estaban deseando los dos. Su cuerpo ardía recordando la erección de Tomás contra su cuerpo. Su lengua, su mano, sus labios... Nunca la habían besado de aquella forma, con tantas ganas, con tanta ansia, como si quisieran devorarla.

Aquel hombre la atraía muchísimo, tanto como no la había atraído nunca ningún otro. Adoraba todo de él, «¡Niños incluidos!», pensó. Deseaba estar con él, y no solo en el sentido físico de la palabra; quería quedarse con él para siempre. Recordó las palabras de Tomás: le había dicho que aspiraba a ser especial, muy especial, para ella, y que siempre conseguía lo que se proponía. Y la invadió una tremenda tristeza, porque eso ya lo había conseguido.

«Y ahora, ¿qué, Tomás? ¿Cuál es la siguiente parte de este plan tuyo? ¿Qué se supone que hago con todo lo que siento por ti? ¿Qué voy hacer cuando acabe este fin de semana?», se preguntó en silencio, y creía tener la respuesta: «Me iré de aquí como vine, sin nada, con el deseo a flor de piel y con algunos recuerdos que guardar en un lugar profundo del que no sea fácil sacarlos, no vaya a ser que duela demasiado».

Caminó lentamente, intentando hallar un poco de tranquilidad entre aquellos pensamientos revueltos. Inspiró profundamente y miró al cielo. «¿Y yo? ¿Soy especial para ti?», se preguntó con rabia. Evocó aquellas disculpas de Tomás referentes a su comportamiento el día en que ella entró a trabajar en la empresa. Según le dijo, solo deseaba conocerla, y supo desde que se miraron por vez primera que ella se encontraba fuera de su alcance. «De acuerdo—se dijo—, pero ¿y cuando ya estuviese a tu alcance te paraste a pensar qué es lo que sería entonces para ti? ¿Acaso has perdido todo interés al comprobar por fin que solo soy una chica como las demás, con mis deseos y mis necesidades, a la que ya has conseguido conquistar? ¿Cuál va a ser a partir de ahora tu actitud hacia mí, Tomás?».

No dejaba de pensar, de buscar una respuesta que le aclarase las

cosas. Si lo de anoche había sido tan solo atracción, ¿por qué entonces no acabó como se suponía que debía acabar? ¿Qué es lo que pasaba por la cabeza de Tomás? Tantos interrogantes la volvían loca y le impedían disfrutar del paseo.

Pensó en regresar a la casa, pero no se veía con ánimos ni fuerzas para sentarse a la misma mesa que él y compartir tranquilamente un desayuno, o contemplarlo en bañador sentado a su lado en la arena. «¡Pareces una mojigata salida!», se recriminó, pero lo cierto es que no podía evitar sentirse así: hacía una eternidad que no estaba con un hombre y, aunque no había sido consciente de lo mucho que lo había echado de menos, Tomás había despertado en ella ansias que se hallaban adormecidas en su interior. Había sacado afuera a la mujer que ni ella misma recordaba que existía, y ahora ya no podía volver a enterrarla. No, no podía negarlo por más tiempo: necesitaba a ese hombre. La pasión inundaba todo su cuerpo: con solo pensar en él, ya deseaba su contacto; se sentía permanentemente excitada. Miraba hacia el mar, dirigió hacia el agua su voz, dando un grito con todas sus fuerzas, tratando de desahogarse, de expulsar aquellos sentimientos que amenazaban con ahogarla.

—¡Leches, Marina, qué susto!

Se giró sobresaltada; de alguna forma, Tomás siempre conseguía aparecer cuando ella menos se lo esperaba. Se miraron. Él se hallaba inclinado hacia adelante, las manos sobre las rodillas, y respiraba con dificultad. El sudor le corría por todo el cuerpo; era evidente que había estado corriendo.

—¿Estás bien? Llevabas ahí parada un rato mirando al limbo. No quería molestarte, y de repente sueltas ese grito... ¡Ay, qué miedo! — dijo con una sonrisa y voz afectada.

Se echaron a reír, y Tomás se le acercó.

—Ahora en serio, ¿qué te pasa para dar ese grito de rabia?

«¿Se lo digo? », pensó, hastiada y avergonzada. «Pero ¿cómo se lo voy a decir? —se reprendió inmediatamente—. ¿Cómo se le dice a un hombre “estoy muy salida” sin quedar mal?». «¡Mira, qué buen título para un libro!», pensó, sintiendo cómo crecía en su interior una carcajada histérica que logró reprimir. No, no iba a contarle eso,

decidió: no quedaría bien de ninguna manera y lo único que conseguiría probablemente sería hacer el ridículo. Suavemente, se dejó caer de rodillas en la arena y se sentó mirando hacia el mar. Tomás se acuclilló a su lado y, durante un rato, permanecieron en silencio. Ella deseaba que él diera el primer paso, que hablase, que se acercase a ella y la acariciara; en definitiva, que saliera algo de él. Le parecía increíble, pero hubiera dado cualquier cosa por que aquel individuo callado y taciturno volviera a ser el Tomás que la incordiaba incesantemente en la empresa.

—¿Tomás? —dijo por fin, incapaz de soportar el silencio por más tiempo.

—¿Sí? —preguntó él con los ojos cerrados; parecía disfrutar del sol que le daba en la cara.

—¿Crees que ha sido buena idea venir? —preguntó.

—Me acabas de hacer polvo —dijo con tristeza mientras la miraba.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Porque no me esperaba esa pregunta.

—¿Me has invitado para compensarme por lo mal que me lo has hecho pasar?

—¿De verdad me estás preguntando eso? —murmuró él, incrédulo.

—Sí. Me lo pregunté aquel día en el cumpleaños de mi ahijada y me lo sigo preguntando desde entonces. Necesito saberlo. —Pedía respuestas, pero lo cierto era que no sabía si iba a poder aceptarlas.

Tomás se levantó y la miró. Sus ojos brillaban de furia. Marina tragó saliva: aquello no pintaba bien.

—Me voy.

—¡No! —dijo, levantándose rápidamente y sujetándolo del brazo—. ¡Por favor, Tomás!

—¡Déjame! —gruñó él, desasiéndose con brusquedad.

—¡Entiéndeme, por favor!

—¡Marina! —replicó él levantando la voz—. Si me haces esa pregunta es porque no estás a gusto, porque en realidad no quieres estar aquí.

Ella desvió la mirada; se sentía peor que antes. No entendía los motivos de su enfado ni qué era lo que pretendía de ella. Parecía que

solo buscaba excusas para evitar que estuviesen a solas y, si en alguna ocasión, por el motivo que fuera, tenían un momento de intimidad, entonces las buscaba para alejarse de su presencia a la mayor velocidad posible.

—No debes preguntarme a mí —prosiguió—; mejor pregúntate a ti misma si de verdad quieres estar aquí conmigo. —Se dio la vuelta y se alejó corriendo, dejándola boquiabierta.

«¿Que si quiero estar con él? —se preguntó—. Pero ¿este hombre es tonto?» Hastiada de todo aquello, volvió caminando hasta la casa. Subió las escaleras y entró por la cocina.

—Buenos días. ¡Hay que ver qué madrugadores sois! —exclamó Lucía al verla entrar—. ¿Café? —preguntó, ofreciéndole una cafetera humeante—. ¿Y Tomás?

Enmudeció al ver el rostro de Marina.

—Perdona —murmuró—; pensaba que habíais salido juntos.

—No —respondió Marina, desganada, mientras se sentaba y se servía leche y azúcar.

—¿No me digas que habéis discutido?

El tono de la pregunta era de preocupación, y Marina levantó la vista de su taza para dirigirle una mirada de simpatía. Sin duda, quería mucho a Tomás, y, además, sabía cómo hacer que una extraña como ella se sintiera bien recibida.

—Lucía, ¿le has preguntado a Tomás qué hago yo aquí?

—No —dijo, extrañada—. ¿Debería? ¿Por qué? ¿Para qué?

—No sé... invitar a una mujer aquí, a su casa, con sus hijos... ¿es normal en él?

—No, claro que no, por eso no le he preguntado. Si estás aquí es porque le haces feliz. Anoche os escuché —dijo con una sonrisa.

—¡Lucía! —exclamó, avergonzada.

—¿Preguntarle qué haces aquí? Pero si es obvio, Marina. —La tomó suavemente de la mano—. Siento haberos escuchado, pero... —Se quedó pensando un momento—. No, no lo siento, porque me encantó escuchar a ese Tomás así... —Se tapó la cara riendo—. ¡Hay que ver! Si soy como su madre, ¡qué barbaridades estoy diciendo! Pero es que eso quiere decir que está vivo, que no sufre. Por eso me

he preocupado cuando he pensado que habíais discutido.

En ese momento, Tomás entró y fue derecho al frigorífico a servirse un vaso de agua.

—Tomás, ¿a qué hora te has levantado? —le preguntó su tía, clavando en él la mirada.

—No sé. A las seis... puede que antes. ¿Por qué?

—¿Y hay necesidad de que salgas a correr tan temprano? —preguntó.

Él bebió un gran trago de agua y le devolvió la mirada a Lucía con tranquilidad.

—Sí que la hay, porque así esta noche estaré rendido y dormiré de un tirón. —Miró a Marina con arrogancia y volvió a beber agua.

—Vaya, ¡pues qué pena! Porque entonces no podrás salir al pasillo a descubrir por qué por la noche los ratones lo pasan tan bien en la oscuridad —sentenció Lucía.

Tomás tosió y se atragantó, ruborizándose: parecía un niño pequeño al que habían pillado haciendo una trastada, y Lucía y Marina no pudieron contener la risa.

—Anda, vete a la ducha, que dicen que el agua fría también alivia bastante —le espetó su tía, cortante.

—¡Lucía! —exclamó Tomás.

—¡Seré una vieja, pero no estoy sorda!



## Capítulo 13

Fue directamente a su habitación y envió un mensaje a Elvira: «¡Estoy desesperada!», decía.

Inmediatamente, su móvil comenzó a sonar. Marina miró a la pantalla sin moverse: era su amiga, pero en ese momento no le apetecía nada hablar con ella. Finalmente, suspiró y descolgó el teléfono

—Si quisiera hablar contigo, te habría llamado —murmuró con irritación.

—Me has asustado —protestó Elvira—; si me dices que estás desesperada, ¿cómo quieres que reaccione?

—De ninguna manera; no he enviado el mensaje esperando que hicieras nada.

—Marina... ¿por qué estás susurrando?

—Porque no quiero que me oigan.

—¿Que te oigan? ¿Quién? Pero ¿con quién estás?

—Con Tomás, con sus hijos, con la tata.... —gruñó.

—¡¿Sus hijos?! ¡¿Qué dices?! ¡Madre mía, me va a dar algo! Entonces, ya sé por qué estás tan desesperada. —Las carcajadas de Elvira sonaron tan fuerte que Marina tuvo que apartar el móvil de su oído.

—¡No te rías! —gritó Marina, furiosa.

—¡Perdóname, qué poco tacto tengo a veces! No tiene que ser fácil, la verdad. Pero oye, ¿y la madre de las criaturas?

—No hay madre. No sé nada de ella.

—¡No me esperaba yo eso de Tomás!

—¡Pues mira, yo tampoco! Pero bueno, la razón por la que estoy tan mal no son ellos; son todos muy cariñosos. Parece que llevo viniendo aquí toda la vida.

—Bueno, y entonces, ¿qué te preocupa?

—Estoy fatal. Tomás se ha propuesto, o bien no hablarme, o bien hacer que nos rodee una multitud siempre que sea posible... todo menos estar juntos. Y a mí lo único que me apetece es estar a solas con él. Estoy muy nerviosa; me basta con pensar en Tomás para ponerme a mil —dijo, bajando aún más la voz.

—No susurres; ¡dilo fuerte para que lo oiga y se dé por aludido! ¿En qué está pensando ese hombre? ¡Buscaros un hotel y salid de ahí!

—Te lo juro, nunca me había sentido así. Estoy que, o hacemos algo, o me lanzo encima de él... No puedo ni mirarle las manos sin imaginármelas por todo mi cuerpo; ¡solo puedo pensar en sexo cuando estoy con él!

Elvira no hablaba, y Marina se desconcertó.

—No ayudas en nada —le espetó.

—No sé qué decirte, lo último que quiero es molestarte pero que entiendas que es natural lo que te pasa... ¡llevas un año viviendo como si fueras una monja! Añade a eso aquel novio francés que tenías, que no sé qué le veías.

—¡No te metas con él! Era muy gracioso.

—Pues no te digo que no, pero tú no necesitas reírte: ¡lo que necesitas es un buen meneo!

—De verdad, Elvira... ¡eres muy bruta!

—¡Pero si sabes que eso es lo que quieres! No me digas que exagero.

—Yo nunca había estado así, ni siquiera al principio de mi relación con Hervé, ni tampoco en todo este tiempo que no he estado con nadie. ¡Nunca he sentido esta necesidad que me está volviendo loca!

—¿Y qué probabilidades tienes de desahogarte? ¿Qué dice Tomás?

—Pues, como comprenderás, de eso no hemos hablado.

—Pues no veo por qué no, después de todas las cosas que ya os habéis dicho... Bueno, infórmame: ¿cómo ves la situación?

—Mal; se ha enfadado conmigo.

—¡Arréglalo!

—¿Cómo?

—Pues... ¡con mi vestido! ¿Dónde lo tienes?

—En el portatrajes.

—Vaya... ¡pues sácalo! —exclamó.

—Ya... y para ir, ¿a dónde, exactamente? —inquirió Marina, irónica.

—¡Díselo tú! ¡Dile a dónde quieres que te lleve!

Se hizo un silencio en el teléfono.

—¡Elvira! —exclamó un momento después, exultante.

—¿Qué? ¿Has caído ya del guindo?

—¡Te quiero!

—Lo sé. —Rio su amiga.

Colgó y corrió hasta el armario. Buscó frenéticamente el portatrajes, y cuando al fin lo localizó, bajó la cremallera de un enérgico tirón. Tomando el vestido en las manos, salió al pasillo con decisión en busca de la habitación de Tomás y, una vez allí, llamó suavemente a la puerta.

—¿Sí? —Escuchó desde fuera la familiar voz de Tomás.

Sin dudar ni un momento, Marina entró rápidamente en el dormitorio. Sentado en la cama, sujetaba su portátil sobre las piernas cruzadas.

—¡Hola, Tomás! Vengo a traerte un regalo.

—¿Un regalo? ¿Qué regalo? —se sorprendió.

—Este; ¿puedo colgarlo? —repuso, acercándose al armario.

—Sí, pero no entiendo nada. ¿Para qué quiero yo ese vestido?

—No lo sé; eres un hombre de recursos. Ahí lo dejo, a ver qué se te ocurre —dijo, abriendo la puerta corredera y colgando el traje entre su ropa.

—Marina, estoy algo perdido. ¿Esto es una broma o algo así?

—Venga, Tomás; si se te ocurrió lo de las lechugas, lo del burro y lo del esparadrapo, yo creo que al final algo se te acabará ocurriendo.

Salió de la habitación y, de vuelta en la suya, se sentó en la cama a esperar. Con los ojos cerrados, pensaba en el vestido, colgado entre las perchas de Tomás. Se lo imaginaba de pie, ante la ropa, contemplándolo. ¿Se le habría encendido la bombilla ya?

Habían pasado todo ese día sin hablarse, jugando con los niños y mirándose a hurtadillas mientras comían. Ella había visto *Brave* con Ángela, y después se había dejado cepillar el pelo hasta que le dolió el cráneo. Todavía recordaba la cómica expresión de sorpresa que había cruzado el rostro de Tomás al verla así: se le había quedado el pelo igualito que la melena de Diana Ross; lo peor que le podía pasar a sus rizos es que los cepillasen. Si tenía que sufrir otro largo día de juegos infantiles, con los ojos ansiosos de Tomás posándose sobre ella una y otra vez, o si tenía que pasar otra noche como la anterior, en blanco y pensando en él desesperadamente, tenía claro que al día siguiente recogería sus cosas y buscaría la forma de volver a casa.

En ese momento, alguien llamó a su puerta, y, antes siquiera de que pudiera responder, Tomás entró en la habitación con el vestido sujeto a la percha y lo colgó en el armario. Se acercó a la cama y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Se me ocurren tres millones y medio de cosas que hacer con tu vestido. No sé si quieres que te las cuente o que las haga.

—Que las hagas —replicó ella sin dudarle un momento.

—Para eso primero tendrás que ponértelo; si no, no podré quitártelo.

—Mmmm... De acuerdo —dijo ella con gesto imperturbable, a pesar de que sentía cómo un hormigueo de excitación recorría todo su cuerpo.

—Pero...

—¿Hay un «pero»? —preguntó, incrédula.

—Sí, somos personas civilizadas; vamos a poner un «pero».

—Lo escucho —suspiró ella.

—He estado observando un rato ese vestido; es muy bonito, demasiado como para no salir y lucirlo un rato. —Tomás hablaba sin mostrar emoción alguna—. Así que otra opción es salir.

—¿Salir? ¿Adónde? ¿Ahí? ¿Al jardín? —gruñó Marina, señalando el césped, que se veía a través de la ventana, con la barbilla.

Entrecerrando los ojos, Tomás enterró la cara en el hombro. Marina sonrió.

—¿Picor de nariz? —inquirió socarrona.

Él levantó la cabeza y continuó hablando con total seriedad:

—No puedo quitarme de la cabeza lo mucho que me gustaría sentarme contigo y contemplarte en silencio mientras te escucho hablar. Me imagino boquiabierto como un tonto, embelesado, pensando en todo lo que vendrá después, si es que no lo estropeo con mi cara de conquistador de película de serie B.

—Vale. —Asintió ella, divertida por su ocurrencia.

—¿Estás de acuerdo?

—Creo que sí.

—Entonces formularé mi pregunta: Marina, ¿quieres salir conmigo a cenar esta noche?

—Sí.

—¿Solos tú y yo?

—¡Por favor! —exclamó, con expresión suplicante.

—Pues no hay más que hablar.

—Hasta esta noche. Porque quieres que hable, dices.

—Sí. Me tendrás que entretener un rato, o se me hará eterno hasta que podamos pasar a esos tres millones y medio de cosas.

—¿Y cuánto es el tiempo estimado que calculas que tengo que estar hablando antes de... la siguiente cosa?

Él entrecerró los ojos.

—El justo, Marina, el justo.

—A ver si es verdad, este loro está deseando compañía en la rama.

Si una mirada se pudiese pagar con dinero, Marina no habría sabido qué precio ponerle a la que le lanzó Tomás en ese momento. Sus ojos le dijeron lo mucho que la deseaba, y, lo que es más, lo mucho que la necesitaba. Quizás él fuera incapaz de articularlo con palabras, pero en ese momento no le cupo ninguna duda: Tomás era al fin suyo, y aquella sería su noche.

Había pedido ayuda a Lucía para que recogiese su pelo tal y como le había visto hacer con el de Ángela esa mañana. No necesitaba llevarlo suelto y sentirse agobiada. Y la tía de Tomás había obrado la maravilla de hacerle un recogido que dejaba su nuca despejada. Le había trenzado parte de la melena, sin ser muy sofisticado ni tan infantil como el de la niña había conseguido lo que buscaba: no tener

que preocuparse por su pelo.

Maquillarse no le llevó mucho tiempo: el sol de esos días le había dado un tono cobrizo muy bonito a su piel, reemplazando las ojeras y la palidez de días anteriores. Se sentía feliz, y su rostro reflejaba esa felicidad. Se aplicó un suave tono gris sobre los párpados, retocó sus pestañas y, para finalizar, dio un toque de color a sus labios.

El color verde botella del traje de pedida de Elvira, que ahora llevaba puesto, hacía resaltar sus ojos esmeralda. El vestido se sujetaba al cuello con un fino enganche, dejando la espalda totalmente al descubierto, y el pronunciado escote dejaba entrever la parte interna de sus senos. El ceñido talle, anudado a un lado de la cintura con un lazo hecho de la misma tela que el resto de la prenda, resaltaba su figura. Su suave caída hasta los pies hacía que solo cuando caminaba quedaran al descubierto las elegantes sandalias de delgadas tiras plateadas y elevado tacón que se había puesto. Como único complemento, llevaba los pendientes que su abuela le había regalado siendo niña y que desde entonces no había dejado de usar. Se trataban de unas diminutas perlas blancas que combinaban bien con todo.

El jabón de ducha que usaba tenía una fragancia a almendras tan dulce y delicada que no necesitaba perfume. Se miró al espejo, inspiró profundamente y sonrió a la imagen que vio ante ella.

Se dirigió al salón, sintiendo unos nervios terribles arañándole la boca del estómago. Tomás, de pie junto a la mesa del salón, trasteaba con su cámara de fotos. No había notado su presencia, y se recreó contemplándolo durante unos momentos. Era la primera vez que lo veía tan elegante: llevaba un impecable traje azul oscuro, camisa blanca y corbata oscura estampada con pequeñas figuras geométricas entrelazadas. Entrecerraba los ojos para fijar la vista mientras ajustaba el objetivo, pero, cuando levantó la mirada y la vio, la cámara se le resbaló de entre las manos. Trató de cogerla en el aire, pero apenas logró desviar algo su trayectoria, haciendo que cayera sobre el sofá en lugar de en el suelo. «¡Vaya, parece nervioso!», se dijo divertida.

—¡Estás preciosa! —acertó a decir al cabo de unos segundos.

—Gracias —dijo, sonriendo—. Siento haberte hecho esperar.

—No, no te preocupes, no me ha importado. La espera ha merecido la pena, porque la última vez que le pedí a una mujer que se arreglase para mí fue un poco desalentador.

—Pues a mí me parece que no iba tan mal —replicó ella, recordando aquella cena en la que se había vestido como él.

—No, nada mal —dijo él, sonriendo, mientras recogía la cámara y la depositaba sobre la mesa—. Tan clavadita a mí que parecíamos corporativos.

Marina se echó a reír.

—¿Y a qué corporación perteneceríamos?

—«Gente dando vueltas en círculo, Sociedad Limitada» —contestó, suspirando. Ella sonrió—. Bueno, eso que llevas parece un vestido; espero que no te pase nada esta noche por ponerte uno.

—Pues yo espero que me pase de todo —replicó Marina, insinuante.

—Uffff —resopló él, entre risas—. ¡Vamos a cenar! ¡Venga, rapidito!

Se oyeron unos pasos por el pasillo y al poco apareció Ángela en el salón.

—Quería ver a Marina —se explicó la niña, mirándola extasiada mientras tocaba la tela del vestido—. ¡Qué suave! ¿Cuando sea mayor me lo puedes dejar? —preguntó con ojos suplicantes.

Marina se agachó hasta quedar a su altura.

—Tesoro, no es mío; me lo ha prestado una amiga mía que se llama Elvira, pero hablaré con ella, y seguro que te lo deja.

—¿Por qué te lo ha prestado? ¿Tú no tenías?

—No, no tenía nada lo suficientemente bonito como para salir con tu padre —contestó, dirigiendo su mirada hacia Tomás. Él sonrió.

—Me gustas —le dijo Ángela con sencillez, y ella se sintió emocionada. Reprimiendo las lágrimas que, espontáneas, habían acudido a sus ojos, la besó y le deseó buenas noches. Cuando la niña se marchó, Tomás se acercó hasta ella y le acarició la mejilla.

—Gracias.

—¿Por qué? —murmuró, cerrando los ojos al contacto de su mano.

—Por la paciencia que tienes con mi hija. Sé el día que has pasado...

—Le sonrió con dulzura—. Pero estaba tan feliz compartiendo sus juegos contigo...

Ella sonrió maliciosamente.

—Bueno, ¿nos vamos ya, o prefieres que nos quedemos a ver *Brave* tú y yo?

Tomás entrecerró los ojos y la estudió en silencio unos instantes.

—Pasa —le dijo al fin, en tono autoritario.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Que pases delante de mí, para que pueda ver bien cómo te mueves dentro de ese vestido.

—¡Voy! —exclamó ella entre risas, volviéndose hacia la puerta.

\*\*\*

Mientras esperaban a que les diesen mesa, Marina no dejaba de contemplar el comedor del restaurante, abierto al mar en una terraza llena de flores y pequeñas luces por todas partes. Tomás la estaba mirando y sonreía.

—Por tu cara, intuyo que esta ha sido una buena idea.

Entrelazó su mano con la de él y lo miró feliz. Buscó su hombro para apoyar en él el rostro. Tomás le acariciaba suavemente el pelo.

—Me gustas más de lo que puedo expresar —murmuró—; me gustas de un modo que asusta, de un modo que apenas puedo explicar... ¡Marina! —Tomás desenlazó su mano de la de ella para tomar su cara y hacer que lo mirase.

Marina escuchaba en silencio sus palabras, emocionada, enamorada, sin parpadear ni respirar.

—Me gustas tanto que me duele si pienso que no vas a ser mía.

Tenía que decir algo, algo que nunca antes había dicho, porque no creía que nadie lo hubiese merecido antes de que apareciese el hombre que en aquel momento la miraba más conmovido incluso que ella misma. Sonrió, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¡Adelante! Ya pueden pasar —anunció el camarero en ese momento.



Entre los labios de Marina se había quedado enredado un «Te quiero» incapaz de salir y Tomás, con la mirada puesta en su boca, aguardaba paciente a que aquellas palabras lograran encontrar la salida del laberinto de sus sentimientos. Al cabo de unos momentos, el carraspeo educado pero impaciente del camarero los sacó de su ensoñación.

—¡Vamos, pelirroja! Que me muero de ganas de escuchar todo eso que vas a decirme. —La cogió de la mano y, juntos, siguieron al camarero hasta el lugar que había quedado desocupado.

«Ese ha sido un momento especial, perfecto para decirle a Tomás lo que siento por él, y se ha desvanecido», se lamentó Marina. Presionó fuertemente la mano de Tomás, prometiéndose a sí misma ser más decidida a la siguiente oportunidad que se presentara.

Antes de sentarse, pasó la mano por su vestido para evitar que se arrugase. Frunció el ceño: acababa de darse cuenta de que llevaba algo en el bolsillo. «Elvira, tan despistada como siempre», pensó, metiendo la mano en el interior del traje. Extrajo el objeto disimuladamente y le echó un rápido vistazo.

Palideció inmediatamente.

—Marina, ¿qué pasa? ¿Qué has visto? —preguntó Tomás, asombrado.

—No... nada, nada —balbuceó, guardando a toda prisa el preservativo que, sin duda, su amiga no había dejado en el traje por descuido.

—¿Me lo explicas luego?

—Pues no lo sé... igual sí, o igual no.

—¿De qué dependerá?

—Eh... Mmmm... —Trató de encontrar algo que decir al respecto y desistió al cabo de unos segundos—. Vamos a cenar y después veremos si resulta apropiado hablar de eso.

Tomás no dijo nada, y Marina sonrió disimuladamente. No se podía quitar de la cabeza aquel preservativo con sabor a fresa, los favoritos de Elvira, como había informado una noche que había bebido más de la cuenta a una asombrada audiencia compuesta por Noelia y por la propia Marina. Les había dado toda una charla sobre preservativos de

sabores, aleccionándolas con todo lujo de detalles sobre marcas y modelos; fue una noche muy divertida. Por un momento, jugueteó con la idea de que fuera Tomás quien lo hubiese puesto allí antes de devolverle el vestido, pero no, eso no tenía ningún sentido. Sin duda, aquello había sido obra de su amiga. Se echó a reír sin poder evitarlo: ¡Elvira era tremenda!

—Bueno, Marina, ¿me lo vas a contar ahora, por favor? —inquirió Tomás, que parecía cada vez más intrigado.

—No puedo, de verdad. Luego te lo digo, te lo prometo.

El camarero vino a tomarles nota, y ella dejó que él eligiese por ambos.

—¿Te fías de mí después de lo del helado de *stracciatella*? —dijo, y los dos se echaron a reír.

Tomás pidió ensalada de marisco con frutos rojos de primero, lubina de segundo y, para beber, vino blanco. Ni siquiera cuando se dirigía al camarero dejaba de devorarla con los ojos, y Marina se sentía en el séptimo cielo. Les sirvieron el vino y, tras mojarse apenas los labios, Tomás dejó su copa y la miró de una manera que ya resultaba familiar para ella: deseaba decirle algo, pero no se atrevía.

—Ya que no me cuentas qué es lo que has encontrado en tu bolsillo, tendrás que hablar de otras cosas, pero, no sé... si te pido que me digas algo de ti... —se interrumpió, como si tratara de buscar las palabras adecuadas.

Ella recordó todas las veces que él le había pedido aquello, exactamente las mismas que se lo había negado, así que esta vez respondió sin vacilar:

—Lo haré. —Acarició su mano y le sonrió—. ¿Qué te gustaría saber?

—Todo lo que has hecho hasta el momento en que nos miramos por primera vez.

Se sonrojó al escuchar sus palabras.

—¿Qué he dicho? —preguntó Tomás al verla ruborizarse.

—Unas cosas muy bonitas —respondió ella.

—¿En serio? Si tú lo dices... me salen así contigo, de forma natural, sin siquiera pensarlas. Te miro y suelto lo primero que se me pasa

por la cabeza, y si es algo bonito, será porque solo son sentimientos hermosos lo que me provocas.

—Tomás, que no acabamos la cena —le advirtió ella, sintiendo una oleada de calor recorrerle todo el cuerpo.

—¡Vámonos! Si, total, tampoco tengo tanta hambre... —dijo, haciendo ademán de incorporarse.

El camarero llegó con el primer plato y lo miró extrañado.

—¿Ocurre algo, caballero? —preguntó.

—Pues sí; ¿el segundo plato tardará mucho?

El camarero los miró desconcertado.

—Puedo preguntar en cocina, pero tenga en cuenta que cada cosa lleva su tiempo.

Marina tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no echarse a reír. Señaló la silla con la cabeza y Tomás volvió a sentarse, obediente, aunque la mirada que le dirigió no tenía nada de dócil.

—No se preocupe; no pregunte nada —le dijo al camarero—. El caballero ha olvidado cerrar el gas, pero ahora mismo llamamos a la vecina y cenamos sin prisa.

El pobre muchacho se marchó de allí con cara de total desconcierto. Cuando se hubo alejado lo suficiente, ambos se echaron a reír y empezaron a cenar. Mientras saboreaba su comida, Marina cerraba los ojos, disfrutando de la brisa que corría procedente del mar.

—El calor no es lo tuyo —observó él, divertido. Ella no respondió inmediatamente, ocupada en inspirar bocanada tras bocanada del dulce aire nocturno.

—Esto es un lujo después del verano que llevo —comentó finalmente—; mi jefe me ha hecho trabajar en condiciones de estrés térmico. Le voy a enviar a los de riesgos laborales —dijo, con toda seriedad.

—Me parece que no va a hacer falta. Creo que ya ha hecho mejoras; alguien debió de sugerirlas, y parece que ha hecho caso.

—Da gusto saber que alguien escucha lo que dices.

Tomás asintió sonriente.

—Voy a empezar a hablar; ¿preparado para quedarte alelado del todo con mi historia?

—Listo —respondió.

—Cuando yo nací... ¿te parece que empiece por ahí?

—Como tú quieras.

—No, no voy a ser tan pesada; tan solo debes saber que me crie con mi madre y con mis abuelos.

—¿Tus padres se separaron?

—Mis padres no estaban casados. Pasaron un tiempo juntos después de que yo naciera, pero mi padre no me dio más que su apellido; hacía la visita de rigor si tenía tiempo, y al poco volvía a escapar de sus responsabilidades. Puede decirse que no tuve padre.

—Hizo una pausa y bebió un sorbo de vino, pensativa—. Tus hijos tienen mucha suerte por tener un padre como tú.

—Pero no tienen madre —su voz sonó objetiva, no triste, como si simplemente estuviera constatando un hecho.

—Su caso no es como el mío: vosotros pudisteis disfrutar siendo una familia normal, aunque fuese poco tiempo. Ella no los abandonó.

Tomás desvió la mirada, y ella se maldijo en silencio por haber sacado ese tema. Le tocó la mano, tratando de atraer su atención, pero parecía absorto en sus pensamientos. Apretó algo más fuerte, mientras le decía:

—¡Mírame, nene!

Esas palabras surtieron el efecto deseado. Él levantó la mirada hacia ella inmediatamente y sonrió.

—Marina, no me llames «nene» que me pierdo y te saco de aquí ahora mismo, sin segundo plato ni postre.

—¿Sabes una cosa? Esta ensalada está muy buena; se deshace en la boca —replicó ella con seriedad.

—No me cambies de tema —refunfuñó él, frunciendo el ceño.

Se echaron a reír. Marina llenó de nuevo sus pulmones de aquel aire fresco y delicioso. Se sentía tan a gusto que no deseaba que esa noche acabase. Con el segundo plato, Marina le habló de sus dos licenciaturas, en filología inglesa y francesa, de sus viajes a Francia para trabajar en verano, de sus trabajos esporádicos como traductora en una pequeña editorial de la capital, de cómo había sido contratada para dar clases en la universidad... Hablaba con pasión de cosas que

significaban mucho para ella: el doctorado, la vida lejos del pueblo, su tesis... y su alegría fue disminuyendo poco a poco hasta que dejó de hablar. Tomás percibió el cambio de humor.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué dejaste tu tesis sin finalizar?

Marina sentía un nudo en la garganta que le impedía continuar con aquel tema.

—No hables de eso si no quieres —atajó Tomás.

—Sí que quiero... ¡pero no sé si puedo! —exclamó, con los ojos inundados en lágrimas.

—Yo te ayudo.

Entre sorprendida y alarmada, Marina vio cómo Tomás se levantaba. Después, cogió su silla y se sentó junto a ella. Tomándola de la mano, la miró de una forma que la desarmó por completo.

—Ahora sí... ahora sí que puedo —tartamudeó, sonriendo a pesar de las lágrimas—. ¡Gracias! —dijo, apretando sus dedos con fuerza.

Respiró profundamente y continuó hablando:

—Hacía tantos años que no sabía nada de mi padre que el día que vino a verme Pilar, la asistente social, no podía ni imaginar lo que pensaba pedirme. Mi padre estaba enfermo. Alzheimer, asociado a un tumor cerebral. Teresa, su pareja, acababa de fallecer: ella era quién lo cuidaba. Estaba solo, su familia no se hacía responsable de él y necesitaba a alguien que lo cuidase, al menos durante el tiempo necesario hasta que encontraran una plaza en alguna residencia. Pilar pensaba que eso ocurriría en un par de meses como mucho.

—¿La asistente social no sabía del poco trato que teníais tu padre y tú?

—No, pero yo no tardé mucho en ponerla al día cuando vi lo que pretendía con su visita. La pobre estaba muy implicada en el caso de mi padre. Con el paso de los meses, pude conocerla de verdad; Pilar es de esas personas que trabajan solo para ver felices a los demás, vive para aliviar el sufrimiento del prójimo. Y yo, sin conocerla de nada, me di cuenta de lo mucho que le dolía mi negativa. Era mi obligación legal; yo sabía que, si no ayudaba a mi padre personalmente, debía buscar y sufragar los gastos de la persona que fuese a cuidarlo en mi lugar. Las cosas estaban claras: el poco dinero

que tenía ahorrado no alcanzaba para dedicarlo a sus cuidados. —Se quedó en silencio, mirando cómo la brisa del mar agitaba suavemente las luces que iluminaban la terraza.

—Fuiste muy valiente al decirle que sí.

—Le dije que no, Tomás.

—¿Pero todo este año que tan mal has estado, no ha sido precisamente por cuidar de tu padre? —inquirió, confundido.

—Sí, Tomás, pero de entrada le contesté que no, que no cuidaría de él, porque tenía mi trabajo, mis estudios... mi vida, al fin y al cabo, y no iba a dejarla por un padre que nunca había conocido. Por él menos que por nadie: no lo consideraba como algo mío. Era o mi vida o trabajar para que alguien cuidase de él. Sentía rabia solo de tenerla allí, pidiéndome tal sacrificio, ¿y para quién? ¡Para un hombre que no significaba nada para mí! —Bajó la voz hasta casi el susurro recordando ese día—. Le hablé tan mal que hasta siento vergüenza.

Dejó de hablar; necesitaba tiempo de nuevo. Tomás acarició su mano suavemente.

—«Algo debes hacer», me repetía Pilar y yo no soportaba sus exigencias. Le contesté una y otra vez que no. Me sentía tan indignada que la eché de mi casa. No soy tan valiente como crees; me sentía aterrada tan solo con escuchar lo que me pedía. Me agobié muchísimo, pero pensé en destinar los ahorros en pagar a alguien, pero no era gran cosa aquel dinero, me iba a tener que tragar mi orgullo y hacer frente a lo que se avecinaba. Debía darle una respuesta y yo solo quería olvidarme rápidamente de todo aquel asunto y continuar con mi vida como si tal cosa, pero no podía darle la espalda a la realidad y lo pasé muy mal. La conciencia me remordía a cada momento: no era capaz de hacer nada, no podía concentrarme en mi trabajo, no dormía; hasta acabé enfermando. No podía creer lo que me estaba pasando. Me enfadé conmigo misma por sentirme así, por albergar en mi interior esos sentimientos encontrados. Odié a mi padre por irrumpir en mi vida y ponerla patas arriba. De ser una persona energética, pasé a la inacción absoluta... no sé si soy capaz de transmitirme todo lo que sentía en aquella época para que puedas entenderme.

—Te entiendo —asintió Tomás—; yo también tuve que sufrir algo parecido. En esos momentos, no eres capaz de hacer nada, ni por ti ni por nadie.

Marina asintió. Sí, definitivamente ese hombre la conocía mejor de lo que se conocía ella misma.

—Al final me lo planteé seriamente: no tenía dinero y, si debía ser yo la que lo cuidase, tan solo serían un par de meses, con suerte menos, pensé. Llamé a Pilar, y en unas horas estaba con mi padre. Todo fue tan rápido, una vez tomada la decisión, que ni yo misma podía creer que mi vida fuese a cambiar tanto. Perdí mi trabajo en la universidad. Ramón, el hombre al que me viste abrazar en la calle — le sonrió mientras él asentía—, es mi tutor. Se enfadó mucho conmigo; «Al menos no abandones la tesis», me pidió, y no pensaba hacerlo. Mi madre y mi abuela no podían creer lo que había hecho: ¡abandonarlo todo por él! Yo no sabía muy bien dónde me había metido, pero enseguida me enteré. Mi padre era como un niño pequeño: incontinencia, confusión, dificultad para moverse, para comunicarse... Quise morirme el mismo día que llegué. No sé cómo lo hice; la verdad, creía que me iba a volver loca, pero, afortunadamente, recibía ayuda algunas horas a la semana, y los vecinos se portaban muy bien con mi padre y conmigo.

Calló un momento de nuevo, cogiendo fuerzas para continuar.

—No podía hacer nada que no fuese vigilarlo y cuidarlo, incluso durante las horas de sueño, porque también lo tenía alterado. La puerta de casa debía estar cerrada, asegurada, para que no saliese mientras yo dormía, pero me daba miedo de que tuviera un instante de lucidez y se escapara de casa, así que no descansaba nada y estaba agotada todo el día. Al final me olvidé de la tesis, me olvidé de mí, me olvidé de todo: solo existía mi padre... ¡Tomás, era todo tan triste! —Rompió a llorar, apoyando la cara en su hombro—. ¡Qué días más largos! Se me hacía tan duro...; no había nada, no tenía vida. Me sentía mal, porque solo quería salir huyendo de allí y no podía. Me mortificaba pensando que no era buena persona.

El camarero se acercó y retiró los platos en silencio. Vaciló un momento allí e hizo ademán de comenzar a hablar. —Probablemente

se disponía a preguntar por los postres, o quizás a ofrecerles rellenar sus vacías copas—, pero Tomás negó con la cabeza suavemente. Cuando el camarero se hubo marchado, sacó un pañuelo y se lo pasó a Marina, que se limpió las lágrimas con cuidado, tratando de no arruinar su maquillaje.

—¿Cuánto tiempo duró todo aquello? —preguntó él con suavidad.

—Los dos meses pasaron; se convirtieron en cuatro, y después en medio año. Cuando por fin lograron encontrar una residencia para mi padre, no quise dejarlo solo. Le había tomado cariño... ¡Tomás! —exclamó con aflicción—. ¿De verdad tuvieron que pasar tantos años? ¿Treinta y dos? ¿Toda mi vida, para que yo quisiera a ese hombre? Aquello no era justo, yo solo era una niña que no se merecía todas aquellas ausencias. Sentía mucha impotencia, porque era el final de su vida y ya no tendría tiempo de experimentar lo que era tener padre, ni podría preguntarle por qué nunca había estado ahí; ni siquiera me quedaba la opción de reprocharle todo el sufrimiento que nos había causado a mi madre y a mí. Había perdido esa oportunidad, todas las oportunidades posibles, y tuve que tragarme mi rabia y mi dolor.

Rompió a llorar de nuevo, enterrando el rostro en el pecho de Tomás, que la abrazaba con ternura.

—Pese a todo, ya no fui capaz de irme de su lado. Además, estaba tan enfermo que no quise que acabara muriendo solo en una residencia. Aprendí mucho durante su enfermedad, pero ha sido un año muy duro. —Levantó la cabeza y tomó aire para poder continuar hablando—. Mi madre venía a verme a menudo, y también Elvira y Noelia. Gracias a ellas podía salir de vez en cuando y despejarme un poco, pero mi vida era mi padre, nada más. Ese era mi único pensamiento todo el día. Sus medicinas, sus alimentos, sus revisiones...

Notó la boca seca. Tomás pareció adivinarlo y pidió agua. Bebió de la copa que el camarero le había servido.

—Las dos últimas semanas antes de morir las pasó en el hospital. Se encontraba la mayor parte del tiempo sedado, para mitigar el dolor que el tumor le causaba.



—¿Y la familia de tu padre?

—Ni tan siquiera vinieron al entierro. Yo solo quería recoger mis cosas para marcharme de allí lo más rápido que pudiera, porque sabía que no tardarían en venir a reclamar la herencia de mi padre; allí no había nada que considerara mío, así que me daba igual. Pero, al ordenar algunos papeles, apareció su testamento, y, para mi sorpresa, me había legado la casa. Cuando ellos aparecieron, se trajeron a su abogado, que me soltó mil cosas; me aturdieron tanto entre todos que no sabía ni de qué me hablaban. Me marché a toda velocidad y enseguida estuve de vuelta en el pueblo.

—¿Por qué tanta prisa? —se interesó él.

—Porque mi madre me había encontrado un trabajo en la empresa de un tal Tomás —sonrió ella.

Él rio de buena gana, y ella se le unió enseguida. Escuchar sus carcajadas era un auténtico bálsamo para su dolor.

—El primer día me levanté con el tiempo justo —prosiguió Marina —; busqué mi bici, y me encontré con que tenía atornillada una absurda cesta que yo no le había puesto. Además, las ruedas no tenían aire y sudé a chorros para lograr inflarlas con una bomba manual prácticamente de juguete. No desayuné, y ni siquiera pude recogerme este dichoso pelo que odio llevar suelto con todas mis fuerzas. No recordaba cuál era el camino para llegar: ¿derecha?, ¿izquierda? Me equivoqué dando un giro y, antes de que pudiera rectificar... alguien me pitó dejándome sorda. —Tomás se mordió el labio inferior con cierto azoramiento—. Llegué tarde y muerta de calor, y Fran, el encargado, me explicó cómo iba a ser mi vida allí. Subimos al taller de patronos donde yo no me enteraba de nada de lo que tenía que hacer, y harta de mi pelo, del calor y de mí misma, miré hacia la puerta. —Marina se acercó más a él, sintiendo una oleada de excitación que la recorría de arriba a abajo—. Allí había un hombre que me miraba como nunca antes me habían mirado; sentí que me perdía en aquellos ojos y hasta el día de hoy no he podido hacer otra cosa más que pensar en ellos.

Tomás le acarició la mejilla; después, le levantó la barbilla con delicadeza y la besó. Al principio, fue un suave roce de labios, pero

pronto se transformó en un beso largo e intenso; Marina sintió unos deseos casi irrefrenables de subirse encima de él, sin importarle lo más mínimo que se encontraran en un lugar público, pero Tomás la separó de su cuerpo con dulzura. Ella sonrió y susurró en su oído.

—Ya he llegado a donde me has pedido, al momento justo en que nos miramos.

—Me ha encantado escucharte —replicó él, abrazándola tiernamente.

Ese pareció ser el pie que el diligente camarero estaba aguardando para intervenir.

—¿Van a tomar postre?

—Que lo decida la señora —repuso Tomás, de buen humor—; yo tengo un ojo horrible a la hora de elegir postres.

—Pero sabes cómo usar la cuchara mejor que nadie —murmuró Marina guiñándole un ojo.

Tomás se echó a reír de nuevo. Marina eligió una mousse de chocolate para los dos, y el camarero, evidentemente satisfecho de haber cumplido por fin con su deber, apareció enseguida armado con una copa y dos cucharas. Marina tomó una y le devolvió la otra.

—Solo necesitamos una.

—Pero... me ha dicho que era para compartir —protestó extrañado mientras tomaba el cubierto.

—Y eso es lo que vamos a hacer, compartir las dos cosas, la mousse y la cuchara —replicó ella con una sonrisa de oreja a oreja mientras apretaba la pierna de Tomás por debajo de la mesa.

—Marina, que no nos comemos el postre —dijo él, y ella pudo sentir, complacida, cómo su cuerpo se tensaba ante aquella presión.

Saborearon el postre; cada uno paladeaba en la cuchara, además del chocolate, el sabor del otro. Marina pensó que era algo delicioso.

—¿Tomás? —preguntó de pronto, removiéndose inquieta.

—¿Sí?

—Estoy preocupada por el tema de la herencia de mi padre. Estaría dispuesta a renunciar a todo con tal de no tener que ver a mis tíos nunca más, pero creo que están tratando de estafarme, y debería luchar por el que fue el último deseo de mi padre. ¿Recuerdas el día

que falté? Fue porque tuve que ir a una reunión con ellos y con su abogado, y la verdad es que no entendí nada de lo que me dijeron. El picapleitos aquel no dejaba de acosarme, hablándome con términos tan legales que yo no comprendía; no sé qué hacer ni cómo luchar por mis derechos; necesito que alguien me explique las cosas. Estoy muy perdida, y también muy asustada, porque no hacen más que hablar de juicios y de pagar costas, y yo no tengo dinero.

—¿Y se puede saber el nombre de ese abogado tan malote?

Marina pensó durante unos segundos y, por fin, su rostro se iluminó al recordar el nombre del despacho de abogados.

Tomás sacó su teléfono del bolsillo y tecleó con rapidez.

—¿Es que vas a llamar ahora? —preguntó ella.

—No. Te voy a ayudar ahora. Si me das permiso, claro.

—Por favor —repuso ella, juntando las palmas de las manos con teatralidad.

Él continuó escribiendo en silencio, y al cabo de unos minutos, levantó la cabeza y le sonrió.

—Mario, mi abogado, hablará mañana a primera hora con el suyo; verás cómo se les bajan los humos. ¿Te quedas más tranquila?

—Gracias —dijo ella, aliviada.

—Entonces, si has acabado el postre, me lo puedes agradecer largándote conmigo de aquí como si esto estuviera ardiendo en llamas.

—Y sin pagar, si hace falta —repuso, incorporándose al momento.

Tomás la miró sonriendo y levantó la mano para llamar al camarero.

—Si nos hace el favor, nos trae la cuenta rápido. No me fío de que mi vecina haya cerrado el gas, y nos estamos temiendo una inminente explosión.

El camarero los miró, sonriendo con complicidad, y fue en busca de la cuenta. Tomás pagó, y él y Marina salieron cogidos de la mano a buscar el coche. Ella disfrutaba intensamente de aquella sensación de cercanía e intimidad, como si fuera algo que hubiera deseado toda su vida sin saberlo. Mientras Marina subía al vehículo, Tomás se quedó fuera, quitándose la chaqueta y la corbata. Por último, se sacó la camisa por fuera de los pantalones y entró al coche. Cuando estaba a

punto de abrocharse el cinturón, Marina le detuvo con un movimiento de la mano. Tomás la miró, primero con asombro y luego con una sonrisa cuando ella le desabrochó los puños de la camisa y le subió las mangas. Una sola vuelta.

—Te habías olvidado —le dijo con cariño.

—Me encanta saber que te fijas en mí.

«¡Como para no hacerlo!», pensó, mirando embelesada su cara.

—¿Has pasado mucho calor? —le preguntó con gesto compasivo.

—Sí, pero espero haber estado a la altura de ese vestido; eres lo más bonito que ha entrado nunca en ese restaurante. Elvira ha tenido buen ojo prestándotelo.

Al recordar las palabras de su amiga aquella tarde en que se lo confió, no pudo contener la carcajada.

—¿Qué he dicho? O mejor, ¿qué dijo Elvira? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Pues dijo... muchas cosas.

—Te escucho.

—Según ella, con este vestido puesto voy pregonando: «Tomás, te voy a comer sí o sí».

—«Y yo lo estoy deseando», pone en la etiqueta —comentó él con un guiño sugerente—. Bueno, ¿qué te apetece hacer ahora? ¿Una copa, bailar...?

—Un paseo por la playa.

—De acuerdo; bajaremos por mi casa, ¿te parece?

Asintió con la cabeza, lo miró, y apenas pudo contener las ganas de besarlo de nuevo. Tomás tendió la mano hacia el cambio de marchas, pero antes de que arrancara, Marina posó una mano sobre la suya, acariciando suavemente el vello que la cubría.

—¿Tomás? Siento lo de esta mañana. Es que estoy muy nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Con qué? ¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Por ti; por ti estoy que me subo por las paredes, nunca antes me había sentido así en toda mi vida.

—No te entiendo.

—Puedo decirlo con palabras vulgares para explicarme más rápidamente, pero ya sé que no te gustan (y a mí tampoco). Prefiero

decirlo con otras bonitas para no quedar mal y no sentir vergüenza: Me gustas. Me gustas mucho. Me duele tener que echarte de menos cuando te tengo tan cerca, y tener que desearte en silencio me está volviendo loca. —Lo miró de reojo para poder estudiar sus reacciones mientras liberaba por fin aquellas palabras tanto tiempo arremolinadas en su interior, pero Tomás no parecía inmutarse: mantenía la misma sonrisa dulce que había iluminado su cara durante la mayor parte de la noche.

Suspiró, aliviada. Finalmente, decirlo había sido liberador, y no había sentido vergüenza alguna al sincerarse.

—Ven —le pidió él, extendiendo una mano hacia ella.

Subiéndose el vestido, puso una rodilla sobre el asiento. Se sentó de lado sobre él, y Tomás presionó la palanca que lo abatía. «¡Mejor así!», se dijo, recordando la incómoda posición, aplastada contra el volante, que había tenido que adoptar aquella noche aciaga en la que tanto habían sufrido ambos. Él la estrechó fuertemente entre sus brazos, oliendo su cabello, acariciando su rostro y besando su frente. Dejarse acunar por los brazos de Tomás era una sensación reconfortante, maravillosa. Aquella sonrisa dulce después de confesar sus sentimientos era la mejor recompensa que hubiese podido desear; había temido que en la cara de Tomás volviera a aparecer la mueca de triunfo que una vez leyó —¿o tal vez creyó leer? — en sus rasgos.

—¡Eh, pelirroja! Entonces, ¿vamos a pasear?

Cerró los ojos, sonriendo al escuchar ese apelativo que adoraba cada vez que él lo pronunciaba.

—¿Ahora también he dicho algo bonito?

—Sí, y que me excita también.

—¿Pasear? —preguntó sorprendido.

Marina se echó a reír y negó con la cabeza.

—Me pone mucho cuando me llamas pelirroja —confesó.

—Marina, sé una niña buena y vuelve a tu asiento. Y esto es una orden.—Ella obedeció—.Y ese paseo... ¿va a ser muy largo? —Tomás frunció levemente el ceño.

Se miraron, sonriendo con complicidad.

—¡Arranca ya, nene! —exclamó Marina entre risas.

## Capítulo 14

La arena estaba fría, y Marina se estremeció al notarla bajo sus pies descalzos. Caballeroso, Tomás le cubrió los hombros con su chaqueta.

—Gracias —le dijo, disfrutando de la calidez que desprendía; cerró los ojos y aspiró su suave perfume.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí, claro.

—Suéltate el pelo —solicitó él con dulzura.

Sacándose las horquillas con cuidado para dejarlas en el bolsillo de la chaqueta, deshizo las trenzas y sacudió la cabeza, desenredando sus rizos. Tomás alargó la mano y los acarició.

—No vuelvas a alisártelo, por favor —imploró.

—¿Tan horrible estaba aquella noche? —preguntó con tristeza, recordando la primera vez que la invitó a cenar.

—No estabas horrible. Estabas... diferente: no parecías tú; no eres Marina sin tus rizos. A ti te pone escucharme llamarte «pelirroja»; a mí me pone más la pelirroja cuanto más salvajes son sus rizos. El día que te conocí estabas preciosa, apartándote el cabello de la cara, nerviosa, agobiada por el calor. Creí que me iba a morir allí mismo, contemplándote, peleando con tu pelo de aquella manera tan encantadora. —Le pasó un brazo por el cuello, atrayéndola hacia él, y besó sus rizos anaranjados—. Siento que anoche te sintieras tan mal; tú estabas increíble y yo no podía estar a tu lado sin ponerme enfermo, ¿me entiendes?

Comenzaron a pasear.

—Marina, dime una cosa: ¿si tuvieras que quedarte con algo desde que nos conocemos...?

—Han sido tantas cosas y en tan poco tiempo... —le interrumpió ella, pensativa.

—Elige una —insistió él.

Rebuscó en su memoria: había vivido muchos momentos bonitos; otros, no tanto, pero aquel no era el momento de rememorar el daño que se habían hecho mutuamente. Finalmente, se decidió:

—Cuando dijiste que tenías mi número de teléfono y que te morías de ganas por las noches de llamarme y poder escuchar mi voz. Entonces me pareció precioso, y aún me lo parece, pero creo que con esas palabras querías comunicarme algo más profundo, algo que entonces no capté del todo, pero que me parece que empiezo a entender.

Tomás bajó los ojos, contemplando la arena que parecía brillar suavemente bajo la luz de la luna.

—Después de acostar a los niños, la casa se queda en silencio, y entonces por mi mente comienza a desfilar todo lo que ha pasado durante el día —comenzó al cabo de unos segundos—. Me quedo a solas con mis sentimientos, con mis pensamientos, que son muchos. Pero después de conocerte, cada vez que cerraba los ojos en la soledad de la noche, te veía solo a ti, Marina. Te echaba de menos... mucho, cada día más —confesó, apretando la mano de Marina entre las suyas—. Te quería allí, junto a mí, pero lo único que tenía de ti era tu número de teléfono, así que encendía el móvil y buscaba tu nombre en los contactos. Lo grabé el día que te conocí; lo busqué en tu ficha, a escondidas de Carmen, igual que un niño pequeño que teme que lo descubra la maestra. —Los dos se echaron a reír—. Miraba tu contacto deseando pulsarlo para que discutieras un rato conmigo. Era una tortura, porque te tenía a un solo toque de mi dedo; sabía que, si te llamaba, pronto estaríamos enzarzados en una pelea... y eso era lo que más deseaba en el mundo.

—Si me hubieras llamado, creo que me habría dado algo.

—Habrías colgado.

—No, qué va; te habría dicho de todo, porque te tenía muchas



ganas —replicó, sonriente—. Mis noches insomnes repasando la tesis no eran mejores que las tuyas. Ver tu cara, escuchar tu voz entre línea y línea, no era lo que se dice relajante. No dormía nada, y al levantarme, aunque no quisiera reconocerlo, estaba deseando que llegara el momento de cruzarnos en el puente. —Presionó fuertemente la mano que atrapaba la suya.

—¿Quieres saber con qué me quedo yo?

—¿Con qué?

—Con la primera vez que creí ver que podía gustarte, que tal vez sentías algo por mí.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó ella con curiosidad.

—Te vas a reír... cuando te dije que tenía tu número de teléfono y me moría por llamarte cada noche.

Marina se echó a reír.

—Cuando lo dije noté algo en ti, ¿te acuerdas? —continuó él—. Algo que en aquel momento no supe qué era, era todo tan desconcertante contigo ¡qué perdido estaba! Pero tu cara, tu forma de cerrar los ojos me dieron alas para pensar que podías sentir algo por mí.

—Me excité al escucharte, al imaginarte tumbado en la cama mirando mi número —confesó ella bajando la voz.

Tomás sonrió y le besó la mano. La miró en silencio unos momentos, como si quisiera preguntarle algo y no acabara de atreverse.

—¿Qué? —preguntó ella al cabo de unos segundos.

—No me dejaste contestar a tu pregunta aquella mañana que me estabas esperando en el despacho, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me daba miedo escuchar tu respuesta.

—¿Qué pensabas que te iba a decir?

—Que no te importaba lo más mínimo si no aparecía por tu empresa nunca más.

Él soltó su mano y la miró con el desconcierto pintado en el rostro.

—¿En serio? —preguntó, negando suavemente con la cabeza—. Ya

veo que soy un as enviando señales.

—Ya te dije que no comprendía nada. Te miraba allí, parado ante la ventana, y deseaba creer que estabas pensando en mí, en verme aparecer por la entrada montada en mi «cacharro». —Sonrieron a la vez.

—Eso es exactamente lo que hacía: esperarte. No nos encontramos en el puente; no ibas por delante, ni tampoco aparecías por el retrovisor. Cuando aparqué y no vi tu bici, me extrañé. Te esperé un rato en la entrada y después subí de mala gana. —Se acercó y le sujetó la barbilla para acercar aquella boca hasta la suya y rozar sus labios—. Te habría buscado; eso es lo que habría hecho si no hubieses aparecido. Habría ido a por ti, donde quiera que estuvieses.

Marina se sujetó fuertemente a los brazos de Tomás; se sentía mareada, tal vez incluso a punto de desmayarse allí mismo. Odiaba el dramatismo, pero las palabras que estaba escuchando la abrumaban: le parecía que jamás había oído nada más maravilloso en toda su vida.

—¿Y si no te hubiese abierto la puerta? —le preguntó.

—¡Pues menudo obstáculo! Me habría quedado a vivir en tu portal. Y, en cuanto hubieses puesto un pie en la puerta, lo habría cogido, sujetándolo fuerte, y allí nos habríamos quedado, hasta que vieses que no podía vivir sin ti y que era necesario que me acogieras.

—¿En mi casa? —Rio ella.

—Dentro de ti, Marina —respondió él, rozándole la mejilla con suavidad.

Marina cerró los ojos, radiante de felicidad, y Tomás la besó suavemente.

—Me gustan esos pequeños escalofríos que recorren tu cuerpo cuando te toco —murmuró en su oído.

Con una risa traviesa, ella le dio un empujón suave y echó a correr por la arena.

—¡No huyas! —gritó él.

—¡Es que de pronto me ha entrado mucho calor!

Se echaron a reír.

—De acuerdo, cuéntame algo más —le dijo cuando se serenaron un

poco.

—¿Todavía más? —inquirió, sorprendida acercándose de nuevo.

—Mira que si me acerco te va a dar mucho, pero que mucho calor...

¿Voy?

—¡No, no! —Rio ella—. A ver, ¿qué te apetece escuchar?

—Me has contado muchas cosas de tu vida, pero, aparte de tu padre, no ha aparecido en tu historia ningún hombre. Siento parecer cotilla, pero si no te lo pregunto, reviento: ¿acaso no los ha habido? Te advierto que, si me dices que no, no voy a creerte —apostilló en tono burlón.

—Pues si te lo dijera no estaría muy lejos de la verdad. Lo cierto es que no he tenido muchos admiradores. Mi historial sentimental da pena, y si alguien alguna vez se interesaba por mí, te aseguro que ni me daba cuenta, porque nunca supe distinguir cuándo un chico estaba ligando conmigo y cuándo estaba siendo simplemente simpático. Tenía que decírmelo Elvira: «Este chico quiere tema»; «Ojo con ese, que se te come con la mirada»; «A ese lo tienes loco y anda detrás de ti» ... y yo, mientras tanto, me sentía siempre invisible.

Tomás la miraba con asombro.

—Cuesta creerlo.

—Puede que sí, pero es la pura verdad: nunca me entero de nada con los hombres.

—¿Entonces no ha habido nada? ¿Con nadie?

—Alguna batallita tengo en mi biografía amorosa. Estuve saliendo con un compañero de la facultad... pero nada digno de pasar a la historia —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Ningún hombre consiguió entrar en esa historia? ¿En tu historia de mujer de belleza exuberante?

Sonrió, pensativa.

—Hace dos años conocí a un chico en Francia. Trabajaba como camarero en el hotel en el que yo era recepcionista. Nos hicimos muy amigos, empezamos a salir e intimamos. Cuando acabó el verano y regresé, él también vino conmigo; quería conocer el país y continuar nuestra relación. Encontró trabajo enseguida. Era bueno en todo.

—¿En todo? ¡Vaya, qué interesante, igual que tú! Seríais entonces la

pareja perfecta —dijo con retintín.

—Pues no tan perfecta. Aquello no funcionó.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Me di cuenta de que en realidad solo lo veía cómo un amigo. No estaba enamorada de él, y no me apetecía algo así en mi vida.

—¿Cómo se llama? —inquirió él.

—Hervé.

—¿Es francés?

—Sí —confirmó Marina.

—¿Qué tendrán los franceses? —preguntó con fastidio.

—Que hablan francés —aseguró ella divertida con sus palabras.

—¿Y...? —insistió Tomás.

—Pues que es el lenguaje del amor, por supuesto —replicó, juguetona.

—Sí, claro, por supuesto —gruñó él, haciéndose el enfadado—. Pues estoy sintiendo celos del tal Hervé.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque yo no sé francés, y lo mismo aparece un día y se te lleva... seguro que se las llevará a todas de calle. Definitivamente tengo que aprender ese idioma.

—Creo que ya sabes hablar otros idiomas, ¿quieres aprender uno más? —preguntó.

—¡Claro que sí! Estoy perdiendo el tiempo. ¡Con la cantidad de mujeres que podría tener a mis pies si supiera susurrar palabras de amor en francés!

Se miraron largamente y después rompieron a reír.

—Bueno; ¿y qué más tenía Hervé?

—Me hacía cosas divertidas.

—¿¡¡Cosas divertidas!!? —exclamó con incredulidad—. ¿Te contaba chistes?

Ella sonrió maliciosamente al ver la mueca de disgusto de Tomás.

—No, no me refería a ese tipo de diversión.

—Pfff —resopló—. ¿Y qué tipo de diversión era? Por favor, necesito saberlo.

—Una dama no habla de esas cosas.

—Qué mal que me está cayendo el francés...

—¡Calla! —exclamó Marina, poniéndole un dedo sobre los labios—. Tú sabes alemán, que es un idioma que también tiene su punto.

—Pues las palabras de amor en alemán no tienen su punto, ya te lo digo yo —replicó, tajante.

Ella se acercó a su oído y le dijo en tono insinuante:

—No, pero tienen un timbre firme y duro que va genial para decir marranadas. —Él abrió mucho los ojos—. Y ¿sabes qué? Que nadie me las ha dicho nunca en ese idioma. Seguro que les encuentro más morbo que a las francesas.

Sin decir palabra, Tomás aferró su mano y se giró hacia la casa. La llevó casi a rastras hasta la puerta del jardín que bajaba a la playa, mientras ella protestaba entre carcajadas. Finalmente, la empujó adentro y echó el pestillo. Se miraron, jadeantes y risueños.

—Antes de dar ni un paso más, necesito que contestes una pregunta —dijo Tomás, repentinamente serio—. Ya te has marchado de mi empresa y en unos días te irás de mi casa. ¿Piensas salir también de mi vida?

—No, si tú no quieres —le aseguró ella.

Se acercó hasta Marina y escondió la cara en su cuello. Murmuró algo que ella no entendió, hasta que, con sobresalto, se dio cuenta de que le estaba hablando en francés. Se quedó allí clavada, escuchando cómo pronunciaba aquellas palabras de manera perfecta. El francés siempre había sido un idioma especial para ella: su musicalidad le parecía encantadora, y oírlo saliendo de la boca de Tomás era un regalo inesperado, sorprendente, como todo en aquel hombre maravilloso. Escuchaba atentamente mientras él le hablaba:

—Es lo único que quiero, que te quedes. No he deseado nada tanto en toda mi vida. Te miro y me pierdo en esa sonrisa tuya que nunca creí que me regalarías. Me muero de ganas de hacerte el amor.

Se separó de ella y la miró directamente a los ojos.

—*Est-ce que tu a écoute bien?* —preguntó con seriedad.

Sí, lo había escuchado perfectamente, sintiendo un placer indescriptible con cada una de sus palabras.

—*Très bien* —respondió.

—Pues entonces se ha acabado el francés. ¡Vamos con el alemán a la de ya! —exclamó él con entusiasmo.

Cogidos de la mano, entraron en la casita de la piscina. Las cortinas estaban descorridas, y la luz de la luna bañaba toda la habitación. Tomás se acercó a ella y hundió la cabeza entre sus rizos, oliendo su pelo, su cuello, detrás de su oreja. Marina disfrutaba sintiendo su respiración, cálida y suave, sobre la piel: algo tan sencillo como eso la hacía estremecer. Él rozó sus labios con la boca, besó su frente y, sosteniendo su cabeza entre las manos, la miró tímidamente.

—Tengo que decirte algo: hace mucho tiempo que no estoy con una mujer; durante años, no he encontrado a ninguna con la que me apeteciese tener absolutamente nada.

—¿Ninguna? —preguntó sorprendida.

—No. Cada vez que lo intentaba me sentía atrapado, ahogado, deseando acabar de una vez. Era como si fuese tan solo una necesidad física que había que satisfacer; al acabar, solo quería salir huyendo. Y ahora estoy aquí, tan nervioso por hacer el amor contigo que me parece la primera vez.

Ella se echó a reír sin poder evitarlo.

—¡Vaya! —exclamó él, bajando los ojos—. Esa risa no ayuda mucho, la verdad.

—Estaba recordando algo que Elvira me dijo: que te iba a hacer sentir como si fueses virgen otra vez.

—Pues dile a Elvira que se meta a futuróloga, porque le auguro éxito en la profesión.

—Tomás —dijo, abrazándose a él—, solo tenemos que continuar por donde anoche lo dejamos. No me pareció que estuvieras muy perdido, y si además me dices alguna palabra en alemán, creo que podré olvidar las cosas divertidas que me hacía el francés.

Le tomó las manos y con estas rodeó su cintura, pegándose a él todo lo que podía.

—¿Cómo era aquello del nene blandito? —preguntó, insinuante.

—Me temo que el nene blandito ha crecido bastante últimamente —dijo, sonriendo—, y mira tú cómo son las cosas: cuanto más crece, menos blandito es. ¿Quieres comprobarlo? —preguntó, atrayéndola

hacia él y apretándola contra su erección.

Sentía los suaves y húmedos labios de Tomás bajar y subir por su cuello, enloqueciéndola cada vez más. Después, él le lamió levemente el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua mientras le bajaba la cremallera del vestido. La impaciencia hacía que sus manos, habitualmente tan hábiles, se tornaran torpes, y ella tuvo que ayudarlo a desabrochar el enganche del cuello y el lazo de la cintura. Después de ese último obstáculo, el vestido cayó suavemente al suelo.

Tomás contempló sus senos largamente, y luego comenzó a masajearlos con delicadas y suaves caricias, rozando apenas sus pezones con las yemas de los dedos. Miró a Marina, que, con los ojos cerrados, transportada por el deseo, se dejaba hacer.

Unieron sus labios en jadeantes y húmedos besos, ávidos el uno del otro. Ella le desabrochó la camisa, acariciando sus hombros al tiempo que la prenda se deslizaba por la espalda y los brazos de Tomás y caía al suelo.

La llevó de la mano hasta la cama sin cruzar una sola palabra y sin dejar de mirarse a los ojos el uno al otro. Marina se recostó sobre las sábanas y él le quitó las finas braguitas; aquel gesto, suave, pausado y sensual, le pareció tremendamente excitante: el roce de aquellas manos, la mirada de Tomás sobre su cuerpo desnudo... Todo hacía que se sintiera más hermosa y deseable de lo que se había sentido en toda su vida. Tomás terminó de desnudarse, y ella se mordió los labios contemplando su enorme erección.

Se tendió a su lado y comenzó a recorrer su cuerpo entero con la boca. Sus labios iban de su boca a su cuello, de su cuello a sus pezones, y de allí hasta su vientre para regresar otra vez siguiendo el mismo camino hasta su boca y subir hasta su oído, para susurrar allí palabras que no comprendía, pero que la encendían cada vez más.

Hizo que se volviera de lado, quedando de espaldas a él. Le acarició las piernas y las separó suavemente. Apenas rozó su húmedo sexo, Marina comenzó a gemir y a moverse al ritmo de aquella mano que tanto había deseado tener justo donde estaba en ese momento. Su excitación creció más y más; se convirtió en una bola de fuego que

amenazaba con explotar arrasándolo todo. Bajó la vista y, al ver aquellas manos entrar y salir suavemente de entre sus piernas, al sentir su pene rozándola y escuchar su respiración entrecortada, el clímax llegó como una ola que lo inundaba todo y que la dejó sin respiración. Cerró los muslos, atrapando entre ellos aquella mano que momentos antes la había hecho gozar hasta el delirio; no pensaba permitir que se moviese hasta que dejara de necesitarla allí. Cerró los ojos y respiró hondamente, tratando de recuperar el aliento y solo cuando lo hubo logrado consintió en liberar sus dedos cautivos. Tomás besó su hombro suavemente y, de pronto, emitió un gemido de desesperación. Asombrada, Marina se volvió hacia él.

—Marina... —comenzó a decir.

—¿Qué? —exclamó ella, incapaz de imaginar qué razones podría tener Tomás para detenerse en aquel momento

—No he traído preservativo; bueno ¡qué digo! Si ni siquiera tengo... ¡joder! —se lamentó.

Marina se rio y lo abrazó.

—En mi vestido.

—¿Cómo dices?

—En el bolsillo de mi vestido llevo uno.

—¡Vaya, qué previsora! —exclamó, tras una breve pausa.

—Yo no. Elvira.

—¡¿Cómo?!

—Pues que fue Elvira la que lo puso en el bolsillo el día en que me dio el vestido; lo he encontrado hoy, cuando entrábamos al restaurante.

—¿Era eso de lo que te reías?

Asintió divertida, y Tomás bajó de la cama para rebuscar en el vestido.

—Creo que hay más de uno —dijo Tomás al cabo de un momento entre risas—. Elvira es algo más que previsora.

Marina sonrió. Lo cierto es que, después de encontrar el primero, no había continuado explorando los demás bolsillos. «¡Vaya con Elvira!», se dijo, mientras observaba cómo Tomás dejaba uno de los preservativos sobre la mesita con cuidado y retiraba la protección de



plástico del otro.

—Mmmm... ¿a qué huele esto? —preguntó con extrañeza al sacarlo. Marina no pudo reprimir la carcajada.

—Parece que estoy desenvolviendo un chicle de fresa —dijo divertido.

—Te aseguro que es un preservativo.

—¿De sabores?

—Sí ¡póntelo ya, pesado! —le apremió, mientras le acariciaba la entrepierna para que volviera a ponerse erecto.

Se inclinó sobre él para besar y lamer sobre aquella goma afrutada, y escuchó a Tomás gemir mientras la sujetaba por el pelo. Sabía a fresa y recordó divertida a Elvira hablando aquella noche. Tomás levantó su cara para buscarle la boca y sonrió.

—Hueles a fresa —comentó con una sonrisa.

—Pareces tonto, Tomás.

—Discúlpame; es que soy algo virgen, ¿recuerdas? —La sujetó suave por los hombros y le susurró unas palabras en alemán; no tenía ni idea de lo que decía, pero le sonó endemoniadamente sexy.

De su boca salió una retahíla de órdenes incomprensibles. En aquel idioma, sonaba tan enfadado que Marina se mordió el labio de excitación; no era un idioma muy romántico, la verdad, pero la estaba volviendo loca. La mayor parte del tiempo no lo entendía, ni siquiera lo escuchaba, solo percibía el tono y el ritmo de aquel lenguaje, y eso resultaba suficiente para avivar su deseo.

Se tumbó, entregándose a él por completo. Levantó los brazos por encima de su cabeza, apoyándolos en la almohada, para que pudiese contemplarla a sus anchas; se excitaba solo de sentir sus ojos sobre ella. Tomás, arrodillándose, le pasó las manos por el cuello, bajando después hacia sus pechos para acabar agarrándola con fuerza por la cintura.

—Necesito que te gires, de lado, como antes —le dijo con voz enronquecida por el deseo—. Quiero tomarte desde atrás, para poder seguir tocándote mientras lo hacemos.

Aquellas instrucciones las dijo en español, y una oleada de excitación la recorrió al poder entender de nuevo sus órdenes.

Inmediatamente, hizo lo que él le pedía, y Tomás, levantándole una pierna y poniéndola sobre la suya, abrió su sexo por completo.

—Creo que esta posición se llama «la cuchara» —acertó a decir ella, intrigada. Era la primera vez que la practicaba.

—Esta posición se llama «Necesito sentirte por completo, porque lo quiero todo». Tengo que sentirte con todo mi cuerpo —susurró, sensual, en su oído.

La penetró con movimientos suaves y rítmicos, y su respiración se hizo más y más jadeante. Le acariciaba los pezones, bajando después la mano suavemente para palpar sus piernas y su pubis. Cuando masajeó suavemente su clítoris, Marina creyó que iba a desmayarse. Sus penetraciones, fuertes y contundentes, la condujeron rápidamente al orgasmo, lo que acrecentó el deseo de su amante, que no tardó en estremecerse al liberar todo aquel placer contenido. Tras el clímax, hundió la cara en su cuello y aspiró profundamente su aroma.

—Me vuelves loco, Marina.

—Me tienes para ti, Tomás, ya te lo dije.

La giró y se miraron a los ojos.

—¡Cómo me gusta!

—¿El qué? ¿Escuchar cosas como esa?

—Tu cara, tu pelo, tu cuerpo, tu boca... toda tú, Marina. El tenerte así, solo para mí.

Tomás se incorporó para ir hasta el baño; tras varios intentos infructuosos consiguió abrir la puerta. Regresó enseguida, para volver junto a ella y permanecieron abrazados y en silencio un instante. Marina se olió la piel del hombro.

—¿Te pica la nariz? —preguntó Tomás, malicioso.

—No; es que huele a ti.

—Hasta hace un momento yo también olía a ti; mi mano olía a tu sexo, y eso me vuelve loco. —Se acercó hasta ella y la besó, de nuevo excitado—. Te quiero —le susurró, acariciando su cuello.

Marina creyó no haber escuchado bien. Tomás levantó la cabeza y se apoyó sobre un brazo para acariciarle el pelo.

—¡Eh, pelirroja! He dicho que te quiero.

Se levantó de la cama y gritó:

—¡Te quiero! ¡Que lo sepa todo el mundo!

—¡¿Qué haces?! —exclamó entre risas, al ver cómo salía a todo correr por la puerta, completamente desnudo.

Se incorporó rápidamente para salir tras él, pero su propia desnudez la avergonzaba. Tironeó de las sábanas, intentado liberarlas del colchón para cubrirse con ellas, pero desistió tras un par de intentos infructuosos. Olvidando toda timidez, echó a correr, pero, para cuando salió al jardín, Tomás ya atravesaba la puerta que bajaba hasta la playa, gritando como si estuviese poseído. Entre risas, recorrió la senda a trompicones mientras él se zambullía en el agua, iluminado por la luna llena.

—*Ich liebe dich!* —gritó a pleno pulmón.

«¡Te quiero!», acababa de decirle al mundo. Marina rompió a reír.

—¡Estás loco! —le dijo, mientras lo contemplaba nadar. Al cabo de unos minutos, salió del mar y corrió hacia ella.

Abrazándose, cayeron en la arena. Tomás temblaba de frío, y ella lo rodeó con sus brazos, tratando de secarlo con el calor que transmitía su cuerpo; se besaron, rebozándose en la arena como dos niños. Marina disfrutaba con todas y cada una de esas sensaciones, tan maravillosas y excitantes como nuevas para ella.

Volvieron a la casita, riendo, en busca de una buena ducha que les permitiera desprenderse de la sal y de la arena.

Después hablaron durante horas, recreándose en la intimidad de todas y cada una de sus confesiones. Tomás le habló de chicas; Marina, de chicos; de cómo habían sido de niños y de no tan niños; de todo lo que les interesaba. Hablaron de sexo, de todo lo que les gustaba hacer en la cama y lo que no, de lo que nunca habían probado pero que estaban deseando practicar. Se bebían el uno al otro con los ojos, se abrazaban y reían. Ella nunca se había sentido tan cómoda con nadie: parecía como si lo conociera de toda la vida, como si existiera una conexión instintiva entre ambos. Sin embargo, a pesar de todas aquellas confidencias, Tomás no mencionó a su esposa ni una sola vez, y Marina, aunque aún seguía deseando conocer aquella historia, no se atrevió a romper la magia del momento con

preguntas que sabía que resultarían incómodas.

\*\*\*

Tomás dormía tranquilo a su lado, y ella se incorporó despacio, muy lentamente, para no hacer ruido. Resultaba maravilloso tenerlo allí, junto a ella, y suspiró, pensando en lo mucho que les había costado llegar a aquel dulce momento. Agachándose, recogió sus braguitas del suelo.

— ¡No, no, no! — Escuchó de pronto mientras se las ponía.

— «No, no», ¿qué? — le preguntó sonriendo.

— ¿Quién te ha dado permiso para vestirte? — Tomás preguntó con seriedad mientras se sentaba en la cama.

— No está bien que una chica vaya por ahí sin bragas — replicó, y se echaron a reír.

Los ojos de Tomás se posaron sobre sus pechos desnudos, y ella empezó a sentir aquellas oleadas de calor que ya le resultaban familiares.

— Ven — le pidió él, tendiéndole la mano.

Subió a la cama y se puso de rodillas ante él, que la abrazó fuertemente, inclinando la cabeza para dejar su rostro a la altura de los senos de Marina. Aspiró su aroma durante unos momentos, y ella sintió cómo la excitación la invadía por completo. Cuando Tomás rozó una mejilla contra su pezón, este ya se encontraba completamente erecto.

— ¡Uffff! — resopló con voz ahogada.

Tomás levantó la mirada.

— ¿Eso es aburrimiento? — preguntó con malicia.

— No precisamente — respondió ella, mordiéndose el labio inferior.

— ¿Qué es entonces? — insistió, volviendo a rozarla despacio, suavemente.

— Que me estoy poniendo... nerviosa.

— ¿Por esto? — Besó un pezón.

— Sí — respondió. De sus labios escapó un gemido.

Sujetándola de la cintura firmemente, la echó en la cama y se tendió

sobre ella.

—Deseo besarte... así.

Posaba sus labios suavemente sobre ella, desde las orejas hasta el cuello. Marina, gozando al sentir la erección creciente de Tomás, gimió, cediendo ante la suavidad de su boca.

—Quiero morderte... así.

Comenzó a mordisquearle el cuello y los hombros, y, con cada presión de aquellos dientes sobre su piel, sentía sus nervios encenderse como brasas. Encogió las piernas sobre las sábanas y Tomás le bajó las braguitas.

—Necesito comprobar lo mojada que estás... —Hundió la mano en su sexo y ambos gimieron a la vez—. Sí, así, sí... —murmuró Tomás cerrando los ojos, y a ella la enloqueció su gesto de placer ante aquel contacto húmedo.

Tomás buscó a tientas el preservativo que había depositado sobre la mesita la noche anterior; cuando lo hubo localizado, lo despojó de su envoltorio rápidamente y se lo tendió.

—Preferiría no usarlo, pero quiero ver cómo me lo pones —continuó, besándola suavemente en el cuello—. Me encanta que me toques, y que me mires y me hables mientras lo haces. —Aquellas palabras, susurradas en su oído, estaban volviendo loca a Marina.

Se incorporó y Tomás se echó hacia atrás; le comenzó a poner el preservativo, pero se detuvo antes de acabar de colocárselo.

—Aquel día que me precintaste los dedos... —dijo, desenrollando suavemente la goma en torno a su erección—, me excité al sentir tu mano sobre mí. Y cuando me besaste el cuello... estuve a punto de suplicarte que me hicieras el amor allí mismo, sobre mi sofá. Nadie me había hecho sentir antes lo que tú me hiciste sentir en aquel momento.

—Tu madre y tu abuela estaban en casa —apuntó él, sorprendido.

—Y me daba igual, ¿entiendes? —Terminó de ponerle el preservativo y tomó su miembro entre las manos, presionándolo suave pero firmemente, sin dejar de mirarlo. Acarició su entrepierna, y la erección de Tomás creció todavía más—. Ahora quiero ver cómo me haces el amor.

La sujetó y la echó hacia atrás al tiempo que se ponía sobre ella; el deseo de Tomás acrecentaba todavía más el de Marina, que sentía como si su sexo se derritiera. La penetró suavemente, y suavemente le hizo el amor, sin dejar de contemplarla. Era una caricia leve, continua e irresistible, que la hizo gemir, casi sollozar; apenas podía creer que su cuerpo albergara tal capacidad para sentir placer. Abrió los ojos y miró el rostro de Tomás, que era un reflejo del suyo propio.

—No creía que se podía estar así, sin hacer casi nada, y ser capaz de sentir tanto; Dios mío, eres tan suave —suspiró.

—Quiero que te quedes —replicó Marina.

—¿Dónde? —susurró él.

—A vivir ahí... así... donde estás. —Le dio un beso húmedo y caliente y sintió cómo Tomás alcanzaba el orgasmo.

Permanecieron allí, abrazados.

—Ha sido lo más bonito que me ha pasado nunca —confesó ella.

—Es tan solo lo que provocas en mí —dijo él, besándola.

Llamaron a la puerta. Ambos cerraron los ojos, incapaces de creer que alguien estuviera estropeando aquel momento irreplicable.

—Debí buscar un hotel la misma tarde en que te recogí —refunfuñó Tomás, tratando de esbozar una sonrisa. Se incorporó, fue rápidamente al baño y enseguida estaba de regreso para ponerse los pantalones a toda prisa. Abrió la puerta. Desde la cama, totalmente cubierta por las sábanas, Marina escuchó la voz de Lucía.

—Tu hermana te está llamando al móvil desde hace un rato —dijo.

—Lo puse en silencio anoche; ¿es que ha pasado algo?

—No lo sé. Dice que es muy urgente.

—Bien. Ahora mismo la llamo.

Cerró la puerta y, mientras se abrochaba la camisa, buscó el móvil en el bolsillo de su pantalón.

—Salgo un momento a llamar a Silvia —le dijo a Marina, mientras se inclinaba para besarla.

Abrió la puerta y salió al jardín. Marina dudó algunos segundos, pero al final se decidió: vistiéndose a toda prisa, dejó la habitación y buscó a Tomás con la mirada; no le costó encontrarlo: se hallaba al lado de la piscina, gritándole al móvil y gesticulando como un

demente. Estaba demasiado lejos de ella como para escuchar lo que estaba diciendo, pero se alarmó al verlo así. Volvió a la habitación cautelosamente y aguardó allí con la puerta entreabierta.

—¿Es que esto no terminará nunca?! —Era la única frase que había sido capaz de distinguir.

Desde la casita, vio cómo Tomás colgaba el teléfono y se sentaba al borde de la piscina. Al cabo de un par de minutos, se atrevió a salir y buscó todo lo que habían dejado tirado por el jardín la noche anterior: sus sandalias y la chaqueta y zapatos de Tomás. Se acercó hacia donde él se encontraba, inmóvil como una estatua, y dejó cuidadosamente los zapatos a su lado. Se arrodilló en el césped ante él y se fijó en su expresión: ceñuda, absorta, como si estuviera sumido en una nube de pensamientos claramente desagradables; ni siquiera la enfocó con los ojos cuando ella entró en su campo de visión.

—Mírame, nene —susurró con dulzura, pero él ni siquiera levantó la mirada —. ¡Por favor! —insistió con vehemencia, rozando su cara contra la de él. Tomás apenas logró alzar levemente la cabeza; su gesto era ahora de absoluto cansancio y, lo que resultaba más alarmante, de derrota.

—Marina, ¿confías en mí? —logró articular.

—¿Todavía tienes que preguntarlo?

—Sí. Necesito preguntarlo y necesito que me des una respuesta.

—Claro que confío en ti —le aseguró.

—Dilo de nuevo —la apremió, sujetándola por un brazo.

—¿Por qué? —preguntó, confusa.

—Porque ahora necesito que lo escuches tú. ¡Vamos, dilo! ¡Repítelo y escúchate, por favor! —suplicó, cerrando los ojos.

—Confío en ti —repitió, acariciándole el pelo.

—¡No lo olvides! —exclamó él, abriendo los ojos—. Ahora, tengo que pedirte algo: ¿te importa volver a tu casa y que los niños se queden contigo unos días?

Marina vaciló un momento. No tenía inconveniente en hacer lo que le pedía, pero deseaba, al menos, recibir alguna explicación de su sorprendente conducta. Lo miró a los ojos, con una gran cantidad de

preguntas luchando por salir de entre sus labios, pero, al volver a mirar ese rostro repentinamente envejecido y agotado, optó por no dar voz a sus dudas.

—No, por supuesto que no; lo que necesites.

—Pues entonces tenemos que irnos —replicó él, recogiendo sus zapatos y dejándola más desconcertada todavía.

\*\*\*

—¡Ángela! —exclamó Marina—. ¿Y tu bañador? —preguntó, revolviendo el interior de la mochila de la pequeña.

—Se me ha olvidado, Marina. No te enfadas, ¿verdad? —dijo la niña, con un puchero preparado para asomar a sus labios.

—¡No! —Rio ella, revolviéndole el pelo—. Sigues siendo un solete.

—¡Papá me dice sol, no solete! —se enfurruñó Ángela, arrugando la nariz.

—¡Vaya! —suspiró Marina, aparentando entristecerse.

—¡Pero me gusta más solete! —concluyó la niña, sonriente.

—¡Muy bien! Pues de acuerdo entonces. —Le estrechó la mano con cómica seriedad—. Voy a casa a por el bañador y vengo enseguida.

Habían pasado ya varios días, y Ángela y Alejandro seguían viviendo con ella, sin que hubiera conseguido averiguar el motivo. No quería ser mal pensada ni hacer conjeturas inútiles, pero la situación resultaba tremendamente extraña; ocurriera lo que ocurriera, no lograba entender que no los hubiese dejado con su hermana, o incluso con Lucía, con la que ya estaban acostumbrados a quedarse casi a diario.

Tratando de apartar esos pensamientos de su mente, dejó apoyada en la pared la bicicleta que Noelia le había prestado y buscó las llaves de casa en el bolsillo de su pantalón. Al sacarlas, se dio cuenta de algo: había un coche aparcado en la calzada, justo delante del garaje. Miró el vehículo, y no lo asoció a nadie conocido. Algo dubitativa, abrió la puerta, pero, cuando estaba a punto de entrar, una mujer desconocida, rubia y con expresión desagradable, salió del coche y, con un movimiento repentino y rapidísimo empujó a la atónita



Marina al interior de su casa.

—¿¡Quién eres tú?! ¡¿Qué haces?! —exclamó, entre furiosa y asustada.

—No grites, muñequita, que acabo rápida contigo —replicó la rubia.

Un hombre enorme, de rostro rojizo y gesto un tanto alelado, salió del interior del vehículo y, después de traspasar el umbral, cerró la puerta tras él. Marina, paralizada por el pánico y la confusión, ni siquiera era capaz de gritar pidiendo ayuda.

—¿Q...Qué es lo que quieres? —tartamudeó.

—Que me digas algo. Te voy a hacer una pregunta muy fácil; tú contestas, nosotros nos vamos, y ya está.

Era evidente el marcado acento alemán y su aspecto no resultaba nada agradable. La ropa le quedaba demasiado grande, como si la hubiera comprado un par de tallas más grande que la suya, o hubiera adelgazado drásticamente en poco tiempo. De hecho, aunque alta, era extremadamente flaca, casi esquelética. Su pelo, de un amarillo sucio y sin brillo, lo llevaba recogido en una coleta desflecada. Sonrió con crueldad, desvelando así una dentadura amarillenta a la que le faltaban piezas. Entretanto, el gorila, medio adormecido, las miraba con poco interés.

—¿Dónde están mis hijos? —gruñó la desconocida.

—¿¡Qué hijos?! ¡¿De qué hablas?! ¡Será mejor que os vayáis, porque voy a llamar a la policía! —gritó Marina.

—Llama, llama. Me va a encantar escuchar cómo les explicas de quién son los niños que tienes aquí, en tu casa. Tu vecina es muy agradable; Carmen se llama, ¿no?

«¿Qué es todo esto? ¿Y qué pinta aquí la asquerosa de Carmen?», pensó, sin salir de su asombro. En ese momento, su madre se asomó por la puerta de la cocina.

—Marina, ¿qué pasa? —exclamó, alarmada.

—Nada, mamá.

—¡Vuelva a la cocina, y mejor que no salga! —gritó seca, la alemana.

—¡No te atrevas a chillarle a mi madre! —saltó Marina, encarándose con la extraña; de repente, se encontró sentada en el sofá y, durante

unos confusos momentos, no supo cómo había llegado allí. Entonces vio al gorila mirándola con un gesto de vaga amenaza y lo entendió todo: el tipo aquel era más rápido de lo que parecía.

—Pero ¿quién es esta gente, Marina? —balbuceó su madre.

—Él es mi buen amigo Erick. —Sonrió malévolamente—. Y yo soy la mujer de Tomás —anunció la mujer, mostrando su fea sonrisa—. ¿Entiende ahora qué hago aquí?

—Pero si la mujer de Tomás está muerta —acertó a decir Beatriz.

El rostro de Marina perdió todo color. Aterrada, miró a la alemana fijamente.

—¿Muerta? —Rio—. No, no estoy muerta, qué va. Eso es lo que él quisiera. —Su risa se tornó en una mueca de odio que convirtió su ya de por sí poco agraciado rostro en una máscara grotesca.

—¡Voy a llamar a la policía si no se marchan! —amenazó Beatriz.

—¡No, mamá! —exclamó Marina, levantándose de un salto. Si lo que decía esa mujer era verdad, aquello era lo último que debían hacer, si es que querían proteger a los niños.

Intercambió una mirada con su madre, esperando que comprendiera lo que debía hacer; la única salida viable consistía en contactar con Tomás y que él les aclarase lo que estaba pasando; a esa hora, debía de estar en la empresa y podía acercarse hasta su casa en un momento. Beatriz salió del salón a través de la puerta que comunicaba con el garaje. Respiró hondo, esperando que hubiese tenido la misma idea que ella. Se volvió hacia la pareja de intrusos.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, así que mejor os vais.

La rubia emitió un resoplido que pretendía ser una risa.

—Como decís los españoles, «va a ser que no»; cuando me vaya, será con mis hijos. ¿Qué eres tú exactamente? ¿Su noviecita secreta? —La miró con desdén—. Pues si es así, no habéis sido muy cuidadosos, ¿verdad? Todo el mundo sabe que estáis juntos. Carmen, por ejemplo, me ha contado cosas muy interesantes.

—Pues si tantas cosas sabes, ya no hay nada de lo que tengamos que hablar tú y yo. Llama a Tomás, si es que de verdad eres quien dices, cosa que dudo bastante.

—¿Que lo dudas? —Rio—. ¿Qué te ha contado de mí? ¿O qué no te

ha contado? Tomás cuenta lo que le interesa, por si todavía no lo sabes. Él es un hijo de papá, ¿es así como lo decís? Solo quiere dar pena, para poder abusar mejor de los demás.

Marina dudó. No quería ver a Tomás bajo esa luz, pero si ella era de verdad quien afirmaba ser...

—¿Te parece suficiente, o quieres que continúe? —concluyó.

—Ni siquiera te estaba escuchando —respondió, tratando de mostrar indiferencia.

Se acercó a Marina y la sujetó del brazo; aparentemente, había llegado al límite de su paciencia.

—¡Me estoy hartando de ti! —le gritó—. ¡Ahora mismo me vas a decir todo lo que yo quiera! Te lo vuelvo a preguntar: ¿dónde están mis hijos?

Marina la miró desafiante; pasara lo que pasara, fuera Tomás quien fuera, sus hijos no tenían la culpa, y no pensaba decir ni palabra a aquella arpía.

—Mira esa cara. —Señaló a su compañero, que sonreía con expresión vacía—. Qué segura que está la nenita. Mira, niñaata, tengo tiempo, mucho tiempo; es lo único que tengo: tiempo. Si no contestas ahora, lo harás dentro de un rato, cuando él te coja y sientas que algo te estalla ahí dentro. —Golpeó a Marina con su índice en la frente.

—¡Que te vayas de aquí! ¡Fuera de mi casa ya! —chilló ella, tratando de que no se transparentara en su voz el miedo que sentía.

La rubia miró al gorila.

—Sube y busca —le ordenó.

—No vas a subir a ningún sitio —intervino Marina, interponiéndose entre él y la puerta. El gigante la apartó de un manotazo sin la menor dificultad, como el que espanta moscas.

—Escúchame bien, putita: yo tengo una vida de mierda, mientras que él tiene dos empresas. Me quita a mis hijos, me deja sin casa, sin dinero, y además me entierra, y tú eres tan tonta que te crees todo lo que te dice. —Se echó a reír tan cerca de su cara que pudo percibir su aliento a alcohol sin la menor dificultad.

Marina desvió la mirada. Su rostro solo le producía asco y miedo, y era incapaz de entender cómo había podido Tomás estar alguna vez

con alguien como esa terrible mujer. Todo aquello le parecía irreal, absurdo, increíble, pero su propia imposibilidad hacía esa historia perturbadoramente plausible. A fin de cuentas, las historias más extrañas ocurrían a diario y el odio de la alemana era demasiado sincero, demasiado palpable, para tratarse de algún tipo de artimaña.

Finalmente, la mujer se sentó a esperar en silencio y Marina casi lloró de alivio. No sabía si habría soportado alguna más de sus acusaciones y vejaciones. En el repentino silencio, escuchó los pasos pesados, elefantinos, del gigante, que se movía por las habitaciones con lentitud, recorriendo las puertas de los armarios y abriendo cajones y baúles. Marina cerró los ojos, pensando con tristeza en Alejandro y Ángela. Sin duda, a esas alturas, el hombretón debía de haber descubierto ya sus cosas. «Al menos los niños no están» — suspiró, tratando de encontrar algún aspecto positivo a la desesperada situación.

El sonido de pasos sonaba ahora más cercano, y al poco, pudo distinguir la enorme figura del hombre bajando los escalones.

—Arriba no hay nadie, pero he visto su ropa y también algunos juguetes —afirmó al llegar al salón. Las noticias parecieron reanimar a la mujer, que se levantó de un salto y agarró a Marina por la solapa.

—¡Dime ahora mismo dónde has metido a esos críos! —le gritó.

—No pienso decirte nada —fue la entrecortada respuesta.

De inmediato, una fuerte mano le sujetó la barbilla, silenciándola. De nuevo se había dejado sorprender por la velocidad del grandulón, que ahora aplastaba su rostro de manera inmisericorde, no permitiéndole ni siquiera respirar. Se retorció desesperada, asustada como nunca antes en toda su vida. Notaba su mandíbula a punto de estallar; pequeños puntos luminosos brillaban delante de sus ojos inundados de lágrimas, y un abismo que amenazaba con tragársela entera se abrió delante de ella. Cuando ya se rendía a la oscuridad, percibió lejanamente la voz de Tomás.

—¡Suéltala! —exclamó.

Marina apenas pudo ver borrosamente su silueta entrar junto a su madre por la puerta que daba al garaje. Inmediatamente, el gigante aflojó ligeramente su presa, justo lo suficiente como para que ella

pudiera boquear en busca de aire.

—¡Vaya, pero si es mi marido! ¿Verdad que hacemos buena pareja?  
—preguntó la alemana, riendo como una bruja mientras intentaba asirse del brazo de Tomás.

Él la empujó a un lado sin dejar de mirar a Marina.

—¡Que la sueltes, te he dicho! ¡Y tú no te atrevas a volver a tocarme, Anke! —exclamó, amenazándola con un dedo.

—¡Vaya! Antes no te disgustaba tanto; me acuerdo muy bien de cómo disfrutabas cuando me sentaba sobre ti, y tampoco se me olvida cuando yo...

—¡Cállate! —rugió Tomás—. ¡Me da asco solo con mirarte; escucharte ya se me hace insoportable! ¡Dile a tu perro que la suelte! Te advierto que no te lo voy a repetir más.

Anke intercambió una mirada con su compañero, y este liberó a Marina, que cayó sobre el sofá como un saco de patatas, intentando recuperar el aliento mientras se frotaba la mandíbula dolorida. Abrió y cerró la boca despacio para recobrar su movimiento natural. Su pecho ardía, pero, poco a poco, consiguió respirar con cierta normalidad, aunque su corazón continuaba completamente desbocado. Tomás no dejaba de mirarla, pero sin acercarse a ella. Por fin, fue Beatriz quien se sentó a su lado.

—¡Pobrecita! ¿Verdad, Tomás? —se burló Anke—. En qué lío la has metido sin comérselo ni bebérselo... ¡por mentiroso!

—He llamado a la policía, así que, cuando vengan, les explicas lo que quieras. Ahora, salid de esta casa.

—¡Mis hijos, Tomás! —aulló, plantándose ante él para que la mirase.

—Que te vayas —masculló, sin apartar la vista de las lágrimas que comenzaban a resbalar por el rostro de Marina.

—¡Primero, mírame a la cara! —le gritó.

Ante su silencio, Anke empezó a increparle en alemán. Hablaba tan rápido que Marina no conseguía entenderla, y maldijo el haber abandonado sus estudios de alemán demasiado pronto. Ahora mismo, lo que más deseaba en el mundo era saber lo que aquella mujer tenía que decir. Conforme el tono en el que hablaba subía,

Tomás, con los ojos cerrados, parecía crispase cada vez más, apretando los puños en un gesto de ira contenida. Finalmente, Anke lo sujetó por la barbilla tratando de que girara su cabeza hacia ella, y Tomás, apartándola de un manotazo, comenzó a gritarle en su mismo idioma, ante la mirada levemente asombrada del matón, que parecía aguardar unas instrucciones que no llegaban. Marina sentía que no podría soportar mucho más todo aquello; la confusión, el terror y la indignación la habían dejado exhausta, tanto física como mentalmente.

—¡Basta ya! ¡No lo soporto más! —exclamó, levantándose del sofá —. Fuera de mi casa... ¡los tres! —concluyó, mirando a Tomás con dureza.

La risa de Anke, afilada y cruel, levantó ecos por todo el salón. Marina tuvo que taparse los oídos, incapaz de soportar el sonido que surgía de aquella espantosa boca.

—A ti también te echan, Tomás. ¡Qué interesante! ¡Te quedas sin apoyos! ¡Gracias, Marina! —Se carcajeó.

Sin tan siquiera dirigirle una mirada de soslayo, Tomás salió de la casa. Las sirenas anunciaron la aparición de la policía, y Beatriz y Marina corrieron hacia la puerta.

—Tendrás que denunciarlos —le dijo su madre.

—No pienso tomar parte en esto; que se busque la vida y solucione sus problemas solo.

—¡Marina! Esas... personas han entrado aquí sin permiso y te han atacado.

—No voy a denunciar y se acabó. ¡Se acabó! ¿Lo entiendes? —gritó entre sollozos.

Su madre la miró sin decir nada y salió de su casa. Desde fuera le llegó la estridente voz de Anke junto a las de varios policías, que le pedían que se calmase bajo amenaza de llevarla con ellos a la comisaría para aclarar las cosas si no lo hacía. Al cabo de unos minutos Tomás entró de nuevo, acompañado de un agente.

—¿Quiere denunciar? —preguntó este a Marina.

Ella negó con la cabeza.

—Marina, deberías hacerlo —pidió Tomás.

—No lo voy a hacer, así que ya puede marcharse.

El policía salió sin despedirse, mascullando algo entre dientes. Una vez que se hubo ido, Marina dirigió a Tomás una mirada cargada de rabia.

—No pienso hacer nada para arreglar los problemas que no eres capaz de solucionar tú solo.

—No te lo pido por mí; hazlo por Alejandro y Ángela.

—¿Tienen una madre y tú se la niegas? ¿Sabes lo mucho que yo sufrí por no tener un padre como el resto de niños?

—Ella no es una madre como ninguna que conozcas.

—¡Es su madre!—explotó.

—Creo que mis hijos merecen algo más que eso que has visto hoy aquí, no puedo explicarles lo que es Anke, ¿lo entiendes? Nunca ha querido a los niños, solo si le reportan algo a cambio, y no es amor precisamente.

Marina, fuera de sí apenas si escuchaba.

—¡En una cosa tenía razón: tú no eres más que un mentiroso! Me habéis tomado por estúpida tú, tu familia, tus amigos... ¡Todos!

—Marina...

—¡Cállate! —atajó ella—. No quiero oír nada, así que ahórratelo. ¡Me has mentido! Nada de lo que digas puede cambiar cómo me has hecho sentir, la pena, la desilusión, la confianza rota. Dijiste que entre tus brazos podía estar tranquila, que ahí estaban para proteger lo que de verdad importaba, pero ya veo que yo no soy lo que te importa realmente —dijo, sintiendo una gran pena por sí misma—. Pero ¿sabes una cosa? Eso no es lo peor que has hecho; lo más triste ha sido engañar a tus propios hijos y hacerles creer que su madre está muerta. ¿Qué clase de hombre eres tú? —le espetó.

—Para, para, ¿en qué momento dije yo que estaba muerta? No, nunca lo hice, dije que hacía tiempo que no estaba con nosotros, nunca te mentí, ni a ti ni mis hijos. —La cara de Marina se contrajo, en un claro gesto de sorpresa. Había malinterpretado las cosas, pero seguía sin entender nada de lo que estaba ocurriendo—. Pero nunca voy a dejar que se acerque a ellos, ya la has visto, creo que es demasiado evidente por qué no la conocen los niños ¡mis hijos no se

merecen alguien así! ¿Quieres escucharme? —suplicó él.

—No, no voy a escucharte. Deseaba hacerlo cuando fui hasta tu casa y preferiste callar.

—Dijiste que confiabas en mí; dos veces te lo pregunté y dos veces lo dijiste; ¿por qué lo hiciste si no era verdad? —le preguntó, cambiando su tono suplicante por otro que sonaba muy frío.

—¿Cómo te atreves?! Lo dije porque en ese momento era verdad. Confiaba en ti ciegamente, ¡y mira de qué me ha servido! Nunca más volveré a fiarme de ti, le ocultas su madre a unos niños y a mí me pones en peligro haciendo que me enfrente a esa mujer —susurró, con los ojos arrasados en lágrimas—. No puedo entender que no me lo contaras: tuviste ocasiones de sobra para hacerlo. Aquella noche en casa de Silvia te pedí que hablastes conmigo; necesitaba entender qué te pasaba, y tú me negaste esa oportunidad.

—¿Nunca te has visto impotente porque querías contar algo y no podías, pese a sentir una necesidad urgente de confesarte? —insistió él.

—¡No! —exclamó ella.

Tomás negaba con la cabeza en silencio.

—No lo he hecho bien, debí decirte lo que pasaba. Quise poner tierra por medio al pedirte que cuidases de los niños y jamás pensé que Anke pudiera llegar hasta ti. Debí imaginar que un cerebro desquiciado como el suyo sería capaz de cualquiera cosa, ¡no sabes cuánto lo siento! Pero te juro que no me atrevía a hablar contigo; creí que saldrías corriendo, he sido egoísta ¡sí! Y cobarde por querer tenerte a toda costa sabiendo que debía hablarte de mi mujer. Quizá puedas entender mi impotencia cuando tú no eras capaz de hablarme de tu padre, cuando yo te veía sufrir y deseaba saber de ti.

—Creo que no es comparable el que yo no pueda hablar de la pena que siento por mi padre muerto a que tú no seas capaz de ser claro con la situación de tu matrimonio. ¡No intentes justificar lo injustificable! —exclamó—. ¿En qué has convertido a esa mujer?

—En nada que no fuese antes —replicó con voz ahogada—. ¡Tú no la conoces! ¡No sabes nada de esta historia y no me dejas hablar! ¡No estás siendo justa conmigo!



Esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Marina. Con los ojos chispeando, se lanzó hacia adelante, empujando a Tomás repetidas veces.

—¿Cómo te atreves a decirme que no soy justa contigo? ¿Cómo? — gritaba con verdadera furia.

Tomás no se defendió, y, al cabo de unos segundos, la adrenalina la abandonó. Sentía el dolor inundando cada nervio de su rostro y la angustia de aquellos momentos en los que luchaba para poder respirar entre las manos de aquel hombre volvió a ella con toda su fuerza. Se forzó a tranquilizarse. Respiró hondo y lo miró, sintiendo cómo la tristeza reemplazaba poco a poco a la ira como emoción principal en el torbellino de sentimientos que hervía en su interior.

—Muy convincente tu actuación de la otra noche en la playa. Qué bonito te quedó aquello de salir corriendo para gritar que me querías. Te lo podías haber ahorrado pero, claro, entonces tal vez no me habría tragado el resto de la representación.

—¿De verdad piensas eso? Si es así, es que no eres la persona que yo creía. Si no sabes realmente cuando alguien te quiere... ¡si no lo sentiste!... —La miró de arriba abajo, con los ojos llenos de rabia—. ¡Joder, Marina! Si no lo sentiste, lo único que puedo pensar es que no te han debido de querer mucho.

Eso le dolió mucho. Era un golpe bajo que no se merecía. Él sabía muy bien todo por lo que había pasado: las burlas, las críticas, el abandono de su padre...

—Eso ha estado de más —murmuró.

—Y juzgarme sin dejar que hable, que me explique... ¿eso no está de más?

—¡Creo que todo está de más entre nosotros, desde el mismo día en que nos conocimos! —le espetó Marina, sintiendo una nueva oleada de furia que le subía desde las entrañas.

—Cada una de las veces que te llamé estúpida, me sentí francamente mal, pero veo que estaba en lo cierto: ¡eres una estúpida, Marina!

—¡No vuelvas a llamarme estúpida!

—Lo siento, pero lo eres, no puedo decir otra cosa. ¡Qué pena me

da escucharte! Tú es que no entiendes nada, pero ni explicándotelo todos los días. ¡Ni diciéndotelo en todos los idiomas que conozco! — le gritó con desesperación.

Marina no podía soportarlo más. Que se atreviera a decir que sentía pena por ella... eso era demasiado.

—¡¿Yo te doy pena?! ¡¿Y no te la da esa pobre mujer?!

—¡No es una pobre mujer! ¡No hables de lo que no sabes! ¡Cállate ya!

—¡No quiero! —exclamó—. Quiero que te vayas ya mismo y que no vuelvas. No quiero escuchar nada, solo que hagas lo que te pedí tantas veces: ignórame, olvídame. No quiero saber nada de ti, no quiero volver a ver tu cara... ¡quién me mandaría a mí volver a este maldito pueblo! —Dirigió la mirada hacia arriba, como si alguien en las alturas fuera el responsable de todas sus malas decisiones.

—¿Sabes una cosa? Después de todo, ¿por qué te duele tanto que no te hablase de Anke? ¿Te importo algo acaso?

—¿De qué estás hablando? —preguntó, confusa.

—En ningún momento te escuché decir que me quisieras.

Marina se quedó sin saber qué decir. El reproche era cierto, pero pensaba que sus sentimientos eran tan evidentes que no hacía falta manifestarlos con palabras. ¿No había sido suficiente expresarlo con las miradas, con los gestos, con las caricias? ¿No le había bastado verla deshacerse con cada palabra que le dedicaba? ¿No la había sentido estremecerse con cada roce, con cada beso, con cada abrazo en que se fundía con él? Le dolía oír a Tomás echarle en cara lo único que le había dejado claro ese fin de semana: que estaba más enamorada de lo que nunca lo había estado, que se sentía tan arropada, tan protegida, tan amada, tan especial para él, que no resultaba necesario articular con palabras sus sentimientos.

—¡Tú también mentiste, Marina! —sentenció con dureza.

Herida en lo más íntimo, se apoyó en la pared acunándose con sus brazos. Bajó la vista, incapaz de soportar aquellos ojos acusadores sobre ella y, cuando la volvió a levantar, él ya se había marchado.

—Marina, ¡qué pena! —dijo la voz de su madre junto a ella—. Os he escuchado, y no entiendo muy bien qué ha pasado; ¿por qué no le has

dejado hablar?

—¡Porque no quiero saber nada de nadie! ¿Lo entiendes? Solo quiero largarme de aquí y recuperar mi vida... ¡quiero que todo el mundo me deje en paz! —gritó, sin importarle la mirada de tristeza que su madre le dirigió—. Solo quiero olvidar esto, mamá. Quiero mi vida de hace un año.

Su madre se acercó, ofreciéndole el magro consuelo de sus brazos, mientras ella lloraba con desconsuelo, tratando de deshacerse de toda aquella rabia y dolor que amenazaban con ahogarla y parecían no tener final.

## Capítulo 15

Tomó el cambio que le tendía la dependienta de la librería donde siempre hacía sus encargos y salió al frío de diciembre. Se ajustó la boina para que cubriera lo máximo posible de su melena y se subió el cuello del abrigo. Le resultaba agradable volver a casa dando un paseo, aunque ya no viviese tan cerca del centro. Mario, el abogado de Tomás, había hecho un trabajo excelente, y la casa de su padre era toda suya, lo que aún le resultaba increíble: un piso enorme solo para ella, lo que significaba que ya no tenía que buscar compañeros, y, sobre todo, que no necesitaba preocuparse por el dinero del alquiler.

Mario se lo había comunicado en septiembre, con lo que tuvo tiempo de sobra para plantearse lo que iba a hacer en el futuro próximo. Lo cierto es que Tomás se había portado realmente bien después de todo lo que había pasado aquel último y terrible día. El abogado había resultado ser una excelente persona que había luchado por ella a pesar de que ya no se hablara con Tomás. Justamente el día anterior había estado hablando por teléfono con Mario, que la había llamado para comentar unos últimos flecos que quedaban por resolver de todo aquel asunto. Cuando terminaron de discutir los detalles, se hizo un incómodo silencio que Marina rompió finalmente:

- Mario, me gustaría pagarte.
- Nadie ha dicho que tengas que pagar nada.
- Lo sé, pero es lo justo. No me esperaba nada de esto y tengo que agradecerlo de algún modo.
- ¿Has hablado con Tomás?

—No creo que sea buena idea —confesó con tristeza.

—Pues yo no tengo orden de recibir nada; mis honorarios están pagados, quédate tranquila.

Aquella conversación no era el único motivo por el que Marina no podía dejar de pensar en Tomás. Lo había intentado, pero era incapaz de olvidarse de él y, lejos de suavizarse con el paso del tiempo, su ausencia era una herida abierta que parecía que nunca lograría cerrar. Y sabía que Tomás tampoco la había olvidado: hacía apenas una semana que había recibido un sobre con el membrete de su empresa. Primero se había asustado, pensando que contendría algún documento relacionado con su trabajo en la fábrica, pero, cuando por fin reunió el valor suficiente para abrirlo, no había podido contener las lágrimas: de su interior surgieron las fotos que Tomás le había hecho con los niños en la playa, y a su mente regresaron de golpe todos los sabores, todas las emociones, y hasta el olor a mar de esos días. La carita de Ángela sonriéndole antes de lanzarse al agua, ella y los niños capturando peces con un cubo, jugando a la pelota... Una a una repasó todas las fotos entre sollozos, sintiendo cómo cada una de las endebles defensas que cada día trataba de levantar en torno a sus sentimientos se derrumbaban como castillos de arena.

Después de aquello, había permanecido abstraída durante más de una hora, como si el mundo fuera para ella algo menos real que aquel puñado de imágenes. Finalmente, cuando pudo salir de su estado de aturdimiento, examinó el sobre que todavía tenía en la mano: en él tan solo figuraban su nombre y dirección. Era un envío impersonal, pero no le hacían falta más datos que las propias fotografías para saber perfectamente quién lo remitía: entre las más de veinte fotografías solo faltaba la que les había tomado Alejandro, la única en la que aparecían juntos.

Esa ausencia le había dolido, pero no sorprendido; a fin de cuentas, había sido ella la que le había dicho que no quería volver a ver su cara jamás. Pero lo que realmente la confundía e intranquilizaba era el no saber a qué venía ese extraño gesto: ¿por qué deseaba hacer revivir en ella recuerdos tan bonitos si la historia había tenido un final tan desagradable? No le disgustaba tener las fotos —siempre las

guardaría con mucho cariño—, pero ¿por qué se las enviaba?

Acabó guardándolas en un cajón, para no tener que mirarlas demasiado. Incluso el mero hecho de tenerlas tan cerca le causaba dolor, pero esperaba que, con el tiempo, las heridas cicatrizaran y pudiera revivir algún día aquellos momentos, quizás los mejores de toda su vida.

Perdida en sus pensamientos, apenas se dio cuenta de que el semáforo cambiaba, y casi no tuvo tiempo de cruzar la calle antes de que el tráfico volviera a ponerse en marcha. El ruido de los coches era fiel reflejo de su caos interior, y decidió tratar de apaciguarlo nada más llegar a casa, perdiéndose en la lectura de los libros que acababa de comprar. Entonces la vio.

Silvia charlaba animadamente con otra chica junto a la entrada del edificio situado justo ante el paso de peatones que acababa de cruzar. No pudo evitar fijar la mirada en ella durante unos segundos, y, cuando se dio cuenta de que ella también la observaba, ya era demasiado tarde para cambiar de dirección. Tan alta y atractiva como su hermano, vestía un largo abrigo color crema que caía hasta la altura de sus elegantes zapatos y que le sentaba admirablemente. «¡Tal vez no me reconozca!», pensó Marina. Confiaba en que su pelo recogido bajo la boina, su indumentaria, consistente en vaqueros claros y abrigo corto color verde, tan diferente de todo lo que había llevado durante aquel verano, y sus propias gafas de sol, de montura lo suficientemente grande como para ocultar un tanto sus rasgos, despistarán a Silvia el tiempo suficiente como para permitirle escapar del apuro. Aferrándose a la bolsa en la que llevaba los libros, caminó con decisión, evitando dirigir la mirada hacia donde se encontraba la hermana de Tomás.

—¡Marina! —escuchó, y, con el saludo se detuvo instantáneamente. Silvia, tras despedirse de su amiga, se acercó a ella con rapidez y le dio un afectuoso abrazo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Marina la miró en silencio: no sabía qué contestar; ni ella misma sabía cómo estaba o cómo se sentía, así que se limitó a sonreír tímidamente.

—Me alegro muchísimo de verte —dijo Silvia, con tanta sinceridad que acabó de desarmarla.

Y ella, ¿se alegraba de verla? La verdad es que tampoco lo sabía. Silvia pareció captar inmediatamente la incomodidad de Marina y la miró con seriedad.

—Me gustaría invitarte a un café —le dijo.

No encontró argumentos para rechazar su invitación, así que recorrió en silencio junto a ella el trayecto que las separaba de la cafetería más cercana. Se trataba de un lugar pequeño y acogedor, impregnado todo este en un delicioso olor a café. Silvia pidió en la barra mientras ella elegía mesa y se sentaba. Dejando la bolsa en la silla más cercana, se quitó las gafas de sol en el mismo instante en que Silvia volvía para sentarse, descubriendo sus ojeras y su rostro demacrado. La tristeza y la comprensión asomaron inmediatamente a la cara de su acompañante, y Marina se relajó un poco, agradeciendo el apoyo silencioso que Silvia le brindaba.

—¿Qué tal vas? ¿Estás muy liada? —preguntó amablemente al cabo de unos segundos.

Marina inició una insustancial conversación sobre trabajo que murió por sí sola en pocos minutos: no estaban allí para hablar de temas como ese, y ambas lo sabían. El camarero les sirvió el café y, después de dar un par de sorbos a su humeante taza, Silvia comenzó a hablar:

—Sé que no debo meterme donde no me importa, pero cuando te he visto cruzar la calle no he podido evitar llamarte, a pesar de haberme dado cuenta perfectamente de que estabas tratando de pasar desapercibida.

Marina enrojeció, avergonzada de aquel acto infantil.

—Lo siento —murmuró.

Silvia sonrió y tomó su mano, presionándola ligeramente.

—No te disculpes, te entiendo. Perdóname tú a mí por no haberte respetado, pero no he dejado de pensar ni un solo día en lo que pasó. ¿Qué habrás pensado de todos nosotros? —se preguntó, entristecida. Sin esperar contestación, continuó hablando— . ¡Lo siento tanto! Tomás debió avisarte que Anke lo estaba buscando; en eso no tiene

disculpa porque debió suponer lo que ella sería capaz de hacer si te encontraba, pero te prometo que nadie te ocultó nada. Fue una pena que no pudiese explicarte su historia.

Marina continuaba callada. Sabía que Silvia tenía razón, pero lo cierto era que probablemente en aquel momento escucharlo no habría servido de nada: estaba tan dolida, aterrorizada y estresada que nada de lo que él hubiera podido decir la hubiese podido calmar.

—Me gustaría que escucharas lo que voy a decirte. Supongo que ya es tarde, pero al menos así no pensarás tan mal de nosotros — prosiguió la hermana de Tomás. Se interrumpió y dirigió a Marina una mirada pensativa, como si estuviera buscando el mejor modo de empezar su relato—. He imaginado muchas veces que hablaba contigo, pero ahora que te tengo delante no estoy segura de si sabré hacerte entender cómo es realmente mi hermano, pero sí sé que el punto de partida de todos sus problemas fue mi padre: él le obligó a emprender un viaje a Alemania para que le informase sobre la nueva maquinaria con la que allí trabajaban las empresas textiles y, cuando regresó, no volvió solo. Con él venía Anke, una chica de la que decía estar muy enamorado. Vivía en una comuna y tocaba la guitarra en la calle, junto a sus amigos, para ganar algo de dinero; le gustaba vivir así, lo manifestó abiertamente muchas veces. No le gustaba trabajar y estar atada a horarios o jefes que dirigiesen su vida. Cuando tú la viste, estaba muy deteriorada físicamente, pero en aquel tiempo era preciosa. Rubia platino, con el pelo casi blanco y un cuerpo espectacular; perfecto, me atrevería a decir.

Silvia miró su café y tomó aire, meditando qué decir a continuación.

—Mi padre siempre fue muy autoritario y estricto con mi hermano. Jamás le permitió decidir nada; su educación siempre estuvo encaminada a dirigir la empresa en un futuro. Quería que su heredero estuviera mejor formado y preparado que él mismo, y no dejaba a Tomás espacio para respirar: contabilidad, dirección de empresas, gestión, administración y muchos idiomas, para poder mejorar los canales de distribución en el extranjero y establecer relaciones. Mi padre reconoce ahora que no fue justo con él, pero entonces no lo entendió. Tomás veía en Anke lo que él nunca había



sido: un espíritu libre. Y lo era, y también bonita y divertida, pero no entendimos cómo aceptó la vida, digamos, tradicional que mi hermano le ofrecía: matrimonio, vida familiar; ya no había amigos, ya no pasaba el día fuera de casa... Protestó desde el primer día, ¡no sé qué pensaba al casarse con Tomás! Solo podíamos pensar que quería su dinero, aunque esto no lo vimos hasta un tiempo después.

Bebió otro sorbo de café y llamó al camarero para pedir una botella de agua. Marina reconocía en Silvia los mismos gestos que en Tomás; se parecían hasta en esto. Sonrió de manera casi inconsciente, y su acompañante adivinó lo que le rondaba por la cabeza:

—Te estoy recordando a mi hermano, ¿verdad?

Marina asintió con la cabeza.

—Nos parecemos mucho, sí, y no solo en el aspecto físico; por eso soy la que mejor sabe lo mal que lo ha pasado con mi padre. La forma de ser de Anke le resultaba irresistible: le encantaba la libertad de la que gozaba, la sinceridad con la que hacía y decía las cosas; ella era todo lo que Tomás no había podido ser porque mi padre ejercía una autoridad inquebrantable sobre él. Se casaron en pocos días y pasó lo que te comentaba antes: que no era feliz, que no estaba a gusto, que le sobraba todo y le faltaba espacio. No pensó lo que hacía viniendo hasta aquí con mi hermano o sí lo pensó, ¡no lo sé! No entendí nada nunca con ella.

Silvia agitó la cabeza, rememorando todo lo que había sucedido tanto tiempo atrás. El camarero llegó con el agua y ella bebió largos tragos de su copa.

—Hace calor aquí: la calefacción está muy alta —comentó, subiéndose con cuidado las mangas de su camisa.

Marina constató con cierto asombro que su acompañante tenía razón; hasta entonces no se había dado cuenta, absorta como estaba en la historia que le estaba contando. Se despojó de la boina, y sus rizos le cayeron por la espalda. Silvia sonrió, mirando con admiración su hermoso cabello.

—¡Si mi hermano te pudiese ver ahora, Marina! —suspiró.

Ella se ruborizó al instante, recordando lo mucho que le gustaba a Tomás su salvaje cabellera.

—Perdona, no he querido incomodarte —musitó Silvia, bajando los ojos.

—No me incomodas. De hecho, me parece bonito oírte decir eso; triste, pero muy bonito.

Silvia le oprimió la mano un momento y le sonrió, pero permaneció silenciosa.

—¿Qué pasó? —inquirió Marina—. Necesito saberlo; siempre lo he necesitado, y lamento el que tu hermano, primero porque no podía y luego porque yo no le dejé, no llegara nunca a hacerlo.

—Pasó que fuimos descubriendo la otra Anke menos adorable y divertida, la que solo quería salir y pasarlo bien —suspiró Silvia—. Enseguida se acostumbró a la buena vida que mi hermano le proporcionaba: era una chica con estudios; no era ninguna ignorante inculta, pero lo de trabajar no le iba demasiado. Parece que era consumidora de alguna que otra droga; disponer de dinero fácil le hizo caer en el consumo habitual. Mi hermano fue descubriendo otros vicios suyos, y poco a poco dejó de ser aquella bonita rubia que tocaba la guitarra en la acera. Perdía todo su encanto cada vez que bebía o fumaba marihuana. El dinero de Tomás ayudaba a tener otros vicios algo más caros.

Marina no salía de su asombro. No podía imaginar a Tomás enamorado de la persona que le estaban describiendo.

—¿Y tu hermano qué hacía? —preguntó.

—No tardó en darse cuenta de cómo era en realidad, pero seguía enamorado y creyó que podría ayudarla. Logró controlarla durante un tiempo, y parece que las cosas se tranquilizaron un poco. Nació Alejandro, y mi hermano se sentía el hombre más feliz de la Tierra. Salía tranquilo a trabajar, pensando que su mujer tenía obligaciones importantes que le impedirían recaer en sus antiguas costumbres, pero un día regresó de un viaje de negocios mucho antes de lo que ella pensaba. Cuando llegó, se encontró la casa patas arriba: Anke había organizado una fiesta, y completamente drogada, desatendía al niño, que no paraba de llorar.

—Casi no puedo imaginarme lo que debió de sentir Tomás en un momento así.

—Fue un momento terrible —asintió Silvia—. Reaccionó ingresándola en una clínica de desintoxicación, en contra de su voluntad, claro. No aguantó allí ni dos semanas, y volvió a casa con la boca llena de promesas que Tomás creyó a pies juntillas porque sintió pena por ella, porque creyó que podía ayudarla, sin ayuda de profesionales y porque tal vez se resistía a creer que se había equivocado con Anke, que nunca fue lo que aparentaba. Pero en el fondo sabía que todo le daba igual, que no tenía intención de rehabilitarse y que esa mujer siempre antepondría sus vicios a todo, incluso su propio hijo. No dejaba que controlase ninguna de las cuentas y entonces ella se insinuó a mi marido a cambio de dinero.

—¿Se lo dijiste a Tomás?

—Desde luego. Le pedí que se divorciase, que la echase... lo que fuese para mantenerla lejos de él y del niño, pero todo fue inútil. Sé que ya no la quería; la desilusión que sentía era ya mucho mayor que el amor que alguna vez pudo sentir por ella, pero se resistía a abandonarla a su suerte. Era una persona enferma y seguía pensando que podía ayudarla. Cuando le advirtió que volvería a ingresarla en la clínica, ella falsificó su firma en un cheque; sacó todo el dinero que pudo, que no era poco, y desapareció. La reacción de Tomás nunca me la hubiese imaginado: cayó en un estado de incredulidad, de tristeza, de desidia... solo había querido ayudarla, por su bien y el de Alejandro, que no merecía quedarse sin madre; no podía comprender que ella hubiese abandonado al niño. Y lo duro para él fue entender que ni siquiera quería a su hijo. Se quedó en casa. No trabajaba; no hacía nada. Estaba como paralizado. Entonces me peleé con todo el mundo: con mi padre, por haber sido siempre tan duro e intransigente con él; me peleé con Lucía por mimarlo y cuidar de Alejandro cuando era él quien debía ocuparse de su hijo.

Silvia volvió a beber agua. Su mirada, perdida en un punto fijo de la pared, parecía transportarla hasta aquellos días terribles.

—Y me peleé con mi hermano, Marina... ¡y de qué forma! —Poco a poco, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas de las que ni siquiera parecía ser consciente—. Me comporté con él como nunca lo había hecho. Me volvía loca verlo así. Un día ya no pude aguantar

más toda aquella pasividad y le crucé la cara de un bofetón. ¿Sabes ese viejo dicho «Esto me duele a mí más que a ti»? Pues te juro que ese día entendí por fin lo que significaba. Me miró con ojos asombrados y tristes. Lloramos mucho los dos ese día. En aquel sofá sentados, abrazados y llorando parecíamos dos niños pequeños, solos y abandonados. Tomás lloraba por lo estúpido que se sentía; había dado, había ofrecido ayuda, una salida. Porque solo quería ayudarla a ella y proteger a su hijo, creyó que podía rescatarla de donde estaba metida y se sentía frustrado, derrotado y triste por la que sin duda iba a ser la vida de Alejandro sin una madre. —Silvia se detuvo un instante para secar las lágrimas que corrían por su rostro—. Pero la vida sigue, Marina, y, con el tiempo, Tomás logró sobreponerse. Sin embargo, no volvió a ser el mismo: se volvió hermético, serio, más incluso de lo que mi padre hubiera deseado jamás; responsable, pendiente únicamente del negocio familiar, sin vida, sin tiempo para nada. Solo para el trabajo y para su hijo. Y, al cabo de dos años, ella regresó, desaliñada, sin dinero y embarazada de siete meses.

—¡Ángela! —exclamó Marina, comprendiendo al fin.

—Sí, Ángela. Y su madre venía suplicando un lugar digno donde poder criarla.

—¿Quién es el padre de Ángela? —inquirió Marina, sin poder contener la curiosidad.

—¡Ni ella misma se acordaba! Pero quería que Tomás le diese una oportunidad, cuando él hacía mucho que había dejado de sentir algo. Fue una pesadilla, porque ella insistía una y otra vez; trataba de seducirlo, era soez y vulgar. Él llegó a sentir asco por esa mujer, era algo desesperante. Esperaba a que Tomás saliera de las oficinas solo para gritar e insultar... Para que entiendas la rabia de mi hermano: ella no preguntó ni una sola vez por su hijo. —Silvia suspiró—. En fin, la niña nació pocos días después de que ella regresara. Anke había dado el teléfono de la empresa como «familiar cercano» y no sé por qué, sentí la necesidad de ir al hospital cuando me llamaron. Ángela nació prematura y con síndrome de abstinencia; era tan pequeñita que creímos que no sobreviviría ni una semana. Me dio

tanta pena verla allí, tan indefensa, tan necesitada que avisé a mi hermano.

—¿Y qué hizo Tomás? —preguntó, aunque sabía bien la respuesta. Ella misma había comprobado lo mucho que quería a la niña y volvió a reprocharse en silencio lo injusta que había sido con él.

—Se enamoró de ella nada más verla. No podía separarse de aquella chiquitina, y Anke se dio perfecta cuenta, por lo que se la ofreció a cambio de desaparecer para siempre, con una considerable suma de dinero en su bolsillo, por supuesto. Ángela era una hija nacida dentro del matrimonio y Tomás no dudó en reconocerla como propia; además, era la hermana de Alejandro. Pero no quería que ella desapareciese; de nuevo volvía a ofrecerle ayuda, no solo dinero, ayuda profesional. Intentó hacerla razonar, que pensase en los niños para cuando se curase. Le pidió el divorcio, y Anke aceptó y también la ayuda de mi hermano. Pero pidió el alta voluntaria; desapareció, Marina, quizá porque sabía que la iban a ingresar de nuevo y no pudo soportar la idea. Se fue como vino y no llegó a firmar el divorcio. Mi hermano consiguió la patria potestad de los niños y ya no quiso tener más contemplaciones con ella; la denunció por abandono de hogar y de hijos en previsión de lo que algún día pudiera pasar.

Marina escuchaba en silencio, atenta a cada palabra de la sorprendente historia.

—Nunca más supimos de ella. Mi hermano no dejó de buscarla para poder ser libre al fin, pero no la encontró. Hace unos años llamó la policía: una casa abandonada se había incendiado, y entre los escombros, encontraron el carnet de identidad de Anke, pero no se pudo identificar a las víctimas y nadie reclamó los cadáveres. Una de las fallecidas podría haber sido ella, pero había quedado irreconocible. Nunca se pudo comprobar a ciencia cierta que fuese su mujer pero, con el paso del tiempo, para mi hermano y para todos nosotros, el cadáver desconocido se convirtió, sin duda alguna, en el de Anke. Entiéndelo, no podíamos pensar otra cosa: se denunció su desaparición, publicamos anuncios en la prensa que nunca respondió, y tampoco denunció la pérdida de su carnet de identidad ni volvió a renovarlo, ni aquí ni en Alemania. Parecía estar muerta, y

así lo creímos todos. Era lo que queríamos creer.

—Pero no lo estaba —murmuró Marina.

—¿Cómo podíamos saberlo? Tienes que comprender que hicimos todo lo humanamente posible para encontrarla.

—Tranquila, lo comprendo.

—Pasó el tiempo y, poco a poco, las cosas volvieron a ir bien. Mi hermano se fue a vivir a un lugar nuevo; era feliz con sus hijos y volvía a tener ilusiones. Puso en marcha otra empresa, otros proyectos. Pero su vida estaba vacía: Tomás carecía de existencia propia; teníamos al padre de Alejandro y Ángela, al hermano de Silvia, al amigo de siempre, al dueño del negocio, pero... ¿dónde estaba el hombre? A veces, me atrevía a insinuárselo, pero él no parecía entender de qué le hablaba. Afirmaba tener cuanto quería. Y fue así hasta que un día me dijo unas palabras que nunca olvidaré.

—¿Qué palabras fueron esas? —inquirió Marina, intrigada.

—«Hoy ha entrado en mi taller de patronos la pelirroja más adorable que existe sobre la faz de la Tierra».

Marina tragó saliva y enrojeció violentamente. No sabía cómo reaccionar pero, sin que ella misma se diera cuenta, una sonrisa boba asomó a sus labios.

—Si lo hubieses escuchado hablar de ti el día que te conoció... —prosiguió Silvia— nunca lo había visto tan feliz. «La he encontrado», me dijo. Se acercó hasta las oficinas esa tarde. Yo tenía una reunión para elegir diseños, pero esperé fuera del despacho pacientemente una hora de reloj solo para explicarme cómo te habías comportado encima de esa bicicleta tuya. —Silvia se echó a reír—. Tomás es tan prudente que el verte hacer todas aquellas locuras subida a la bici... lo tenía trastornado.

Sonrió, evocando aquellos recuerdos. Terminó su café, ya completamente frío, y prosiguió:

—Y luego vinieron todos esos intentos de que te fijases en él; todas aquellas ocurrencias tan impropias de él, tan estrambóticas y divertidas. Me costaba creer que ese fuera mi hermano. Había salido de su letargo y estaba eufórico, pletórico pensando en ti, en cada una de tus reacciones, y ante tus negativas y rechazos; él solo se crecía. He

sido muy feliz viéndolo así, luchando por aquello que quería: tú, Marina, solo tú.

Las lágrimas afloraron a sus ojos; las palabras de Silvia la conmovieron profundamente.

—Ha sido un verano intenso —dijo al fin, secándose los ojos con una servilleta de papel—: nunca creí que podría pasarme algo así. Conocer a tu hermano ha sido lo mejor, lo más bonito que me haya ocurrido nunca. Es cierto que muchas veces me dijo palabras desagradables, ya fuera para hacerme reaccionar o ya fuera porque conseguía sacarlo de sus casillas, que es algo que se me da muy bien —sonrió—, pero también salían de sus labios palabras muy bonitas, palabras que sacaban a la luz a una Marina desconocida para mí: una Marina enamorada. Y luego estaba la forma en que las decía: natural, nada forzada, sin darse cuenta siquiera de lo mucho que significaban para mí. Lo único que deseaba era verme feliz, y mira cómo le pagué todas sus atenciones —concluyó, sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas de nuevo.

Silvia sacó un pañuelo de su bolso y se lo pasó a Marina. En sus propios ojos también brillaban las lágrimas.

—Tuviste la suerte de conocer a un Tomás que nadie, ni siquiera él mismo, sabía que existía —le dijo, acariciando suavemente su mano—: tú fuiste lo mejor que le pudo pasar. Después de Anke no hubo otras mujeres. Por supuesto que tuvo relaciones esporádicas, pero nunca permitió que ninguna se acercara demasiado a él, y mucho menos a sus hijos. A ti, en cambio, te abrió las puertas de su casa, pero siempre se sentía inseguro, porque no sabía qué podía ofrecerte. No tenía evidencias de ser realmente libre, y lo último que deseaba era hacerte daño, pero estaba tan enamorado que no pudo evitar dejarse llevar; sabía que eras o tú o nadie, y esa certeza solo se tiene una vez en la vida. Nosotros también lo supimos nada más verte. ¿Recuerdas la cena en mi casa de la playa?

—Lo difícil sería olvidarla; nunca en mi vida me había sentido tan observada.

—Tuvo que ser complicado, sí, pero estábamos todos encantados contigo; enamorados más bien, diría yo, porque todos vimos lo

mismo: a Tomás derretirse con aquella pelirroja. La verdad es que estábamos deseando que os largaseis de allí. —Se echaron a reír—. ¡Ese hombre, cómo te miraba! ¡Me entran escalofríos solo de recordarlo!

—Pues precisamente esa noche no pasó nada. —Sonrió recordando la escena del pasillo—. Me invitó, muy amablemente, a marcharme a dormir.

Silvia sonrió.

—No quiero imaginarme la escena.

—No lo hagas; no fue agradable. Me sentí bastante patética. Hasta le dije que tenía que haber invitado a Irene. Perdona que te diga esto, sé que es tu amiga, pero... ¡qué mal me cayó esa mujer!

—¿Y eso por qué? —parecía confundida al preguntar.

—La vi tan guapa, tan perfecta y tan pegada a Tomás toda la noche... Cada vez que lo agarraba de la mano, me tenía que contener para no gritarle lo mucho que la odiaba.

—Son muy amigos —explicó Silvia—. A ella siempre le ha gustado, pero él la quiere como puede quererme a mí. Después de Anke, Irene intentó que ocurriera algo entre ellos, pero Tomás nunca pudo amarla de la forma en que un hombre ama a una mujer. Sin embargo, ella se lo tomó con deportividad, y, cuando por fin te conoció, se alegró mucho por mi hermano. Cuando os marchasteis, estuvo quejándose un rato de lo mucho que le gustaría parecerse a ti.

—¡Vaya! Yo queriendo ser como ella, y ella queriendo ser como yo... ¡es curioso cómo nos vemos a veces a nosotras mismas! —No pudo evitar recordar cómo esa noche, mirándola, regresaron todos sus complejos de golpe.

Se hizo un silencio que Silvia rompió al cabo de unos segundos.

—Mi hermano no supo cómo afrontar la situación, esa es la verdad. Pensó que huirías asustada si te contaba su historia, así que, en vez de disfrutar de un fin de semana maravilloso contigo, se dedicó a darle vueltas al asunto y lo pasó realmente mal. Estaba nervioso, ansioso, impaciente por estar contigo, pero no sabía cómo hacerlo sin causarte daño. Justo esa noche de la que hablábamos antes iba a contártelo todo, pero al final no se atrevió.



—Debió hacerlo —replicó Marina, entristecida.

—No creas que no se arrepintió, pero era tan feliz contigo que decidió aplazar la conversación. Y entonces ella apareció de nuevo. Al no encontrar a Tomás en su antigua casa, fue hasta mi apartamento en la ciudad. Preguntó por mí a un vecino indiscreto, que le dijo dónde pasábamos mi marido y yo el verano, y se presentó en la playa a las siete de la mañana. Nos llevamos un susto tremendo: estaba como loca, parecía borracha, drogada o... qué se yo. Tardamos más de una hora en sacarla de casa. Ese grandulón que te visitó también vino a mi casa aquella mañana, no era fácil lidiar con la mente perturbada de Anke y con el miedo que nos provocaba esa mole que la acompañaba; dijo que eran pareja. La verdad, nos daba igual quién era. Enseguida llamé a Tomás para alertarlo, porque sabía muy bien que, si a ella se le ocurría preguntar por la zona, no tardaría mucho en averiguar dónde vivía. Mi hermano estuvo a punto de volverse loco: su peor pesadilla había vuelto otra vez. El día que se presentó en tu casa venía de la fábrica; había estado rondando por la puerta para ver qué podía averiguar sobre los niños sin que la viese Tomás, pero nadie le dio la información que buscaba por la sencilla razón de que nadie en la empresa sabe que mi hermano tiene hijos, pero sí que descubrió algo: le dijeron que mi hermano andaba liado con una chica del pueblo, y así es como te localizó. Me parece que Carmen ayudó un poco.

—Creo que ayudó bastante. Esa mujer no puede callarse nada.

—Bueno, ya no trabaja en la empresa; mi hermano la despidió. Ha preferido indemnizarla a tener que seguir viéndola.

Marina sonrió, pero su gesto se ensombreció enseguida. A su mente volvían las imágenes espantosas de ese terrible día.

—Después de aquello, mi hermano y su abogado pasaron horas discutiendo con ella a fin de llegar a un acuerdo económico, que en el fondo era lo que había ido a buscar realmente. Tomás solo quería que firmase los papeles del divorcio y encontrar el modo de que se comprometiera por escrito a no reclamar nunca nada más. Ella, por su parte, le amenazó con quitarle a la niña, puesto que podía demostrar que él no era el padre, si no quedaba satisfecha con la

suma que se le ofreciera. Mi hermano estaba fuera de sí.

—Y yo no le dejé hablar; ni tan siquiera le hice caso cuando me pidió que la denunciase. —Llena de amargura, enterró la cara entre las manos.

—No te mortifiques, Marina; no sirve de nada —dijo Silvia con tristeza.

—¿Qué pasó entonces?

—Alcanzaron un acuerdo; Anke firmó, y se largó, pero si algo tengo claro es que volverá. Tomás también lo sabe, y es consciente de que tendrá que vivir con esa carga toda la vida, con esa incertidumbre de no tener ni idea de cuándo o dónde aparecerá de nuevo, pero, sobre todo, con el miedo de que algún día se acerque a los niños y les haga daño. Habrá que aprender a vivir así, y no será fácil; Tomás va a tener que asimilarlo.

—¿Y los niños no preguntan? ¿Saben cómo es su madre? Físicamente, quiero decir. Me extrañó cuando no vi ninguna foto suya en casa de Tomás.

—Es difícil para mi hermano lidiar con eso, pero responde lo mejor que puede siempre que le preguntan sobre el tema y, si está en su mano evitarlo, ese ser desquiciado que se presentó en tu casa nunca será su madre; sus reacciones son imprevisibles, peligrosas y sabemos que es capaz de cualquier cosa por conseguir dinero. Alejandro tiene fotos de bebé con Anke. Ángela no, pero se conforma con verla junto a su hermano.

Las dos permanecieron en silencio.

—¿Y cómo está tu hermano? —se atrevió a preguntar Marina finalmente. No pudo evitar un ligero temblor en la voz: temía lo que Silvia le pudiera contestar.

—Bien. Una vez que las cosas se normalizaron, continuó con su vida donde la había dejado. Es como si nada hubiese pasado.

Marina suspiró. Aquello era justo lo que menos deseaba escuchar. «¿Qué esperabas? ¿Que estuviera llorando por las esquinas, musitando tu nombre como un alma en pena?», se dijo, pero lo cierto es que las palabras de Silvia le habían dolido. Se miraron durante unos segundos, sin saber ninguna de las dos qué decir.

—No se atrevió a llamarte —dijo Silvia al fin.

—Lo entiendo —suspiró Marina—. Le dije que no quería saber nada de él, que no quería volverlo a ver... le dije cosas muy desagradables. No se lo puse fácil, pero el momento no lo fue para mí; me sentí atacada, no solo físicamente por parte de ese hombre, me hizo pasar unos segundos horribles. Me sentí atacada por tu hermano en lo más íntimo, Silvia, solo quería verlo desaparecer.

Sentía que había perdido algo irrecuperable. Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos, y, esta vez, las dejó correr libremente.

—Me envió las fotos que nos hizo en la playa a mí y a los niños —sollozó.

—Querría que las tuvieras: sabe bien el cariño que sientes por sus hijos. —Silvia la miró apenada—. Marina, no sé qué decirte. Se supone que yo no debería haberte contado nada de todo esto, pero me sentía realmente mal al pensar que nos considerabas unos mentirosos.

Ella no parecía tener nada más que decir, y Marina tampoco, así que pagaron la cuenta y salieron de la cafetería.

—Dame tu teléfono y te hago una llamada perdida —sugirió Silvia. Marina asintió y así lo hicieron.

—Lláname siempre que quieras, si te apetece hablar o si necesitas algo —se ofreció amablemente.

Estaban a punto de separarse cuando Silvia la detuvo un momento.

—Mi hermano me comentó una vez, y tú misma me lo has confirmado hoy, que lo consideras un hombre de recursos por todas esas cosas que se le ocurren. Marina, yo sé que tú también eres una mujer de recursos —dijo, con una sonrisa.

Se despidieron con un abrazo, y Marina regresó a su apartamento como una sonámbula. Estaba bloqueada; su cerebro era incapaz de procesar nada, ocupado al cien por cien en tratar de asimilar todo lo que acababa de escuchar.

Dejó los libros sobre la cama. Tomó uno al azar y lo hojeó, pero sin preocuparse realmente por su contenido. Tenía la mirada perdida y en su mente se había hecho un vacío que aquellas páginas no podían llenar. Finalmente, abrió un cajón del escritorio para guardar en él los

libros, y allí estaban, aguardándola, aquellas fotos que se había propuesto olvidar. Rostros alegres y colores chillones saltaron hasta sus ojos, y deseó con todas sus fuerzas no haber abandonado jamás esa playa donde había sido tan feliz, donde todo lo que el mundo podía ofrecerle había sido suyo durante unos días.

Fue como si una descarga eléctrica sacudiera su cuerpo, expulsando de él toda sombra de duda. Se incorporó, sintiendo cómo toda esa energía la recorría, dominándola, poseyéndola: una buena ducha; ropa bonita; hacer algo con su pelo; y correr en busca de Tomás, al trabajo, a la casa de la playa... donde fuera, pero encontrarlo cuanto antes, porque lo necesitaba, porque no podía estar ni un momento más sin él.

En unos minutos estaba duchada y tratando de maquillar de la mejor manera posible aquella cara triste y ojerosa. Cuando estuvo razonablemente satisfecha con el resultado, abrió su armario. «¡Ropa ajustada!», pensó mientras se ponía su mejor pantalón pitillo negro, combinándolo con una blusa color crema con una gran lazada a un lado en el cuello. Se calzó los zapatos, unos altos *peep toes* color naranja. «¡Rápido, Marina!», se decía mientras repasaba su vestuario a toda velocidad: ¡sí! Se pondría aquella chaqueta de *tweed* color verde botella entallada y ajustada que la estilizaba como ninguna otra. ¿Y el pelo? ¡Qué horror! Sus rizos desaparecían bajo la boina hasta prácticamente dejar de existir, y eso era justamente lo contrario de lo que él quería ver: «Marina no es Marina sin sus rizos», pensó, y se le escapó una risita nerviosa que pronto se convirtió en una carcajada de puro gozo cuando sacudió su melena y dejó volar sus hermosos caracoles anaranjados, naturales, indisciplinados... libres, justo como a Tomás le gustaban.

Agarró el sobre con las fotos y salió disparada hacia el centro. En un primer momento, pensó acercarse hasta la empresa de Tomás caminando, pero la impaciencia pudo con ella, así que pidió un taxi, cosa que rara vez hacía. Sentada en el asiento trasero, no dejaba de darse golpecitos en la rodilla; estaba absolutamente segura de lo que quería, pero estaba muerta de nervios. Ni siquiera sabía si lo encontraría.

Pronto se encontraba en el edificio de oficinas. En el vestíbulo, consultó en el directorio la planta que buscaba y, en cuanto la hubo localizado, entró a toda prisa en el ascensor y pulsó el botón que llevaba al cuarto piso. Nada más empezar a ascender, sintió un nudo en la boca del estómago; todavía no podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero no pensaba echarse atrás. Se echó un último vistazo en el espejo antes de salir del ascensor y volvió a repasar sus labios con aquel lápiz de tono rojo anaranjado que siempre le daba vergüenza usar por lo llamativa que se veía con él puesto, pero que resaltaba aún más el intenso naranja de su pelo. En ese momento, era precisamente lo que deseaba: ser, más que nunca, Marina la pelirroja, la de los rizos salvajes.

Encontró la puerta de la oficina abierta. Con el corazón latiéndole a toda prisa, entró y, en el mostrador de la entrada, preguntó a la recepcionista si podía hablar con Tomás.

—Tienes que hablar con su secretaria; ella te informará —le dijo, mientras le indicaba el camino con la mano.

Se acercó hasta allí con decisión. Una chica bonita y de aspecto agradable tecleaba rápidamente ante un ordenador.

—¡Hola, buenos días! —saludó Marina.

La secretaria levantó la vista y su gesto cambió. Una expresión de sorpresa se pintó de pronto en su rostro, y Marina retrocedió un paso, extrañada por esa reacción.

—¡Hola! —respondió la chica al cabo de un par de segundos, levantándose y estrechándole la mano con grandes muestras de alegría—. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

Marina parpadeó varias veces; sin duda, ese no era un saludo meramente formal, pero lo cierto es que el rostro de aquella mujer no le sonaba de nada. La desconocida se limitó a sonreír discretamente ante su aturdimiento.

—Soy Sofía —se presentó.

¡Sofía! Recordó ese nombre de inmediato; era aquella secretaria amiga de Tomás a la que le contaba todo. Había sido ella quien le había conseguido las lechugas, y también la que había ayudado con el resto de las bromas. Sonrió con alivio al encontrarse con esa aliada

inesperada.

—¡Hola, Sofía! Tomás me habló de ti... ¡muchas gracias por todo!

—Fue un placer, de verdad. Nos reímos mucho con todas esas ocurrencias.

—Me gustaría hablar con él —dijo, sintiendo cómo los nervios volvían a apoderarse de ella.

—¡Claro! —exclamó Sofía, resuelta y servicial.

—¿Está aquí? —inquirió tímidamente.

—Sí, está en su despacho.

Marina respiró aliviada.

—Gracias otra vez, pero antes de pasar me gustaría que me hicieses un favor. ¿Puedes darle esto? —preguntó, mientras depositaba el sobre encima de la mesa.

Dentro de él, además de las fotos, había una nota escrita por ella; decía: «Me han encantado, pero aquí falta una foto. Me gustaría mucho verla». Sofía, siempre sonriente, tomó el sobre.

—Ahora mismo está reunido, pero pasaré a ver si lo puedo dejar en la mesa sin interrumpir.

—No quisiera molestar.

—Creo que no le va a molestar nada de nada —repuso la secretaria, con un guiño afectuoso.

Marina se sentó en el sofá que había en la sala de espera. Quedaba justo enfrente del despacho de Tomás, y ella solo deseaba que se abriese la puerta y verlo salir, pero, cuando al fin se abrió, la que salió fue Sofía, que cerró tras de sí. Marina sentía una impaciencia devoradora, pero no se atrevió a levantarse. La chica le sonrió y se acercó a ella; llevaba algo en la mano, un marco de fotos, que le tendió. Su corazón dio un vuelco: tras el vidrio protector se encontraban ella y Tomás en la playa, sentados en la arena, sonriente ella, él contemplándola embelesado. Siempre había creído que ambos habían posado mirando al objetivo para aquella foto, pero no era así.

De repente, se dio cuenta de algo que la golpeó como un relámpago: ¡Tomás tenía aquella fotografía enmarcada y en su despacho! Poseída por una súbita animación, se levantó de golpe.

—¿Qué ha dicho Tomás? —preguntó a la secretaria.  
—Nada —le respondió.  
—¿Nada? —insistió, sin poder ocultar su decepción.  
—No. Le he dado el sobre, lo ha abierto, ha leído una nota que había dentro y me ha dado esta foto.  
—¿Dónde la tenía?  
—Sobre su mesa. Por eso te he reconocido al verte.  
¿Tenía su foto en su mesa? ¿Le gustaba verla a diario? ¿Significaba algo aquello? Pero, si era así, ¿por qué le daba la foto sin más, sin una sola palabra? ¿Y ni siquiera pensaba salir a verla? Su mente era un torbellino lleno de preguntas sin respuesta.  
—¿Puedo ayudarte en algo más? —inquirió la secretaria, solícita.  
—No te preocupes. Gracias por todo —respondió Marina, entregándole la foto de nuevo.  
—¿Quieres sentarte y esperar? No creo que la reunión se alargue mucho. —Sofía parecía apenada por todo aquello.  
—No, no. Gracias de nuevo —contestó, conteniendo las ganas de llorar.

\*\*\*

El ascensor tardaba una eternidad en llegar. Desesperada por salir de allí cuanto antes, por la mente de Marina desfilaba una interminable procesión de oficinistas que montaba en él en cada piso, parándose en el siguiente, en infinitos ciclos sucesivos. Para cuando por fin llegó hasta su planta, no quedaba dentro ni uno solo de aquellos imaginarios hombrecillos encorbatados, y Marina suspiró aliviada. Pulsó inmediatamente el botón que la llevaría hasta la planta baja, pero una mano muy familiar impidió que la puerta se cerrase.

Se echó hacia atrás, casi chocando con una de las paredes del elevador, y él la miró atentamente. Sus ojos se detuvieron en aquella cabellera anaranjada y los abrió, sorprendido, como platos. Marina, por su parte, no era capaz de reaccionar; siempre había pensado que, si volviesen a encontrarse, lo primero que haría sería echarse en sus

brazos y enterrar el rostro en su cuello, y allí estaba ahora, paralizada por los nervios. Solo podía mirarlo fijamente: el traje gris marengo que llevaba le quedaba perfecto, y la recorrió una oleada de calor. Aquella sensación familiar la hizo estremecerse de deseo contenido.

—¿No te la llevas? — Tomás rompió el incómodo silencio mostrándole la foto—. Pensaba que habías venido por esto.

Ella miró la foto y después a él. O Tomás era tonto o estaba jugando con ella.

—¡No era eso lo que quería llevarme hoy de aquí! —explotó, sin poder ocultar su disgusto.

—¿Y por qué no le has dicho a mi secretaria lo que querías? — preguntó él, en un tono inexpresivo que la exasperó.

Tras Tomás se perfiló la figura de un hombre, uno de esos funcionarios clónicos que la mente de Marina había imaginado momentos antes. El hombrecillo carraspeó levemente, tratando de llamar la atención de aquel hombre que estaba bloqueando la puerta del ascensor.

—¿Bajan? —preguntó con voz aflautada.

Marina no contestó y Tomás, sin ni siquiera girarse, le preguntó:

—¿Bajas?

Ella negó con la cabeza, y él tiró suavemente de su manga hasta sacarla del ascensor. El oficinista, visiblemente aliviado, entró, mientras les deseaba los buenos días.

—Acompáñame —pidió Tomás a Marina, mientras se encaminaba hacia la mesa de Sofía.

La secretaria los recibió con una amplia sonrisa; parecía feliz de verlos juntos.

—Sofía, por favor, Marina ha venido a llevarse algo de aquí, pero parece ser que no te lo ha dicho.

Marina se sonrojó, sin terminar de entender qué es lo que estaba pasando; desde luego, no era así como había imaginado que sucederían las cosas. Sentía vergüenza ante la actitud de Tomás. ¿A qué estaba jugando? ¿Le estaba tomando el pelo?

—¿Puedo ayudarte, Marina? —preguntó la secretaria.

No era capaz de hablar; «aunque, ¿para decir qué?», se preguntó,



irritada.

—¿Puede? —le preguntó Tomás, con un gesto tan serio y poco afable que terminó de descomponerla.

«¡Pues si quieres jugar, jugaremos todos!», se decidió.

—He venido a llevarme a Tomás —explotó, y de pronto la invadió la paz: por fin había dicho la verdad. Lo único que deseaba. Lo que había querido siempre.

No lo miraba a él, sino a Sofía, y esta sonrió, siguiéndole la corriente.

—¿Puede llevarse a Tomás? —preguntó este en tono neutro, como si estuviesen hablando de otra persona—. ¿Me haces el favor de consultar su agenda?

—Pues... —La secretaria repasó con cuidado el dietario que tenía sobre la mesa—. Sí, precisamente ahora tiene un hueco libre; te lo puedes llevar media hora —dijo, sonriendo divertida.

Marina miró pensativa a Tomás unos instantes.

—Para media hora no me interesa —respondió finalmente.

—No le interesa, Sofía —dijo Tomás con seriedad—, pero tú eres una secretaria de recursos. ¿Crees que podrías solucionar de alguna manera el problema?

La secretaria se mordió el labio inferior, y Marina se maravilló ante la complicidad que sin duda existía entre ella y su jefe para ser capaz de seguirle el juego de aquella manera. Vaciló unos segundos, mirando a Tomás en busca quizás de algún gesto revelador que le permitiera asegurarse de que su siguiente paso sería acertado.

—Yo... a ver, puedo redactar un contrato por el que Marina adquiriría el derecho a llevarse a Tomás para siempre —titubeó.

Tomás miró fijamente primero a Sofía, después a Marina, con gesto serio, incluso duro. Su mirada era penetrante, pero no dejaba entrever emoción alguna.

—¿Es eso lo que buscabas? —preguntó.

—Sí, es eso exactamente.

—Pues hasta que el contrato no esté redactado y firmado, de aquí no puedes llevarte nada —aseguró él, gélido—. Sofía, estaré en mi despacho.

En aquellos momentos, Tomás le recordaba al de aquel primer encuentro en la empresa, a ese hombre que le hablaba con frialdad y arrogancia. Marina lo vio entrar en su despacho sin ni siquiera darle una pista sobre cómo iba a terminar todo aquello. Tenía todo el aspecto de ser una de sus bromas, pero nada en su voz, en su mirada ni en su lenguaje corporal transparentaba el menor atisbo de humor. Sofía, a su vez, la contemplaba con ojos enigmáticos, que chispeaban con lo que podía ser diversión... o bien simpatía por su difícil situación.

—Puedes sentarte mientras lo redacto —comentó, en tono profesional.

Ella obedeció de mala gana. Sus ojos no se apartaban de la puerta cerrada del despacho mientras se mordía las uñas de impaciencia. Entretanto, Sofía tecleaba a toda velocidad. Marina no pudo reprimir una sonrisa al pensar en la irrealidad de toda la situación: ¡un contrato para poder llevarse a Tomás de allí!

—¡Listo! —exclamó Sofía—. Ya podemos entrar —anunció, cediéndole el paso.

Con los nervios a flor de piel, pasó al interior de la oficina. La secretaria le indicó con un gesto una silla frente a la mesa de Tomás, donde este se sentaba. Tomó asiento y después lo hizo Sofía ceremoniosamente, como si se fuera a firmar un contrato en toda regla.

—Procede a la lectura —pidió Tomás a su secretaria.

—«Reunidos los abajo firmantes, se establece a día 15 de diciembre de 2015 que, previa petición de la solicitante y parte interesada en la firma de este contrato, por el cual declara que “viene a llevarse a Tomás para siempre porque con media hora no le interesa...”».

A Marina se le escapó una carcajada que resonó por todo el despacho. Sofía levantó la cabeza, dejando de leer.

—¡Marina, por favor, deja a Sofía hacer su trabajo! —le espetó Tomás, mirándola con el ceño fruncido.

Ella se llevó una mano a la boca y levantó la otra en señal de disculpa. No sabía lo que iba a pasar: quizás Tomás pretendiera mandarla a paseo después de la lectura de aquel documento, pero

había que reconocer que sería una manera francamente original de decirle que no quería nada con ella. Sofía continuó leyendo.

—«...Y entendiendo que la parte contraria se halla favorablemente dispuesta a acceder a su petición, se establece dejar total libertad a la solicitante para llevarse a Tomás para siempre en la forma, modo o condición que mejor le convenga. Los implicados en la firma de este contrato deberán proceder al cierre del mismo con...» —Sofía carraspeó y miró a Tomás con una sonrisa nerviosa.

—¿Sí? Vamos, acaba —la apremió Tomás.

—«...Deberán proceder al cierre del mismo con un beso» —concluyó.

Marina esbozó una tímida sonrisa mientras observaba con disimulo a Tomás. Él seguía inmóvil, sin mostrar emoción ni sentimiento alguno.

—Entrégame el contrato para su firma, si es que todos estamos de acuerdo —dijo al fin, mirando a Marina con gesto interrogador. Sin dudarle ni un momento, ella asintió varias veces.

Le pasó el documento y ambos firmaron. Se miraron despacio, intensamente, y Marina sintió cómo sus deseos de estar con él crecían hasta hacerse casi insoportables.

—¡Vaya, casi se me olvidaba! El beso para cerrar el acuerdo —exclamó Tomás, levantándose.

Sofía se puso en pie, alejándose discretamente de la mesa. Tomás, por su parte, avanzó hacia Marina y, tomándola por la mano, la ayudó a incorporarse. Sentía que, si él la soltaba, caería sobre la silla como un peso muerto; temblando con anticipación, aguardaba la caricia de sus labios sin atreverse siquiera a respirar. Pero, cuando el beso al fin llegó, fue un roce tímido, emocionado y leve que duró apenas un segundo antes de que él separara su boca de la de ella. Marina parpadeó, asombrada. «¿Qué ha sido eso?», se preguntó, decepcionada.

Sofía carraspeó varias veces.

—¿Algún problema? —inquirió Tomás, enarcando una ceja.

—Pues... no lo estipula el contrato, pero mi experiencia con este tipo de documentos me dice que con ese beso no se cierra ni una

película mala.

Marina ahogó una risa sofocada. Por supuesto, llevaba razón: después de todo lo que había pasado, después de todo lo que había sufrido, tenía derecho a un beso en condiciones, uno de verdad, uno que la hiciera sentir que todo aquello había merecido la pena.

—Eres una secretaria muy puntillosa —protestó él.

—Exactamente como se exige en esta empresa; un buen cliente como Marina merece el mejor trato —repuso Sofía con profesionalidad.

Tomás miró a Marina fijamente, y a ella le temblaron las piernas; «¡Por favor!», suplicaba en silencio, aguardando aquel beso que no llegaba. Al cabo de unos segundos que le parecieron horas, él se acercó lentamente y, levantando la mano, la hundió en su pelo. Sostuvo suavemente su cuello y hundió la nariz en él, inspirando profundamente su aroma; finalmente, inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—Pelirroja... ¡me tienes malo desde que te he visto en el ascensor!

Su nerviosismo se transformó en excitación: escuchar de nuevo su apelativo favorito saliendo de aquellos labios la dejó tan entregada y temblorosa como si fuera la primera vez. Tomás rozó de nuevo su boca, y Marina no pudo aguantar más.

—¡Bésame ya, nene! —suplicó en un susurro trémulo, agarrando su brazo.

Tomás atrapó aquellos labios entre los suyos, y Marina apenas sí tuvo tiempo de emitir un pequeño quejido antes de ser silenciada por la ansiosa lengua de él. Se dejó llevar, indefensa entre aquellos brazos fuertes que la sujetaban como si temieran que se fuera a desvanecer en el aire de un momento a otro. Tras una eternidad que pasó demasiado deprisa, él se separó de ella y la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué has tardado tanto en venir? Ya pensaba que tendría que enviarte una bicicleta para que aparecieras. —Entrecerró los ojos—. ¿Dónde estabas?

—Buscando la mejor forma de decir: «Te quiero».

*Gracias*

*A María Luz por estar.  
A Pedro, por su amor incondicional.*

**Pintina Cuneo** es el seudónimo que utiliza esta autora en recuerdo a su abuelo para hacer llegar sus novelas. Trabaja con la voz, contando y escuchando las aventuras de sus alumnos. Escribe para narrar las historias que se abren en su mente cuando las deja volar, haciendo uso del maravilloso juego de las palabras, esas que tienen el poder de enamorar o de hacer reír, buscando una frase que encierre todo aun con las palabras más sencillas.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Pintina Cuneo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-29-9

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |